



DAVID NICHOLLS

Dulce despedida

El verano que cambió sus vidas



Dulce despedida

DAVID NICHOLLS

Dulce despedida

Traducción de María Candela Rey

 **UMBRIEL**

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Sweet Sorrow*
Editor original: Hodder & Stoughton
Traducción: María Candela Rey

1.ª edición: marzo 2020

Esta es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, o a personas o lugares verdaderos, se utiliza de manera ficticia. Otros nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora, y cualquier semejanza con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es absolutamente casual.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2019, Maxromy Productions Ltd.
All Rights Reserved

© de la traducción 2020 *by* María Candela Rey

© 2020 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieditores.com

ISBN: 978-84-17981-20-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Hannah, Max y Romy

PARTE UNO
Junio



El fin del mundo

El mundo acabaría el jueves cuando faltaran cinco minutos para las cuatro, inmediatamente después de la fiesta disco.

Hasta ese momento, lo más cerca que habíamos estado en Merton Grange de un cataclismo como aquel habían sido los rumores del apocalipsis que surgían una o dos veces por semestre, casi siempre bajo las mismas circunstancias. Nunca nada tan banal como una erupción solar o un asteroide. Por el contrario, algún tabloide publicaría un artículo sobre una profecía maya, un comentario que Nostradamus había hecho de pasada o una simetría insólita en el calendario y empezaría a circular el rumor de que nuestras caras se derretirían en mitad de la clase doble de Física. Resignado a la histeria, el profesor suspiraría y pausaría la clase mientras nosotros discutíamos por ver quién tenía el reloj más exacto y entonces comenzaría la cuenta atrás, las chicas aferrándose entre ellas con ojos cerrados y hombros encogidos, como si las fueran a mojar con agua helada, y los chicos enfrentándonos a la situación con descaro, aunque por dentro todos contemplábamos aquel beso perdido, aquella cuenta sin saldar, nuestra virginidad, la cara de nuestros amigos, nuestros padres. Cuatro, tres, dos...

Contendríamos la respiración.

Entonces alguien gritaría «*bang*» y todos reiríamos, aliviados y un poco decepcionados de encontrarnos todavía con vida, pero con vida en una clase doble de Física.

—¿Estáis contentos ya? ¿Qué os parece si seguimos con la clase?

Y volveríamos a ver qué es lo que sucede cuando una fuerza de un newton hace que un cuerpo se mueva una distancia de un metro.

Pero el jueves a las tres y cincuenta y cinco, inmediatamente después de la fiesta disco, todo sería diferente. El tiempo se había arrastrado durante cinco largos años y ahora, en las últimas semanas y en los últimos días, un aire de euforia y pánico, alegría y temor había empezado a echar raíces, de la mano con un nihilismo desquiciado. Las cartas a nuestros padres y los castigos ya no nos hacían nada, así que, ¿qué podríamos hacer en este mundo sin consecuencias? En los pasillos y las salas comunes, los matafuegos habían adquirido un potencial terrible. ¿Diría en serio Scott Parker aquellas cosas a la señora Ellis? ¿Intentaría Tony Stevens incendiar Humanidades de nuevo?

Y ahora, aunque fuera difícil de creer, había llegado el día final, deslumbrante y brillante e inaugurado con escaramuzas en la entrada; corbatas de uniforme atadas alrededor de la cabeza o como torniquete, con nudos compactos como nueces o gordos como un puño, con tanto pentalabios, joyería y pelo teñido de azul que parecíamos algo salido de un club nocturno futurista. ¿Qué

podían hacer los profesores? ¿Enviarnos a casa? Suspiraron y nos hicieron entrar. Sin ningún motivo razonable para pedir que definiéramos las características de un lago en herradura, la última semana la habíamos pasado en clases ocasionales y desalentadoras sobre algo llamado «vida adulta», que, por lo que parecía, consistiría, en su mayor parte, en completar formularios y elaborar un CV («Pasatiempos e intereses: socializar, mirar la televisión»). Aprendimos a llevar nuestra propia contabilidad. Mirábamos por la ventana el día precioso que hacía y pensábamos: *ya no falta nada*. Cuatro, tres, dos...

Cuando volvimos a la sala que le correspondía a nuestro año durante el recreo, pintarrajeamos nuestras camisas blancas con rotuladores de punta de fieltro, algunos chicos inclinados sobre la espalda de los otros, como si fueran tatuadores en una cárcel rusa, marcando todo el espacio disponible con insultos cariñosos. Paul Fox escribió «Cuídate, imbécil». Chris Lloyd escribió «Esta camisa es una mierda». En un arrebatado de efusividad, mi mejor amigo, Martin Harper, escribió «Amigosx100pre» debajo de un dibujo detallado de un pene y un par de testículos.

Harper, Fox y Lloyd. En aquel momento, ellos eran mis mejores amigos; no eran solo los chicos, sino *los* chicos, y, aunque algunas chicas andaban cerca —Debbie Warwick, Becky Boyne y Sharon Findlay—, el grupo era autosuficiente e impenetrable. A pesar de que ninguno de nosotros tocara un instrumento, nos gustaba creer que éramos un grupo de música. Harper, todos lo sabíamos, era la guitarra principal y el vocalista. Fox era el bajo, un *dum-dum-dum* grave y básico. Lloyd se autoproclamaba «loco», así que era el baterista, lo que significaba que a mí me quedaban...

—Las maracas —había dicho Lloyd y todos habíamos reído y añadido «maracas» a la larga lista de apodos.

Ahora Fox las dibujaba en mi camisa: un par de maracas cruzadas bajo una calavera, como si fuera una insignia militar. Debbie Warwick, cuya madre era azafata, había traído de contrabando una bolsa llena de botellas en miniatura de los sabores de caja de bombones que preferíamos, como café y crema o menta y coco; nosotros las envolvíamos con nuestros puños, dábamos un trago, hacíamos una mueca y escupíamos mientras el señor Ambrose, con los pies sobre el escritorio, mantenía los ojos fijos en el video de *Liberad a Willy II* que estaba de fondo, un regalo del instituto que todos ignorábamos.

Las botellitas hicieron las veces de aperitivo para nuestra última comida en el instituto. Todavía perduraban los recuerdos de la legendaria guerra de comida del 94: los sobres de ketchup explotados bajo los pies, trozos de pescado rebozado que volaban por el aire como estrellas ninja, patatas asadas arrojadas como granadas.

—Vamos. Te desafío —le dijo Harper a Fox mientras sostenía la punta de una salchicha con consistencia de cuero para evaluar su peso, pero los profesores patrullaban los pasillos como guardias de prisión y, con la promesa del pastel esponjoso y la natilla en el horizonte, el momento de peligro pasó.

En la asamblea dedicada a los que estábamos a punto de graduarnos, el señor Pascoe dio el discurso que todos esperábamos: nos alentó a mirar hacia el futuro pero recordar el pasado, a apuntar alto pero soportar los momentos más bajos, a creer en nosotros mismos pero pensar en los

demás. Lo importante no era solo lo que habíamos aprendido —¡y esperaba que hubiéramos aprendido mucho!—, sino también el tipo de jóvenes adultos en los que nos habíamos convertido, y nosotros escuchábamos, como los jóvenes adultos que éramos, atrapados entre el cinismo y el sentimentalismo, escandalosos por fuera pero intimidados y tristes por dentro. Hacíamos gestos burlones y poníamos los ojos en blanco, pero, en algún lugar de los pasillos, había manos que se aferraban a otras manos y se oían sollozos cuando nos incitaban a valorar las amistades que habíamos hecho, amistades que durarían para toda la vida.

—¿Toda la vida? Dios, espero que no —comentó Fox y me hizo una llave para atrapar mi cabeza debajo de su brazo y frotarla con los nudillos.

Era la hora de los premios y todos nos deslizamos en las sillas. Los premios fueron entregados a los chicos que siempre recibían los premios, y los aplausos se disiparon mucho antes de que bajaran del escenario para hacerse las fotos para el periódico local con un vale por un libro debajo del mentón, como si se tratara de una rueda de reconocimiento policial. A continuación, guiada por el señor Solomon, de Música, la Banda de Swing del Instituto Merton Grange salió al escenario con mucho estrépito para satisfacer nuestro deseo de oír el sonido de una *big band* al mejor estilo estadounidense y tocar una versión cacofónica y torpe de *In the Mood* de Glenn Miller.

—¿Por qué? Que alguien me explique *por qué* —se quejó Lloyd.

—Para ponernos *de humor* —respondió Fox.

—¿De qué humor? —pregunté yo.

—De un humor de mierda —respondió Lloyd.

—*Tortura*, de Glenn Miller y su Orquesta —bromeó Fox.

—No es sorprendente que estrellara el avión —comentó Harper y, cuando el bombardeo de música llegó a su fin, él, Fox y Lloyd se pusieron de pie de un salto y vitorearon:

—¡Bravo, bravo!

En el escenario, Gordon Gilbert, con aspecto demente, levantó su trombón por la campana y lo arrojó alto, bien alto, donde quedó suspendido en el aire por un instante antes de caer con fuerza sobre el parqué y aplastarse como si fuera de hojalata y, mientras el señor Solomon le gritaba a Gordon a la cara, nosotros arrastramos los pies hacia la fiesta disco.



Me doy cuenta de lo ausente que estoy en todo lo que he contado. Recuerdo bien aquel día, pero cada vez que intento describir mi papel, me encuentro hablando de lo que vi y oí, no de algo que dijera o hiciera. Como estudiante, mi rasgo distintivo era la falta de cualquier distinción. «Charlie trabaja duro para alcanzar los estándares básicos y, la mayoría de las veces, lo consigue»; eso era de lo mejor que habían dicho sobre mí, e incluso esa pequeña reputación había sido atenuada por los eventos del período de exámenes. No era admirado ni odiado, no me adoraban ni me temían; no era un matón, aunque conocía a varios, pero no intervenía ni me interponía entre la manada y la víctima, porque tampoco era valiente. Nuestra promoción en el instituto se caracterizó por un

fuerte elemento delictivo: tuvimos ladrones de bicicleta, rateros y pirómanos, y aunque yo me mantuve alejado de los chicos que daban más miedo, tampoco hice amistad con los más brillantes y obedientes, los que eran adornados con vales para libros. No me ajustaba a la norma ni me rebelaba, no colaboraba ni me resistía; me mantenía alejado de los problemas sin acercarme a ninguna otra cosa. La comedia era nuestra moneda y, si bien yo no era uno de los payasos de la clase, tampoco carecía de ingenio. De vez en cuando, conseguía sacarle una risa sorprendida a la gente, pero mis mejores chistes quedaban tapados por una voz más fuerte o llegaban demasiado tarde, hasta tal punto que, incluso ahora, más de veinte años más tarde, todavía se me ocurren cosas que debería haber dicho en el 96 o el 97. Sabía que no era feo —alguien me lo habría dicho— y tenía una noción vaga de los susurros y las risitas que provenían de algunos grupos de chicas apiñadas, pero ¿de qué servía eso si no tenía ni idea de qué decir? Había heredado la altura, y solo la altura, de mi padre, mientras que mis ojos, nariz, dientes y boca los había heredado de mi madre —como debía ser, según mi padre—, aunque también heredé de él la tendencia a andar encorvado y con los hombros redondeados para ocupar menos espacio en el mundo. Por fortuna, alguna rareza en mis glándulas y hormonas me había evitado los granos y forúnculos pulsantes que dejan cicatrices literales en muchos adolescentes, y no era ni escuálido por la ansiedad ni rollizo por las patatas fritas y los refrescos enlatados que nos proporcionaban energía, pero tampoco me sentía seguro de mi apariencia. No me sentía seguro de absolutamente nada.

A mi alrededor, los chicos ajustaban sus personalidades con la misma facilidad con la que se cambiaban de ropa o corte de pelo. Éramos de plástico, mutables, y todavía quedaba tiempo, antes de que nos endureciéramos, para experimentar y modificar nuestra caligrafía, nuestras opiniones políticas, la forma en la que reíamos o caminábamos o nos sentábamos en una silla. Los últimos cinco años habían sido como un enorme ensayo caótico, con ropa y actitudes descartadas, amistades y opiniones desparramadas por el suelo; aterrador y emocionante para aquellos que participaban, enloquecedor y absurdo para los padres y profesores, que se veían obligados a presenciar esas improvisaciones tensas y a limpiar el desorden que quedaba.

Pronto llegaría la hora de asentarnos en un papel en el que podríamos encajar, pero cada vez que intentaba verme como me veían los demás (a veces de forma literal, tarde por la noche, examinando con profundidad mi reflejo, con el pelo peinado hacia atrás, en el espejo que mi padre usaba para afeitarse), no veía nada especial. Las fotos mías que tengo de esa época me recuerdan a unas de esas primeras encarnaciones de un personaje animado, los prototipos que se asemejan a la versión posterior pero son algo desproporcionados y no parecen estar del todo bien.

Nada de todo eso sirve demasiado. Imagina, entonces, otra foto: la foto que a todo el mundo le han hecho en el instituto, donde aparecen todos, con las caras demasiado pequeñas como para alcanzar a distinguirlas sin escudriñar de cerca. Tenga la foto cinco o cincuenta años, siempre hay una figura en la fila del medio que resulta vagamente familiar, alguien sin anécdotas ni asociaciones, sin escándalos ni triunfos a su nombre. Tú te preguntas: «¿Quién era esa persona?».

Esa persona es Charlie Lewis.



Serrín

La fiesta disco de los graduados tenía reputación de alcanzar niveles de depravación dignos de los romanos, y lo único que la superaba era el viaje de estudios de Biología. Nuestra arena era el pabellón deportivo, un espacio lo bastante grande como para acomodar un avión de pasajeros. Para crear la ilusión de intimidad, habían colgado unos banderines antiguos entre las barras que estaban contra las paredes y una bola de espejos de una cadena, como si fuera un mangual medieval, pero el espacio seguía pareciendo expuesto y árido, y, durante las primeras tres canciones, todos nos quedamos sentados en línea en los bancos del lateral y nos miramos a través del parqué gastado y polvoriento como si fuéramos guerreros que se observan a través de un campo de batalla; nos pasábamos y bebíamos las últimas botellitas de Debbie Warwick en busca de coraje, hasta que solo quedó Cointreau, una línea que nadie se animaba a cruzar. El señor Hepburn, de Geografía, encargado de la mesa de DJ, cambiaba con desesperación de *I Will Survive* a *Baggy Trousers* e incluso *Relax*, hasta que el señor Pascoe pidió que la quitara. Quedaba una hora y quince minutos. Estábamos perdiendo el tiempo...

Pero entonces empezó a sonar *Girls & Boys*, de Blur y, como si alguien hubiera dado una señal, hubo un aluvión hacia la pista de baile, todos empezaron a bailar de forma descontrolada y se quedaron a aullar las letras de los himnos de música *pop-house* que siguieron. El señor Hepburn había alquilado una luz estroboscópica y ahora apretaba el interruptor a fondo con el pulgar sin que le importaran lo más mínimo las regulaciones de salud y seguridad. Nosotros flexionábamos los dedos y los mirábamos con asombro, metíamos las mejillas para dentro y nos mordíamos los labios inferiores como habíamos visto en los telediarios que hacía la gente en las *raves*, golpeábamos el aire con los puños y el suelo con los pies, hasta que el sudor empezó a traspasar nuestras camisas. Veía que la tinta de «Amigosx100pre» se estaba corriendo y, con una sensación repentina de aprecio por aquella reliquia, me abrí camino hacia el banco donde había dejado mi mochila, saqué mi camiseta deportiva vieja de dentro, la acerqué a mi cara para verificar que alcanzara los estándares más bajos de limpieza, y me dirigí al vestuario de los chicos.

Si, tal como me lo habían enseñado las películas de terror, las paredes y los cimientos de los lugares absorbían las emociones de aquellas personas que pasaban por ellos, entonces aquel vestuario necesitaba un exorcismo. Habían ocurrido cosas terribles en ese lugar. Allí estaba la pila fétida de objetos perdidos en la que habíamos enterrado a Colin Smart, toallas enmohecidas y calcetines indescriptibles que tenían la densidad y antigüedad de una turbera, y, allí, en aquel otro lugar, fue donde habían tirado de la ropa interior de Paul Bunce con tanta violencia que había tenido que ingresar en urgencias. Esa sala era una jaula de lucha donde ningún golpe, físico o

mental, estaba prohibido y, sentado en uno de los bancos por última vez, con la cabeza cuidadosamente ubicada entre los ganchos para los abrigos que tantas víctimas se habían cobrado, sentí una tristeza repentina e increíble. Quizás fuera la nostalgia, pero lo dudaba: ¿nostalgia por los estuches para lápices rellenos de jabón líquido y los latigazos de toallas mojadas? Lo más probable era que fuera el arrepentimiento por las cosas que no habían pasado, los cambios que no habían tenido lugar. La oruga contruye un capullo y, dentro de ese cascarón duro, las paredes celulares se disuelven, las moléculas se agitan y se reorganizan, y el capullo se abre para revelar otra oruga, más larga, un poco más peluda y con menos certezas sobre el futuro.

En los últimos tiempos, había sido susceptible a ese tipo de episodios de reflexión sentimental y en ese momento me sacudí la introspección de encima con un movimiento literal de la cabeza. El verano estaba por delante y, en ese intervalo entre el arrepentimiento del pasado y el miedo del futuro, ¿no sería posible divertirse, vivir la vida y hacer que algo ocurriera? En ese mismo momento, mis amigos estaban cerca, bailando como robots. Tiré de la camiseta vieja para ponérmela con rapidez, le eché una mirada a las inscripciones garabateadas en la camisa del uniforme y vi, cerca del faldón, en tinta azul y en letra clara y prolija, las palabras:

«me hiciste llorar».

Doblé la camisa con cuidado y la guardé en la mochila.

Cuando volví al pabellón, el señor Hepburn estaba poniendo *Jump Around* y el baile se había vuelto más salvaje, más agresivo, había chicos que se arrojaban sobre otros como si intentaran derribar una puerta.

—Cielos, Charlie —dijo la señorita Butcher, de Teatro—, ¿es todo tan *emotivo*!

Durante el día, las pasiones más familiares, la malicia y la sentimentalidad, el amor y la lujuria, habían alcanzado una intensidad insostenible. El aire vibraba con esas sensaciones y, en busca de un escape, trepé a las barras, me plegué entre los escalones y pensé en esas tres palabras, escritas con rapidez pero también con cuidado y deliberación. Intenté recordar una cara, encontrarla entre las caras del pabellón, pero era como una de esas historias de misterio en las que todos tienen un motivo.

De pronto, una nueva moda se impuso en la pista de baile y los chicos empezaron a colgarse de la espalda de otros para embestirse entre ellos, como si se tratara de un torneo de justas. El golpe de las columnas vertebrales contra el parqué se oía incluso por encima de la música. Había estallado una batalla de verdad. Alcancé a ver que alguien tenía un manojito de llaves en el puño y, con la intención de restaurar el orden público, el señor Hepburn puso a las Spice Girls, una especie de cañón de agua contra los chicos, que se dispersaron hacia los bordes y fueron reemplazados por las chicas, que saltaban y sacudían los dedos hacia las demás. También la señorita Butcher reemplazó al señor Hepburn en la bandeja. Lo vi levantar la mano para que yo lo viera y atravesó a la carrerilla la pista de baile, mirando hacia ambos lados como si cruzara una calle ajetreada.

—¿Qué te parece, Charlie?

—Se ha equivocado de vocación, señor.

—Lo que los clubes nocturnos han perdido, lo ha ganado la geografía —respondió a la vez que

se doblaba para sentarse junto a mí en las barras—. Ahora puedes llamarme Adam. Somos dos civiles, o lo seremos en... ¿cuánto, unos treinta minutos? ¡En treinta minutos me puedes llamar como quieras!

Me gustaba el señor Hepburn, y admiraba su perseverancia ante la indiferencia más explícita. *Sin ánimo de ofender, señor, pero ¿de qué sirve todo esto?* Muchos profesores lo habían intentado, pero él había sido al que mejor le había salido el truco de parecer alguien decente sin ser obsequioso, hacer comentarios jugosos que sugerían «fines de semana geniales» e intriga en la sala de profesores, exhibir la cantidad justa de signos de rebelión —la corbata suelta, la barba incipiente, el pelo despeinado— para insinuar que éramos camaradas. De vez en cuando, incluso soltaba alguna que otra palabrota y nosotros las recibíamos como si fueran dulces arrojados al público.

Aun así, no existía ningún universo en el que lo fuera a llamar Adam.

—Así que... ¿estás entusiasmado por hacer el bachillerato? —Ya veía venir la charla motivacional.

—No creo que lo haga, señor.

—Todavía no lo sabes. Has solicitado plaza, ¿verdad?

—Arte, Informática, Diseño Gráfico —asentí.

—Maravilloso.

—Pero mis notas no son suficientes.

—Aún no lo sabes.

—Estoy bastante seguro, señor. La mitad de las veces ni siquiera me presenté.

Me tocó una vez la rodilla con el puño, pero luego se arrepintió.

—Bueno, pero incluso si eso es cierto, hay cosas que puedes hacer. Volver a presentarte a los exámenes o hacer algo menos convencional. Un chico como tú, un chico con talento...

Todavía atesoraba el elogio que había hecho de mi proyecto del volcán: la imagen definitiva, el máximo exponente de los cortes transversales de volcanes, como si yo hubiera descubierto alguna verdad fundamental que había conseguido eludir a los volcanólogos durante siglos. Pero ese era una gancho demasiado pequeño del cual colgar la palabra «talento».

—No, conseguiré un trabajo de tiempo completo, señor. Me daré tiempo hasta septiembre y entonces...

—Todavía recuerdo esos volcanes. El sombreado era fantástico.

—Ha pasado mucho tiempo desde esos volcanes. —Me encogí de hombros y, de la nada y con horror, me di cuenta de que se había movido un interruptor en mi interior y que podría llorar en cualquier momento. Consideraré si no sería mejor trepar un poco más alto en las barras.

—Pero quizás podrías hacer algo con eso.

—¿Con volcanes?

—El dibujo, el diseño gráfico. Si quieres hablarlo conmigo una vez que lleguen los resultados...

Quizás trepar más alto no fuera la solución y lo mejor sería empujarlo. No estábamos tan alto.

—En serio, estaré bien.

—De acuerdo, Chaz, pero déjame contarte un secreto... —Se balanceó hacia mí y pude oler la cerveza en su aliento—. Aquí va. No importa. Nada de lo que ocurre ahora importa. Quiero decir, sí importa, pero no tanto como crees, y eres joven, eres muy joven. Puedes ir al bachillerato o hacerlo cuando estés listo, pero tienes. Tanto. Tiempo. Ay, tío... —Apretó con ternura la mejilla contra la estructura de madera—. Lo que haría si me despertara y volviera a tener dieciséis años...

Por fortuna, justo cuando estaba a punto de saltar, la señorita Butcher encontró la luz estroboscópica y apretó el interruptor durante un rato bien largo, hasta que se oyó un grito, la multitud se movió de forma repentina, se desató el pánico y la gente formó un círculo alrededor de Debbie Warwick, que, bajo la luz intermitente y al ritmo de *MMMBop*, tosía y escupía un vómito blanco como el magnesio que salpicaba zapatos y piernas descubiertas en una serie de imágenes que parecían salidas de una película de *stop motion* infernal y se llevaba una mano a la boca que lo único que conseguía era ampliar el arco de proyección, como el dedo en la punta de una manguera, hasta que se quedó encorvada y sola en el centro de un círculo de chicos que reían y gritaban a la vez. Solo entonces apagó la señorita Butcher la luz estroboscópica y entró de puntillas al círculo para frotarle la espalda a Debbie con la punta de los dedos y el brazo bien estirado.

—Parece Studio 54 —observó el señor Hepburn mientras bajaba de las barras—. Es todo ese parpadeo, ¿sabes?

Pausaron la música mientras los chicos se limpiaban las piernas con toallas de papel ásperas y Parky, de mantenimiento, iba a buscar el serrín y el desinfectante que siempre estaban cerca cuando había alguna fiesta.

—Damas y caballeros, quedan solo veinte minutos —anunció el señor Hepburn, que había vuelto a la bandeja—. Veinte minutos, y eso significa que es hora de bajar un poco la velocidad...

Las canciones lentas nos brindaban la oportunidad, aprobada por el instituto, de acostarnos sobre otras personas sin dejar de estar de pie. Los primeros dos acordes de *2 Become 1* habían vaciado la pista de baile, pero ahora se estaban llevando a cabo una serie de negociaciones nerviosas al borde del pabellón mientras que una pequeña cantidad de hielo seco, cortesía de los técnicos del laboratorio, escupía un humo que se asentaba a la altura de la cintura y se ocupaba de ocultar lo que pasaba. Sally Taylor y Tim Morris fueron los primeros en abrirse paso a través de la niebla; después Sharon Findlay y Patrick Rogers, los pioneros sexuales del instituto que siempre tenían las manos metidas a fondo en el pantalón o la falda del otro, como si estuvieran sacando un número para la lotería; y después Lisa «Body» Boden con Mark Solomon y Stephen «Shanksy» Shanks con Alison «Queen» Quinn, que saltaron por encima del serrín con alegría.

Sin embargo, para nosotros, esas eran viejas parejas de casados. Lo que el público quería era algo novedoso. Se escucharon vivas y hurras desde una de las esquinas, donde el Pequeño Colin Smart había sujetado la mano de Patricia Gibson y la gente había formado un pasillo por el que ella avanzó hacia la luz, un poco a empujones y un poco a tirones, la mano libre cubriéndose la cara todo lo que podía, como si fuera una acusada que llega a su juicio. Alrededor del pabellón, los chicos y las chicas dieron comienzo a la ronda de misiones kamikaze, en las que algunos

pretendientes eran aceptados y otros, que esbozaban una sonrisa forzada para hacer frente a los aplausos lentos, eran rechazados y despachados.

—Odio esta parte, ¿tú no?

Helen Beavis se había unido a mí en las barras, una chica del edificio de arte y campeona de hockey, alta y fuerte y conocida como «Ladrillo», aunque nunca nadie se lo decía a la cara.

—Mira eso —indicó ella—. Lisa intenta meter la cabeza entera en la boca de Mark Solomon.

—Y apuesto a que él todavía tiene su chicle ahí dentro...

—Se lo pasan del uno al otro. Como si estuvieran jugando un partido de bádminon en miniatura. *Zis, zas, zis, zas...*

Helen y yo habíamos hecho un par de intentos tímidos por trabar amistad, aunque nunca nada había echado raíz. En el edificio de arte, ella era una de las chicas con estilo que pintaban lienzos enormes y abstractos con títulos como «División» y que siempre tenía algo secándose en el horno para alfarería. Si el arte trataba de la emoción y la autoexpresión, entonces yo era apenas un «buen dibujante»; hacía bocetos detallados y sombreados de zombis, piratas espaciales y calaveras, siempre con un ojo vivo en una de las cuencas, imágenes robadas de juegos de ordenador y cómics, ciencia ficción y terror, el tipo de imágenes que presentaban una violencia tan detallada que llamaba la atención de cualquier psicopedagogo.

«Debo reconocer algo, Lewis», había dicho Helen con lentitud una vez, mientras sujetaba un mercenario intergaláctico lo más lejos que le permitía el brazo, «sabes dibujar torsos masculinos. Y capas. Imagina lo que conseguirías si dibujaras algo *real*».

Yo no le había respondido. Helen Beavis era demasiado lista para mí, de una forma privada y poco vistosa que no requería la validación de un vale por un libro. También era graciosa, pero sus mejores chistes los decía por lo bajo y para su propia satisfacción. Sus oraciones tenían más palabras de las necesarias y la mitad de las palabras tenían un giro irónico que siempre me hacía dudar de si hablaba en serio o si quería decir lo contrario. Las palabras ya me resultaban difíciles cuando tenían un solo significado, y, si nuestra amistad hizo aguas, fue por mi incapacidad de seguirle el ritmo.

—¿Sabes qué necesita este gimnasio? Ceniceros. Pegados al borde de las barras. Lo que me recuerda, ¿ya podemos fumar?

—No hasta dentro de... veinte minutos.

Al igual que el resto de nuestros mejores atletas, Helen Beavis era una fumadora empedernida que encendía un cigarrillo casi mientras salía por las puertas del instituto, un Marlboro de mentol que se sacudía de arriba para abajo cuando reía, como si fuera la pipa de Popeye, y una vez la había visto taparse una de las fosas nasales con un dedo y soplar mocos por encima de un arbusto de ligustro de más de tres metros. Tenía, a mi parecer, el peor corte de pelo que había visto en mi vida: en punta arriba de todo, largo y lacio en la parte de atrás y patillas puntiagudas, como si alguien hubiera dibujado con lápiz sobre una foto. En el álgebra misteriosa que operaba en la sala común de quinto año, si sumábamos un mal corte de pelo, el interés por el arte, el hockey y las piernas sin depilar, el resultado al que llegábamos era «lesbiana», una palabra que tenía mucho poder sobre los chicos en ese momento y era capaz de hacer que una chica se convirtiera en lo

más o menos interesante del mundo. Existían dos —y solo dos— tipos de lesbianas, y Helen no era del tipo que aparecía en las páginas de las revistas que tenía Martin Harper, así que los chicos no le prestaban demasiada atención, algo que seguro que no le molestaba ni en lo más mínimo. Pero a mí me gustaba y quería impresionarla, aunque mis intentos no solieran ganarme más que una lenta sacudida de su cabeza.

Al fin, la bola de espejos entró en acción y empezó a girar.

—Ah. Qué mágico —comentó Helen y señaló con la cabeza a los bailarines que giraban con lentitud—. Siempre en dirección a las agujas del reloj, ¿lo has notado?

—En Australia, giran hacia el otro lado.

—En el Ecuador, se quedan quietos. Es bastante incómodo. —*2 Become 1* se convirtió en la voz dulce como el almíbar de Whitney Houston cantando *Greatest Love of All*—. Vaya —suspiró Helen y echó los hombros hacia atrás—. Por nuestro bien, espero que la canción no tenga razón y los niños *no* sean nuestro futuro.

—No creo que Whitney Houston estuviera pensando en este instituto en particular.

—No, supongo que no.

—Otra cosa que nunca he entendido de esta canción: *aprender a quererse a uno mismo...* ¿por qué es ese el amor más grande de todos?

—Tiene más sentido si lo reemplazas por el verbo «odiar» —dijo. Los dos escuchamos.

—*Aprender a odiarse a uno mismo...*

—... *es el odio más grande de todos. Por eso es tan fácil de alcanzar.* Y lo genial es que funciona con casi todas las canciones de amor.

—*Ella te odia...* —canté con el ritmo de *She Loves You*, de los Beatles.

—Exacto.

—Gracias, Helen. Ahora tiene mucho más sentido.

—Considéralo un regalo de mí para ti. —Volvimos a echar una mirada a la pista de baile—. Trish parece contenta. —Miramos cómo Patricia Gibson, todavía con los ojos cubiertos por la mano, conseguía bailar y hacer una retirada al mismo tiempo—. Los pantalones de Colin Smart han adquirido una forma interesante. Qué lugar más raro para guardar los útiles de geometría. *¡Boing!* —Helen hizo un gesto con el dedo—. Una vez me hicieron eso. Un chico del Baile de Navidad de los metodistas cuyo nombre no tengo permitido repetir. No es agradable. Es como si te clavaran la esquina de una caja de zapatos contra la cadera.

—Creo que los chicos lo disfrutamos más que las chicas.

—Entonces, id a frotaros contra un árbol o cualquier otra cosa. Es grosero, y con eso quiero decir descortés. Elimínalo de tu arsenal, Charles. —En algún otro lugar, había manos que buscaban traseros y se quedaban sobre ellos, quietas y asustadas, o masajeaban la carne como si fuera masa de pizza—. La verdad es que es un espectáculo de lo más desagradable. Y no lo digo solo por mi aclamado lesbianismo.

Me moví un poco sobre la barra. No estábamos acostumbrados a tener charlas tan honestas y abiertas. Lo mejor sería ignorarlo, hasta que, después de un momento...

—¿Quieres bailar? —preguntó.

—No, así estoy bien —respondí con el ceño fruncido.

—Sí, yo también —dijo. Pasó un rato—. Si quieres sacar a bailar a otra persona...

—En serio, estoy bien.

—¿No te gusta nadie, Charlie Lewis? ¿No tienes nada que quieras sacar del pecho en estos momentos finales?

—Yo no hago nada de... eso. ¿Tú?

—¿Yo? No, estoy prácticamente muerta por dentro. De todas formas, el amor es una construcción burguesa. Todo esto... —Señaló la pista de baile con la cabeza—. No es hielo seco, es una nube de feromonas encubiertas. Huélelo. El amor es... —Olimos el aire—. Cointreau y desinfectante.

Se oyó el chillido del acople del micrófono, seguido por la voz del señor Hepburn, que hablaba con la boca demasiado cerca del micrófono.

—Esta es la última canción, damas y caballeros, ¡vuestra última canción! Quiero veros a todos bailar con alguien... ¡Sed valientes!

Empezó a sonar *Careless Whisper* y Helen señaló con la cabeza a un grupo de chicas apiñadas del que se desprendió una sola. Emily Joyce se acercó a nosotros y se dispuso a hablar cuando todavía estaba demasiado lejos para escucharla.

—...

—¿Qué?

—...

—No alcanzo a...

—¡Hola! Solo estaba saludando.

—Hola, Emily.

—Helen —dijo a modo de saludo.

—Vaya, hola, Emily.

—¿Qué hacéis?

—Somos *voyeurs* —respondió Helen.

—¿Qué?

—Estamos mirando —aclaré yo.

—¿Habéis visto cuando Mark ha metido la mano debajo de la falda de Lisa?

—No, me temo que nos lo hemos perdido —dijo Helen—. Aunque sí los hemos visto besándose. Ha sido todo un espectáculo. ¿Alguna vez has visto una pitón reticulada tragarse un pequeño cerdo de río, Emily? Parece que dislocan la mandíbula aquí atrás...

—¿Qué? —Emily, irritada, miró a Helen con los ojos entornados.

—He dicho que si alguna vez habías visto a una pitón reticulada tragarse un cerdo...

—Mira, ¿quieres bailar o qué? —soltó Emily con impaciencia y me clavó un dedo puntiagudo en la rodilla.

—No os preocupéis por mí —señaló Helen.

Es posible que yo inflara las mejillas y resoplara.

—De acuerdo —dije y salté al suelo.

—No os resbaléis con el vómito, tortolitos —indicó Helen mientras nosotros entrábamos a la pista de baile.



Lentos

Estiré los brazos y, durante un momento, nos quedamos sujetos de la mano a un lado de la pista, como un par de jubilados en una fiesta de té. Emily corrigió mi posición, colocó mi mano en la parte baja de su espalda y, cuando empezamos nuestra primera rotación, cerré los ojos e intenté identificar alguna emoción. La luz de estrellas artificial sugería que debía sentirme romántico; el sonido ronco del saxofón combinado con la sensación de su pelvis y el broche de su sujetador debería haber bastado para encender mi deseo, pero la única emoción que reconocía era la vergüenza y el único anhelo que tenía era que la canción llegara a su fin. El amor y el deseo están demasiado enredados con el ridículo y, tal como me esperaba, a un lado del pabellón, Lloyd estaba moviendo la lengua de modo obsceno mientras Fox se giraba hacia la pared, cruzaba los brazos y se disponía a acariciar su propia espalda. Ajusté la mano derecha para que solo se viera el dedo del medio, lo que me pareció bastante ingenioso por mi parte, y nos alejamos dando vueltas mientras el saxofón seguía sonando. *Di algo, di algo...*

—Hueles a chico. —Emily fue la primera en hablar.

—Ah. Sí, es una camiseta vieja que uso para jugar. Es lo único que tenía. Lo siento.

—Está bien, me gusta —respondió y se acurrucó contra mi cuello, donde sentí algo mojado que podría haber sido un beso o el toque de una toalla húmeda.

Sin contar abuelas, había besado o recibido besos dos veces antes de ese día, aunque sería más apropiado describir esos eventos como colisiones faciales. La primera vez fue en una muestra audiovisual a oscuras durante una excursión de Historia a unas ruinas romanas. No hay ningún motivo para que alguien sepa cómo besar por instinto —al igual que el *snowboard* o el *tap*, no se aprende solo con ver—, pero Becky Boyne había seguido las instrucciones de los cuentos de hadas de Disney, así que había fruncido los labios hasta formar un botón apretado y seco que apoyó en toda mi cara, como si fuera un pájaro que intentaba sacar una nuez de un comedero. Las películas también nos habían enseñado que un beso no era un beso a menos que hiciera ruido, así que cada contacto venía acompañado por un pequeño ruido de labios, tan artificial como el chasquido de la lengua que representa el andar de un caballo. ¿Los ojos debían quedar abiertos o cerrados? Yo los dejé abiertos para estar alerta en caso de que nos descubrieran o nos atacaran, y aproveché para leer el cartel que estaba en la pared detrás de ella. Los romanos, aprendí, habían sido pioneros en la calefacción a través del suelo, y, mientras tanto, el *tap-tap-tap* continuaba, cada vez más fuerte e insistente, como si fuera alguien que intentaba desatascar una grapadora.

En contraste, besar a Sharon Findlay había sido un frenético ataque de tiburón, una experiencia furiosa y de bocas abiertas en la que nos presionamos contra el respaldo de un sofá. Harper tenía

un sótano en su casa, un búnker de cemento que tenía cierta reputación y que, los viernes por la noche, se asemejaba al refugio antinuclear de la Mansión Playboy. Era allí donde Harper organizaba sus «fiestas de DVD» exclusivas para invitados privilegiados y repartía cerveza de marca blanca con un agregado de aspirina —la aceituna de nuestro martini—, que bebíamos con una pajita y que era lo bastante fuerte como para que termináramos detrás del sofá, besándonos entre bolas de polvo y moscas muertas. Nunca antes había sido tan consciente de que la lengua era un músculo, un músculo poderoso y sin piel, como el brazo de una estrella de mar, y, cuando mi lengua intentó luchar contra la de Sharon, era como si fueran un par de borrachos que pelean en un pasillo angosto para ver quién pasa primero. Cada vez que yo intentaba levantar la cabeza, ella volvía a empujarme hacia esa base polvorienta con la misma fuerza y el mismo movimiento que usaría para exprimir un pomelo. Todavía tengo el recuerdo de que, cuando Sharon Findlay eructó, se inflaron mis mejillas, y que, cuando al fin nos separamos, ella se limpió la boca con todo el largo de su brazo. Después de esa experiencia, yo había quedado conmocionado y, además, tenía la mandíbula dolorida, dos heridas pequeñas en la comisura de los labios y una tercera en la base de la lengua; también sentía náuseas, a causa de lo que debía de haber sido, al menos, medio litro de la saliva de otra persona. Pero también sentía un entusiasmo raro, como si acabara de bajarme de un juego aterrador en un parque de atracciones, y no estaba seguro de si quería volver a hacerlo de inmediato o si no quería volver a hacerlo nunca más en la vida.

El dilema había sido arrebatado de mis manos esa misma noche, cuando ella empezó a salir con Patrick Rogers. Ahora pasábamos junto a ellos en la pista de baile mientras se devoraban mutuamente bajo la bola brillante institucional. Volví a sentir algo húmedo en el cuello y un murmullo que no alcancé a oír por encima de la música.

—¿Perdón?

—He dicho... —Pero seguía mascullando contra mi cuello y lo único que entendí fue la palabra «baño».

—No te oigo...

Volvió a decir: «algo algo baño», y me pregunté si habría dicho que yo necesitaba un baño. Si tan solo bajaran el volumen...

—Lo siento, ¿puedes repetirlo una última vez?

Emily masculló algo.

—De acuerdo —dije—, una última vez.

Emily sacó la cara de mi cuello y me miró enfurecida.

—¡Tu puta madre, lo que *he dicho* es que me gusta pensar en ti cuando me *baño*!

—Ah. ¿En serio? ¡Muchas gracias! —respondí, pero no sentí que fuera suficiente, así que añadí —: ¡Igualmente!

—¿Qué?

—¿Igualmente?

—¡No es cierto! Solo... olvídalo. ¡Ay, Dios! —exclamó ella antes de volver a acomodar la cabeza contra el cuello, pero ahora había un elemento de furia en nuestro baile lento y los dos sentimos alivio cuando al fin acabó. Incómodas en el silencio repentino, las parejas se separaron

con caras brillantes y sonrientes—. ¿A dónde irás después de esto? —preguntó Emily.

—No estoy seguro. Supongo que a lo de Harper.

—¿Al sótano? Ah. De acuerdo. —Redondeó los hombros hacia adelante, hizo un puchero con el labio inferior y sopló su flequillo—. Nunca he ido al sótano —señaló, y la habría invitado, pero Harper tenía una política de ingreso muy dura e inflexible. El momento pasó y ella me dio un único empujón en el pecho—. Nos vemos. —Me habían despachado.

—¡De acuerdo, damas y caballeros! —anunció el señor Hepburn que volvía a tener el micrófono—. ¡Parece que tenemos tiempo para una última canción después de todo! ¡Quiero veros a todos y cada uno de vosotros en la pista de baile! ¿Estáis listos? ¡No os oigo! Recordad rodear el serrín cuando bailéis, por favor. ¡Aquí vamos!

La canción era *Heart of Glass*, de Blondie, apenas menos remota para nosotros que *In the Mood*, pero claramente había sido una buena elección, porque todos entraron a la pista de baile: los chicos de teatro, los chicos deprimidos que hacían alfarería e incluso Debbie Warwick, que se había limpiado pero seguía pálida e inestable. Los técnicos del laboratorio usaron lo último que quedaba del hielo seco, el señor Hepburn subió el volumen y, entre vivas y hurras, Patrick Rogers se quitó la camisa por la cabeza y la arrojó por los aires con la intención de iniciar una tendencia, pero, cuando esto no ocurrió, se la volvió a poner. El furor del momento era la actuación de Lloyd: colocaba su mano sobre la boca de Fox y pretendía que lo besaba. El Pequeño Colin Smart, único miembro masculino del Club de Teatro, había organizado un juego de confianza en el que se turnaban para caer hacia atrás sobre los brazos de otra persona al ritmo de la música; Gordon Gilbert, destructor de trombones, se había subido a los hombros de Tony Stevens y abrazaba la bola de espejos como si fuera una boya y él, un hombre a punto de ahogarse, hasta que Tony Stevens se apartó y lo dejó colgado mientras Parky, de mantenimiento, lo pinchaba con el palo de su mopa.

—¡Mirad esto! ¡Mirad esto! —gritó alguien cuando Tim Morris empezó a hacer *breakdance* sobre el suelo, giró descontrolado hacia la mezcla de serrín y desinfectante y dio un salto mientras intentaba limpiarse los pantalones como un desquiciado.

Sentí un par de manos en la cadera y resultaron ser de Harper, que gritó algo que podría haber sido «te quiero, amigo» y me dio dos besos ruidosos en las orejas, *paf-paf*; de pronto, otra persona soltó sobre mis hombros y todos formamos una melé: los chicos —Fox y Lloyd, Harper y yo— y otros con los que apenas había hablado, y todos parecíamos reírnos de una broma que nadie alcanzaba a oír. En ese instante, la idea de que aquellos habían sido los mejores años de nuestra vida se me antojó tanto posible como trágica, y deseé que el instituto hubiera sido siempre así, nuestros brazos alrededor de los demás en una muestra de afecto casi camorrista, y que me hubiera tomado el tiempo de hablar más con esa gente y de hacerlo de manera diferente. ¿Por qué lo habíamos dejado para el último momento? Ya era demasiado tarde, la canción casi terminaba: *uh-uh, uh-oh, uh-uh, uh-oh*. El sudor hacía que la ropa se nos pegara a la piel, que los ojos nos ardieran, que las narices gotearan. Cuando me puse de pie después de la melé, vi durante un momento a Helen Beavis bailando sola, encorvada como una boxeadora, con ojos apretados, cantando *uh-uh, uh-oh*, y entonces, detrás de ella, vi algo de movimiento y la apertura repentina

de la salida de incendios. El brillo atómico inundó el pabellón, como la luz de la nave espacial al final de *Encuentros en la tercera fase*. Deslumbrado, Gordon Gilbert cayó de la bola de espejos. La música se apagó y todo terminó.

Eran las tres y cincuenta y cinco de la tarde.

Nos habíamos perdido la cuenta atrás y ahora estábamos quietos, nuestras siluetas recortadas contra la luz, y parpadeábamos confundidos mientras los profesores nos arreaban hacia las puertas con brazos extendidos. Teníamos la voz ronca y la piel fría por el sudor, y fue así cómo recogimos nuestras cosas —palos de hockey, cuencos de cerámica, fiambreras rancias, maquetas aplastadas y camisetas deportivas que eran trapos viejos— y salimos hacia el patio a trompicones, como si fuéramos refugiados. Las chicas se aferraban con fuerza a sus amigas y nos llegó la noticia de que alguien había cortado las ruedas de todas las bicicletas en un último intento, desquiciado e inútil, de cobrarse alguna venganza.

En las puertas del instituto, los chicos se apiñaban alrededor del camión de helados. De pronto, la libertad que habíamos estado celebrando parecía un exilio, paralizador e incomprensible, así que nos quedamos deambulando en la entrada sin saber qué hacer, animales que habían sido devueltos al mundo salvaje antes de tiempo y que ahora miraban hacia sus jaulas. Vi a mi hermana, Billie, al otro lado de la calle. Casi no hablábamos, pero levanté la mano. Ella me sonrió y se alejó.

Los cuatro emprendimos el último regreso a nuestras casas y ya estábamos convirtiendo el día en anécdota, aunque todavía no hubiera terminado. Cerca de las vías del ferrocarril, entre los abedules plateados, alcanzamos a ver una nube de humo y el brillo anaranjado de la pira ceremonial que Gordon Gilbert y Tony Stevens habían construido con carpetas y uniformes viejos, plástico y nailon. Vitorearon y aullaron como criaturas salvajes, pero nosotros seguimos caminando hasta el cruce donde siempre nos separábamos. Dudamos un instante. Quizás deberíamos hacer algo para marcar la ocasión, decir algo. ¿Abrazarnos? Pero huíamos de los gestos afectivos. Era una ciudad pequeña, y requeriría más esfuerzo perder el contacto que vernos todo el tiempo.

—Nos vemos.

—Os llamaré más tarde.

—Hemos quedado el viernes, ¿no?

—Nos vemos.

—Adiós.

Y volví a pie a la casa en la que ahora vivía solo con mi padre.



Infinito

Solía tener un sueño recurrente —inspirado, creo yo, por la experiencia de haber visto *2001: Una odisea del espacio* a una edad muy temprana—, en la que flotaba suelto en el espacio infinito. El sueño me aterraba, y me sigue aterrando, no por la falta de aire o de alimento, sino por la sensación de impotencia; no había nada de dónde aferrarme o empujar, solo el vacío, el pánico y la convicción de que nunca se acabaría.

Así sentía el verano. ¿Cómo podría llenar la cantidad infinita de días, llenos cada uno de una cantidad infinita de horas? Durante el último semestre habíamos hecho planes: incursiones a Londres para acechar Oxford Street (y solo Oxford Street) y algunas expediciones a lo Tom Sawyer a New Forest o la Isla de Wight con mochilas llenas de cerveza. Lo llamábamos «el campamento de la borrachera», pero tanto Harper como Fox habían conseguido un trabajo a tiempo completo y con dinero en mano en la empresa del padre de Harper, que era constructor, así que los planes se habían desvanecido. Además, yo tenía mi propio trabajo a tiempo parcial, también con dinero en mano, detrás del mostrador de la gasolinera local.

Pero eso solo consumía doce horas de mi semana. El resto del tiempo era mío para hacer... ¿qué? El lujo de dormir hasta tarde en mitad de la semana no tardó en perder su encanto y lo único que quedó fue la tristeza inquieta del sol a través de las cortinas, el día largo, perezoso y letárgico por delante, y luego otro y otro, cada uno como uno de esos malditos días de feria que parecen inflados. La ciencia ficción, y no la clase de Ciencia, me había enseñado que el tiempo se comporta de modo diferente según la ubicación y, en la litera inferior de un chico de dieciséis años durante los últimos días de junio de 1997, el tiempo se movía con mayor lentitud que en cualquier otro lugar del cosmos.

La casa que ocupábamos era nueva. Nos habíamos mudado de la «casa grande», la casa familiar, poco después de Navidad, y yo la echaba de menos muchísimo: adosada; compuesta por cuadrados y triángulos, como si fuera un dibujo infantil; tenía una barandilla para deslizarse y una habitación para cada uno; había espacio para aparcar el coche y columpios en el jardín. Mi padre había comprado la casa grande en un arrebato de optimismo apresurado, y recuerdo la primera vez que nos la enseñó, cómo daba golpecitos contra las paredes para confirmar la calidad de los ladrillos y estiraba las manos sobre el radiador para sentir la calefacción central en todo su esplendor. Había una ventana mirador donde me podía sentar a observar el tráfico como si fuera un joven aristocrático y, lo más impresionante de todo, tenía un pequeño vitral cuadrado sobre la puerta principal: un amanecer en tonos amarillos, dorados y rojos.

Pero ya no había más casa grande. Ahora mi padre y yo vivíamos en uno de esos complejos de

viviendas de los ochenta que tenía el nombre de La Biblioteca, donde se intentaba fortalecer la cultura bautizando a todas las calles con nombres de autores reconocidos: Woolf Road llevaba a Tennyson Square, Mary Shelley Avenue se cruzaba con Coleridge Lane. Nosotros vivíamos en Thackeray Crescent y, aun sin haber leído nada de Thackeray, estaba seguro de que su influencia no sería fácil de detectar. Las casas eran construcciones modernas con ladrillos pálidos, techos planos y la característica distintiva de tener paredes curvas, por dentro y por fuera, de modo tal que, vistas desde los aviones que rondaban cerca del aeropuerto, las construcciones parecerían orugas gordas y amarillas. Lloyd había dicho que se trataba de «un Tatooine de mierda». Al principio —éramos cuatro cuando nos mudamos—, mi padre decía que le encantaban las curvas, que transmitían los valores de nuestra familia de una forma más libre y parecida a la improvisación del jazz que las habitaciones en forma de caja de nuestra vieja casa adosada. ¡Sería como vivir en un faro! Aun si el complejo de La Biblioteca ya no parecía el futuro, si los jardines del tamaño de una mesa ya no estaban tan cuidados como antes, si algún que otro carro de supermercado rodaba a la deriva por las avenidas anchas y silenciosas, esa casa no dejaba de ser un capítulo nuevo en la historia de nuestra familia y traía consigo la tranquilidad de vivir en un lugar que estaba dentro de nuestras posibilidades. Sí, mi hermana y yo compartiríamos la habitación, pero las literas eran divertidas y no sería para siempre.

Seis meses más tarde, todavía quedaban cajas llenas de cosas que sobresalían de las paredes curvas o formaban pilas en la cama vacía de mi hermana. Mis amigos no solían visitarme: preferían pasar el rato en la casa de Harper, que parecía la casa de un dictador rumano y tenía dos rocolas, máquinas de remo y cuadríciclos, un televisor inmenso, una espada samurái y suficientes rifles de aire comprimido, pistolas y navajas automáticas para ahuyentar una invasión zombi. Mi casa tenía a mi padre loco y muchos vinilos de jazz poco conocido. Ni siquiera yo querría ir allí.

O quedarme allí. El gran proyecto del verano sería evitar a mi padre. Había aprendido a medir su estado mental con los ruidos que hacía y lo rastreaba como si yo fuera un cazador. Las paredes eran finas como las de una casa japonesa y, siempre y cuando él estuviera en silencio, era seguro enterrarme aún más profundo dentro de las sábanas, donde el aire viciado hacía que la habitación pareciera una pecera descuidada. Si a las diez todavía no había ningún movimiento, eso significaba que mi padre estaba teniendo uno de esos días en los que se quedaba en la cama, así que yo podía bajar. Durante nuestros años prósperos, forrados gracias a los préstamos bancarios, mi padre había visto un anuncio en un periódico y había comprado un ordenador, una caja del tamaño de un archivador hecho de lo que yo estaba seguro que era baquelita. Si mi padre se quedaba en la cama, yo podía pasar toda la mañana en los pasillos y cámaras de descompresión de *Doom* y *Quake*, siempre y cuando estuviera preparado para apretar el botón de apagado del monitor cuando lo escuchara en la escalera. Que yo jugara a videojuegos durante el día despertaba una ira casi irracional en mi padre, como si le estuviera disparando a él.

Sin embargo, la mayoría de los días lo escuchaba empezar a moverse a eso de las nueve para ir al baño, que estaba al otro lado de mi litera. No hay reloj despertador más efectivo que oír a mi padre orinar junto a mi cabeza, así que yo me levantaba de un salto, me ponía con rapidez la ropa que había usado el día anterior y bajaba las escaleras con el sigilo de un ninja para ver si había

dejado sus cigarrillos. Si había diez o más, no había riesgo en llevarme uno y guardarlo en un estuche dentro de la mochila. Comía pan tostado de pie junto a la barra para desayunar —otra de las novedades de la casa que había perdido el encanto: comer en banquetas— y me iba antes de que él bajara.

Pero si no conseguía hacer todo eso a tiempo, él aparecía con los ojos pegajosos y las arrugas de la almohada marcadas en la cara y nos movíamos incómodos y a empujones entre la tetera y la tostadora y poníamos en marcha nuestra actuación diaria.

—¿Ese es tu desayuno o tu comida?

—Me gusta pensar que es un *brunch*.

—Qué sofisticado. Son casi las diez...

—¡Mira quién habla!

—No me acosté hasta las... ¿Puedes usar un plato?

—Lo estoy usando.

—Entonces, ¿por qué hay migas por todas...?

—Porque no he tenido tiempo para...

—¡Solo tienes que usar el plato!

—Aquí tengo un plato, está en mis manos, es mi plato...

—Y guarda lo que uses.

—Lo haré cuando termine.

—No lo dejes en el fregadero.

—No pensaba dejarlo en el fregadero.

—Bien. No lo hagas.

Y así sucesivamente, interacciones banales y provocadoras, sarcásticas sin ser ingeniosas, no tanto una charla como un golpe en la oreja. Odiaba la forma en la que nos hablábamos, pero para cambiarlo sería necesario usar tonos de voz que ninguno de los dos poseía, así que terminábamos por callar y mi padre encendía el televisor. Quizás antes había existido un cierto placer delictivo en quedarse en casa, pero el ausentismo solo es entretenido si hay alguna responsabilidad de la cual ausentarse, y ninguno de los dos tenía eso. Lo único que sabía era que a mi padre no le gustaba estar solo, así que yo me iba.

La mayoría de los días montaba en mi bicicleta, aunque no de la forma más moderna y elegante. Usaba vaqueros en vez de licra y mi bicicleta era una de carreras vieja con el manillar curvado hacia abajo, una cadena oxidada y ruidosa y un cuadro tan pesado y rígido como un andamio soldado. Inclinado sobre el manillar, patrullaba La Biblioteca y circulaba con pereza por las calles sin salida, por Tennyson y Mary Shelley, Forster y Kipling, por Woolf y alrededor de Hardy. Me fijaba si había alguien conocido en los columpios y toboganes del parque de juegos. Andaba en bicicleta por los pasajes peatonales, iba de lado a lado por los caminos anchos y vacíos que llevaban a las tiendas.

¿Qué buscaba? Aunque no pudiera ponerle nombre, buscaba algún cambio drástico; una misión, quizás, una aventura con pruebas por superar y lecciones por aprender. Pero es algo complicado embarcarse en una aventura solo y es difícil encontrar ese tipo de misiones en la calle principal.

La nuestra era una ciudad pequeña en el sudeste, demasiado alejada de Londres para ser un suburbio, demasiado grande para ser un pueblo, demasiado desarrollada para ser calificada como parte de la campiña. Nos faltaba una estación de tren, lo que nos habría convertido en un núcleo de conexiones para los viajeros, y tampoco teníamos la prosperidad legendaria asociada a la región. En cambio, teníamos una economía que dependía del aeropuerto y los parques empresariales de la industria liviana: fábricas de fotocopadoras, cristales dobles, componentes de ordenador, accesorios, lo que fuera. La calle principal —llamada High Street— tenía algunos edificios que podrían haber sido descritos como pintorescos: un salón de té de entramado de madera llamado El Pan de Campo, una tienda de periódicos de estilo georgiano, una farmacia de estilo tudor, una cruz de mercado medieval para los bebedores de sidra, pero todo había sido estropeado por el polvo y la niebla contaminada de la calle ajetreada que estaba junto a la acera angosta, donde los compradores debían caminar pegados a las ventanas de vitrales. «Ir de tiendas» era el gran pasatiempo de la ciudad, y cualquier persona que buscara donar un abrigo a la caridad estaría en el lugar indicado. Pero el cine era ahora un almacén de alfombras, atrapado en un bucle temporal infinito donde siempre había una liquidación por cierre. Había áreas de belleza natural destacada a unos veinte minutos en coche, la costa de Sussex se encontraba a otros treinta minutos y toda la ciudad estaba contenida por una carretera de circunvalación que nos rodeaba como si fuera una alambrada.

Años más tarde, cuando oí a mis amigos hablar con cariño y efusión sobre los lugares en los que habían nacido, sobre cómo habían sido moldeados por Northumberland o Glasgow, el Distrito de los Lagos o El Wirral, me encontré envidiando hasta la expresión más trillada y estereotipada de «pertenencia». Nosotros no teníamos ningún sentido de identidad, ningún acento propio, solo un *cockney* londinense aprendido de la televisión mezclado con una ligera melodía de campo. No era que odiara mi ciudad, pero era difícil sentir cariño o efusividad por el embalse, el descampado, el bosque descuidado donde las páginas de revistas pornográficas se volvían amarillas bajo los arbustos de zarzamora. Nuestro parque de juegos era conocido por todos como el Parque de la Mierda de Perro, y la plantación de pinos era el Bosque de la Muerte; hasta donde yo sabía, esos podrían haber sido los nombres que figuraban en los mapas oficiales, y nunca nadie escribiría sonetos sobre eso.

Así que lo que yo hacía era caminar por la calle principal, echar un vistazo a los escaparates y esperar encontrarme con alguien conocido. Compraba chicle en la tienda de periódicos y leía las revistas sobre ordenadores hasta que el vendedor me echaba con la mirada y yo volvía a mi bicicleta. Debía de tener un aspecto solitario, aunque habría odiado que la gente creyera eso de mí. El aburrimiento era nuestro estado natural, pero la soledad era tabú, así que me empeñaba en adaptar la actitud de un lobo solitario, de un tipo inconformista, inescrutable y autosuficiente que montaba la bicicleta sin usar las manos. Pero se requiere mucho esfuerzo para no parecer solitario cuando se está solo, o feliz cuando no se está. Era como sostener una silla con los brazos estirados, así que, cuando ya no podía mantener la ilusión de que no me costaba nada, salía de la ciudad en bicicleta.

Para llegar a algún lugar que pudiera ser considerado campo, había que cruzar por el paso

elevado que estaba sobre la autopista —de la que provenía un estruendo alarmante que parecía una catarata enorme—, atravesar las grandes praderas de plantas amarillas de trigo y colza, pasar las planicies corrugadas de los túneles de plástico que protegían los cultivos de fresa para los supermercados y llegar a la cima de las colinas que nos rodeaban. No era un gran amante de la naturaleza, no me dedicaba a la observación de aves, a la pesca ni a la poesía, no podría haber nombrado una especie de árbol aunque cayera sobre mí y no tenía una vista o un claro favorito, pero la soledad era menos humillante allí lejos, era casi placentera, y cada día me desafiaba a alejarme más de casa, a expandir la circunferencia de lugares conocidos.

Así fue cómo pasé la primera semana, después la segunda y la tercera, hasta una mañana de jueves en la que me encontré entre la hierba alta de una pradera silvestre desde donde se veía la ciudad.



La pradera

Nunca antes había estado allí. Cansado de subir, me había bajado de la bicicleta y había notado un sendero hacia la derecha, con sombra y, por fortuna, plano. Empujé mi bicicleta por un bosque que pronto se convirtió en una pastura inclinada, con hierba crecida hasta la cintura, amarillo y verde salpicado con el rojo de las amapolas y el azul de... otra cosa. ¿Adelfa? ¿Aciano? No tenía ni idea, pero la pradera era irresistible, así que levanté la bicicleta por encima del escalón para pasar sobre la cerca de madera y me abrí paso a través de la hierba alta. Más adelante, vi aparecer una mansión de entramado de madera, que ya había avistado desde la carretera de circunvalación y que tenía un jardín formal pegado a la parte más baja de la pradera. De pronto, tuve la sensación de estar en una propiedad privada, pero dejé caer mi bicicleta y caminé hasta encontrar un hueco natural donde tomar sol, fumar y leer algo violento.

Los grandes períodos de horas vacías significaban que, por primera vez en la vida, había recurrido a la lectura. Había comenzado con las novelas de suspense y terror de la colección de mi padre, hojas dobladas en las esquinas y estropeadas por el agua de la bañera o la playa en las que se alternaba sexo con violencia con un ritmo cada vez más acelerado. Al principio, los libros me habían parecido una alternativa de segunda —leer sobre sexo y violencia era como escuchar fútbol por la radio—, pero pronto me encontré leyendo una novela por día, y olvidándolas casi de inmediato, excepto por *El silencio de los corderos* y las de Stephen King. Antes de que me pudiera dar cuenta, me había pasado a la colección de ciencia ficción de mi padre, más pequeña e intimidante que la otra: ejemplares gastados de Asimov, Ballard y Philip K. Dick. Aunque no podría haber dicho cómo lo conseguían, me daba cuenta de que aquellos libros estaban escritos en un registro diferente al de aquellos en los que había ratas gigantes. Y empecé a sentir la novela que llevaba todos los días en la mochila como una protección contra el aburrimiento, una coartada para mi soledad. Todavía conservaba un elemento furtivo —leer delante de mis amigos habría sido lo mismo que empezar a tocar la flauta o bailar música country—, pero nadie me vería en la pradera, así que ese día saqué mi ejemplar de *Matadero cinco*, de Kurt Vonnegut, elegido por tener la palabra «matadero» en el título.

Si rodaba un poco de lado a lado, podía crear una especie de trinchera, invisible desde la casa que estaba más arriba o desde la ciudad que estaba más abajo. En un intento por conmoverme, quise apreciar la vista, un paisaje salido de una maqueta para modelos de ferrocarril, con todo muy junto: plantaciones en vez de bosques, embalses en vez de lagos, establos y criaderos de gatos y perros en vez de granjas lecheras y ovejas sueltas. El cantar de los pájaros competía con el gruñido de la autopista y el zumbido constante de las torres de alta tensión que estaban por

encima de mí, pero, desde lejos, no parecía un lugar tan malo. Desde lejos.

Me quité la camiseta y me recosté, practiqué fumar con el cigarrillo del día y, después, con el libro como escudo contra el sol, empecé a leer y, de vez en cuando, paraba para sacudir las cenizas de mi pecho. Muy arriba, los aviones, llenos de pasajeros de vacaciones que venían de España e Italia, Turquía y Grecia, hacían círculos en un patrón de espera, ansiosos por aterrizar en la pista. Cerré los ojos y miré las fibras que se movían detrás de la pantalla que eran mis párpados; intenté seguirlas hasta el borde de mi visión pero se escabullían como peces en un arroyo.

Cuando desperté, el sol estaba en su punto más alto y yo, algo atontado, entré en pánico al oír exclamaciones, alaridos y gritos de caza que provenían de la colina que estaba más arriba: una cuadrilla. ¿Venían a buscarme? No, oí el latigazo de la hierba y la respiración agitada de su presa, que corría colina abajo hacia mí. Espié a través de la hierba alta. La chica tenía una camiseta amarilla y una falda vaquera que le dificultaba el correr; vi cómo usaba las manos para levantar la falda cada vez más, miraba hacia atrás y se acuclillaba para recuperar la respiración con la frente apoyada contra las rodillas raspadas. No alcanzaba a ver la expresión de su cara, pero tuve la idea, repentina y emocionante, de que la casa era alguna institución siniestra, un manicomio o un laboratorio secreto, y que yo podría ayudarla a escapar. Se oyeron más gritos y abucheos y ella echó una mirada hacia atrás, se enderezó, se subió un poco más la falda sobre sus piernas pálidas y empezó a correr directamente hacia mí. Me volví a agachar, pero no antes de verla mirar hacia atrás una vez más, tropezar hacia adelante y darse de cara contra el suelo.

Me avergüenza admitir que en ese momento solté una carcajada que conseguí cubrir con una mano. Hubo un momento de silencio y entonces la oí quejarse y reír al mismo tiempo.

—¡Ay! ¡Ay-ay-ay, qué idiota! ¡Ayyyyy!

Debía de estar a unos cuatro metros y su respiración agitada era interrumpida por su propia risa adolorida; fue entonces cuando, de pronto, me percaté de que mi pecho escuálido y desnudo estaba rosado como salmón enlatado y que el sudor y las cenizas habían formado un charco en mi esternón. Hice todas las contorsiones necesarias para vestirme sin levantarme del suelo.

—¡Oye! ¡Nos damos por vencidos! ¡Tú ganas! ¡Vuelve con nosotros! —gritó una voz burlona desde la casa en la colina, y yo pensé: *es una trampa, no les creas.*

—¡Esperad! —La chica soltó un quejido solo para ella.

—¡Has estado muy bien! ¡Es hora de la comida! ¡Vuelve!

—¡No puedo! —admitió ella, que ahora estaba sentada—. ¡Ay! ¡Maldita sea!

Yo me aplasté todavía más contra el suelo cuando ella intentó ponerse de pie para poner a prueba su tobillo y soltó un grito de dolor. Lo mejor habría sido hacerle saber que estaba allí, pero no parecía haber un modo casual de sorprender a alguien en una pradera. Me pasé la lengua por los labios y, con la voz de un desconocido, exclamé:

—¡Hola!

Ella dio un respingo, giró sobre su pierna sana y cayó hacia atrás —todo a la vez—, y desapareció entre la hierba.

—Oye, no te asustes, pero...

—¿Quién ha dicho eso?

—Solo quería avisarte que estaba aquí...

—¿Quién? ¿Dónde?

—Aquí. En la hierba alta.

—Pero ¿quién mierda eres? ¿Dónde estás?

Me bajé la camiseta rápido, me puse de pie y, agachado como si estuviera en un tiroteo, me acerqué adonde estaba ella.

—Intentaba no asustarte.

—¡Bueno, no lo has conseguido, *chico raro!*

—¡Oye, yo he llegado primero!

—A todo esto, ¿qué haces aquí?

—¡Nada! ¡Leía! ¿Por qué te persiguen?

—¿Quiénes? —Me miró mal.

—Las personas que estaban gritando, ¿por qué te persiguen?

—¿No eres parte de la compañía?

—¿Qué compañía?

—*La Compañía*, ¿no formas parte?

La Compañía sonaba un poco siniestro y me pregunté si quizás sí podría ayudarla. *Ven conmigo si quieres vivir.*

—No, yo...

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Nada, yo solo... he salido a pasear en bicicleta y...

—¿Dónde está tu bicicleta?

—Por allí. Estaba leyendo y me quedé dormido y solo quería avisarte de que estaba aquí sin asustarte.

—Bueno, eso sí que te ha salido bien. —Estaba examinando su tobillo otra vez.

—En realidad, este es un sendero público. Tengo el mismo derecho que tú a estar...

—De acuerdo, pero yo tengo un *motivo* real.

—Entonces, ¿por qué te perseguían?

—¿Qué? Ah. Es un juego estúpido. No preguntes. —Intentó tocarse los huesos del talón con los pulgares—. ¡Ay!

—¿Duele?

—¡Sí, duelen como la mierda! Correr por la pradera es una puta trampa mortal. He metido el pie en una madriguera y me he caído de bruces.

—Sí, te he visto.

—¿Ah, sí? Bueno, gracias por no reírte.

—Sí me he reído. —Me miró con ojos entornados—. Así que... ¿necesitas mi ayuda? —ofrecí como compensación.

Me estudió de arriba abajo —literalmente me recorrió con la mirada de arriba hacia abajo— para evaluarme mientras yo intentaba meter la punta de los dedos en mis bolsillos.

—¿Qué has dicho que estabas haciendo aquí, oculto como un perverso?

—Yo solo... Mira, ¡estoy leyendo! ¡Ves! —Y corrí hacia mi guarida a buscar el libro y enseñárselo.

Ella examinó la portada y la puso junto a mi cara, como si estuviera verificando un pasaporte. Satisfecha, intentó ponerse de pie, hizo una mueca de dolor y volvió a desplomarse sobre el suelo; me pregunté si debería ofrecerle mi mano, como para un apretón, pero el gesto me pareció absurdo, así que opté por arrodillarme a sus pies y, en un gesto apenas menos absurdo, levantar su pie, como si le estuviera probando un zapato de cristal. Tenía unas Adidas Superstar *shell-tops* con rayas azules, sin calcetines, y una pantorrilla pálida y pecosa. Sentí el suave pinchazo del vello que empezaba a crecer, negro como limadura de hierro.

—¿Estás bien ahí abajo? —preguntó ella con los ojos en el cielo.

—Sí, solo me preguntaba si... —Había adoptado el semblante de un cirujano que examina con pulgares expertos.

—¡Ay!

—¡Lo siento!

—Dígame, señor médico, ¿qué es lo que busca?

—Estoy buscando el lugar donde te duele para sentirlo. Quiero ver si hay algún hueso que sobresalga.

—¿Y has encontrado algo?

—No, estás bien. Es un esguince.

—¿Podré volver a bailar?

—Podrás —respondí—, pero solo si lo deseas con todo tu corazón.

Ella rio con la cara levantada hacia el cielo y yo me sentí tan caballeroso y complacido de mí mismo que también reí.

—Lo tengo merecido por usar esto —señaló y se acomodó la falda hasta las rodillas—. Es la vanidad. Qué idiota. Debería volver. Ya puedes soltar mi pie.

Lo solté de forma demasiado abrupta y me quedé de pie como un imbécil mientras ella intentaba levantarse y quedar erguida.

—¿Crees que podrías...?

La ayudé a levantarse y la sujeté de la mano mientras probaba a apoyar la punta del dedo gordo, hacía una mueca de dolor y volvía a probar; yo intenté hacerme una idea de su aspecto mientras miraba hacia otro lado. Era un poco más baja que yo, pero no por mucho; su piel era pálida, su pelo negro y corto, pero el flequillo, que ahora guardaba detrás de la oreja, era más largo y la nuca estaba rasurada en un estilo que exageraba la curva de su cráneo y conseguía ser austero y glamoroso a la vez, como si Juana de Arco acabara de pasar por el salón de belleza. Creo que nunca antes había reparado en la parte de atrás de una cabeza. Tenía aretes pequeños y negros en las orejas y dos agujeros adicionales para ocasiones especiales. Como yo tenía dieciséis años, dejé que mis ojos se desenfocaran para disimular el hecho de que estaba mirando sus pechos, confiado de que ninguna chica hubiera descubierto ese truco. En ellos ponía «Adidas» y estaban cubiertos por una camiseta amarilla y brillante de mangas tan cortas que dejaban ver la cicatriz de

la BCG en la piel suave del brazo, un hoyuelo como las marcas de una moneda romana.

—¿Hola? Necesito tu ayuda.

—¿Puedes caminar?

—Puedo dar saltos, pero eso no servirá.

—¿Quieres que te lleve a caballito? —ofrecí y me arrepentí de usar la palabra «caballito». Debía de existir un término más rudo—. O, ya sabes, que te levante como si fuera un bombero.

Ella me echó un vistazo y yo me enderecé.

—¿Eres bombero?

—¡Soy más alto que tú!

—Pero yo soy... —Tiró de la falda para bajarla—. Más densa. ¿Puedes levantar tu propio peso?

—¡Claro que sí! —respondí y me giré para ofrecerle mi espalda sudada con un gesto del pulgar, como si fuera un autoestopista.

—No. No, eso sería demasiado raro. Pero si no te molesta que me apoye sobre ti...

Con otro gesto que no había hecho nunca antes y que nunca más he vuelto a hacer, doblé mi codo hacia un lado, apoyé la mano en la cintura y, como un bailarín de country, señalé mi brazo con un movimiento de cabeza.

—Vaya, le estoy agradecida, señor —dijo ella y los dos echamos a andar.

El ruido del vaivén de la hierba era más fuerte de lo que habría parecido razonable y, como estábamos buscando un camino despejado, no tuve demasiadas oportunidades de girarme y echarle un vistazo a ella, aunque lo sentía como una compulsión. Cuando caminaba, el flequillo le cubría la cara y los ojos se fijaban en el suelo, pero alcancé a ver que eran de color azul, un azul ridículo —¿había reparado alguna vez con tanta atención en el color de ojos de alguien?—, y la piel que los rodeaba también tenía un tono azulado, como si fueran los restos del maquillaje de la noche anterior, y tenía arrugas causadas por la risa o los gestos de dolor...

—¡Ay! Ay, ay, ay.

—¿Estás segura de que no quieres que te cargue?

—Sí que tienes *muchas* ganas de cargar a alguien.

Tenía un par de granitos en la frente y uno en el mentón —debía de habérselo explotado o tocado mucho—, y la boca, demasiado ancha y roja contra la piel pálida, tenía una línea más levantada en el labio inferior, un pliegue, como si hubiera cicatrizado, y estaba siempre en tensión, como si estuviera a punto de reír o soltar una palabrota, o las dos cosas, como lo hacía ahora que su talón se doblaba hacia el costado cual bisagra.

—En serio, puedo cargarte.

—Te creo.

Pronto apareció la verja del jardín formal y la casa absurda ahora parecía más imponente e intimidante.

—¿Vives aquí? —pregunté.

—¿Aquí? —Rio con toda la cara, sin vergüenza.

Uno de mis prejuicios más pequeños era la sensación de sospecha y resentimiento que me

generaba la gente que tenía dientes demasiado perfectos; me parecía fanfarrón hacer ostentación de todo ese vigor y salud. Los dientes de la chica, me di cuenta, se salvaban de la perfección por una pequeña rotura en el diente delantero izquierdo, que parecía la esquina doblada de una hoja.

—No, no *vivo* aquí.

—He pensado que quizás la gente que te perseguía era tu familia.

—Sí, a mí, mi madre y mi padre nos encanta hacer eso cada vez que nos encontramos en el campo...

—Bueno, no lo sé...

—Era un juego tonto. Es una historia larga. —Cambiando de tema—: ¿Qué has dicho que hacías aquí?

—Leía. Es un buen lugar para leer.

—El chico naturaleza. —Asintió, escéptica.

—Por lo menos es un cambio de aires. —Me encogí de hombros.

—¿Y qué tal *Matadero cinco*?

—Está bien. Le faltan mataderos.

Ella se rio, aunque no había sido completamente una broma.

—Lo conozco, pero no lo he leído. No me gusta generalizar, pero siempre me ha parecido un libro de chicos. ¿Es así?

Volví a encogerme de hombros...

—Es decir, en comparación con *Atwood* o *Le Guin*.

...porque si ella pensaba hablar de libros, entonces lo mejor sería que la empujara contra un arbusto y saliera corriendo.

—Cuéntame entonces. ¿De qué trata?

Charlie, ¿puedes decir algo a la clase sobre las intenciones del autor en este fragmento? Usa tus propias palabras, por favor.

—Trata sobre un hombre, un veterano de guerra, que es secuestrado por alienígenas y encerrado en un zoológico alienígena, pero tiene *flashbacks* de la guerra, donde es un prisionero...

Sí, eso es lo que pasa, pero ¿de qué trata? Continúa, por favor, Charlie.

—Pero también trata sobre la guerra y el bombardeo de Dresde, sobre una especie de fatalidad... no, fatalidad no, ¿fatalismo? Sobre si la vida importa o si el libre albedrío es una delusión, digo ilusión, así que es bastante terrible; es sobre la muerte y la guerra, pero también es gracioso.

—De acuerdo... La verdad es que sí suena un poco como un libro de chicos.

Elige mejor tus palabras.

—¡Surreal! Eso es lo que es. Y es muy bueno.

Gracias, Charlie, puedes volver a tu sitio.

—De acuerdo —repitió ella—. Está bien. En general, cada vez que alguien dice «zoológico alienígena», dejo de prestar atención, pero quizás lo lea. ¿Has leído...?

—No, pero he visto la película. —Ella me miró mal—. Es una broma, solo quería decir que no he leído mucho. No soy un gran lector.

—Bueno, no hay problema —respondió y, entonces, como si hubiera hecho alguna conexión mental—: ¿A qué instituto vas?

Era una pregunta aburrida, pero requerida por ley, y pensé que lo mejor sería decirlo de una vez:

—Acabo de terminar en Merton Grange —respondí y esperé la reacción típica: la cara reservada para mirar a alguien que te ha dicho que acaba de salir de prisión. Aunque no detecté ni rastro de esa expresión, sentí un retorcijón de irritación—. Tú eres de Chatsborne, ¿no?

—¿Cómo lo has adivinado? —Se acomodó el flequillo detrás de la oreja y rio.

Porque los chicos de Chatsborne eran ricachones, artistas porreros, *hippies*. Los chicos de Chatsborne usaban su propia ropa para ir a clase, lo que significaba vestidos florales vintage y camisetas con dichos irónicos que ellos mismos estampaban *en sus casas*. Los chicos de Chatsborne eran listos y débiles —eran débiles porque eran listos—; todo un instituto compuesto de prefectos y prefectas que comían tajín vegetariano de cuencos tallados por ellos mismos que apoyaban sobre muebles de madera reciclada, también hechos por ellos mismos. Cuando una vivienda estaba en su área de inclusión, los agentes de bienes raíces lo mencionaban aun antes que la cantidad de habitaciones; los círculos de afluencia, confianza y estilo estaban marcados en el mapa como si fuera una zona radioactiva. Si caminabas por esas calles durante una noche de verano, podías escuchar violines, chelos y guitarras clásicas que se llamaban entre ellos con el nivel de una orquesta profesional. De todos nuestros instintos tribales, el más fuerte era el de lealtad a nuestro instituto (incluso por encima de un equipo, una etiqueta o un partido político), y, aunque odiáramos el lugar, ese vínculo era permanente, como un tatuaje. Así y todo, ya echaba de menos el breve momento que habíamos compartido antes de que cada uno adoptara el papel correspondiente de «chico de Merton Grange» y «chica de Chatsborne».

Caminamos un poco más en silencio.

—No te preocupes, no te robaré el dinero de la comida —dije y ella sonrió, pero también frunció el ceño.

—No he dicho nada parecido, ¿o sí?

—No. —Mi tono había sido amargado. Lo intenté una vez más—. Nunca antes te había visto —comenté, como si deambulara por las calles en busca de chicas.

—Ah, es porque vivo por allí —respondió con un gesto vago en dirección a los árboles.

Caminamos un poco más.

—Tu instituto solía pelearse con el nuestro —recordó ella.

—En el descampado, fuera del restaurante chino. Lo sé. Solía ir.

—¿A pelear?

—No, solo a mirar. Nunca hubo una *pelea* de verdad. Todos hablaban de *navajas*, decían que usarían *navajas*, pero el objeto más punzante que llegaron a usar fue un transportador. Más que nada eran chicos que se arrojaban agua y patatas fritas.

—Ya sabes lo que dicen: nunca lles un transportador a una guerra de agua.

—Eso sí, Merton Grange siempre ganaba.

—Sí —respondió ella—, pero ¿se puede decir que alguien haya ganado en serio?

—La guerra es un infierno.

—Peleas en el descampado; es un poco como los Sharks contra los Jets, ¿no te parece? Detesto todas esas cosas. Gracias a Dios que ya ha acabado, no lo echaré de menos. Además, míranos a nosotros dos: tranquilos...

—Charlando...

—Llevándonos bien, echando abajo las barreras...

—Es muy conmovedor.

—¿Y cómo crees que te ha ido en los exámenes?

Por suerte, ya habíamos llegado al terreno de la casa grande, una verja de metal oxidado que daba lugar a un césped irregular y a la gran mansión de entramado que se elevaba con el tamaño suficiente para hacer las veces de distracción.

—¿Tengo permitido estar aquí?

—¿En las tierras de mi ama? Por supuesto que sí, jovencito. —Abrí la verja para que pasara y dudé un instante—. No puedo subir la colina sin ti —explicó ella—. Eres mi apoyo, en el sentido más literal.

Seguimos caminando y trepando sobre las excavaciones que llamaban salto de lobo, o *ha-ha*, causa y respuesta de chistes malos desde 1700. De cerca, los jardines ornamentales parecían algo descuidados y quemados por el sol; rosales secos y ligustros débiles y de puntas amarillentas.

—¿Ves eso? Es el famoso laberinto.

—¿Por qué no te has escondido allí?

—¡No soy una *principiante*!

—¿Qué clase de casa tiene un laberinto?

—La de alguien forrado. Ven, te presentaré a los dueños.

—Debería volver, mi bicicleta se ha quedado...

—Nadie te robará la bicicleta. Anda, son agradables. Además, hay gente de tu instituto y puedes saludarlos.

Estábamos atravesando el césped para llegar a un patio. Oía voces.

—En serio, debería volver a casa.

—Solo saluda; no te llevará más de un minuto.

Noté que ella había enlazado mi brazo con el suyo, para apoyarse o, quizás, para evitar que yo huyera y, al cabo de unos momentos, nos encontramos en un patio central con dos mesas sostenidas por caballetes y cargadas de comida, y un grupo de unos diez desconocidos que estaban de espaldas a nosotros; los siniestros rituales privados de La Compañía.

—¡Aquí está! —vociferó un hombre joven y rubicundo que tenía una camisa sin cuello fuera del pantalón y un mechón de pelo como un ala, que ahora apartaba de sus ojos—. ¡La campeona ha regresado! —Me parecía conocerlo de algún lugar, pero no pude ubicarlo antes de que el resto del aquelarre se girara entre vítores y aplausos para recibir a la chica que renqueaba hacia ellos—. Dios mío, ¿qué ha ocurrido? —preguntó el hombre mientras la sujetaba del brazo, y una mujer mayor con pelo blanco y muy corto frunció el ceño y chasqueó la lengua en señal de desaprobación, como si yo hubiera sido el culpable de la herida.

—He tropezado —explicó ella—. Este chico me ha ayudado a volver. Lo siento, no sé tu nombre.

—Es Charlie Lewis —respondió Lucy Tran, la chica vietnamita de Merton Grange, que tenía los labios apretados en una muestra honesta de desprecio.

—¡Mierda, pero si es Lewis! —gritó otra voz. Helen Beavis soltó una carcajada y atrapó las hojas verdes que se le escapaban de la boca con el reverso de la mano—. ¡Sal de aquí, bicho raro!

—Yo solo estaba con mi bicicleta en el campo y...

—Hola, Charlie, ¡bienvenido a bordo! —dijo el Pequeño Colin Smart, único miembro masculino del Club de Teatro, y entonces el hombre joven del flequillo se acercó a mí con manchas de sudor oscuras en las axilas, manos estiradas y una determinación tan intensa que tuve que retroceder un paso hasta dar contra la pared.

—Hola, Charlie, ¿eres un nuevo recluta? ¡Espero que sí! ¡Te *necesitamos*, Charlie! —Y envolvió toda mi mano con la suya para sacudirla de arriba hacia abajo—. Sírvete algo de ensalada y veremos cómo podemos incluirte —indicó, y me di cuenta de dónde había visto a ese hombre y lo que representaba, y supe que tenía que huir.



Cooperativa Teatral «La Ratonera»

Uno de los últimos días de nuestro último semestre, nos habían hecho dirigirnos hacia el salón para participar de una asamblea muy importante con invitados muy especiales. Por lo general, eso significaba algo horroroso, como una clase de seguridad vial con imágenes sangrientas. El semestre anterior, un oficial de policía había aplastado una coliflor con un mazo para ilustrar los efectos del éxtasis en el cerebro y, al poco tiempo, una señora muy amable y nerviosa había ido a hablarnos sobre sexo en el contexto de una relación saludable y amorosa. Las puertas se habían cerrado con solemnidad y alguien había bajado las luces.

«¿Podrías hacer silencio, por favor?», había rogado la mujer mientras pasaba las diapositivas rosas y violetas con un *clic* y los chicos reaccionaban con risas, gritos y exclamaciones de asco.

Había estado pensando mucho sobre la vida laboral y me pregunté qué camino raro y retorcido habría tomado aquella mujer en su carrera profesional para terminar allí, viajando con toda su ansiedad de escuela en escuela con una caja de diapositivas que exhibían distintos tipos de pene.

«Estas son las peores fotos vacacionales de la historia», comentó Harper y reímos, como si nada de eso nos incumbiera.

Las diapositivas seguían pasando con un *clic*.

«Al igual que los copos de nieve», indicó la señora amable, «no hay dos penes iguales».

Lo que hizo que me preguntara cómo lo *sabían*.

«¿Cómo lo saben?».

«Usan un microscopio», respondió Lloyd y me dio un puñetazo entre las piernas.

Así fue cómo, con una palpable sensación de decepción, nos sentamos ante un hombre joven rubicundo y sonriente con un mechón de pelo como un ala sobre los ojos y una mujer angular de la misma edad con pelo negro recogido hacia atrás de forma tirante. Había un radiocasete delante de ellos, como una sombra amenazante.

El señor Pascoe aplaudió dos veces.

—Calmaos, todos. Lloyd, ¿usted está incluido en la palabra «todos» o tiene alguna cualidad única que desconocíamos hasta ahora? ¿No? Entonces, siéntese. Bien. Quiero presentar a nuestros dos invitados especiales; especiales por sus logros, especiales por sus aspiraciones...

—Especiales por sus capacidades —añadió Harper y yo reí.

—¡Lewis! Charles Lewis, ¿cuál es su problema?

—¡Lo siento, señor! —dije con la mirada baja y, cuando la volví a levantar, vi que el hombre joven que estaba en el escenario me dedicaba una sonrisa.

Me guiñó un ojo en señal de camaradería. Odié ese guiño.

—¡Nuestros invitados de hoy se han graduado de la Universidad de *Oxford*! Han venido a hablarnos sobre un proyecto muy interesante, así que dad una cálida bienvenida al estilo Merton Grange a... aguardad un segundo... —Echó una mirada a sus notas—. Ivor y Alina de... —Otra mirada—. ¡La Cooperativa Teatral «La Ratonera»!

Ivor y Alina dieron un paso hacia adelante con tanta fuerza que sus sillas retrocedieron sobre el parque.

—¿Cómo estáis, chicos y chicas? —gritó Ivor, rollizo y de ojos grandes, como un King Charles Spaniel que ha recibido demasiado cariño.

Todos murmuramos que bien, pero Ivor tenía la energía presuntuosa y lisonjera que conocíamos de los programas de televisión para niños. Colocó su mano detrás la oreja y exclamó:

—¡No os oigo!

—Claro que nos oye, joder —aseguró Fox—. Es un truco.

—Es una treta —coincidió Lloyd—, una treta artera.

—¡Intentémoslo una vez más! ¿Cómo estáis? —Nadie dijo nada.

—Uh, ¡se os oye muy tristes! —observó Alina con la comisura de los labios hacia abajo y la cabeza inclinada hacia un lado.

—Dios mío, son dos —dijo Lloyd, pero Alina tenía un acento europeo, quizás checo o húngaro, lo que le daba un aire vampiresco y la convertía en una mujer intrigante.

—Estamos aquí para presentaros una oportunidad maravillosa que tendréis disponible este verano —comenzó Ivor—, un proyecto grandioso que nos tiene muy entusiasmados. Decidme: ¿quiénes de vosotros habéis oído hablar del señor William Shakespeare? ¿Nadie más? Vaya, sí que sois tímidos. De acuerdo, probemos así: ¿quiénes de vosotros *nunca* habéis oído hablar del señor William Shakespeare? ¡El Cisne de Avon! ¡El Bardo! ¡El Cuervo Arribista! ¡Veis, todos habéis oído hablar de él!

—¿Y quiénes de vosotros nos podéis recitar algo de Shakespeare? —preguntó Alina.

Una mano se levantó a toda velocidad. Era Suki Jewell, la prefecta sustituta.

—Ser o no ser —susurró Harper.

—¡Ser o no ser! —gritó Suki.

—¡Esa es la cuestión! ¡Muy bien! ¡*Hamlet*! ¿Alguien más?

Desde las primeras filas, los chicos de los vales por un libro exclamaban:

—¡Ay, pobre Yorick!

—¡Es esto un puñal!

—¡He aquí el invierno de nuestras desdichas!

—Es mejor haber amado y perdido —gritó Suki Jewell— que nunca haber amado.

—En realidad, eso es de Tennyson. —Ivor frunció el ceño en un gesto consolador.

—Sí, eso es de Tennyson, zorra —repitió Lloyd.

Ahora Alina continuaba la presentación:

—La cosa es así: ¿sabéis que todos usamos las palabras de Shakespeare, incluso si no nos damos cuenta? —Con sus ojos oscuros, rasgos afilados y pelo peinado hacia atrás con fuerza, Alina no parecía demasiado cómoda en su conjunto de pantalones deportivos y sudadera con

capucha, como si fuera una bailarina de ballet que se estaba fugando de una prisión con régimen abierto—. ¿Me estáis escuchando? Porque si no me escucháis, no hablo. De acuerdo, decidme: ¿alguien ha oído la frase «un mundo feliz»? Algunos de vosotros. ¿Y qué tal «romper el hielo», como en «Oye, hablemos de algo para romper el hielo»?

—¿Y si os digo «débil de corazón»? —añadió Ivor—. ¿O «conclusión inevitable»?

—¿Sabíais...? —comenzó Alina.

—No —dijo Fox.

—¿...que cuando usáis la frase «hay método en mi locura», estáis citando a Will?

—¿Quién cojones dice «hay método en mi locura»? —exclamó Lloyd.

—Y cuando contáis un chiste de *toc-toc*, estáis citando... ¡la Obra Escocesa!

—¡Se refiere a *Macbeth*! —susurró Ivor por detrás de su mano con un guiño del ojo y el Pequeño Colin Smart del Club de Teatro soltó una risa.

—¡Oye, Smart! —llamó Lloyd hacia el final de la fila—. No te rías de eso, imbécil.

—¡Jugar con los sentimientos! —dijo Alina.

—¡El ojo de la mente! —añadió Ivor.

—¡Ser el hazmerreír!

—¡El amor es ciego!

—¡Estar nutrido de piedad humana!

—Joder —masculló Harper—, ya os hemos entendido.

Pero todavía no estaban ni cerca de terminar, porque entonces Ivor cruzó los brazos y adoptó una pose mientras Alina presionaba el botón para reproducir del radiocasete. Se agacharon con las manos en las rodillas y las caras muy juntas. Hubo una pausa incómodamente larga y entonces empezó a sonar un ritmo básico de hip-hop. Tal como habíamos temido, se trataba de otro intento por convencernos de que Shakespeare había sido el primer rapero.

—¡Estás muerto como un clavo!

—¡Hasta el día del Juicio Final!

—¡Te has comido hasta la casa!

—¡Era un plato digno de los dioses!

—Ni siquiera nos gusta el rap —suspiró Lloyd—. ¿Qué les hace pensar que nos gusta el rap?

—¡Juegas con mis sentimientos!

—Eso ya lo han dicho —señaló Harper.

—¡Me haces rechinar los dientes!

—No, vosotros me hacéis rechinar los dientes —comentó Lloyd.

—¡Has visto días mejores!

—¡Te mataré con amabilidad!

—Matadme con *algo* —rogó Fox—. ¡Por favor!

—¡Eres la encarnación del Diablo!

—¡Ja! ¡La envidia es un monstruo verde!

—Estas son, sin duda, las peores personas del planeta...

Y, de pronto, el señor Pascoe se puso de pie:

—¡Harper! ¡Fox! ¡Lloyd! ¿Qué demonios estáis haciendo?
—Citando a Shakespeare, señor —respondió Fox.
—Hay método en nuestra locura, señor —añadió Lloyd.
—Salid de la clase. ¡Ahora!
—Era una conclusión inevitable —murmuró Harper.
—Somos el hazmerreír —suspiró Lloyd.
—De un plumazo —concluyó Fox mientras los tres se apretujaban para pasar por donde estaba yo y empujaban las sillas.

Una vez que la puerta batiente se cerró, Alina detuvo el radiocasete e Ivor volvió a dar un paso hacia adelante.

—Entonces. La cosa es así...

—Existe una obra...

—Que trata sobre *pandillas*, sobre *violencia*, sobre la pertenencia, el prejuicio, el amor y... —Ivor hizo una pausa antes de dar el remate—: ¡el sexo! —Inclinó la cabeza hacia un lado y esperó a que el murmullo de la sala se acallara—. Es una obra de William Shakespeare. Y se llama...

—*Romeo. Y Julieta*. Si creéis saber todo sobre ella, hacedme caso, eso no es cierto. La CTRL montará una representación aquí mismo, este verano, en una fabulosa locación.

—Y vosotros... —Ivor estiró ambos brazos hacia los lados con dos dedos extendidos en cada mano, como si fuera un pandillero— ¡Seréis las estrellas! Cinco semanas de ensayos y cuatro funciones. Aprenderemos a *bailar*, aprenderemos a *luchar*...

—Aprenderemos a *ser* —añadió Alina mientras observaba las filas con sus ojos oscuros, y, por primera vez, todos hicimos silencio y dejamos de movernos—. A *ser* tanto encima como fuera del escenario. Todos aprenderemos un poco sobre cómo movernos en este mundo, a estar presentes y vivir en serio.

—Recordad —dijo Ivor—. La Ratonera no somos nosotros, sino *vosotros*. —Juntó las manos, entrelazó los dedos y sacudió las manos como si fueran la campana del recreo—. *Os necesitamos*. No hay forma de que consigamos hacer esto sin vosotros.

—Por favor —concluyó Alina—. Venid. Uníos a nosotros.



—No he venido a unirlos —dije en ese momento. Quizás incluso lo grité.

—De acuerdo —respondió Ivor—. Pero no sabes lo que...

—Sea lo que sea esto, no formo parte, solo la estaba ayudando a ella. —Busqué a la chica, que ahora estaba junto a la mesa sirviendo comida en un plato de papel—. Debo irme.

—Bueno. ¿Estás seguro? Porque nos vendría muy bien tener más varones.

—Sí, pero no yo. Debo irme. Lo siento. Adiós Lucy, Colin. Adiós, Helen.

Y antes de que alguien pudiera decir algo, yo ya estaba caminando a paso acelerado del patio al césped y junto al laberinto...

—¡Aguarda!

...salté detrás del *ha-ha* para esconderme y seguí con paso firme...

—¡Disculpa! ¡Espera un momento! Ay, por el amor de Dios...

...di media vuelta y me encontré con ella, renqueando hacia mí con un plato de papel que había cedido y dejaba caer un rastro de comida. Esperé junto a la verja.

—Mira —señaló ella con una risa—, me has hecho tirar el cuscús. —Sacudió lo último que quedaba de esa cosa arenosa sobre el césped—. Cuscús en el *ha-ha*. Su puta madre, dime si no es lo más burgués que has... Da igual, solo quería darte las gracias. Por ayudarme.

—No hay problema.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte?

—No soy actor.

—Créeme, he estado aquí toda la semana y nadie es actor, y me incluyo a mí misma. Solo es para... divertirse, ¿sabes? Al principio solo hacemos juegos de teatro o solo improvisación. Ya sé que no lo hago sonar muy tentador...

—En serio, no...

—Quiero decir, los juegos son casi competiciones deportivas, y el deporte y el teatro no son dos cosas que vayan bien de la mano.

—Lo siento, debo...

—Pero comenzamos con la obra la semana que viene. Es *Romeo y Julieta*.

—No es mi estilo.

—¿Porque es Shakespeare?

—No, porque las cosas de este estilo no son mi...

No vuelvas a decir «estilo».

...

...

—Estilo.

—De acuerdo. Bueno. Es una pena. Ha sido agradable conocerte.

—Igualmente. Quizás nos veamos por allí.

—¡Nos veremos seguro si vienes mañana! ¿No? Está bien. —Se pasó la mano por una pierna descubierta—. Maldito cuscús. Ni siquiera me gusta el cuscús. Si cambias de opinión, nos reunimos a las nueve y media. No te arrepentirás. O quizás sí. Lo que quiero decir es que es probable que te arrepientas, pero al menos...

—Será mejor que me...

—No he alcanzado a escuchar tu nombre.

—Charlie. Lewis. Charlie Lewis.

—Es un placer conocerte, Charlie Lewis.

—Igualmente. Bueno.

...

...

—¿No piensas preguntar mi nombre?

—Lo siento, ¿tú te llamas...?

—Fran. De Frances, con una «e», así que Fran Fisher. ¿Qué puedo decir? Mis padres son unos idiotas; bueno, en realidad no, pero... da igual. Bueno, ya lo he dicho. Gracias. Adiós.

Se giró y echó a andar, y yo vi cómo doblaba el plato por la mitad y lo guardaba en el bolsillo de su falda vaquera. Después volvió a girarse y confirmó lo que seguro que ya sabía: que yo seguía mirándola.

—¡Adiós, Charlie Lewis!

Levanté la mano y ella hizo lo mismo, pero nunca volví y esa fue la última vez que vi a Fran Fisher.

Me pregunto dónde estará ahora.



A primera vista

Sé dónde está ahora. Volví, porque era inconcebible no volver a ver esa cara y, si el precio era medio día de improvisación, yo estaba dispuesto a pagarlo.

Aunque quizás nada de eso fuera cierto. Quizás la habría olvidado en cuestión de días. En este tipo de historias —historias de amor—, es difícil no asignar significados e inevitabilidad a eventos absolutamente neutros que ocurrieron por pura casualidad. Tendemos a romantizar en el sentido más literal; una mirada que lo cambia todo, una llama que se enciende, engranajes que forman parte de algún aparato celestial. Pero el «amor» del «amor a primera vista» es, creo yo, algo que solo sucede en retrospectiva, algo que se superpone a los hechos —como un acompañamiento musical— una vez que se conoce el final de la historia y cada mirada, sonrisa y roce de manos adquiere una importancia que pocas veces tuvieron en el momento.

Es cierto que me pareció muy bonita, pero me sucedía lo mismo unas cinco o diez veces por día con diferentes personas, e incluso cuando estaba solo mirando la televisión. Es cierto que, durante nuestro primer encuentro, una voz en mi cabeza, clara e insistente, me dijo: *concéntrate, esto será importante, concéntrate*; y también es cierto que una parte de todo eso no era más que la idea de sexo, un ruido constante que, en ese momento de mi vida, sonaba de fondo cada vez que charlaba con una chica, como una alarma de coche que nadie sabe cómo apagar. Otra parte del asunto era menos ardiente, como una visión romántica más convencional, un vistazo hacia el futuro y un montaje de escenas —caminar de la mano, comprar en WHSmith o reír en los columpios del Parque de la Mierda de Perro— que me hacían pensar lo que parecería y qué se sentiría al tener tanta *compañía*.

Nunca en la vida, ni antes ni después de ese momento, estuve tan preparado para enamorarme. Estaba seguro de que, si me contagiaba de esa enfermedad, quedaría inmunizado contra todos los otros miedos y preocupaciones que tenía. Anhelaba un cambio, que pasara *algo*, como una aventura, y enamorarme parecía más fácil que resolver un asesinato, por ejemplo. Sin embargo, aunque sí me pareció muy bonita, no me sentí tocado por una varita mágica, no sonaron un par de notas del arpa y no hubo un cambio en la iluminación. Si ese verano hubiera tenido más cosas para hacer o hubiera sido más feliz en mi casa, tal vez no habría pensado tanto en ella, pero no tenía ni cosas para hacer ni era feliz, así que me enamoré.

Recuerdo que me preocupaba no poder recordar su cara. Mientras atravesaba la luz intermitente del bosque a toda velocidad sin pedalear, erguido en el asiento de la bicicleta y con los golpes del viento contra mi pecho, intenté relacionar lo que recordaba con alguien conocido, alguien de la televisión cuya cara pudiera usar como plantilla. Pero nadie encajaba y, antes de llegar al cruce y

doblar en dirección a la ciudad, sus rasgos habían empezado a desvanecerse como una fotografía sin fijador: la forma de la nariz, el tono de azul, el diente roto, la curva gigante de su cráneo, la constelación precisa de granitos y pecas; ¿cómo haría para recordarla? Tuve la idea cursi de dibujarla en cuanto llegara a casa, aunque solo fueran un par de líneas, un gesto, la forma en la que tiraba de la parte de atrás de su falda de vaquero o guardaba su flequillo detrás de la oreja. Hasta ese momento, me había dedicado a dibujar más que nada zombis e insectos extraterrestres. Quizás Fran Fisher sería mi primer sujeto que valiera la pena, ese «algo *real*» que Helen me había dicho que debía dibujar, así que seguí con mi intento de recordar sus facciones de la misma forma en la que habría intentado aprender un número de teléfono: *la forma de la nariz, el tono de azul, el diente roto, la curva de, la constelación de...*

El número de teléfono. ¿Por qué no le había pedido el número de teléfono? Eso era lo que necesitaba. Lo conseguiría la próxima vez que nos viéramos.

La próxima vez.

Recuerdo que, de pronto, me sentí muy celoso de su novio, sin siquiera saber quién era o si existía. Estaba seguro de que tenía que tener uno, porque todas las chicas Chatsborne venían acompañadas por un novio de igual belleza y estatus, y no dejaban de tener sexo todo el tiempo en las piscinas de sus padres o durante las fiestas de pijamas que pasaban en vela gracias a las drogas. Algunos chicos de Merton Grange entraban en «relaciones», pero pronto decantaban en una especie de parodia de la domesticidad, el té sobre el regazo delante del televisor y los paseos por las tiendas, como si estuvieran atrapados en un juego de ser madres y padres. Los chicos de Chatsborne, por el contrario, estaban rodeados de excesos y eran salvajes y libres como la juventud dorada de *La fuga de Logan* o los estudiantes de intercambio. De todos los hitos importantes en el camino hacia la adultez —votar, conducir un coche, beber alcohol de forma legal—, el más difícil de alcanzar para un chico de Merton Grange era ver el tirante de un sujetador sin tirar de él. No comportarse como un imbécil: ese era el gran rito de iniciación que nos quedaba por atravesar. E incluso si estuviera soltera, ¿por qué se interesaría Fran Fisher en un chico como yo?

Finalmente, comprendí que cualquier sentimiento que hubiera experimentado y llamado «amor» era tan irrelevante y obsoleto como una caja de juguetes de la infancia. Becky Boyne, Sharon Findlay, Emily Joyce... ¿En qué había estado pensando? Ese sentimiento era algo que jamás había experimentado y, si bien era demasiado pronto para llamarlo *amor*, al menos estaba dispuesto a llamarlo *esperanza*.

No podía decir nada de esto en voz alta —¿a quién se lo diría?— y tampoco tuve demasiado tiempo para pensar en ello, porque, en cuanto doblé en Thackeray Crescent, vi el Mini nuevo y rojo y, a través del cristal trasero, vi a Billie levantar la mirada de su libro.

Mamá estaba de visita.



Mamá

Cuando era pequeño —cuando la historia todavía parecía verosímil—, mis padres solían contarme cómo se habían enamorado. Los dos eran estudiantes: mi madre se estaba formando para ser enfermera y mi padre había completado la mitad de una carrera de contabilidad que había prácticamente abandonado para tocar el saxofón en grupos de estudiantes universitarios de calidad variante; en ese momento, estaba tocando en Goitre, un grupo de música *punk-funk*, o *funk-punk*, compuesta por cinco personas que tocaba por primera y última vez en el centro de estudiantes del Instituto Politécnico de Portsmouth. Parecía que el *punk* y el *funk* habían resultado ser incompatibles, pero en los momentos en los que mi madre no había estado mirando hacia el suelo, había encontrado al único miembro del grupo que tenía la sensatez suficiente para sentirse avergonzado: el saxofonista. Ella se rio de las caras burlonas que hacía a espaldas del cantante principal y también notó que tocaba bien su instrumento, así que se aseguró de atrincherarse a su lado en la barra, donde él estaba de pie, algo encorvado, y se frotaba con empeño la punta de un paño contra los párpados para quitarse el delineador, como si fuera alguien que no puede esperar a quitarse un disfraz. Ella lo sujetó por el brazo.

«Eso», observó ella, «ha sido simplemente... *espantoso*».

Él la miró de cerca durante un momento y rio.

«Y eso fue todo», solía decir mi padre, «amor a primera vista».

Y mi madre solía protestar, poner los ojos en blanco y arrojar un almohadón, pero a mí me encantaba la historia: mi madre se paró junto a mi padre en la barra y así nació yo.

Hay una foto de ellos, tomada al poco tiempo de ese primer encuentro, en la que ambos tienen cigarrillos y una chaqueta de cuero y están sobre una escalera de incendios en la única parte de Gosport que se parece al East Village. Con su baja estatura y esos ojos oscuros y penetrantes que miran a través del flequillo negro, mi madre parece feroz e imparable y mi padre, de pie detrás de ella, sostiene el cigarrillo en alto, como si estuviera escribiendo el nombre de ella en el aire sobre su cabeza, y ríe con dientes irregulares; *Dios mío, mira lo fantástica que es esta mujer*. Todas las parejas deberían tener una foto así como cubierta de un álbum imaginario. Parecen invencibles, llenos de ímpetu y esperanza por el futuro que compartirían.

Mi madre dejó a mi padre en la primavera de 1997, aunque sospecho que debía de haber estado planeando su partida desde bastante antes. El negocio de mi padre —una cadena pequeña de tiendas de discos— había sucumbido al fin y, durante el horrible invierno que siguió al último cierre, nos vimos dependiendo cada vez más de la determinación de mi madre, de su resiliencia y sus poderes persuasivos. ¿Qué haríamos sin ella? Para mi madre, pensar en partir debió de haber

sido como elegir el momento apropiado para saltar de un tren fuera de control: no hay motivo para quedarse a bordo, pero no hay manera de saltar sin sentir dolor.

Así que se quedó. Recuerdo la energía dinámica y poco sentimental con la que había ayudado a guardar los restos que valían la pena de la última tienda de mi padre, a embalar lo que quedaba del inventario y levantar la alfombra, como en esas imágenes de familias que inspeccionan el daño ocasionado por una inundación catastrófica. También recuerdo la sonrisa que invocó durante la presentación que había preparado con mucho cuidado para anunciar la mudanza. La venta liberaría algo de capital —fuera lo que fuera que eso significara— para saldar algunas deudas. La casa nueva, más pequeña y bastante diferente pero agradable a su manera, nos daría la oportunidad de empezar de cero. Recuperaríamos el aliento y nos pondríamos de pie una vez más: era el vocabulario del cuadrilátero y mi madre era la entrenadora que seguía cumpliendo y se mantenía firme mientras mi padre estaba encorvado, golpeado y abatido en el banco de una de las esquinas.

La noche del anuncio, yo no pude dormir, así que bajé las escaleras y la encontré en la cocina revisando el papeleo. Lo que yo buscaba era consuelo, así que meforcé a usar la palabra que no quería usar:

—Entonces, ¿estamos en... bancarrota?

—¿De dónde has sacado eso? —Sus hombros se tensionaron.

—Os oí hablar, a ti y a papá.

—Desearía que no nos espieras.

—Estabais gritando, así que...

Estiró la mano por encima del respaldo de la silla e hizo un gesto para que me acercara.

—Bueno, técnicamente, sí. Aunque no nosotros, y mucho menos tú, sino tu padre, porque el negocio estaba a su nombre, pero lo cierto es que... ¡no es un desastre en absoluto! —Dejé que su consuelo me llenara—. «Bancarrota» es solo un término legal, es una manera de saldar deudas cuando algo falla... no, *falla* no, cuando algo deja de funcionar. Borrón y cuenta nueva; significa que no vendrá gente a buscarnos. Lo único que tenemos que hacer es... liquidar todo y dar a todos lo que les corresponde.

—¿Lo que les corresponde de qué?

—Los activos, lo que sea que nos quede para vender.

Pensé en la alfombra arrancada, los estantes, las cajas de CD con la etiqueta «Música del mundo». No tenía muchas esperanzas con respecto a los deudores, pero sabía que mi padre era patológicamente honorable en cuanto al dinero. Había solicitado muchos préstamos para salvar el negocio y, a medida que las tiendas fueron cerrando, la necesidad de pagar las deudas lo había obligado a crear nuevas deudas con tarjetas de crédito secretas y transferencias de cuentas de ahorro personales a cuentas comerciales, hasta que ya no quedó dónde ocultarse. Cuando yo era pequeño, solía separar con discreción los vegetales que no me gustaban y arrojarlos al suelo, y la estrategia de mi padre no era mucho más sofisticada. Era el arquitecto de un esquema piramidal en el que él mismo era el estafador y el estafado y, cuando todo colapsó, como era inevitable, él quedó paralizado bajo las facturas que no podía pagar, el alquiler que no podía cubrir y los sueldos que no podía abonar. El no poder comprar la ronda de cerveza que le correspondía en el

pub le ocasionaba un dolor atroz, así que el no poder pagar a sus empleados debió de haber sido terrible. Al margen del borrón y cuenta nueva que ofrecía la bancarrota, su fracaso lo había convertido en un delincuente, un ladrón.

Pero mi madre se quedó.

—En realidad, es una oportunidad encubierta. Si consideramos todos los factores, esto es algo bueno.

Lo cual me hizo pensar en qué haríamos si sucediera algo malo.

Así que Thackeray Crescent fue una penitencia y así lo sentimos. Durante la primera lluvia intensa, vimos aparecer manchas grises de humedad en los techos de las habitaciones. Los acumuladores de calor económicos nos hacían retorcernos y sudar a las tres de la mañana y nos congelaban hasta la nariz a las cuatro de la tarde. La primera vez que habíamos visto la casa, mi padre había explicado que, para superar la claustrofobia de vivir apretados durante largos períodos de tiempo, los submarinistas llevaban pocas pertenencias y las guardaban en su lugar tan pronto como terminaban de usarlas. Pero, en vez de adoptar un estilo de vida minimalista y eficiente, nos encontramos en un estado perpetuo de falta de lugar donde guardar las cosas. Habíamos visto la casa sin amueblar y, ahora, las paredes curvas significaban que los muebles, la lavadora y el televisor parecían abalanzarse sobre nosotros. Nada quedaba alineado y nada quedaba bien. Había cientos de irritaciones pequeñas: alacenas que no cerraban, un fregadero tan poco profundo que era imposible llenar la tetera, una bañera en la que ni siquiera mi madre podía estirar sus piernas cortas.

—¡Lo único que pido es una pared plana para colgar un cuadro! ¡Una esquina, una esquina donde poner una silla!

Mi madre siempre había tenido la habilidad de reírse de la adversidad, como cuando se había hecho una bolita dentro de la carpa azotada por el viento en Exmoor o cuando había tenido que esperar al mecánico del coche en el arcén de una autopista; pero ese día le estaba fallando, así que daba portazos, pateaba paredes, arrojaba zapatos:

—¿Por qué está esto aquí? ¡Este no es el lugar de los zapatos!

Ella decía que parecía *Das Boot*. No me extrañaba que los submarinistas se volvieran locos. La culpa no la tenía la casa, pero aun así no podía evitar preguntarme cuántas otras familias que, de otra manera habrían tenido una relación estable, se habían fracturado por un cristal doble deficiente, el trauma del apuntalamiento, esos retorcimientos de furia que daban inicio a cada día.

Nuestros padres se convirtieron en desconocidos para nosotros, secuestrados y reprogramados para actuar como adversarios. Siempre había creído que, desde los veintiún años hasta los sesenta y cinco, cuando ya eran oficialmente viejos, los adultos se mantenían más o menos iguales, sobre todo los padres. ¿No era esa la definición de adultez: el fin del cambio? ¿No era su tarea permanecer constantes? Ahora mi padre, conocido por su apacibilidad entretenida y distraída, se había convertido en alguien cada vez más lleno de ira, una emoción que pocas veces lo habíamos visto sentir. Ahora que tenía demasiado tiempo libre, se había obsesionado con las «mejoras para el hogar» y luchaba por reemplazar el espejo opaco del baño, los tragaluces con filtraciones, la barra de la cortina de baño que no dejaba de caerse. Usaba la parte de atrás de una cuchara para

atornillar estantes a las paredes hechas de placas de escayola, reparaba las grietas resultantes con un relleno que preparaba en un cuenco para cereales y aplicaba con el cuchillo para la mantequilla y tapaba el fregadero con los restos del relleno, así que el resultado eran más portazos y más gritos que se oían a través de esas paredes delicadas.

La respuesta de mi madre a toda esa situación opresiva fue mantenerse erguida y hacer estallar las restricciones que la mantenían atada. Casi sin esfuerzo aparente, consiguió trabajo en el club de golf local como asistente de la coordinación de eventos, bodas, aniversarios, fiestas de cumpleaños de setenta años. Era el tipo de institución que alguna vez había desestimado por ser provinciana y anticuada, pero ella siempre había sido eficiente, persuasiva y capaz de ser encantadora, y la paga era mucho mejor que cualquier suma que pudiera soñar con ganar en las guardias. Según ella, si había conseguido administrar el turno nocturno de una unidad geriátrica superpoblada, la Junta Anual del Rotary Club no sería ningún problema. De hecho, ¡eran casi lo mismo! Ese era su argumento de venta, y nosotros le creímos y nos acostumbramos a verla salir con zapatos de tacón el sábado temprano por la mañana y escuchar el coche llegar la madrugada del domingo. Empezó a pintarse las uñas y planchar sus blusas delante del televisor. ¡Blusas! La idea de que mi madre tuviera cosas como blusas, enaguas o una falda de tubo, una agenda con anillas o una dirección de correo electrónico propia era de lo más raro, pero era algo con lo que podíamos vivir si significaba que habría menos ansiedad por la factura de luz. Quizás hasta nos acostumbraríamos a la presencia alarmante de nuestro padre en la casa, a esa jovialidad forzada y frenética con la que servía el desayuno, revisaba nuestros deberes, hacía las compras grandes. Estábamos recuperando el aliento, nos estábamos poniendo de pie una vez más.

Pero todavía se sentía una tensión profunda y Billie y yo solíamos retorcernos de ansiedad en nuestras camas mientras escuchábamos sus voces que alternaban entre ser bruscas, agresivas y tranquilizadoras.

—Creo que papá se está volviendo loco —dijo Billie una noche—. El Padre Loco.

Y ese se convirtió en el código que usábamos cada vez que lo pillábamos de pie mirando con fijeza a la nada durante ratos interminables.

Mi madre se quedó. Hizo nuevas amistades y cada vez trabajaba más horas. Recibió elogios y compensación por las horas extras, cambió de vestuario y de estilo de pelo y mi padre lo veía y reaccionaba con una crueldad y un sarcasmo poco característico. Ella siempre había sido una partidaria incondicional y práctica de la izquierda. Ahora se preguntaba si sería posible que el helicóptero de la novia aterrizara en la calle 18 de la cancha de golf. Ahora se esquivaban las miradas, excepto cuando mi madre atendía su teléfono móvil —¡un teléfono móvil!— fuera de las horas de trabajo y entonces se sostenían la mirada con una furia apenas contenida mientras ella hablaba con una voz que él ya no reconocía. El amor no era lo único que se desvanecía. El respeto y la comprensión también estaban desapareciendo y nosotros no podíamos hacer nada para detener la corriente; el terror de ver hasta dónde llegaría la situación empezó a envolverme y a sofocar cada uno de mis pensamientos.

Justo antes de la Pascua de mi último año, después de haber tenido un día como cualquier otro, volví a casa y la encontré en un silencio absoluto. Había creído que estaba vacía, así que me

sobresalté y solté un grito al dirigirme al sillón y ver a mi padre acostado, la cara restregada hasta quedar roja, las manos dentro de las mangas de su suéter.

—Tu madre se ha ido, Charlie —dijo.

—¿A dónde? ¿Al trabajo?

—Ha conocido a otra persona. Lo siento.

—¿De qué hablas, papá?

—Por favor, cariño, no me hagas decirlo. Se ha ido. Se ha ido con otra persona.

—Pero volverá, ¿no es cierto? ¿Volverá?

Había visto a mi padre llorar en un par de ocasiones, pero solo en fiestas o bodas, apenas un enrojecimiento sentimental de los ojos, pero nunca esa mueca horrorosa. Estoy seguro de que debía de haber ocurrido, pero a puertas cerradas. Ahora, allí estaba él, acurrucado en forma de bolita, como si estuviera protegiéndose de una serie de golpes, y desearía poder decir que lo abracé sin pensarlo dos veces o que intenté reconfortarlo de algún modo. En vez de eso, me quedé de pie a cierta distancia, un espectador no preparado para actuar y reticente a involucrarse, demasiado alarmado para hacer otra cosa que no fuera salir corriendo, volver a subir a la bicicleta y pedalear a toda velocidad.

Billie, que volvía de la escuela, estaba doblando en la esquina.

—¿Qué pasa, Charlie?

—Ve a ver a papá.

—¿Qué ha sucedido? ¡Qué ha sucedido! —Tenía los ojos como platos.

—¡Ve! —grité y, cuando me giré, ella había echado a correr.

Mi hermana, que tenía doce años, sabía qué hacer. Yo seguí pedaleando hasta salir del complejo y llegar a la carretera de circunvalación para averiguar si al fin ella había decidido no quedarse.



Buen comportamiento

El club de golf era un edificio absurdo, tan presuntuoso y pomposo como sus miembros. Las paredes blancas y almenadas lo habrían convertido en la localización ideal para un misterio de Agatha Christie si no fuera por la galería que habían añadido a uno de los lados en los años ochenta, y las visitas que había hecho con mi madre me habían hecho odiar el lugar, con ese hedor a loción para después de afeitarse y gin-tonics, las carcajadas del bar, las piezas de música clásica en flauta, *El Danubio azul* que te perseguía hasta en el baño, donde había caricaturas sobre golf incomprensibles a la altura de los ojos. Odiaba cómo mi madre se comportaba en las instalaciones, la voz que usaba, el chaleco ridículo.

«Recuerda tu buen comportamiento», decía.

Yo no tendía a comportarme mal, pero esas palabras hacían que tuviera ganas de arrebatarse uno de los palos de golf de cabeza pesada de las manos de alguno de los malditos que estaban en el vestíbulo y atacar los potes de popurrí, los paquetes individuales de galletas, los espejos retrovisores de los BMW y Range Rovers que estaban en el aparcamiento, donde ahora yo hacía volar la grava, saltaba de mi bicicleta, la dejaba tirada con las ruedas aún girando y entraba a toda velocidad en el vestíbulo.

—Disculpe, ¿puedo ayudarlo? ¿Está buscando a alguien? ¡Disculpe, jovencito! Jovencito, ¡deténgase!

La recepcionista golpeó la campana con la palma de la mano, *ding-ding-ding*, mientras yo miraba de un lado para el otro hasta ver a mi madre que se acercaba desde el bar, *clac-clac-clac*, con esa caminata ligera de falda de tubo, sonriente —¡sonriente!— como si yo hubiera venido a preguntar por las tarifas para la cena de Navidad de una empresa.

—Gracias, Janet, yo me ocupo. Hola, Charlie...

—Papá ha dicho que te has ido de casa.

—¿Qué te parece si vamos por aquí?

Me había sujetado del codo y me escoltaba hacia el otro lado del vestíbulo...

—¿Es cierto?

...como si fuera una guardia de seguridad que me había pescado robando, y ahora abría puertas a salas de conferencia y oficinas en busca de algún lugar donde esconderme...

—Te he dejado una carta, Charlie. ¿Has leído la carta, Charlie?

—No, he venido directamente hacia aquí.

—Bueno, yo le pedí que te la entregara.

...y cada vez que abría una puerta y la sala estaba ocupada, ella enseñaba su sonrisa profesional

y cerraba la puerta de inmediato.

—Mamá, ¿es cierto? —Solté mi codo de su mano—. ¡Dímelo!

Su sonrisa flaqueó. Tomó mi mano, la sujetó con fuerza, apoyó su frente contra la mía durante un momento y, después de echar un vistazo rápido a ambos lados, fijó la mirada en una puerta que estaba detrás de nosotros, la abrió con un empujón del hombro y me hizo entrar con un giro a un armario de limpieza que era más bien una jaula caliente e insonorizada con rollos de papel higiénico y toallas de mano. Nos quedamos de pie entre mopas y cubos.

—Charlie, no puedes venir aquí...

—Pero, ¿es cierto que te mudas?

—Por ahora, sí.

—¿A dónde? No lo entiendo.

—Todo estaba explicado en la carta. —Chasqueó la lengua—. Le dije que te la entregara...

—¡Solo dime qué ocurre! ¡Por favor!

Suspiró y se dejó resbalar por la pared como si se hubiera desinflado hasta que quedó en el suelo con las piernas dobladas debajo de ella.

—No ha sido fácil vivir con tu padre durante los últimos años...

—¿En serio? La verdad es que no lo había notado...

—No ha sido fácil para nadie. Creo que he hecho lo mejor que he podido hacer para mantener la situación a flote, y todavía lo quiero, os quiero a todos. Pero... —Hizo una pausa, frunció el entrecejo, humedeció sus labios y eligió cada una de las palabras con cuidado—. He hecho un nuevo amigo. Aquí. En el trabajo.

—¿Quién?

—Todo esto estaba en la carta, no entiendo por qué no te la ha entregado...

—De acuerdo, iré a buscar esta famosa carta entonces... —Y me dispuse a trepar sobre ella, patear cubos, derribar mopas.

—No hagas eso, Charlie. Siéntate. ¡Siéntate! ¡Te lo contaré todo! ¡Ven aquí! —Tiró de mi mano para que me sentara yo también en el suelo, de manera que nuestras piernas, presionadas contra los paquetes de papel higiénico, quedaran enredadas las unas con las otras—. Se llama Jonathan.

—¿Trabaja aquí?

—Sí, es el encargado de los eventos corporativos.

—¿Lo conozco?

—No. Billie lo ha visto las veces que ha venido al trabajo conmigo. Y no, hoy no está aquí, así que no tengas ninguna idea.

—¿Desde cuándo...?

—Un par de meses.

—¡Solo has estado aquí desde enero!

—Sí, y en este tiempo nos hemos convertido en muy buenos amigos. —Solté la carcajada más amargada que pude—. No estás siendo muy maduro, Charlie.

—*Muy buenos amigos*. Hablas como si tuvieras nueve años...

—De acuerdo, entonces *amantes*. ¿Te gusta más?

—Por el amor de Dios, mamá...

—Porque si quieres puedo tratarte como a un niño, ¿es eso lo que quieres?

—No, lo único que quiero...

—... es que te explique lo que ha ocurrido, y eso es lo que estoy intentando hacer. No me molesta que te enfades, de hecho, eso es lo que esperaba, pero también espero que seas respetuoso y escuches. ¿De acuerdo? —Pateó un cubo con la punta del pie—. Dios, ¡desearía tener un cigarrillo! —Tanteé mis bolsillos.

—Eso no me hace gracia. ¿Fumas en serio?

—¡No!

—Porque, si fumaras, te mataría...

—No fumo. Solo di lo que ibas a decir.

—Conocí a Jonathan aquí. Es viudo y tiene dos hijas, gemelas. Es simpático, muy simpático, así que empezamos a hablar un poco. Yo le hablaba sobre tu padre y él era muy comprensivo, porque también había estado algo melancólico, así que sabía cómo se sentía, y nos hicimos amigos y después nos hicimos... más que amigos. No me mires así. Estas cosas suceden, Charlie, algún día lo verás. El matrimonio... no se trata solo de amar a una única persona durante toda la vida...

—¡Eso es exactamente de lo que se trata! Eso es lo que el matrimonio debería ser. Mira... —levanté su mano y le señalé el dedo en el que todavía llevaba el anillo, y ella sujetó mis manos y las apretó con fuerza.

—Sí, sí, lo que debería ser, pero a veces es confuso, Charlie, es complicado y doloroso y puedes sentir cosas por diferentes personas sin que esos sentimientos dejen de ser sinceros y fuertes. Lo entenderás cuando seas más grande...

Incluso cuando la frase todavía estaba saliendo por su boca, pude ver que ella intentaba devolverla al lugar de donde había salido, pero era demasiado tarde. Me enfurecía aún más que el comentario del «buen comportamiento», así que pateé la puerta y ella apoyó su mano sobre mi rodilla para calmarme.

—¡Deja de hacer eso! ¡Para! ¡Charlie! Escucha, no tengo ninguna duda de que tu padre es el amor de mi vida y tú tampoco deberías dudarle. Pero soy su enfermera; ya no soy ni su esposa ni su compañera, soy su enfermera y a veces... a veces empiezas a odiar a las personas que deberías cuidar y las odias *porque* las tienes que cuidar...

—¿Lo odias?

—¡No! No lo *odio*, lo quiero... ¿no me has oído? Todo esto estaba mucho mejor explicado en la carta...

—¡Solo dilo!

—¡Dios santo! Yo...

Pero su voz pareció atascarse con algo. Sus ojos adquirieron un brillo aceitoso, los cerró y presionó las puntas de los dedos con fuerza contra los párpados.

—Estoy cansada, Charlie. Estoy muy muy cansada. A él no le hace bien tenerme allí y yo no me puedo pasar la vida cuidándolo. Sé que te debo de parecer una anciana, pero me siento demasiado joven para estar el resto de mi vida... atrapada.

—Así que te vas.

—Por un tiempo, sí. Me mudo.

—Huyes.

—¡Él tampoco me quiere allí! Sabe lo de Jonathan, hemos dicho cosas que no podemos desdeñar, es imposible... —Soltó un quejido exasperado—. ¡He hecho todo lo que podía hacer! Todo, y lo sabes; a menos que quieras seguir oyéndonos gritar y pelear y chillar en mitad de la noche durante años y años...

—Cuando he llegado a casa estaba acurrucado...

—Dios mío, Charlie... No lo he hecho a la ligera, Charlie, no lo hago porque me divierte; ¡lo hago porque creo que es lo mejor!

—Lo mejor para ti, quizás.

—¡No, lo mejor para todos!

—¿Actúas de forma cruel porque eres buena?

—Hay un elemento de...

—Porque lo que estás haciendo es una puta crueldad...

—¡Ya es suficiente! —dijo con firmeza, soltó un gruñido y enterró los dedos entre el pelo para tirar de él como si intentara levantarse a ella misma—. Dios, Charlie, no lo estás poniendo fácil.

—¿Querías que te lo pusiera fácil?

—A decir verdad, sí, no me molestaría para nada —rugió y después exhaló y se tomó un momento para corregirse—. No. Di lo que quieras decir. —Colocó las manos sobre sus ojos en forma de visera—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Te mudas con...

—Jonathan. Por ahora, sí.

—¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé. Ya veremos.

—Y Billie y yo nos quedamos con mi padre.

—Bueno... —Se mordió el labio, miró hacia la pared y siguió hablando con precisión y cuidado—. Estábamos pensando en que Billie se venga a vivir conmigo y que tú te quedes con tu padre.

Tuve que dejar pasar un momento, un suspiro contenido, antes de poder volver a hablar.

—¿Puedo ir yo también?

—¿Qué?

—¿Puedo ir contigo?

—Yo no...

—¿Contigo y con Billie?

—Ay, Charlie...

—¡Lo digo en serio! ¡Llévame contigo!

—¡No puedo!

—Porque perderé la cabeza si me quedo en casa.

—Jonathan tiene su propia familia, tiene dos gemelas.

—No me molesta.

—No hay habitaciones.

—Puedo dormir en el sillón.

—¡Charlie, necesito que te quedes con tu padre!

—¿Por qué yo?

—Porque... tú eres el mayor...

—¡No, *tú* eres la mayor!

—Siempre te has sentido muy cercano a él...

—No, eso no es cierto, tú solo quieres creerlo porque es más fácil para ti.

—Cuando eras pequeño, vosotros erais cercanos...

—¡Ya no soy pequeño!

—No, pero podéis recuperar esa relación, volver a sentirnos cercanos.

—Me siento más cercano a ti, ¡quiero ir contigo y con Billie!

Me había esforzado por no entrar en pánico, por evitar que mi miedo se oyera en mi voz, pero, para vergüenza propia, de pronto me encontré llorando...

—Charlie, no es una emigración, solo me mudaré a un par de calles, ¡estaré cerca! ¡Verás a Billie todos los días en el instituto!

...llorando como si tuviera cuatro o cinco años, con sollozos entrecortados y sin aire.

—No estarás allí cuando nos despertemos, no estarás allí por la noche...

—Estaréis bien vosotros dos. Tu padre adora pasar el rato contigo...

—¡Será horrible! ¡Quiero estar contigo!

Ahora ella también lloraba e intentaba sostenerme entre los brazos, pero yo no la dejaba.

—Pero ¿qué puedo hacer, Charlie? Te quiero, pero no tienes ni idea de lo infeliz que soy en esa casa; tú crees que porque somos adultos... Sé que estoy siendo egoísta y sé que ahora me odiarás por esto, pero tengo que hacer *algo*. Tengo que hacer esto y ver qué ocurre...

De pronto, se abalanzó sobre mí, impulsada por alguien que había empujado la puerta del armario.

—¿Quién está ahí? —gritó una voz masculina.

—¡Greg, vete! —respondió mi madre mientras intentaba mantener la puerta cerrada.

—¿Amy? ¡Necesito un rollo de toallas para el dispensador!

—¡Vete!

—¿Tienes a alguien contigo? Qué chica más traviesa...

Ella usó la palma de la mano para golpear la puerta con fuerza.

—Greg, te lo ruego, por favor... ¿puedes irte a la mierda? —Me miró y gesticuló un «lo siento» con la boca.

Esperamos un momento, enredados en el suelo como si el pequeño cuarto fuera un ascensor que acabara de precipitarse hasta el subsuelo. No podía identificar con exactitud cuáles de las extremidades eran mías y cuáles de mi madre, pero, entre toda esa confusión, ella encontró mi mano, me apretó la punta de los dedos e intentó sonreír. Nos pusimos de pie con dificultad. Había rollitos de pelusa como orugas pegados a su falda de tubo y ella se dispuso a quitárselos con el

revés de la mano.

—Dios, mírame. ¿Cómo está el...? —Señaló sus ojos.

—Pareces un oso panda —respondí y ella quitó un rollo de papel higiénico entero del paquete, se secó uno de los ojos y después el otro.

—Te daré algo de dinero y puedes llamar cuando quieras, y te visitaré una vez por semana o algo así para ver que estés sobreviviendo. No solo sobreviviendo, quiero decir que iré a ver que estés feliz y que estés comiendo. —Lanzó el rollo al estante de arriba de la repisa metálica como si fuera un balón de netball—. La verdad es que no creo que vaya a ser muy diferente. Quizás hasta sea mejor para ti. ¡Los chicos juntos! Puedes hacer los deberes y repasar en paz. ¡O te puedo ayudar! Sé que es un pésimo momento, pero al menos no tendrás que vivir en un campo de batalla.

—Estaré viviendo en un manicomio...

—¡Deja de decir esas cosas! —soltó ella—. ¡Lo digo en serio! —Se giró con velocidad para darme la espalda, estiró los brazos para levantar un cilindro de toallas y, con un gesto eficiente, como si yo hubiera fallado una entrevista, colocó el tambor bajo uno de sus brazos—. Ya eres lo suficientemente mayor para esto, Charlie. —Sostuvo la puerta abierta—. Y si no lo eres... bueno. Ya es hora de que crezcas.



Esquinas

En los días que siguieron de manera inmediata a su partida, tuve una visión, clara e inevitable, de nuestro futuro doméstico: la casa como una cueva, huesos de animales desparramados por el suelo como en la apertura de *2001*, mi padre y yo comunicándonos a través de gruñidos y aullidos. Tendría que esforzarme si quería evitar ese descenso a la degradación absoluta, y un inesperado deseo por mantener el orden se activó en mí. Pronto aprendí para qué servía un armario de secado, cómo funcionaba un termostato, cómo volver a encender el piloto de la caldera. La primera tanda de camisas de uniforme rosas me enseñó la importancia de separar la ropa blanca de la de colores; la pila cada vez más alta de correspondencia sin abrir, dirigida, en su mayoría, a mi madre, me enseñó a falsificar su firma.

Desearía poder decir que aprendí a cocinar. En vez de eso, aprendí a pedir comida por teléfono. Para mantener una dieta variada y equilibrada, nos asegurábamos de alternar entre comida india, china e italiana (es decir pizza) en un ciclo de tres días, seguido por un cuarto «día de sobras», que era una especie de bufé recalentado de comida internacional. Aprendí los números de memoria, pero, en poco tiempo, incluso el placer de la comida mala y barata quedó fuera de nuestro presupuesto, así que complementábamos los grandes platos del mundo con el Cuenco de Pasta de Papá, una olla gigante de espaguetis a medio cocer, pegados en algunas secciones como si fueran los cables imponentes de un puente colgante, y revueltos con un cubo de caldo Oxo y medio tubo de puré de tomate o, en algunas ocasiones, cuando era muy tarde por la noche, una cucharadita de pasta de curry, lo que lo transformaba en la Pasta al Madrás de Papá. Estoy seguro de que deben de haber existido marineros durante el reinado de Isabel I con dietas más equilibradas y, aunque nunca pasamos hambre —empujábamos la comida a nuestras bocas incluso antes de que los platos tocaran nuestro regazo, como si fuera una competición—, pronto adquirimos la lengua cubierta por una capa grasienta y la piel aceitosa y cetrina de quienes consideran que el pesto es un vegetal. Estábamos cayendo en una vida que no era para nada saludable, pero no puedo negar que poseía un cierto placer sórdido.

—Usa un plato —ordenaba mi padre si me encontraba comiendo curry frío del contenedor de aluminio—, no somos cavernícolas.

Aún no, pero faltaba poco.

De vez en cuando, nos rebelábamos en contra de esa vida, caminábamos las calles extra hasta el supermercado y añadíamos lentejas, manzanas, cebollas y apio entre el pan blanco en rodajas y la carne con descuento. Caminábamos hasta casa a zancadas con la intención de cocinar sopas sustanciosas, guisos con cebada, platos que habíamos visto en los programas de cocina de la

televisión: tajines, paellas, *risottos*. Mi padre hacía sonar algo caótico de Gene Krupa o Buddy Rich a todo volumen.

—Pongamos este lugar en orden —decía, como solía decir cuando yo era pequeño y mi madre estaba a punto de llegar a casa, y teníamos esa misma sensación de colaboración y desafío al limpiar el cuenco de las frutas y llenarlo con peras, melocotones, kiwis y piñas. Los últimos cigarrillos iban a la basura (después yo los rescataba del cubo) y los ceniceros se lavaban y guardaban en el estante de más arriba.

»No nos va tan mal, ¿verdad? —comentaba mi padre—. Los chicos juntos. Nos las arreglamos. —Y cambiaba de disco.

La música era al humor de mi padre como el termómetro a la temperatura: una manera clara y fiable de medirlo. Me obligaba a escuchar —a escuchar *en serio*, sentado erguido, sin periódico, sin distracciones— *A Love Supreme* o *The Amazing Bud Powell*, por ambos lados, porque «uno no veía solo la mitad de una buena película». Él se quedaba de pie junto al estéreo, sacudiendo la cabeza y levantando un dedo —«Escucha esto, ¡aquí viene!»—, y estudiaba mi cara para ver si yo también lo oía. A veces, muy de vez en cuando, sentía algo parecido al arrastre de la marea y casi me dejaba llevar. Sin embargo, por lo general, solo lo hacía para darle el gusto, un esfuerzo por adorar algo que el también adoraba.

—¡Suenan muy bien! —exclamaba yo, pero no podía distinguir entre lo bueno y lo malo; lo único que oía era el murmullo genérico de los platillos que para mí eran, aunque no lo decía en voz alta, la música de la Pantera Rosa.

Sin embargo, el optimismo de mi padre era algo precario, y pronto aprendí que esos buenos momentos eran temporales y debían ser pagados con momentos malos de igual intensidad. La melancolía volvía como una niebla, la música era reemplazada por largos períodos en los que miraba la televisión sin prestarle atención o disfrutarla. Las peras permanecían duras como piedras mientras que los melocotones se convertían en pulpa. Los kiwis burbujeaban y estallaban, las piñas se secaban y un líquido negro, pegajoso e indescriptible se acumulaba en el fondo del cuenco. Mi padre lo vaciaba en el cubo de basura, avergonzado otra vez por un nuevo intento fallido de devolver aunque fuera algo de decencia a nuestra vida, a nuestra forma de movernos en el mundo. Entonces salía a comprar cigarrillos.

En cuanto a mi madre, todavía la odiaba por habernos dejado, pero ese odio había adquirido una cualidad teórica, como si fuera algo que, al igual que el matrimonio, hubiera que fomentar y mantener. Lo que sí me resultaba más instintivo era el sentimiento de traición que aumentaba de intensidad cada vez que la veía, la humillación de que no me hubiera elegido para su equipo.

Pero creo que también sentía un cierto orgullo en ser su representante en la casa. Nunca había sido perfecto, pero quizás esa era mi oportunidad de desempeñar ese papel en mi casa, así que me gustaba saber cuándo ella nos visitaría para crear la impresión de un orden saludable, mullir los almohadones, quitar los recipientes de papel de aluminio de la nevera, asegurarme de que mi padre estuviera presentable y vestido del todo o, si eso no era una meta alcanzable en ese día, que estuviera ausente. Cuando lo sabía de antemano, sus visitas las sentía como una inspección. Yo observaba cómo sus ojos lo registraban todo. No había platos en el fregadero, bien; trapos de

cocina limpios, ropa recién lavada sacudiéndose en el tendedero, qué agradable de ver. Su culpa era esencial para mí; quería atizarla como si fuera el fuego de una caldera, porque quería que ella volviera. Pero no quería que volviera porque nosotros no éramos capaces. Incluso cuando me esforzaba por odiarla, me parecía importante que se sintiera orgullosa de mí.



El día que conocí a Fran Fisher, mi madre ya estaba en la cocina llenando los estantes con compras. Yo la miraba desde la puerta abierta mientras ella usaba las uñas para despegar una costra enmohecida de la panera y la arrojaba a la bolsa de basura. En algún lugar de la casa, con la luz de la tarde, un moscardón gordo se daba cabezazos contra una ventana y mi madre murmuraba para sí mientras desembolsaba las compras, un comentario privado de quejas y críticas menores.

—Hola —saludé.

—¿Dónde has estado? —Me echó un vistazo por encima de su hombro.

No es asunto tuyo. Nuestra charla venía acompañada de un comentario que era tan fácil de seguir como los subtítulos de una película extranjera.

—Fuera. He salido a pasear en bicicleta.

—¿Tu padre también ha salido?

—Eso parece. —*Gracias a Dios que no está aquí.*

—¿Tienes idea de a dónde ha ido?

—Ni idea. —*A caminar como un loco.*

—¿Duerme bien?

—Eso creo. —*No de noche. En el sillón, a la tarde. Por tu culpa.*

—¿Habla con alguien?

—Solo conmigo. —*También por tu culpa.*

—¿Se cuida?

—Igual que siempre. —*No se afeita y bebe demasiado; usa la misma ropa durante días. Por tu culpa.*

—¿Ha dicho algo sobre la posibilidad de buscar trabajo?

—Sí, ha dicho algo.

Esa era una verdad a medias. Los días en los que la presencia de los dos en la casa se volvía insoportable, mi padre buscaba lápices y hojas de papel y cambiaba el canal de la televisión por la página de anuncios clasificados de Ceefax. ¿Alguno de nosotros podría ser gasista? ¿Vendedor de seguros? ¿Buceador en una plataforma petrolera? Contemplábamos nuevas profesiones como lo hacen los niños: conductor de tren, vaquero, astronauta; ¿podíamos hacer que nuestras caras encajaran con el papel? La respuesta era siempre que no, y la experiencia era tanto desalentadora como profundamente incómoda. Buscar trabajo no es algo que un padre y un hijo deban hacer juntos —es aún más incómodo que ver escenas de sexo—, así que no tardábamos en volver a la programación, cambiar de tema y nunca más mencionarlo. Ahora yo era el que cambiaba de tema.

—¿Cómo está *Jonathan*? —El nombre «Jonathan» no tiene nada de malo y es difícil pronunciarlo con desdén.

—Bien, gracias por preguntar —respondió mi madre sin perder la compostura mientras cerraba la alacena con un golpe de la palma de la mano y lo volvía a hacer una y otra vez hasta que al fin quedó cerrada. *Bang-bang-bang*. Descansó un momento con ambas manos sobre la encimera—. ¿Sabes qué es lo mejor de vivir allí? ¡Nada de *jazz* y *esquinas* estupendas por todos lados!

—Bueno, siempre y cuando seas feliz, mamá —comenté, pero sabía que si ella me lo ofreciera, yo subiría a hacer la maleta sin pensármelo dos veces.

Quizás ella también lo sabía, porque ahora era ella la que cambiaba de tema.

—¿Qué estás haciendo ahora que es verano? En general, quiero decir.

—Paseo en bicicleta. Leo.

—¿Lees? Nunca has sido de leer mucho.

—Bueno. Ahora lo hago.

—Tantos años te insistimos para que leyeras...

—Quizás ese fue el problema: que insistierais.

—Mmm. Sí, ahora veo que fue mi culpa. Al menos pasas tiempo al aire libre. ¿Haces cosas con otras personas?

Acabo de conocer a una chica asombrosa; ¿alguna vez podría haber dicho eso? Había escuchado contar que había personas que podían hablar de forma abierta y honesta con sus padres, que mantenían charlas que eran más que una voltea constante de sarcasmo y arrogancia. Pero para ser honesto, no sé quiénes serían aquellos bichos raros. Incluso aunque hubiera encontrado las palabras para decirlo, ya era imposible. Oímos la voz de mi padre fuera de la casa, fuerte y rebosante de una alegría artificial:

—¡Hola, Billie! ¿Qué haces aquí?

Mi madre se giró hacia las alacenas para prepararse.

—No os peleéis —susurré, pero mi padre estaba inclinado contra el marco de la puerta, la cara con una expresión de desafío orgulloso que no le sentaba bien.

—¿Sigues aquí? —preguntó mi padre.

—No, Brian, me he ido hace quince minutos.

—Solo he vuelto porque he pensado que te habrías ido.

—¿No has visto el coche aparcado delante de la casa? Sé que no es grande, pero creía que lo verías.

—¿Qué vienes a llevarte ahora?

—En realidad, he venido a *traer* cosas: comida, algo que no esté servido en bandeja de aluminio. Si lo prefieres, puedo llevarme todo otra vez.

—Sí, por favor.

—Es más que nada para Charlie...

—Charlie está bien. Los dos lo estamos, gracias.

Sin quitar los ojos de la alacena, mi madre levantó sobre su cabeza un frasco abierto de mermelada de frambuesa al que le crecía un copete de moho blanco de dentro que parecía algodón

de azúcar. Arrojó el frasco en el fregadero, donde aterrizó con estrépito.

Yo ya sabía cómo terminaba esto: el aumento constante de volumen hasta culminar en el golpe de una puerta, así que me fui de allí y caminé hasta el coche de mi madre, donde Billie leía sentada, la cabeza inclinada hacia abajo y la mano sobre la boca como si fuera una mordaza. El día seguía caluroso, pero la ventanilla estaba levantada, así que tuve que darle un par de golpecitos con los nudillos, y eso fue lo que más me entristeció de todo lo que había ocurrido ese día. ¿Éramos cercanos? Cuando vivíamos juntos, nos molestábamos y provocábamos como era de esperarse, pero, en los días oscuros de la transformación de nuestros padres, nuestras discusiones habían sido intercambiadas por una solidaridad exhausta, susurros de litera a litera como si fuéramos miembros de un escuadrón bajo el comando de oficiales ebrios e incompetentes. Ahora nuestra alianza se había roto e incluso la charla más vana y doméstica podía resultar peligrosa. La felicidad de su nuevo hogar sería una traición; la infelicidad, algo más por lo que enfurecerse.

—¿Todo bien? —preguntó Billie una vez que hubo bajado la ventana del todo.

—Ajá.

—¿Están peleándose?

—Deberían de estar empezando ahora —respondí y eché un vistazo a mi reloj, como si se tratara de un evento programado.

—¿Cómo están las cosas aquí?

—Igual que antes. ¿Cómo están las cosas allí?

—Raras.

—¿Cómo están *las gemelas*? —El único entretenimiento que habíamos encontrado en la nueva situación de Billie era fingir que ella era Cenicienta.

—¿Las gemelas? Son demasiado *deportivas*. Abres un armario y cae una lluvia de balones de fútbol, palos de hockey y redes de bádminton. No dejan de intentar que me *involucre*, como si fuera una huérfana enferma y ellas quisieran hacerme sentir como en mi casa para que seamos *compinches* o algo así y hablemos de lo mucho que nos gusta el lacrosse. Siempre dicen: «¡Billie, ven a jugar al lacrosse con nosotras!». Y yo les digo: «¿Qué es esto, el instituto? Yo no practico deportes a menos que me lo indique el horario escolar». Cada vez que levanto la mirada tienen puestos sujetadores *deportivos* y están calentando o enfriando o lo que sea. El padre es igual, no deja de lanzar las cosas. «¡Billie, atrapa!». «No... ¿no puedes dármelo en la mano?». Cuando no está lanzando cosas a la gente, se sienta a mirar críquet durante días enteros.

—¿Y mamá también?

—Sí, aunque puedes ver que después de tres minutos desenfoca los ojos y no presta atención. Ella dice que eso es «hacer un esfuerzo», yo digo que es *colaboracionismo*. Hasta ha jugado *golf*. Se ha pasado al lado oscuro. «Mientras seamos huéspedes, es importante que *hagamos un esfuerzo*». Pero vamos... ¡El puto *golf*! —Las palabrotas de Billie eran una innovación, tímidas y furtivas. A mí me parecía algo inapropiado, como si estuviera viendo a un niño en pañales que pretende fumar, y los dos miramos con incomodidad hacia la casa.

—¿Quieres entrar?

—No. Deja que hagan lo que quieran. ¿Sigue siendo el Padre Loco?

Abrí la puerta del coche y me senté en el asiento trasero con disimulo, como si fuera un informante.

—Por lo general está bien, pero a veces se pone frenético, se queda hasta tarde y bebe, lo que no debería hacer con las pastillas que está tomando. Algunos días ni siquiera lo veo. —Desde dentro de la casa se oyó la voz alzada de nuestra madre, el ruido de las alacenas—. Odio este lugar. Quiero decir, ya lo odiaba desde antes, pero ahora lo odio *en serio*.

—*Sé fuerte*, mi hermano —pronunció Billie con una voz portentosa salida de *La guerra de las galaxias* y se estiró hacia atrás para darme una palmada en la mano.

Ambos reímos y yo intenté algo por primera vez:

—Te echo de menos.

—*Ay, por fa-vor* —respondió, pero luego añadió—: Yo también.

De pronto, nuestra madre salió de la casa con un portazo y mi padre volvió a abrir la puerta de inmediato para poder darle un portazo más tarde. Por el momento, se quedó plantado de pie bajo el marco de la puerta, un granjero que protege sus tierras. Yo salí del coche de un salto, cerré también con un portazo —¿alguna vez volveríamos a cerrar una puerta con suavidad?—, y mamá se puso de inmediato en modo doble de riesgo: hizo girar las ruedas, aceleró más de la cuenta, hizo retroceder al coche y salió conduciendo a toda velocidad.

Le eché una mirada a Billie, que tenía el mentón en alto y retorció un dedo índice contra la sien, levanté la mano y entré en casa, de vuelta con mi equipo.



El juego de los nombres

Por primera vez en semanas, programé el despertador.

Sin embargo, por algún motivo, el sueño me evitó (*la forma de la nariz, el tono de azul, la curva de, la constelación precisa*) y, en las horas que no pude conciliar el sueño, preparé un plan: me presentaría a las nueve y media, me uniría a lo que sea que hicieran allí arriba, me acercaría a Fran de forma casual durante el descanso de media mañana o, a más tardar, la comida, le pediría su número de teléfono y, una vez que lo tuviera en mis manos, me iría corriendo como Indiana Jones perseguido por la piedra gigante.

Practiqué lo que podría decir: *Fue genial hablar contigo ayer, cómo está el tobillo, oye, escucha, me preguntaba si...* Es posible que llegara a murmurar esas palabras en voz alta y que experimentara cómo sonaba decir algo como: *¿Qué te parece si vamos a tomar un café?*, pero sin el acento norteamericano que por algún motivo adoptaba cada vez que decía esa frase. *¿Tomar un café? ¿Ir a por un café? ¿Ir a un café? ¿Te apetece una taza de café?* Si la palabra «café» me causaba tanta preocupación, quizás debía invitarla a beber té, pero «¿Quieres venir a beber té?» era algo que decía la gente que usaba tocados. El té era la bebida más insípida y menos sexual que existía, mientras que el café era mucho más oscuro y excitante. Tenían cafeteras en el salón de té El Pan de Campo, e imaginé a Fran con el mentón sobre el puño, jugando con un terrón de azúcar mientras yo contaba alguna historia, arrojando la cabeza hacia atrás con una carcajada repentina al tiempo que yo empujaba el filtro de la cafetera hacia abajo como si fuera un detonador. *Oye, ¿qué te parece si vamos a otro lado a por una bebida de verdad?*

Pero ¿a dónde podríamos ir? Mi casa no era una opción, porque tenía las literas infantiles en la habitación y la encarnación de un colapso nervioso en el sillón, y Fran no era el tipo de chica a la que uno llevaba a los columpios del Parque de la Mierda de Perro, con o sin sidra. ¿Era descortés ofrecerle sidra? ¿Quizás sería mejor una cerveza importada, algo elegante que no se vendiera en lata? ¿Debería poner vodka en una botella con tapa de rosca? ¿Té o café, cerveza o vodka, botella o lata? Me dormí a las seis y me desperté con la alarma a las ocho, salí de la cama, me duché lo más en silencio que pude, rogándole al agua que cayera sin hacer ruido, y me afeité con el cuidado de un cirujano. Levanté la lata de Axe, en su variedad «Azteca» («Así que esto fue lo que los exterminó», decía mi padre cuando lo olía en el aire), y vacié la mayor parte del recipiente en mis axilas, lo suficiente como para crear una capa tan gruesa como la cobertura de un pastel. Cuando bajé los brazos, la sentí crujir.

Trabé los pies debajo de la litera como hacían en prisión y me dispuse a hacer cincuenta abdominales con la esperanza de que el resultado fuera inmediato, pero llegué a los veinte y me

golpeé la cabeza contra el borde de la cama en cada uno de ellos. Doblé dos rodajas de pan para meterlas en mi boca y escribí una nota apresurada para avisar de que estaría todo el día fuera, pero sin dar más explicaciones —¿cómo podría explicarlo?—; monté en mi bicicleta y repetí el camino fuera de Thackeray Crescent, por Forster y luego Kipling Road, pasé por Woolf, Gaskell y Brontë hasta llegar a Thomas Hardy Avenue, rodeé la carretera de circunvalación y pasé por encima del rugido de la hora punta en la autopista. En las afueras, un cartel blanco municipal marcaba el límite de la ciudad junto con su honesto lema, UNA BUENA CIUDAD (en latín, *Bonum Oppidum*), que era lo único que habían conseguido decir sin que sonara falso.

Anduve por caminos silenciosos, pasé junto a los túneles de plástico y atravesé los campos de trigo, cada vez menos seguro de por dónde ir. Doblé antes de lo que debía, desanduve el camino, me detuve delante de una parada de autobús de cemento y una calle con sombra y ramas bajas. Crucé el camino e inicié la subida.

El día ya era caluroso y el sol se abría paso entre las copas de los árboles. Cuando subía por la calle, jadeando y con la respiración entrecortada, vi el sendero del día anterior, pero quise hacer una entrada más formal, así que continué mi camino hasta llegar a una portería pequeña que simulaba ser estilo tudor. Detrás de dos verjas con cinco barrotes, un camino para coches curvo se adentraba en un terreno boscoso que ocultaba la casa de la calle. MANSIÓN FAWLEY, decía la placa. Permanecí sobre los pedales, pero la grava se movía bajo las ruedas, así que me resigné a caminar. El camino seguía el borde de un bosque y después se convertía en un camino de césped con tejos antiguos a ambos lados.

Era una mansión típica de los condados que rodean Londres, un popurrí de los mejores éxitos arquitectónicos del último milenio: columnas y pórticos, ventanas de cristal doble y diseño de diamantes en plomo, paredes cubiertas con piedrecitas como se estilaba en 1930 entre vigas tudor que solo estaban adheridas, una antena parabólica entre la hiedra. Si hubiera sido más culto, quizás no me habría impresionado tanto, pero lo único que veía era el tamaño, la reclusión y la edad aparente. Nunca antes me había sentido tanto como un intruso y tuve la idea de que el crujir de la grava alertaría a los perros. Mientras buscaba algún lugar donde dejar mi bicicleta, observé el estanque ornamental con carpas doradas, los mazos de croquet abandonados, un palomar, toda esa grandeza que solo era estropeada por una camioneta Transit destartada que tenía uno de los lados pintado: dos máscaras que se reían sobre una cinta decorativa con las palabras «Cooperativa Teatral La Ratonera». Una figura salió de las puertas traseras a trompicones y con dos bolsas de red a rastras. Me congelé en el sitio, pero Ivor me vio y se acercó a brincos con una bolsa sobre cada hombro.

—¡Holaaaa! ¡Nuestro hombre misterioso de ayer! Lo sabía, sabía que tendrías la *compulsión* de volver. Deja la bici ahí tirada, no hay ningún peligro, y lleva una de estas, ¿sí? —La bolsa de red estaba llena de balones de gomaespuma y pelotas blandas, bolos para hacer malabares y, lo más alarmante, una colección de sombreros—. Odio ser un imbécil, pero he olvidado tu nombre.

—Charlie.

—Sabía que era algo así. ¿Charlie o Charles? No eres un Chuck, ¿o sí? No tienes cara de Chuck.

—Charlie.

—De acuerdo, Charlie, ¡vamos! —Indicó el camino con un aleteo de su pelo—. ¿Has hecho mucho teatro?

—No, esto... Yo... Es algo nuevo para mí. Estoy probando cómo es.

—¡Carne fresca! Bueno, te *encantará*, estoy seguro de que así será. Ahora ven, ¡únete a nosotros!

Caminamos en dirección a un sonido rítmico de golpes y choques de manos, cruzamos el patio y salimos a una explanada ancha y verde que tenía a ambos lados lo que yo suponía que debían de ser el ala este y el ala oeste de la casa.

—El Gran Jardín, donde crearemos nuestra bella Verona. Es difícil de imaginar, lo sé, pero tú solo espera y ya verás... ¡Y aquí están todos!

Los miembros de la compañía, sentados con las piernas cruzadas en un círculo grande, golpeaban sus muslos con la palma de las manos y aplaudían a un compás de 4/4 para crear un ritmo que se tambaleó un poco cuando me acerqué. Vi, en una sucesión rápida, a Lucy Tran, que fruncía el ceño y le susurraba algo a Colin Smart, miembro fundamental del misterioso Club de Teatro de Merton Grange, quien tenía la boca abierta del asombro. Vi a Helen Beavis sonreír y sacudir la cabeza, y allí, de perfil, riendo con un chico, estaba Frances Fisher. Esbozó una sonrisa brillante y gesticuló algo con la boca, «¡Has venido!» o «¡Hurra!», pero yo aparté la mirada. Esa sería mi política: actuar distante, indiferente, como si fuera alguien interesado en participar en un juego de teatro y nada más.

—Bueno, silencio, todos haced silencio. ¡Ojos sobre mí! ¡Ojos! ¡Quiero ver todos vuestros ojos, gente! —Ivor formó una *v* con los dedos y los apuntó hacia sus ojos—. Bueno, tengo el gusto de anunciar que hemos tenido una adición a la compañía de último momento. Decid hola a Charlie, Charlie...

—Lewis.

—¡Hola, Charlie Lewis! —exclamaron a coro y yo, con la cabeza baja, levanté una mano y me acomodé en el círculo entre dos desconocidos.

—Todavía no sabemos qué papel tendrá Charlie; hablaremos sobre eso más tarde. Por ahora, solo haremos algunos ejercicios, ¿sí? ¿Sí?

—¡Sí!

—Por la tarde, ¡Alina nos hablará sobre movimiento!

Alina apoyó las manos firmes contra las rodillas y formó ángulos rectos con los codos.

—Hablaremos sobre nuestra postura, sobre cómo ocupamos el espacio cuando estamos solos o con otras personas, sobre cómo respiramos, cómo nos movemos en el mundo con presencia y vitalidad y cómo respondemos con naturalidad y espontaneidad a los demás. Porque no solo hablamos con las palabras, ¿no? Podemos decir cosas sin abrir la boca. Nos comunicamos con el cuerpo, la cara, e, incluso cuando no nos movemos... —Se queda quieta y susurra—: Nos. Seguimos. Moviendo.

En circunstancias normales, habría buscado a alguien con quién mofarme del discurso, pero todas las caras del círculo parecían sinceras y cautivadas. La única que cruzó miradas conmigo

fue Lucy Tran, que me miraba fijo con una fuerza telequinética y me hablaba sin palabras. «No perteneces a este sitio», parecía decir, «estás detrás de líneas enemigas con un uniforme falso y serás descubierto». Si corría hasta mi bicicleta, podría salir de ese lugar en unos treinta segundos, quizás veinte, pero, al girar, mi mirada se cruzó con la de Fran. Sonrió y me pareció verla cruzar los ojos. Reí y, de pronto, todos nos pusimos de pie para sacudir la tensión de las manos —había que sacudir, sacudir, sacudir, sacudir— y las pelotas blandas empezaron a volar por el aire.

Jugamos a «Atrápame si puedes» y al «Juego del loro». Jugamos a «Seguir el olfato», al «Escurrizado» y al «Cuenco de frutas». Jugamos a «¿Hay alguien que...?», al «Orangután naranja», a «Zip, zap, zop» y al «Guardián de las llaves»; después, a «Seguir la cadena», «Ataque de pánico», «Ese no es mi sombrero» y «Hola, perrito» y, mientras todos los demás reían y bromeaban y se lanzaban de un lado para el otro, yo me esforzaba por mostrar un aire de desinterés agotado, como el de un hermano mayor en una fiesta de cumpleaños infantil. Lo único que quería era un número de teléfono. Incluso tenía un lápiz en el bolsillo y, de vez en cuando, se me clavaba en la entrepierna para recordarme que estaba allí. Un número de teléfono y dejaría de molestar a esa gente.

Pero es difícil mantener una actitud casual mientras se juega a improvisar una escena usando solo las palabras «sí», «no», «por favor» y «plátano», y pronto volvimos a sacudir las manos, sacudir, sacudir, sacudir, y nos agrupamos en parejas para simular ser espejos. Le eché una mirada a Fran, que había formado pareja con Colin Smart y ahora presionaba las palmas de sus manos contra las de él, mientras que en mi espejo me encontré con un hombre de mediana edad, grandote y con nariz y mejillas rojas, como una versión en tamaño real del carnicero feliz que estaba fuera de la carnicería local.

—Hola, soy Keith. Tú serás el espejo. —Se subió los pantalones deportivos y los sacudió para acomodar los contenidos antes de empezar el ejercicio—. Interpretaré a Fray Lorenzo en la obra —susurró por un lado de la boca y se colocó un dedo en la nariz y después el otro. Yo hice lo mismo—. Probablemente por esto... —Apoyó una mano sobre la cabeza, calva pero con un pequeño flequillo: la tonsura de un monje de película. Lo copié—. Me reclutaron de la Compañía de Actores Lakeside. ¿Has visto alguno de los espectáculos de Lakeside? *¿El violinista en el tejado?* *¿Testigo de cargo?* —Relajó la mandíbula y golpeteó un ritmo contra las mejillas, y yo hice lo mismo—. No estoy seguro de qué pienso de todas estas actividades sobonas. En Lakeside ya habríamos terminado con los primeros tres actos. Pero hay que seguir la corriente. —Nuestras narices se estaban tocando y yo podía oler café en su aliento—. Hay que mantener la mente abierta, ¿no es cierto?

—¡Nada de hablar, por favor! ¡Si habláis, el espejo debe hablar!

Keith dio un par de golpes contra sus mejillas, tiró de sus orejas, se metió los dedos en la nariz y yo, mientras tanto, pensaba: *¿Por qué no se queda quieto mi reflejo? ¿Y si ella me ve haciendo esto?*

—Bien, ¡cambiad de pareja, por favor!

Pero ella no me vio, ni siquiera echó un vistazo en mi dirección, así que fui arrojado a una nueva instancia de intimidad forzada, esta vez con un chico llamado Alex: negro, muy alto,

delgado y con toda la sofisticación, madurez y hartazgo del mundo de un estudiante de bachillerato. El ejercicio consistía en ser escultores y modelos. Alex me echó una mirada de arriba abajo.

—Me parece, Charlie —dijo—, que obtendremos mejores resultados si yo te acomodo para que poses.

—De acuerdo.

—No te resistas.

—Lo siento.

—Sigues resistiéndote, debes flexionar y quedarte así.

—¡Eso intento!

—Estás empujando.

—No lo hago a propósito.

—Dios mío, lo tenso que tienes el cuello...

—Lo siento.

—Parecen los nudos de una cuerda. —Presionó con los pulgares.

—¡Ay!

—¿Te estoy poniendo tenso?

—No.

—Entonces, ¡relájate!

—Es solo que no he hecho muchas cosas de este estilo.

—Sí, me ha dado esa sensación —respondió y me pellizó las pantorrillas.

—Quizás pueda ser uno de esos maniqués que solo están... tirados en el suelo.

—¿Y cuál sería la gracia? Además, yo soy el escultor aquí. ¡Suelta! ¡Haz lo que digo!

—De acuerdo —llamó Ivor con un aplauso—. Escultores, ¡veamos vuestras obras! Alex y Charlie, vosotros primero.

Los demás formaron un círculo a nuestro alrededor. Yo era Eros, tambaleándome sobre una pierna, con un arco y una flecha en las manos y capaz de ver por el rabillo del ojo cómo Fran y Helen Beavis se llevaban una mano al mentón y asentían mientras nos juzgaban.



—¡Diez minutos, gente! ¡Diez minutos, por favor!

En el patio, la compañía se reunió alrededor de la mesa de té entre risas y bromas. En la versión que yo había imaginado del día, yo podría haberme acercado, saludado y unido al grupo, pero la confianza no es algo que se encienda con un interruptor así como si nada y, en la vida real, ese trayecto se me antojaba traicionero y plagado de peligros, y la distancia parecía infinita. Quizás me aceptarían, quizás rebotaría contra el borde y saldría disparado hacia el vacío. Lo mejor era permanecer donde estaba y mantener los ojos fijos en el vaso plástico de agua que tenía en las manos.

Quedarme quieto también traía sus propios peligros, así que empecé a pasear alrededor del

patio con mi vaso y a apreciar la arquitectura como si fuera un turista que recorre una catedral. En mi visión periférica noté que alguien se separaba del grupo y se acercaba a toda velocidad: la mujer mayor que el día anterior me había chasqueado la lengua. Ahora su mano estaba sobre mi antebrazo y me dedicaba una sonrisa amplia y alarmante que dejaba ver dientes blancos que parecían más jóvenes que la boca que ocupaban; tenía ojos grandes y brillantes y arrugas que parecían las grietas de un óleo, los estragos que habían dejado los bronceados intensos y las excursiones en yate.

—Hola, hombre misterioso —susurró, su voz grave y humeante.

Debía de tener unos setenta años, era diminuta, tenía el pelo muy corto y peinado hacia delante, y vestía un mono blanco de mangas largas debajo de una especie de túnica blanca holgada, como si se tratara del fantasma de una instructora de yoga.

—Me temo que conseguir una galleta en el descanso de la mañana es una competición de todos contra todos. Debes ser rápido.

—Estoy bien, gracias.

—Bueno, pareces muy sombrío y carismático aquí solo, como un personaje de Chejov. Estoy segura de que esa debe de ser tu intención, pero ¿no preferirías unirse?

—No, solo miraba... —Señalé una ventana, un tubo de desagüe.

—La casa. Sí, es un poco como el monstruo de Frankenstein. La parte principal es del reinado de Jacobo I, pero después está todo lo demás... añadido.

—La he visto desde la ciudad. Siempre he creído que era un manicomio o algo así.

—Bueno, supongo que en cierta forma lo es. Nosotros vivimos aquí, ya ves. —Ella rio.

—Ah. Lo siento.

—No hay ningún problema, no tenías por qué saberlo. Yo soy Polly y el que está allí es mi marido, Bernard... —Señaló a un hombre alto de porte militar que estaba añadiendo agua de un cubo de plástico a la tetera—. ¿Te gustaría hacer la visita guiada? —Nunca nadie había rechazado la visita, así que enlazó su brazo con el mío—. Hemos vivido aquí toda la vida, aunque ahora solo somos nosotros dos. Sin los niños, empezamos a sentirla demasiado *grande*, así que es maravilloso tener a toda esta gente joven aquí. Ivor es nuestro sobrino. Este es el segundo año que hacemos esto. El año pasado hicimos *Sueño*, ¿la viste? Cuando nos enteramos de que estaba montando su propia compañía, pensamos «¿Por qué no?». Solo hay una condición, dije yo: ¡quiero un papel! De joven solía actuar, ya ves. El color desapareció de la cara de Ivor; creo que pensó que le pediría ser Titania, pero no, fui Hipólita; era un papel bastante aburrido, pero este año soy la Nodriza. Es el papel *perfecto* para mí. Lo haré con un acento del este de Londres. «No importa los que falten: cumplirá el primero de agosto los catorce» —recitó con un acento marcado—. Consideraré usar un acento de Glasgow, pero es demasiado difícil (incluso hay glasgowianos a los que no les sale bien), así que, al menos por ahora, eso es lo que haré. Claro que Ivor y Alina tienen unos planes bastante esotéricos para la producción. «Conceptos»... ¿Es así cómo los llaman? Estoy segura de que la situarán en el espacio exterior o en una terminal de autobuses venezolana o en algún lugar así, y lo que sí me preocupa es que haya un exceso de *movimiento*. No me refiero a caminar, sino al otro tipo de movimiento. La mímica me genera una desconfianza

particular; no entiendo cuál es la gracia de hacer la mímica de una jarra si hay un armario lleno de esas cosas. Sobre todo, lo que más espero, es que no recorte el texto, porque ¿qué es Shakespeare sino *sus palabras*?

Los dos estábamos de acuerdo en que Shakespeare *era* las palabras. Ella se llamaba a sí misma una «loca de Shakespeare». Más allá de sugerir que había sido el primer rapero, no había mucho que yo pudiera agregar, pero no fue necesario, porque Polly apenas paró para respirar mientras visitábamos el invernadero para naranjos, el rosedal, la rocalla y algo a lo que llamó la gruta, un castillo de arena pero construido de cemento, hueco y grande como un coche familiar, con caracolas incrustadas en algunas partes. Me preguntó, con esa voz grave y quebradiza, si soñaba con algún papel shakesperiano y dónde había hecho el instituto. Ninguna de las respuestas me favorecía, pero me di cuenta de que mi voz se había convertido en la de un joven amable, cortés y bienhablado, sin rastros de irritación por la disminución de mis posibilidades de conseguir el número de teléfono. Cuando terminamos la visita, Fran estaba charlando con un chico atractivo y despeinado, las cabezas demasiado cerca, la mano de él sobre su hombro...

—Romeo y Julieta —suspiró Polly—. ¿No parecen una pintura? ¿Crees que se enamorarán profundamente en la vida real? Me parece que esa es la tradición, al menos durante la producción. El método de actuación y todo eso.

—¡Muy bien, todos! —gritó Ivor sin dejar de hacer malabares—. ¡Es hora de seguir trabajando!

Juegos con pelotas, juegos con palos de bambú, juegos con vendas en los ojos y pañuelos y sombreros. Escalamos la cara de un acantilado acostados sobre el suelo y nos enrollamos como hojas secas en una hoguera, trepamos a la espalda sudada de otras personas y usamos nuestros dedos mugrientos para moldear la cara de nuestros compañeros como si fueran de arcilla y, durante todo ese tiempo, yo luchaba con la paradoja de cómo conseguir hacer todas esas cosas y no hacerlas al mismo tiempo. Después vinieron los juegos con el lenguaje, como las historias construidas con una palabra por vez...

Había...

Una...

Playa...

Donde...

Bailaban...

Tango...

Doce...

¡Quinotos!

Y me volvía loco que, cada vez que nos acercábamos a algo sensato y coherente, alguien tiraba algo descabellado y sinsentido que desviaba todo hacia la idiotez...

Yo...

Hago...

Cosquillas...

A...

Quienes...

Huelen...

Soporíficamente...

A...

¡Wombats!

Y volvían a estallar en carcajadas histéricas. ¡Champú-De-Teléfono-De-Alcachofa! ¡Cubo-Escalera-De-Dromedario! Por Dios, cómo le gustaban aquellas cosas a esa gente, y a mí me ayudaron a confirmar algo que sospechaba desde hacía tiempo: que dentro de un ambiente teatral, las personas se ríen de cualquier basura.

—Muy bien, todos, ¡ahora a sacudirse todo de encima! ¡Sacudir, sacudir, sacudir! ¡Y a comer!

Esta vez no fallaría. Tenía la mano alrededor del lápiz que estaba en mi bolsillo y elegí con cuidado el momento para acercarme. En el patio, Fran estaba sola de pie junto a la mesa, pero...

—Charles Lewis, ¿qué *haces* aquí? —Helen Beavis me sujetaba por el codo—. Como si no lo supiera. Dios, sí que eres predecible.

—No sé de qué hablas.

—Andas olfateando a esa pobre chica.

—En realidad, esto no tiene nada que ver con ella, Helen.

—¡Ja! Seguro, ¡debes de estar aquí por tu interés en los juegos de teatro!

—¿Y qué haces *tú* aquí?

—¡Me ocupo de la escenografía! El *diseño* de producción. Lo hice el año pasado y fue divertido; no me avergüenza decirlo, me interesa y me ayuda a desarrollar mis habilidades. Lo que *no* estoy haciendo, Lewis, es hacer perder el tiempo a los demás.

—Bueno, quizás te equivocas conmigo.

—Nunca me equivoco con la gente.

—¿Por qué no podría estar interesado?

—¿En Shakespeare? ¡Ja!

—¿Por qué no? Es mejor que estar sentado todo el día en mi casa. Quiero ver... quiero ver qué ocurre.

—De acuerdo —dijo ella y apoyó ambas manos sobre mis hombros—. Pero si lo haces, Lewis, debes hacerlo bien. No sirve de nada que te quedes sentado haciendo caras, ya no estás con los chicos. ¡Debes *comprometerte*!



Romeo

En algún punto entre el patio y el Gran Jardín, Fran había desaparecido. Más allá de esconderme en el bosque, no tenía otra alternativa más que unirme al elenco, que estaba tirado al sol mientras Romeo, que apoyaba su atractiva cabeza sobre un brazo musculoso, no dejaba de hablar sobre las exigencias de interpretar el papel epónimo. El papel epónimo, aclaraba él, no era siempre el *mejor* papel, pero él siempre terminaba con el papel epónimo, esa era su maldición: ser siempre epónimo, y usaba la palabra con tanta frecuencia y con tanto énfasis que empecé a preguntarme si habría algún personaje de la obra que se llamara Epónimo. *Mirad, se aproxima el duque Epónimo...*

—¡Por ejemplo, en *Otelo!* —señaló.

—Miles, me *encantaría* ver tu Otelo. —Alex, el chico negro y delgado que me había esculpido, soltó una risa.

—Oye, es un gran papel. Siendo un actor blanco, rehusaría interpretarlo...

—Qué noble por tu parte...

—... pero Yago es un mejor papel. Lo mismo en esta obra: mi nombre está en el título, pero me pregunto si no seré más un Mercucio por naturaleza.

—Ah, ¿te refieres a *mi* papel? ¿El papel que me han dado a *mí*? —Alex volvió a reír.

—Y Alex, compañero, estoy seguro de que lo harás estupendo. Pero con el papel epónimo se siente todo el peso de las expectativas; quiero decir, todo gira alrededor de *mí*.

Yo lo miraba con rencor. Supongo que era atractivo: tenía una afabilidad y belleza chapadas a la antigua, como si fuera el héroe de una película vieja de clase B que luchaba contra un dinosaurio hecho con *stop motion*. «Es atractivo y lo sabe», es lo que habría dicho mi madre y, como si me hubiera escuchado decirlo en voz alta, el chico se giró hacia mí y, en vez de decir mi nombre, me apuntó con el dedo:

—¿Qué papel es mejor, Romeo o Mercucio?

Mi intención fue encogerme de hombros, pero solo conseguí sacudirme un poco.

—¿Cuál es tu papel? —me preguntó.

—¿El mío? Todavía no lo sé.

—¿A qué instituto fuiste?

—Merton Grange —respondí, y Romeo asintió con la cabeza, como si esa información le hubiera aclarado las cosas.

—El mismo instituto al que fuimos nosotros —añadió Colin Smart, que todo este tiempo había estado abrazando sus rodillas y mirando al chico.

—Es la primera vez de Charlie —comentó Lucy Tran con un tono desagradable—. No era muy reconocido por su *actuación* en Merton Grange.

—Yo soy Miles —dijo Romeo—. Soy de Hadley Heath, como nuestro George, que está allí.

Miles señaló a un chico encorvado que estaba sentado a cierta distancia y comía un plátano mientras leía un viejo ejemplar Penguin de *Madame Bovary* a la sombra piadosa de una pared.

—¿Mmm?

El chico levantó la mirada que estaba detrás de un par de gafas de estilo aviador con cristales gruesos como los de un acuario. Vestía lo que parecía una camisa blanca de uniforme debajo de un suéter innecesario, el pelo era un casco negro y brillante como una peluca de los Beatles y tenía la piel tan inflamada que estaba roja como zumo de frambuesa alrededor de la boca y la nariz.

—George es parte de mi pandilla, ¿o no, Georgie? —gritó Miles.

El chico con espinillas sacudió la cabeza.

—No, Miles, no soy parte de tu *pandilla*. —Y, al volver a su novela, añadió—: Eres un simplón absoluto.

Miles soltó una carcajada afable digna de Sir Lancelot y se abalanzó sobre George, lo sostuvo contra el suelo con una mano en el pecho y, con la otra mano, aplastó el plátano que todavía tenía en el puño. Ubicado a unos ocho kilómetros de la ciudad en su propio complejo amurallado, Hadley Heath era el tipo de instituto privado que solía considerarse pequeño. Los estudiantes tendían a evitar el centro de la ciudad, y bien que hacían, así que, al igual que con los leopardos de las nieves, un avistamiento cercano era casi insólito. Todos nos quedamos sentados mientras mirábamos la escena en un silencio incómodo hasta que...

—Oye, Miles —llamó Alex en voz alta—. Miles, ¿qué te parece si paras?

Miles rodó hacia un lado y se limpió las manos contra el césped.

—Tenemos un departamento de teatro excelente en Hadley Heath.

—¿Por qué tienes que ser tan idiota, Parish? —masculló George.

—Tenemos un espacio asombroso, muy versátil; hacemos todo tipo de cosas en la ronda y, cuando actúas, estás casi sobre el *regazo* de la audiencia. He interpretado a Pal Joey en *Pal Joey*, a Arturo Ui en *Arturo Ui*, a Cyrano en *Cyrano*...

—El titular en el periódico estudiantil: «Cyrano sobreactuado».

—¡No me provoques, George! Acabamos de hacer *Asesinato en la catedral*...

—Miles interpretó a la catedral —interrumpió George.

—En realidad, interpreté a Tomás Becket, que es un papel bastante exigente. Está bien, quizás no sea el danés, que es el papel que realmente quiero interpretar, pero es bastante importante.

—¿De qué danés estás hablando, Parish? —preguntó George, que todavía estaba quitándose trozos de plátano del pelo—. ¿El danés epónimo?

—Eres una mierda, George. No me obligues a volver adonde estás.

—Sabes que no es necesario que repitas «epónimo» todo el tiempo, ¿no? Podrías decir «titular». «Tuve el papel *titular*...».

—Es una puta responsabilidad cargar con toda la obra, ¿sabéis?

—Excepto que existe este otro personaje llamado Julieta —señaló Alex—. Ella también es

bastante importante.

—Mmm —murmuró Miles con escepticismo.

—¿Cuál es tu soliloquio favorito de Shakespeare, Miles? —preguntó Lucy con reverencia, y vi a Helen y Alex poner los ojos en blanco.

—¿Queréis saber algo curioso? —comenzó Miles y se frotó el mentón (se lo frotó en serio)—. No encontraréis mis frases favoritas de Shakespeare en una obra, porque... —Se aproximaba el remate—: ¡Están en un soneto!

—Joder —murmuró Helen.

—Lucy —dijo George entre dientes—, ¿tienes alguna idea del monstruo que acabas de desatar?

—Los ojos de mi amada —recitó Miles con la mirada hacia el cielo—, ¡no parecen dos soles!

Yo me recosté sobre el césped, cerré los ojos y sentí mis labios cerrados por el silencio y la ignorancia. Si se suponía que todo este asunto de la creatividad nos ayudaría a sentirnos más libres y confiados, entonces, ¿por qué me sentía más agobiado y cohibido? Alina había hablado de aprender a movernos por el mundo y responder con naturalidad a los demás y yo había puesto la oreja: para un chico que no podía caminar por espacios atiborrados de gente, compartir un sillón con un padre o conservar la capacidad del habla al estar junto a una chica que le gustaba, ese era un talento que valía la pena tener. Pero no lo adquiría moldeando la cara de un desconocido, fingiendo que mis huesos desaparecían uno por uno ni escuchando Shakespeare de la boca de un maldito lleno de confianza e interés por el arte que sabe poesía de memoria. Lo único que yo quería era saber qué hacer con las manos, eso era todo. ¿Dónde pongo las manos?

Ahora que veía que mi misión estaba destinada a fallar, sentí que había algo deshonesto y poco honorable en lo que estaba haciendo. Estaba participando de un rito de iniciación para una organización a la que no tenía ningún deseo de unirme y que no me necesitaba como miembro. Helen tenía razón: no era justo que les hiciera perder el tiempo. Esperaría hasta el final del día para no ser descortés y me iría sin el número de teléfono. La imagen de Fran se disiparía y mis sentimientos también; sería como recuperarme de un resfriado leve. O quizás me volvería loco; ya me enteraría dentro de poco.

Ahora Miles estaba sentado sobre el suelo con las piernas cruzadas mientras contaba historias tristes sobre la muerte de reyes y yo escuchaba con el sol en la cara. Si no podía recitar Shakespeare, al menos podía broncearme.

Sentí el fresco de una sombra en la cara.

—Charlie, ¿podemos hablar?

Me había quedado dormido. Los demás se habían ido hacía rato y ahora Alina e Ivor estaban agachados sobre mí como si fueran detectives agachados sobre un cadáver en la playa.

—Claro —respondí, me puse de pie un poco mareado y los seguí de vuelta a la casa mientras el sudor de mi espalda se enfriaba.

Habían visto mis credenciales y sabían que eran falsas, así que ahora me llevarían a la rocalla y me ejecutarían.

—Oye, muy buen trabajo hoy —comentó Ivor, y me pregunté qué parte de todo aquello había sido muy buena. ¿Mi representación de una hoja que se seca al sol? ¿El hacerme una bolita lo más

pequeña posible?

—Queríamos que le echaras un vistazo a esto —dijo Alina y extendió unos papeles unidos con anillas—. Es el texto que estamos usando. Ya conoces la obra, claro. —Yo sacudí la cabeza y asentí al mismo tiempo—. Bueno, el lunes es la lectura previa. No hay nada de qué preocuparse, no buscamos una actuación pulida...

—... pero nos encantaría que le echaras un vistazo a un tío llamado Sansón —terminó Ivor—. Es parte de la pandilla de los Capuleto.

—Es un tipo bastante engreído —explicó Alina.

—Pero muy divertido.

—Hace muchas bromas *groseras*.

—Y casi podría decirse que es quien inicia la obra.

—Solo pruébalo.

—Sin presiones.

Esta era mi oportunidad: *Gracias, pero no planeo volver, no es para mí*. Pero Ivor estaba tan lleno de esperanzas y Alina me miraba con tanta intensidad que dejé pasar el momento, y esa no sería la última vez. Asentí con la cabeza —*De acuerdo, está bien*— y pasamos el resto de la tarde simulando ser máquinas a vapor.

Cuando el día llegó a su fin, estaba exhausto, plagado de dolores inesperados, cubierto de polvo por arrastrarme y gatear por el suelo, y todavía no estaba más cerca de conseguir ese número de teléfono mágico o de intercambiar aunque fueran solo un par de palabras. Fran debía de estar evitándome, así que, mientras el resto del elenco se quedaba allí de pie y se abrazaban, yo recogí mis posesiones y lo que quedaba de mi orgullo.

—¡Tened un fin de semana fantástico, gente! —exclamó Ivor—. Pero recordad que el lunes es día de Shakespeare. Profundizaremos en el texto hasta llegar al fondo. Nos encontraremos a las nueve en punto en el invernadero para naranjos. Y recordad: ¡no está permitido actuar! No haremos más que hacer una lectura previa, solo una lectura previa...

Mi bicicleta estaba donde la había dejado, abandonada bajo uno de los tejos viejos que bordeaban el camino para coches. Escondí el libreto al otro lado del árbol como carta de renuncia y me monté en la bicicleta para irme, pero la grava estaba resbaladiza y caí al suelo en un último acto de degradación. Escuché risas y aplausos a mis espaldas.

—Imbéciles artísticos —murmuré para mí mismo y, cuando me giré, descubrí que Fran estaba caminando a paso enérgico junto a mí.

—Hola.

—Ah, hola.

—Te has olvidado esto. —El libreto abandonado.

—Claro, sí. Gracias.

—Espero que haya sido por accidente. —Lo extendió hacia mí como si fuera un contrato que debía firmar.

—Sí, debo de haber... —Eché un vistazo hacia un lado y hacia el otro, reticente a aceptar el libreto.

—Mi padre me pasa a buscar al final de la calle todas las noches. Quiero decir, si tú quieres...
si no tienes prisa...
No tenía prisa.



Camino a casa

Llegamos hasta el final del camino para coches en silencio, y era un camino largo. Salimos a la calle cubierta por árboles que desembocaba en el camino principal, y la única voz que escuchaba seguía siendo la que estaba en mi cabeza y me ordenaba: *Concéntrate, esto será importante, concéntrate.*

—Lamento que no hayamos tenido oportunidad de hablar hoy —dijo ella.

—Sí, hemos estado bastante ocupados. —Caminamos un poco más—. Creía que quizás me estabas evitando.

—¡Para nada! He intentado acercarme, pero cada vez que te veía estabas simulando ser un gato, así que... —Entonces se rio, aunque me pareció una risa exagerada, y se acomodó el pelo detrás de la oreja.

—Sí, perdón por eso.

—En cualquier caso, yo creía que tú eras el que me estaba evitando a *mí*.

—¡Dios, no! —Nunca se me había ocurrido que mi actitud indiferente podía ser interpretada como indiferencia—. Es solo que no estoy acostumbrado a hacer cosas de este estilo.

—Creo que nadie se acostumbra.

Seguimos caminando. El calor del día persistía bajo la copa de los árboles, el aire quieto parecía desdibujarse donde había nubes de mosquitos pequeños, como si fueran marcas de pulgares sobre una fotografía. A lo lejos se oía el zumbido de la autopista, y también era consciente del parloteo de los miembros de la compañía que caminaban detrás de nosotros a cierta distancia, al acecho.

—Entonces, dímelo con sinceridad —comenzó ella—, ¿en serio has odiado cada segundo?

—¿Eso parecía?

—A veces. Cuando te ha tocado ser estatua, creía que ibas a, no sé, estallar.

—No soy bueno con esas cosas.

—Pero ¡lo has sido! Me ha parecido que tu máquina a vapor humana ha sido asombrosa, y eso no es algo que diga a la ligera. Incluso en ese ejercicio parecías... ¡furioso! —Volvió a reír y se llevó la mano a la boca.

—Bueno, como he dicho, no es de mi estilo...

—Entonces ¿por qué has venido?

—Quería probar algo nuevo. Algo que me mantuviera ocupado. —Mantuve los ojos hacia delante.

—Que te mantuviera alejado de las calles.

—Alejado de los problemas.

—¿Estás en problemas?

—En realidad, no. Es solo que me aburro en casa.

—¿Y hoy te has aburrido?

—Aburrirme, no...

—Ahí lo tienes entonces.

—Pero he pasado vergüenza.

—Sí, bueno, a todos les toca eso cuando empiezan. Es como cuando te unes a la Legión Extranjera o al Servicio Aéreo Especial y tienes que cargar una nevera en la espalda y beber tu propio pis o lo que sea. Aquí tienes que jugar el juego de los sombreros. Es para que todos nos sintamos *conectados* y *desinhibidos*. ¿Te sientes conectado?

—No mucho, no.

—¿Desinhibido?

—Inhibido.

—Bueno, quizás cuando comencemos con la obra... ¿Qué papel te ha tocado?

—No lo sé, San-algo.

—Sansón. Bueno, ahí lo tienes. Muchos insultos, muchos chistes groseros. Es un jovencito *bastante* travieso.

—Ay, Dios.

—Solo te pido que no hagas eso de sacudir las caderas hacia adelante. Déjale eso a Julieta.

—¿Que eres tú?

—Así es. —Hizo una mueca—. Así es.

—El papel epónimo.

—Aunque el papel epónimo no es siempre el *mejor* papel. —Soltó una risa.

—Sé que, en un mundo ideal, a ti te gustaría interpretar a Sansón.

—Ese es mi *sueño*.

Nos sonreímos y seguimos caminando por la luz marina, suave y verde, que salpicaba y centelleaba como el agua de un estanque. De vez en cuando, se me ocurrían observaciones como esa, cosas que podrían pasar como poesía, y pensé en decirlo en voz alta, eso del estanque, pero no estaba seguro de si me haría sonar poético o pretencioso. En algún punto, las dos cosas se superponían, así que preferí guardarme las observaciones para mí mismo. En lugar de eso, fue Fran la que habló:

—Este verano es una maldición, ¿no? Sale el sol, si tienes suerte el cielo está azul y, de pronto, tienes todas esas ideas previas de qué es lo que *deberías* estar haciendo: tumbarte en la playa, saltar al río desde el columpio de cuerda, hacer un picnic con tus *fabulosos* amigos, todos sobre una manta en una pradera mientras comes fresas y ríes a lo loco, como en los anuncios. El verano *nunca* es así, siempre son seis semanas de sentir que estás en el lugar equivocado con las personas equivocadas y que te estás perdiendo algo. Por eso es tan triste el verano: porque se supone que deberías ser feliz. Personalmente, no veo la hora de volver a ponerme pantalones largos y encender la calefacción central. Al menos durante el invierno está *permitido* sentirse

triste, nadie espera que flotes en un campo de girasoles. Y parece que nunca acaba, ¿verdad? Es infinito, y nunca es lo que quieres que sea.

—Creo que has dado en el clavo —dije, y ella se aferró a mi brazo de pronto.

—¡Y es por eso que deberías participar de esta obra! Nuevas experiencias, nuevas personas...

—Eché un vistazo sobre su hombro y bajó la voz—. Sé que parecen un poco... —hizo una cara—, pero son bastante agradables una vez que se tranquilizan.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—He conseguido trabajo.

—Qué emocionante. ¿Dónde?

—En el mostrador de la gasolinera.

—Ah, ¿y qué fue lo que te atrajo de ese mundo?

—El aroma de la explainada. Me gusta cómo se pega a la ropa y el pelo.

—Eso y las golosinas.

—Exacto: las patatas fritas, los dulces, la pornografía...

—¿Puedes llevarte lo que quieras? Hablo de los dulces, no de las revistas porno.

—Bueno, la pornografía está envuelta en papel celofán...

—Como si fuera un regalo precioso.

—... pero no, no puedo comer los dulces que quiera. Algún que otro Twix, pero no.

—Bueno, veo que eres todo un profesional. ¿El sueldo es bueno?

—Tres libras con veinte la hora. —Inspeccioné mis uñas. Ella silbó.

—¿Y cuántas horas?

—Diez, doce.

—Ahí lo tienes entonces, podemos acomodarnos a *eso*. No es una excusa válida después de todo. De hecho, no *hay* excusas válidas.

Habíamos llegado a la base de la colina, que era el cruce con el camino principal, y estábamos junto a la parada de autobús de cemento.

—Aquí es donde me recoge mi padre. Vivimos para ese lado —comentó y nombró un pueblo, una aldea de unas veinte casas, todas blancas, con techo de paja y envidiables. *Sí*, pensé, *tiene sentido, encaja con ella*—. ¿Quieres esperar aquí conmigo? Todavía falta un rato para que llegue.

Pero yo era consciente de que el resto de la compañía, que ahora nos pasaba por al lado, asentía y sonreía, y me sentí furtivo, incómodo y ansioso por irme.

—No, debería irme. Hoy trabajo.

Me subí a la bicicleta y, como todo un inútil, me enganché una de las piernas con el asiento.

—¿Estás bien? ¿Estás teniendo dificultades?

—No, para nada, todo está bien.

—Bueno. Me alegro de que hayamos hablado.

—Yo también.

—Y aquí tienes... —Extendió el libreto hacia mí con las dos manos—. No puedes decir que no me esfuerzo.

Eché un vistazo hacia la parada de autobús donde la compañía sonreía y soltaba risitas, y me giré de nuevo hacia Fran para hablarle con voz baja y urgente, como si fuera un espía:

—Mira, seré honesto contigo: no vendré el lunes.

—¿Por qué no?

Encogí los hombros y escudriñé hasta el final del camino.

—No soy de unirme a cosas.

—Sí, a todos les gusta pensar que son así. Nunca nadie dice: «Lo que pasa es que me gusta *unirme*, me uno a cualquier mierda».

—No, pero en mi caso...

—Esto de no unirse, ¿es porque eres un inconformista o un lobo solitario?

—Me gusta creer que soy un poco de las dos cosas.

—No me sorprende. Bueno, no me interesa —declaró y volvió a extender el libreto—. No hay nada de malo en unirse si te unes a la cosa correcta.

—Pero ¡esto no es lo correcto para mí! El único motivo por el que he venido hoy... Bueno, puedo... no sé, ¿llevarte a tomar un café o un té o algo? Cualquiera de las dos cosas, me da igual. O podríamos intentar entrar a un pub, conozco uno donde le sirven casi a *cualquiera*... No quiero decir que tú... me refiero a que si mantenemos la cabeza gacha y nos quedamos en el patio... Podemos hacer lo que tú quieras, pero no puedo hacer esto de Shakespeare. Haré el ridículo. Incluso más de lo que lo estoy haciendo en este momento.

Durante todo eso, yo había visto cómo ella levantaba las cejas, las unía, entornaba los ojos, se metía un mechón de pelo en la boca, lo mordía y lo acomodaba detrás de la oreja, y cada expresión me descarrilaba, me empujaba hacia otra frase inconclusa con palabras que a veces eran poco más que sonidos hasta que al fin se me acabaron del todo, como las últimas gotas de una manguera.

—Así que... Da igual. ¿Qué piensas?

Cuando la manguera se terminó de secar y ya no quedaba ni una palabra, ella respondió con mucha claridad:

—No.

—¿No?

—No.

—De acuerdo. Me parece bien.

—Lo siento. —Encogió los hombros.

—¿Es por un novio?

—No.

—¿Es por Miles?

—¿Qué? ¿Qué? ¡No!

—De acuerdo. Solo creía...

—¿Por qué sería por *Miles*?

—No lo sé, solo... quizás no te gusta la idea, y está bien.

—Tampoco es eso.

—Entonces, dime, porque es vergonzoso seguir adivinando.

—¡No tengo tiempo! Estoy haciendo la obra, debo aprenderme las líneas... —Sacudió las hojas del libreto.

—Después de todo se trata del papel epónimo.

—¡Exacto! Quiero hacerlo como es debido.

—Pero estoy seguro de que los fines de semana...

—No, son los días que veo a mis amigos. La única manera de que me veas...

—Continúa.

—Vuelve el lunes.

Eché un vistazo hacia la izquierda y hacia la derecha, vi las caras que nos observaban desde la parada de autobús.

—¿Solo el lunes?

—No, digamos toda la semana. Tienes que llegar al viernes.

Me ofreció el libreto con los brazos extendidos y yo, como el poeta que soy, dije:

—Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—Lo siento, ese es el trato. —Rio.

—Pero ¿el viernes podemos salir?

—No, el viernes lo consideraré con mucha seriedad.

—¿Y tomarás una decisión?

—Sí.

—Que dependerá ¿de qué?

—Lo de siempre. Cómo nos llevemos...

—¿Si soy buen actor?

—No, claro que no. No es una audición.

—Quizás no en *ese* sentido...

—No es ese tipo de audición.

—Pero ¿no es algo definitivo? ¿Ir a beber un café?

—En este momento de las negociaciones, eso es todo lo que estoy dispuesta a ofrecer.

—Te das cuenta de que esto es extorsión.

—Solo es extorsión si haces algo de lo que te avergüenzas.

—¿Algo como juegos de teatro?

—Es más bien un soborno, en realidad. O un incentivo.

Me ofreció las hojas una vez más, yo las acepté y las guardé con rapidez en la mochila.

—Lo pensaré —dije y apoyé el pie en el pedal que estaba más arriba para impulsarme—. Adiós.

—¡Adiós! —respondió.

Fue entonces cuando, de pronto, apoyó su mano sobre mi hombro y, cuando me giré, se inclinó hacia mí, presionó su mejilla contra la mía de manera tal que sentí el sudor sobre la piel —el suyo o el mío, no estaba seguro— y susurró a mi oído:

—Dulce despedida y todo eso.

Después caminó hacia sus amigos y se detuvo para girarse.

—¡Hasta el lunes! —añadió.

Mientras pedaleaba al trabajo, no dejaba de pensar que «dulce despedida» era precisamente lo que sentía. No fue hasta la mañana del lunes que descubrí que lo había sacado de la obra.

PARTE DOS

Julio

*He visto **obras de teatro** más emocionantes que esto. Lo juro por Dios: ¡obras de teatro!*

Homero Simpson, *Los Simpson*



Boda

Nos habíamos decidido por una boda invernal, y pensábamos hacer de eso una virtud. «Algo pequeño y exclusivo, pero no porque no le gustemos a nadie». Niamh era mi prometida, aunque me había acostumbrado a no usar esa palabra.

—Suena tan *elegante* —observó ella—, parece algo que diría una señora rica.

—Encaja bien contigo.

—¿Eso crees?

—Cuando ya estemos casados, te seguiré llamando mi prometida.

—¿Por qué no lo pruebas a ver qué sucede?

Durante los diez años que habíamos estado juntos, habíamos asistido a muchas bodas en distintos lugares: en un olivar italiano al atardecer, en una iglesia en la campiña inglesa que parecía sacada de una postal, en la terraza de un rascacielos en Nueva York. Niamh era de Dublín y, en una ocasión, habíamos estado en una enorme playa irlandesa azotada por el viento mientras la novia se acercaba en un semental blanco desde una gran distancia, como Omar Sharif en *Lawrence de Arabia*; la distancia era demasiado grande, tanto que Niamh tuvo que retirarse a las dunas para ocultar su risa. Me resultaba imposible imaginarnos a nosotros dos en cualquiera de esas situaciones y Niamh sentía lo mismo:

—Cuando miro tus ojos y pienso en lo que significas para mí —señalaba—, lo único que se me ocurre es «registro civil».

—Quizás ni siquiera eso. ¿No podemos hacerlo por Internet?

—O podríamos fugarnos los dos solos. Aunque tendríamos que llevar a mis padres. Los cuatro solos.

—¿Sigue siendo una fuga si llevamos a tus padres?

Nos habíamos conocido en un restaurante en Londres que había estado de moda por un instante y donde yo había trabajado durante los desastrosos y pocos saludables años que precedieron a mis treinta. Yo atendía la barra, Niamh era la encargada y, en poco tiempo, se había unido a la lista de las dos o quizás tres personas que podía asegurar con algo de certeza que me habían salvado la vida. En ese entonces, nuestra existencia era prácticamente nocturna y estaba embebida en vodka y, si bien el índice de deserción de nuestro círculo de amistades era alto, algunos de nuestros amigos habían llegado a administrar restaurantes exitosos, y así fue cómo encontramos el lugar para nuestra boda: nuestra propia boda pequeña, en el salón de encima de un pub. La escala pequeña sería señal de nuestra seguridad y confianza. Solo la gente insegura hace una entrada con un caballo blanco; nosotros solo mascullaríamos un «acepto» por un lado de la boca y veríamos a

nuestros amigos. Planeábamos invitar solo a diez personas, después a veinte y después a treinta. Si acomodábamos las mesas en forma de cuadrado podríamos invitar a cuarenta personas, y eso sería más que suficiente.

Esa noche examinamos la lista en la cama. El número estaba en treinta y ocho.

—Pero estos son todos amigos míos —observó Niamh.

—También son amigos míos.

—Pero ¿no hay ningún amigo del instituto que quieras invitar?

—No, así está bien.

—¿O alguna exnovia?

—¿Por qué querría hacer eso? ¿Por qué querrías *tú* que lo hiciera?

—Quiero ver a Como-se-llame.

—¿A quién?

—Ya sabes...

—No.

—La chica Shakespeare.

—Se llamaba Fran Fisher.

—Todavía no puedo creer que hayas estado de verdad en una *obra de teatro*.

—*Aquí estaban los criados de su adversario y los suyos...*

—No hagas eso.

—... *peleando de cerca antes de que me acercara...*

—Para, por favor, no me gusta.

—... *saqué la espada para separarlos. En ese instante llegó el feroz Teobaldo...*

—Espero que no lo hicieras así en ese momento.

—Más o menos. Y aun así, nunca he vuelto a actuar.

—El teatro ha perdido un gran actor.

—Lo sé. Esa es la *verdadera* tragedia.

—Y cuando la conociste, ¿fue como en la obra? ¿Fue amor a primera vista?

—No. A lo sumo fue gusto a primera vista.

—Gusto a primera vista. ¿Eso también lo dijo Shakespeare?

—Quiero decir que la palabra «amor» le queda grande. No eres la misma persona en ese momento, ¿o sí? A esa edad. Es... otra cosa.

—¡Entonces, invítala!

—No pienso invitar a Fran Fisher a nuestra boda.

—¿Por qué no? Si has dicho que era fantástica.

—¡No sé dónde está! —exclamé y, en ese momento, era cierto—. No he hablado con ella en... ¡veinte años!

—Pero ¡quiero verla!

—¿No temes que te deje plantada en el altar durante los votos?

—Es por eso mismo que la quiero allí. Para que sea como en *Cuatro bodas y un funeral* y haya algo de tensión, algo de emoción.

—Debe de estar casada a estas alturas. Seguro que tiene hijos.

—¿Y? Búscala por Internet, no puede ser muy difícil.

—Ya te he dicho que la lista de invitados está bien así. Ni siquiera pienso en ella.

Y ni siquiera pensaba en ella, excepto de vez en cuando.

A lo largo de los años, había observado el crecimiento del culto a la nostalgia, facilitado por la tecnología, y también había notado que toda noción del «pasado» había sido sujeta a una inflación tan delirante que a la gente se le llenaban los ojos de lágrimas con solo pensar en el último día de feria. Yo intentaba no pensar demasiado en mi propia historia, no porque creyera que fuera más infeliz o traumática que el promedio, sino porque ya no sentía esa necesidad. En otros momentos menos felices de mi vida, había convertido al pasado en una religión, había recurrido a él como si fuera alcohol —no me sorprende que las dos cosas vayan de la mano—, y todavía me encojo de vergüenza al recordar la vez que llamé borracha a la madre de Fran en la víspera del nuevo milenio. ¿Cómo estaba ella? ¿Podría darme su número de teléfono?

«Te diré una cosa, Charlie», había propuesto con amabilidad y tranquilidad, «llámame por la mañana; si todavía lo quieres, te lo daré con gusto».

No la volví a llamar, nunca más hablé con Claire Fisher, y no encontraba ningún motivo para volver a todo eso ahora que mi vida al fin estaba adquiriendo algo de forma, algo de permanencia. No tenía álbumes de fotos, diarios íntimos o agendas telefónicas; me resistía a las redes sociales. No era necesario recurrir al pasado para rellenar huecos en el presente. Treinta y ocho invitados serían más que suficientes.

Y entonces, un mes antes de la boda, recibí un correo electrónico con una captura de pantalla de una página de Facebook que anunciaba un reencuentro en Londres de la Cooperativa Teatral La Ratonera, 1996-2001. Encima, había una nota de mi padrino de boda:

Habría que ir, ¿no te parece? Nos vemos allí.



La garza

Ese también fue el verano en el que comencé mi vida como delincuente.

La gasolinera estaba en el borde de la ciudad, era la última parada antes de la autopista y estaba ubicada sobre un camino largo y recto que atravesaba la plantación de pinos. El trabajo lo había conseguido a través de Mike, un hombre de negocios local que tenía el pecho como un barril y coqueteaba con mi madre en la recepción del club de golf. Mike era dueño de una franquicia — adoraba esa palabra— de tres gasolineras pequeñas.

«Lo que tienen las franquicias», había anunciado la primera vez que nos encontramos en su rudimentario cubículo de oficina, «es que es como una familia. Es un negocio grande pero tiene una cara humana».

En la cara humana de Mike, lo que predominaba era un bigote que caía hacia abajo y que parecía arrastrar todos los rasgos de la cara con su peso; cuando Mike hablaba, lo acariciaba con el revés de su dedo índice, como si intentara hacerlo dormir. El trabajo, estaba seguro, era parte de su coqueteo con mi madre, y, como todavía no tenía diecisiete años, me alentaba a tratarlo como unas «prácticas». Me pagaría con efectivo en mano y no habría nada de esos líos de seguridad social, vacaciones o días por enfermedad pagados. Además, si me interesaba, podría firmar un contrato cuando terminara de estudiar. Mike decía que todos salíamos ganando, así que, el día de mi último examen, empecé a trabajar doce horas por semana por tres libras con veinte la hora.

Pero así como cada trabajo trae consigo ciertos deberes, responsabilidades y un uniforme, también trae consigo su propia estafa, y no tardé mucho tiempo en encontrar la manera de subsidiar mi vergonzoso salario. Como parte de su franquicia, Mike participaba en un juego popular de tarjetas de rasca y gana que tenía premios en efectivo instantáneos o, con más frecuencia, premios de consolación de vasos baratos que simulaban ser de cristal. Cada vez que se efectuaba una compra que cumpliera con los requisitos, era mi responsabilidad como cajero entregar una tarjeta, esperar a que la rascaran con el borde de una moneda y, con cierta ceremonia, otorgar al cliente seis bellísimas copas de champán. Una de cada veinte tarjetas venía con un premio en efectivo, pero no había manera de sentarme a rascar y raspar. Todos los premios serían controlados, y la cámara de seguridad que estaba sobre mi hombro se ocuparía de eso.

Sin embargo, durante mi primer turno solo, confundido y sobrecogido por la repentina avalancha de viajeros, había olvidado entregar una o dos tarjetas a un par de clientes impacientes, y luego se convirtieron en tres o cuatro o cinco. Si llevaba la cuenta y usaba mi cuerpo como escudo, sería posible escamotar estas tarjetas sobrantes y guardarlas en mi bolsillo.

Una vez en casa, con la puerta de mi habitación cerrada y el corazón galopante, rasqué las capas delgadas que cubrían los premios. Pronto conseguí un juego de cuatro copas de brandy de cristal tallado, después cuatro vasos de cerveza, después nada y después: diez libras, más que el salario de tres horas. Sería imprudente cobrar el dinero yo mismo, pero no sería imposible olvidar entregar una de cada cuatro tarjetas. Siempre y cuando llevara la cuenta exacta de qué tarjetas no entregaba y las guardara cuando estaba de espaldas a la cámara, no había nada que me impidiera pasárselas a un cómplice. Como era mi mejor amigo, Martin Harper era la opción más obvia.

Un par de semanas más tarde, solo entregaba tarjetas rasca y gana cuando los clientes me lo recordaban, a lo que reaccionaba con un dramático golpe contra la frente que representaba mi olvido. Si alguien no reclamaba su tarjeta, yo la guardaba en mi bolsillo con la torpeza de un mago principiante y, en un toque final producto de mi patética paranoia, la guardaba en mi ropa interior mientras aguantaba la respiración en el fétido baño para clientes. Una vez por semana, llevaba la pila de tarjetas a la casa de Martin Harper, nos encerrábamos en el sótano, poníamos música a todo volumen y raspábamos tarjetas como si fuéramos un par de mafiosos de los de antes que estábamos ocupados en contar nuestro botín, que, en la semana más audaz, llegó a las 70 libras, treinta y seis copas de champán y veinticuatro vasos altos.

Desde luego, no había ninguna justificación para hacer eso, más allá de la sensación, vaga y poco analizada, de que alguien tenía que enseñarle una lección a las gasolineras. Sí, Mike me pagaba en negro, pero siempre se comportaba de forma amable y decente conmigo. Por otro lado, Mike no perdería ni un centavo, y los clientes, que en su mayoría se iban de la gasolinera sin enterarse de nada, tampoco. ¿Quién era la víctima? Se trataba de un juego de azar, ¿y por qué tendrían ellos más derecho que yo a la buena fortuna y la cristalería? Desde un punto de vista filosófico, el dinero ni siquiera *existía* hasta que se rascaba la tarjeta, así que los clientes solo perdían la *posibilidad* de ganar, no la ganancia en sí. Al igual que el árbol que cae en mitad de un bosque o el gato encerrado en la caja, estas acrobacias mentales hacían que me doliera la cabeza, pero eran necesarias para convencerme de que mi delito no hacía daño a nadie, y era en eso en lo que pensaba durante las horas sin sueño a las tres, cuatro, cinco de la mañana, cuando me atacaba la culpa.

Quizás me habría sentido mejor si hubiera usado el dinero para ayudar a sostener a la familia, como lo haría un hijo diligente y noble, pero solo lo hacía a medias. Desde la bancarrota, mi padre estaba inscrito como desempleado, y la recepción de una factura o el pedido de un nuevo par de zapatos podían empujarlo a un ataque de pánico y a la melancolía. A veces, me imaginaba a mí mismo entregándole un rollo de billetes —*Aquí tienes, padre, para ayudar con la casa*—, pero era incapaz de llegar al final de la escena sin que los dos termináramos indignados y humillados. Mi contribución debía ser secreta. Si mi padre me daba dinero para hacer las compras o pedir comida, yo lo devolvía a su billetera, y eso me daba una gran sensación de piedad autocomplaciente, como si fuera un Jesús furtivo.

Pero ese placer era pasajero, y la mayoría del dinero lo gastaba en alcohol, videojuegos, calzado deportivo; era una protección en contra de la humillación del «No puedo pagarlo». Robar hacía que no me sintiera pobre y, a pesar de la culpa y la preocupación, también tenía un elemento

de fanfarronería. Podía darme el lujo de pagar una ronda para todos y todo el dinero que sobraba terminaba en un rollo ajustado que ocultaba en los tubos huecos de las literas, como las herramientas para el escape que los presos esconden en sus celdas.



En esa particular noche de viernes, dejé a Fran, di una vuelta en la carretera de circunvalación, me puse el delantal de nailon verde, charlé con mi compañera de trabajo Marjorie y ocupé su lugar en la caja. El horario más ajetreado fue desde las seis hasta las siete y media, después se instaló una tranquilidad que solo fue interrumpida por las pandillas de chicos del complejo que estaba al final del camino que se amontonaron para entrar por la puerta y llevarse las golosinas de los estantes: no fue un hurto, sino un descarado robo relámpago. Yo me dispuse a recitar mi discurso —*Por favor, no hagáis eso. Devolvedlo, por favor. Debéis pagarlo*—, se amontonaron para salir por la puerta y se quedaron delante de la ventana que daba a la explanada riendo y embutiendo chocolates y patatas fritas en sus bocas mientras yo simulaba llamar a la policía.

Después hubo otro período de tranquilidad. Saqué el libreto de la mochila y eché un vistazo a la portada durante un rato largo. Girar la hoja fue como abrir un examen de un idioma que no hablaba, un idioma sustancioso y raro, con una gramática peculiar. Eché una mirada a la lista de personajes, encontré a Sansón bastante abajo, pasé al Acto I, Escena I. *Dos casas, semejantes en grandeza*.

Cerré el libreto, me acerqué al mostrador de golosinas, me detuve en el punto ciego de la cámara y devoré un Twix.

Leí un ejemplar de *FHM*.

Cuando faltaban diez minutos para las nueve, un Volkswagen maltrecho aparcó en la explanada. Harper bajó del coche de su hermano, echó un vistazo hacia la izquierda y la derecha. Escondí el libreto debajo del mostrador y entré en el personaje. A continuación, representamos la escena con una seriedad absoluta e inexpresiva, como si estuviéramos a la sombra de la Puerta de Brandeburgo.

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—Mi hermano ha ganado algo de dinero con las tarjetas rasca y gana. Por favor, ¿puedo retirar el efectivo aquí, por favor?

—¡Por supuesto! ¿Me permite ver las tarjetas?

—Sí. Aquí están las tarjetas.

Las inspeccioné con el cuidado de un profesional y retiré el dinero de la caja. Una sonrisa satisfecha bailaba alrededor de los labios de Harper que, con un guiño del ojo, dobló el dinero, volvió al coche de su hermano y se alejó conduciendo. A continuación, hubo un período de tiempo en el que sentí náuseas y ansiedad mientras esperaba escuchar las sirenas y me imaginaba un

escuadrón de coches de policía que inundaban la explanada, el *clic* de las esposas, una mano enorme que protegía mi cabeza al empujarme doblado al asiento trasero.

Pero no sucedió nada, y llegué a preguntarme si aquel sería el crimen perfecto. Por lo que alcanzaba a ver, la estafa solo tenía un fallo: cada premio de diez libras podía venir acompañado de suficiente cristalería para abastecer un bar pequeño. Al principio, había guardado el excedente en la mochila y lo había metido de contrabando en mi casa, hasta que todo el espacio libre que había en los armarios se llenó con más vasos de gasolinera de los que podríamos haber usado a lo largo de la vida. No eran algo que valiera la pena entregar a las futuras generaciones; el «cristal», con forma de granada, era de una calidad tan mala que se rompía con un estallido alarmante al ser sometido a un uso poco convencional, como contener una bebida fría, por ejemplo, lo que podía convertir el placer de una cerveza fría durante un día caluroso en una especie de ruleta rusa. Aun así, yo seguí llevando vasos a casa hasta el día que encontré a mi padre arrodillado en el suelo barriendo las esquirlas con una pala y un cepillo:

—Te juro que la próxima vez me volará la cara. Por favor, Charlie, no traigas más.

Necesitaba otro plan. Apagué los surtidores y las luces de la explanada a las nueve, tanteé la pila de tarjetas que había en mi ropa interior y, en la oscuridad del depósito, cargué, junto a las hojas de *Romeo y Julieta*, cristal suficiente para hacer una lámpara de araña, me subí despacio a la bicicleta y me alejé pedaleando, con mucho cuidado de evitar cualquier bache o vibración por temor a que un vaso explotara y generara una reacción en cadena. Veía mi cadáver, astillas de vasos altos y copas de champán incrustadas en mi columna como si fueran las placas de un estegosaurio. Imaginaba la pila de pruebas ensangrentadas que entregarían a mis padres, quienes oscilarían entre el dolor y la vergüenza. «Encontramos las tarjetas de rasca y gana en su ropa interior».

Seguí pedaleando hasta que, después de un kilómetro y medio de plantación, el camino atravesó un bosquecillo rudimentario —el Bosque de la Muerte— y yo doblé, seguí un sendero cubierto por trocitos de madera, escondí la bicicleta y, agachado como si formara parte de una fuerza comando, tomé otro sendero que llegaba hasta la orilla del Estanque Fallow, un embalse semiindustrial, fétido y estancado, donde había más posibilidades de ver flotar una mano humana sin vida que de ver una trucha atravesar de un salto esa superficie negra y plateada como el peltre. El verano anterior, alguien había retado al hermano de Harper a nadar en sus aguas como desafío por haber terminado las clases, y nosotros lo habíamos visto intentarlo y salir a trompicones casi de inmediato, con los ojos rojos y llorosos, la piel brillante como la de una nutria y cubierta por una sustancia parecida al alquitrán que no se podía quitar por más jabón que usara. Ahora, a la luz de la noche veraniega, una garza solitaria estaba de guardia, con los hombros encogidos como los de un mafioso y una pierna incrustada en la suciedad. Me puse de cuclillas en una nube de mosquitos pequeños junto a la orilla, presté atención por si oía algún ruido humano, me puse de pie y abrí la mochila. Cuando el primer vaso tocó la superficie, la garza retiró la pierna del pantano y se alejó con un par de aleteos. Después dejé caer otro, y otro. Mi puntería era consistente, así que imaginé una pirámide hecha de copas y vasos de todo tipo que poco a poco eran cubiertos por la pulpa negra de la madera podrida y, más abajo, los esqueletos de mamuts y

tigres dientes de sable. Imaginé que un grupo de arqueólogos del futuro observaban con asombro el hallazgo —¿cómo habían llegado hasta allí tantos vasos idénticos?— y eran incapaces de formular la hipótesis de que había sido obra de un solo adolescente preocupado que tenía una pila de tarjetas de rasca y gana en sus interiores.

Quedaban cuatro vasos de cerveza. Los regalaría. Harper había invitado a sus amigos al sótano y terminaríamos más que borrachos.



Canela

Fui por la carretera de circunvalación y atravesé el distrito comercial hasta llegar al lado norte, donde la casa de los Harper se elevaba en el centro de un terreno de tierra revuelta y salpicada de materiales de construcción y vehículos. Apoyé mi bicicleta en el patio delantero entre los 4x4, los cuadríciclos, las maderas, los ladrillos, las camionetas Transit y el Mazda pequeño que la señora Harper usaba para moverse por allí.

—¡Ey! —exclamó Martin cuando abrió la puerta con una cerveza en la mano—. Ha llegado el maestro del crimen. —Me abrazó y luego me alejó hasta sostenerme a la distancia de sus brazos—. ¿Estás seguro de que nadie te ha seguido? Aquí tienes... —Colocó un tubo de plástico con billetes enrollados en mi mano—. Te he dado cincuenta porque te quiero. —Sujetó mi cabeza entre sus manos como si fuera un acordeón, la apretó y me besó la coronilla—. Gasolina. Necesitas lavarte el pelo. Vamos, los chicos ya están en el sótano.

El pasillo estaba lleno de bolsas de yeso y tubos de emulsión blanca apoyados contra las paredes y, en la enorme sala de estar que estaba a la izquierda, un televisor milagrosamente plano colgaba como si fuera una obra de arte junto a la pecera de peces tropicales que ocupaba toda una pared. La señora Harper, hastiada y elegante, estaba recostada sobre un archipiélago de cuero blanco modular como Michelle Pfeiffer en *El precio del poder*. En las votaciones que solíamos hacer para elegir a la madre más sexy, la señora Harper era la ganadora indiscutible, lo que resultaba en una sensación de orgullo algo complicada para su hijo.

—Buenas noches, señora Harper —saludé con mi voz de jovencito amable.

—¡Ya te he dicho que me llames Alison, Charlie!

—No la llames Alison —contradijo Harper—, es raro.

—¡Te he traído algo, Alison! —anuncié y enseñé los cuatro vasos de cerveza que había salvado del pantano, a lo que Harper soltó un quejido y puso los ojos en blanco.

—Gracias, Charlie, son magníficos.

—Solo son de la gasolinera —comentó Harper—. Explotan si les pones hielo.

—Estoy segura de que eso no es cierto —aseguró Alison.

—Es cierto —respondí—, pero es bastante inusual. Solo asegúrese de no mantener el vaso cerca de la cara más tiempo del necesario.

Alison se rio y yo me sentí un joven sofisticado y experimentado.

—Ponlos allí al lado, encanto —me indicó Alison.

—Sí, los tiraremos a la basura más tarde —dijo Harper y clavó un par de sus dedos en mis costillas para empujarme por el corredor—. Déjalo ya, perverso.

—Pero le gusto mucho.

—Ella me dio a luz, idiota.

—¡Te quiero, Alison! —susurré en dirección a la sala de estar y trepamos sobre los bloques de hormigón para la ampliación de la ampliación que estaba en construcción.

El señor Harper había construido la casa con sus propias manos, o las de sus empleados, y modificaba y ampliaba la planta con tanta facilidad que bien podría haber estado hecha de Lego; en ese momento, había una cortina de plástico que separaba el área de construcción y nosotros pasamos al otro lado, atravesamos el nuevo garaje doble y descendimos a un paraíso terrenal.

El concepto del «sótano» de Harper había salido de las películas estadounidenses y había sido equipado siguiendo esos ejemplos: un espacio amplio y de techos bajos con una mesa de billar; una batería; guitarras eléctricas; pesas y una máquina de remo; otra televisión de pantalla plana gigante; una biblioteca multimedia vertiginosa llena de cintas de video, DVD, juegos de PlayStation, vinilos y CD; una tirada completa de la revista *Maxim*; y una nevera que era famosa por estar siempre llena de una cantidad inagotable de fideos instantáneos Pot Noodle y barritas de chocolate Mars Bars. No había luz natural o aire que penetrara en el sótano. En su lugar, se bombeaba testosterona por la ventilación, o al menos eso era lo que parecía en algunos momentos como aquel, en el que Lloyd reía como un maníaco mientras asfixiaba a Fox con un puf y una lata de cerveza se derramaba sobre el viejo bajo alfombra que cubría el cemento.

—¡Ey, deja de hacer eso!

Harper era, por mucho, la persona más próspera y de clase media que conocíamos; su padre era el Rey de los Jardines de Invierno, lo que convertía a Harper en el Príncipe de los Jardines de Invierno, pero conservaba su acento *cockney* con toda la disciplina de un actor de método dedicado a su arte. Todos hacíamos lo mismo, con mayor o menor intensidad de acuerdo con las circunstancias. En el sótano, nos convertíamos en verdaderos chicos londinenses.

—¡Ey, ey! Dejad de intentar chupárosela entre vosotros y salud. Nadie ha llegado.

«Nadie» era otro de mis apodos. Los apellidos eran aceptables, pero los apodos eran lo que predominaba, un sistema tan complejo, ritualizado e intricado como cualquiera de la corte del Rey Sol. Harper era afortunado: debido a la nobleza de su linaje, semblante y apariencia, lo llamábamos «El Príncipe», y el pelo negro, lustroso y suave que siempre se apartaba de los ojos lo convertía en «Head and Shoulders» o «Tim», por Timotei. A veces usaba un collar hecho con trozos desgastados de coral blanco, rosa y naranja, así que lo llamábamos «Caramelo» o «Beach Boy». Fox, por supuesto, era «Fucks», pero una vez, cuando estaba borracho, confesó que se había colado a la cancha de golf y había introducido su pene en uno de los hoyos «para ver qué se sentía», y esa confesión lo había convertido en «Tiger Woods», «Hoyo en Uno», «Royal Troon», «Follacésped» y «Willie el jardinero». Un famoso incidente en el que Lloyd había mostrado su mal aliento durante el almuerzo lo había convertido en «Aliento de Basura», o solo «Basura»; su nariz prominente le había ganado los apodos «Abrelatas», «Llave Inglesa» o solo «Llave», y el pelo corto y rizado había resultado en «Burbujas», pero todos esos apodos eran el inicio de grandes peleas de insultos que se salían de control y podían durar horas.

—¡Déjalo, Llave! —exclamó Harper.

—¡Ha empezado él! —respondió Lloyd—. Me estaba mirando como si fuera una de esas canchas de golf que tanto le gustan...

—¿Qué es eso que apesta? —gritó Fox desde debajo del puf.

—Como si fuera el Royal St Andrews... —insistió Lloyd.

—¿Es el día de la recogida de basura? ¿Alguien ha sacado la basura?

—No soy tu *caddie*, Fox —aseguró Lloyd y le clavó la rodilla.

—¡Dejad de molestar! —ordenó El Príncipe.

—Tienes el cabello espléndido esta noche —señaló Lloyd—. ¿Quién te peina, Principito?

—La misma chica que te hace la permanente, Burbujas, ¡ahora sal de ahí encima!

—¡Déjalo en paz! —dije.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Lloyd—. ¿Hay alguien ahí? Oigo voces.

—Oigo maracas —añadió Fox—. ¿Quién toca las maracas?

—Nadie toca las maracas —respondió El Príncipe.

Nadie, Señor Ninguno, el Hombre Invisible, y otros tantos. Una vez había mencionado que mis padres habían elegido mi nombre en honor al músico de jazz favorito de mi padre, Charles Mingus, y esto había mutado a la forma corrompida de «Charles Minga», luego «Minga Dura» y, al final, solo «Minga». «Complejo» era otro de los apodos, porque vivía en el complejo de viviendas La Biblioteca, y «Litera» o «El Convicto», porque todavía dormía en una litera, aunque estos últimos no podían arrojarse durante las primeras etapas de una batalla. También había que ganarse el derecho a usar «Complejo».

—Ha llegado Complejo —anunció Lloyd—. Está muy emocionado por ver una casa con más de una planta.

—Mi casa tiene más de una planta, Lloyd.

—La litera de arriba no cuenta como planta —respondió él, y eso hizo que los demás tomaran una bocanada de aire repentina.

Lloyd tenía la tendencia de ir demasiado lejos. En una Noche de Guy Fawkes durante mi época de interés por la fotografía, nos había sacado una foto con un tiempo de exposición largo en la que, mientras Harper usaba las chispas para dibujar un corazón y Fox escribía su nombre, Lloyd garabateaba un «joder» en el aire nocturno. Eso es lo que pensaba cuando pensaba en Lloyd: el tipo de chico que usa fuegos artificiales para escribir «joder» o esconde una piedra en la bola de nieve.

Ahora yo no tenía otra opción más que sumarme a la pila de personas y ocuparme de clavar la punta de mi codo en el hombro de Lloyd, y después se unió El Príncipe, que saltó sobre mí y usó la mesa de billar para maximizar el impacto; todos gemimos de dolor y clavamos los dedos en las axilas de los demás y gritamos y reímos hasta que no pudimos respirar. Estábamos al tanto de la teoría que decía que los chicos tardaban más en madurar que las chicas y nos gustaba contradecirla en voz alta, pero allí estábamos nosotros: prueba número uno.

Siempre empezábamos con una cerveza, que bebíamos con pajita porque «el oxígeno hace que sea más fuerte». Si había bebidas espirituosas disponibles, podíamos llegar a rellenar las latas con vodka o ginebra con aspirina, que, según el rumor, potenciaba el alcohol y prevenía la resaca.

Unos años antes, un técnico en alimentos joven y ambicioso había conseguido combinar los efectos del alcohol con la dulzura empalagosa de los refrescos en unas bebidas de color azul como el enjuague bucal, rojo como la luz del semáforo y verde como una rana de árbol, pero estaban reservadas para ocasiones especiales. Las drogas eran objeto de debate: Lloyd y Fox estaban a favor, pero yo solo pensaba en el mazo y la coliflor. Además, la química del cerebro de Lewis era bastante precaria por sí sola. El Príncipe, al igual que su padre, era puritano con respecto a las drogas y las consideraba algo para hippies y gente débil. El alcohol, en cambio, era jocoso y masculino y, mientras no se llegara a la hospitalización, todo estaba permitido.

Pero nosotros también nos esforzábamos por superar los límites de lo que el alcohol podía hacer y, de vez en cuando, el sótano de Harper se convertía en un laboratorio de investigación serio. Aspirábamos bebidas o las consumíamos de un solo trago, las mezclábamos o las tragábamos lo más rápido que podíamos para alcanzar los efectos de las drogas y, cuando nada de eso funcionaba, asaltábamos las alacenas de la cocina en busca de drogas que no fueran drogas. En teoría, moler y fumar cantidades industriales de nuez moscada —la especia de iniciación— tenía efectos chamánicos. ¿O era la canela, o el orégano? ¿La parte de dentro de la cáscara de un plátano que no está maduro una vez que está seca? Nos obligamos a comer muchísimos plátanos, densos y cerosos, colgamos las cáscaras de los radiadores durante toda una noche y la noche siguiente nos juntamos a fumarlo en silencio y muy serios mientras veíamos *Matrix* rodeados de una niebla baja y dulce. Quizás los plátanos estaban demasiado maduros o les faltaba madurar, porque no pasó nada, y ahora me pregunto por qué no consumíamos drogas directamente. Habría sido mucho más fácil y barato que acumular todas esas cáscaras y esa canela.

Pero en vez de hacer eso, nos limitábamos a la cerveza y las pajitas, jugábamos a la PlayStation, reíamos y peleábamos en broma como perros en el parque, y creo que nos divertíamos. Pero a veces intentaba imaginar un mundo en el que la amistad pudiera ser expresada de alguna otra forma que no fuera eructar en la cara del otro. No tenía ninguna duda de que había afecto entre nosotros, me animaba a decir que nos queríamos, y yo tenía motivos personales para serle leal a Harper y sentirme agradecido de él, quien durante los desastres más recientes, se había esforzado por cuidarme sin que pareciera que lo estaba haciendo.

Pero siempre sucumbíamos a la tiranía de las bromas, y lo que uno podría llamar «dinámica de grupo» introducía aún más tensiones. Yo había considerado a Harper mi mejor amigo desde tercer año y, en secreto, pensaba en los otros dos como si fueran nuestros acompañantes; de igual manera, los otros dos consideraban a Harper su mejor amigo y a los demás, los acompañantes, y esta lucha por el favor de Harper hacía que todas las peleas tuvieran un cierto filo, sobre todo con Lloyd, de quien era amigo a pesar de que ninguno de los dos le gustaba al otro. ¿Podría contarles lo de Fran? Todo lo de Shakespeare hacía que fuera complicado, y tendría que mentir o presentarlo como una broma, un timo por mi parte. Quizás sería posible contárselo a Harper, si consiguiera estar a solas con él, pero la pregunta más difícil era si podía imaginarme a Fran en esa habitación con mis amigos. Parecía poco probable, sobre todo ahora que Harper estaba debajo del marco de la puerta con una botella de vodka, una caja de zumo y un objeto raro con forma de rueda: veinticuatro frascos de cristal llenos de especias marca Schwartz que colgaban de un disco

de madera con agujeros. Harper hizo girar la rueda.

—Caballeros... ha llegado la hora.

Hora de jugar a la ruleta de especias, nuestra versión especiada de *El cazador*. Todos nos ubicamos con solemnidad en un círculo, cada uno con una cucharita en la mano, y Fox fue el primero en hacer girar el especiero; cerró los ojos, murmuró una plegaria mientras la rueda disminuía la velocidad más y más y, cuando se detuvo, levantó el frasco que estaba más cerca de su mano y leyó la etiqueta:

—¡Orégano!

Una de las italianas, algo fácil para empezar el juego; lo único más suave era el perejil. Llenó la cuchara con el polvo de copos secos y nosotros golpeamos el suelo y vitoreamos mientras se lo llevaba todo a la boca, hacía una mueca, masticaba y se enjuagaba la boca con vodka y zumo de naranja.

—Sabe a pizza —comentó con un encogimiento de hombros.

El próximo turno era el mío, así que miré cómo la rueda giraba y pasaba de largo el estragón, la albahaca, el cilantro, el tomillo, el eneldo, la cebolleta y se detenía en...

—¡Granos de pimienta blanca!

—¡Nooooo!

Pero no había escapatoria y Harper ya estaba sacudiendo las bolitas sobre la cuchara con mucho cuidado para apilar la mayor cantidad posible. Comenzaron los golpes contra el suelo y los vítores y, de pronto, tuve la pimienta en la boca, un poco áspera pero no demasiado desagradable; empecé a masticar y decir «No est», pero a la cuenta de tres cada una de las semillas aplastadas liberó un vapor punzante que quemó mis fosas nasales e hizo que mis ojos soltaran un río de lágrimas calientes y viscosas que me dejaron ciego temporalmente; mi boca se frunció tanto que apenas pude tragar el vodka con zumo de naranja, que carecía de sabor ahora que tenía la boca anestesiada; sentía el pulso de la sangre en los oídos y la música más fuerte...

...y de pronto estoy riendo y ahogándome a la vez, la garganta en llamas mientras esa mezcla áspera sigue su curso y parte se asienta en los pliegues de mi esófago. No puedo tragar ni respirar ni sentir la lengua y Lloyd se ríe más fuerte que los demás, así que hago una nota mental para vengarme más tarde.

Es el próximo turno y le corresponde al Príncipe.

—Cebolleta, cebolleta, cebolleta —murmura—, que toque cebolleta. —No sé si es el vodka, pero la palabra «cebolleta» me parece graciosísima en este momento—. Cebolleta, cebolleta, cebolleta.

Pero, en vez de eso, le toca... nuez moscada, una especia suave y majestuosa que ahora, con un golpecito, pasa del frasco a su mano, desde donde él la tira al aire y la atrapa con la boca como si fuera un cacahuete; la mastica y es pura sonrisa, pero, de pronto, hace una mueca, saca una lengua cubierta de una especie de corcho molido y empieza a beber trago tras trago de vodka hasta que no queda nada en el vaso.

Y ahora es el turno de Lloyd.

—Vamos, vamos, vamos...

Espera que le toque perejil, ruega que le toque menta...

—¡Azafrán! ¡Sí!

Lo abuceamos y nos mofamos de él porque el azafrán es demasiado insípido.

—El azafrán es de gays —señala Fox al tiempo que Lloyd coloca dos o tres hebras sobre su lengua y se encoge de hombros.

Jugamos una segunda ronda y seguimos bebiendo. A Fox le toca otra fácil: comino.

—Huele a axila —observa antes de tragar.

A mí me toca menta, que sabe a un almuerzo de domingo grasiento y absorbe toda la humedad de mi boca, y vacío otro vaso de vodka con zumo, aunque es casi todo vodka, gracias a Harper, a quien le toca cardamomo, una especia rara pero no desagradable, el sabor de la casa de curry. Mataría por un curry en este momento. Es el turno de Lloyd. Estoy bastante borracho, así que me mareo con solo ver girar al especiero. Disminuye la velocidad, aumenta la tensión, golpeamos el suelo, «¡Ahhhhh!», y después todo se descontrola y caemos al suelo doblados de risa porque...

—Canela. Maldita *canela*.

La canela es el monstruo, el asesino, el ántrax del especiero, así que Harper se ocupa de llenar la cuchara hasta que rebose y entregársela con solemnidad a Lloyd, que la mira con toda la concentración de un artista marcial que está a punto de dar un puñetazo a un bloque de hormigón. Busca su centro, inhala por la nariz, exhala una serie de respiraciones cortas. La cuchara está en su mano...

...y después está en su boca, y él da vuelta la cuchara y la retira de la boca sin abrirla, ojos bien abiertos, ambas manos sobre la cabeza, labios en forma de puchero. Los segundos se alargan y, por un instante, parece que lo conseguirá. Pero, de pronto, su boca se abre como si alguien hubiera detonado explosivos en su interior y una nube de polvo rojo sale disparada; nosotros reímos más que nunca antes en la vida, con los brazos alrededor del estómago, rodamos por el suelo y señalamos con el dedo mientras el polvo de ladrillo llena la habitación; Lloyd tose y se ahoga y apenas puede pedir agua, así que nosotros recogemos todos los vasos y botellas y nos corremos a un lado mientras él se dobla en dos y farfulla. Yo tengo una botella de agua en las manos.

—¡Dame eso! —exhala él. Yo levanto la botella por encima de mi cabeza—. ¡Dámela!

Lloyd se arroja contra mí, me sujeta por la cintura y me empuja contra la mesa de billar, así que ahora siento cómo las bolas se clavan en mi espalda y me resulta más difícil reír porque estoy tosiendo, pero río igual, aunque el polvo cubra mi cara y me haga arder los ojos, y consigo mantener la botella en alto, fuera del alcance de Lloyd, que tiene los ojos rojos y suelta humo por la nariz como si fuera la caricatura de un toro y ahora me golpea la costillas con una ristra de puñetazos cortos mientras yo intento alejar sus manos.

—¡Ay! ¡De acuerdo, aquí tienes! —Y le ofrezco la botella para que se enjuague la garganta.

Pero el momento de la ofrenda de paz ha pasado. Dejo caer la botella y uso esa mano para empujar la cara de Lloyd, pero él sigue golpeándome, y me alarma la expresión de su cara, como la que pone mi padre al enfadarse; cuando me quiero dar cuenta, tengo una bola de billar en la mano, pesada, lisa y contundente; mi rodilla está contra el pecho de Lloyd, consigo empujarlo con un jadeo de esfuerzo hasta el otro lado de la habitación y, con el mismo movimiento, me siento,

llevo el brazo hacia atrás, doblo la muñeca y arrojo la bola de billar hacia su cabeza.



Eran muchas las noches que acababan así. Parecía que solo podíamos detenernos cuando íbamos demasiado lejos.

En esa ocasión, la bola dio en la placa de escayola con un fuerte golpe seco y se quedó en su nuevo hueco durante un momento antes de caer en el suelo sin hacer ruido. La canela flotaba en el aire como el humo de un revolver. Eché un vistazo a mi alrededor con una sonrisa de oreja a oreja y vi a mis tres mejores amigos agachados, cubriéndose la cabeza, en silencio, hasta que Lloyd habló:

—Hijo de puta, Lewis, eres un psicópata...

—¡No te la he tirado a ti!

—¡Sí, eso ha sido lo que has hecho! ¡Podrías haberme matado!

—¡Guau! —Fox, que estaba junto a la pared, usó un dedo para examinar la profundidad del agujero—. ¡Mirad esto! ¡Vaya, Lewis!

—No ha pasado nada —aseguró Harper—. Es solo escayola. ¿Tú estás bien?

Su mano estaba sobre mi hombro en un gesto consolador y sincero, y, en ese momento, sentí un afecto enorme por el Príncipe, algo que consideré decir en voz alta.

—Sí, sí. He perdido la cabeza durante un momento.

—Sí que la has perdido —coincidió Lloyd—. Menos mal que tu puntería es pésima.

—Lloyd...

—Si lanzaras *bien*, yo sería un puto cadáver.

—¡LLOYD!

—Pagaré por la pared —aseguré—, desde luego.

—Olvidalo.

—No puedes pagar por una *pared*, estúpido.

—Lloyd, déjalo.

—¡Estás *chiflado*, Lewis!

—Me voy a casa —anunció Fox.

—Sí, yo debería hacer lo mismo —dije yo, como si nada de eso hubiera tenido que ver conmigo, pero, cuando me puse de pie, me di cuenta de que necesitaba sentarme, o mejor acostarme sobre el sillón y recostar la cabeza, y fue entonces cuando noté que las paredes del sótano eran elásticas, se retorcían y se alejaban.

Cuando cerré los ojos, me transporté a una de esas máquinas que se usan para probar los efectos de la fuerza g en los astronautas, y, al abrirlos para despedirme de Fox, me di cuenta de que el tiempo también había pasado a ser algo más abstracto, porque Fox se había desvanecido, así que los volví a cerrar. Oía voces, pero el rugido de la sangre en mis oídos era tan fuerte que no alcanzaba a distinguir palabras y, cuando volví a abrir los ojos una vez más e intenté ponerme de pie, los almohadones del sillón se convirtieron en arenas movedizas que me succionaban tanto que

Harper tuvo que tirar de mí para sacarme.

—Dios, Lewis, sí que estás borracho.

—Iré a casa.

—Sí, deberías.

—Adiós, colega. —Levanté una mano para saludar a Lloyd.

—Sí, adiós. —Lloyd ni siquiera me miró.

Harper me acompañó a la salida a través de la casa silenciosa y el pasillo de luces tenues.

—Ey. ¡Ey! Ahora que estamos nosotros dos solos, quería decirte...

—*¡Shhh!*

—Lo que te quería decir es que he conocido a una chica...

—¿Qué? Este no es el momento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Te llamaré por teléfono. Buenas noches, señor y señora Har... —grité hacia la oscuridad, tropecé con una escalera y se me enganchó en el pie, así que la arrastré unos metros por el corredor.

—*¡Sh!* ¡Están durmiendo! —susurró Harper entre dientes.

—Quería despedirme de tu madre...

—*¡Shhhh!*

Y entonces, gracias a uno de esos trucos del tiempo, me había teletransportado a la entrada, donde Harper volvía a sostenerme con una mano sobre el hombro.

—¿Estás bien, Charlie?

—¿Qué? ¿Qué? Sí.

—¿Estás seguro de que puedes llegar a tu casa?

Le respondí que estaría bien, que solo estaba un poco borracho.

—¿Un poco qué?

—Un poco borracho.

—Has dicho «perdido». «Un poco perdido».

—¿Qué? No, un poco borracho.

—De acuerdo. De acuerdo. Aquí tienes tu mochila.

—Te quiero, colega —dije y mascullé la palabra prohibida para que él pudiera oírla y no oírla a la vez, y después me quedé solo.

Mi bicicleta estaba en la entrada de coches, pero alguien había subido el asiento para que no pudiera levantar la pierna y subirme, así que solté una palabrota, caí, solté otra palabrota y me di cuenta de que si me colocaba sobre la bici con una pierna a cada lado y después la levantaba hacia mí, podía empezar a pedalear. Mi casa estaba a diez minutos y yo anhelaba una cama, un antídoto para el veneno en mis venas, o una transfusión: que me sacaran toda la sangre y me rellenaran con algo mejor, algo puro. Si volvía a casa ahora, incluso si conseguía meter la llave en la cerradura, no dormiría: cerraría los ojos y volvería a estar en ese centrifugador, ¿y qué pasaría si mi padre estaba despierto? Sentí terror con tan solo pensarlo y me prometí a mí mismo que nunca más haría aquello, que no seguiría viviendo así, el día siguiente sería un nuevo comienzo y yo sería una persona sobria y honesta y amable y nueva y mejor, mejor, mejor, como había dicho

Alina: encontraría la forma de moverme en este mundo con presencia y vitalidad, encontraría la forma de ser.

Pero en ese momento parecía que no había nada que pudiera hacer para evitar que el camino que tenía por delante se doblara y retorciera como un puente de cuerda. Pedalear con los ojos cerrados no era tan útil como había pensado que sería, así que opté por fijar la mirada en las líneas amarillas, usarlas como vías, pero me di cuenta de que ya no tenía fe en las leyes de la física ni creía que seguir pedaleando sería suficiente para mantenerme erguido; entonces, un poco después del parque de juegos, disminuí la velocidad hasta que la bicicleta se bamboleó hacia un lado, me dejé caer y salí gateando de debajo de la bici para descansar.

Sentía el césped fresco contra mi espalda, las estrellas circulaban en el cielo y dejaban estelas de luz como si yo estuviera dando un salto hacia el hiperespacio; estiré los brazos e intenté enterrar los dedos en la tierra caliente para evitar salir volando hacia el vacío. Cerré los ojos, busqué otra cosa de donde aferrarme y encontré a Fran Fisher, el modo en el que nos habíamos despedido, la sonrisa que parecía jugar en la comisura de sus labios cuando yo intentaba hablar y no lo conseguía, como si ella me entendiera en serio. Todavía no veía cómo, pero ella parecía ser la solución a un problema que tampoco estaba claro. Aunque nada estaba claro para mí. Lo mejor sería descansar. Aflojé las manos, me puse de lado y perdí el conocimiento.

En algún momento de la noche, tuve la sensación rara de que mi padre estaba allí conmigo, con la bata sobre el pijama, y me hablaba con suavidad. El coche estaba detrás de él, la puerta abierta y el motor encendido, y las luces encendidas iluminaban el parque. Sentí que me levantaba como si fuera un bombero y se acercaba con dificultad al choche, que conducía hasta casa y que Chet Baker sonaba en la radio. También se me apareció una instantánea de mí vomitando en el baño y otra de mí sentado en esa bañera diminuta, las rodillas contra el pecho, el agua caliente de la ducha en la espalda. Lo sentía todo como un sueño, pero lo único que sé es que, de alguna manera, cuando me desperté a la mañana siguiente, estaba magullado y todavía tenía el veneno en las venas, pero estaba en mi cama, envuelto en sábanas limpias y un pijama que no había usado desde que era niño.



Papá

Durante los primeros once años de mi vida, me crío mi padre, aunque eso hace que el proceso suene demasiado deliberado y saludable.

En esa época, él era músico, saxofonista, al menos en teoría. Con el apoyo de mi madre y a pesar de la furia de mis abuelos, había abandonado la carrera de contabilidad y se dedicaba a tocar tres o cuatro días por semana con distintos grupos, algunos de jazz, otros de covers, lo que significaba que tenía los días libres para «trabajar en su música». Los tres vivíamos en un apartamento alquilado sobre una carnicería en una galería comercial en Portsmouth. Mi madre trabajaba por turnos en el hospital general, así que mis primeros recuerdos son de aquellas horas eternas y holgadas en las que yo intentaba que los soldaditos de plástico se mantuvieran de pie en la alfombra mientras mi padre improvisaba sobre la música de sus discos con el saxofón y un piano eléctrico pequeño, detrás del cual se sentaba como si se tratara del pupitre de un niño pequeño. Era una especie de karaoke elevado en el que mi padre levantaba la aguja en las partes que no podía tocar o el acorde que no conseguía encontrar —es decir, la levantaba a menudo—, volvía a escuchar con el saxo colgado contra el pecho mientras movía la cabeza al ritmo de la música y volvía a intentarlo. Se dice que los bebés expuestos a Bach y Mozart se desarrollan más rápido y tienen una mente analítica muy inteligente, pero nadie sabe cuáles son los efectos de cinco o seis horas diarias de *bebop*. Puedo asegurar que no me hicieron genial o relajado desde una edad temprana —todo lo contrario—, pero hay álbumes que siguen siendo tan familiares como las canciones de cuna. *Blue Train*, *The Sidewinder*, *Go!*, *Straight*, *No Chaser* fueron la banda sonora del tiempo que disfrutamos en compañía del otro en esas tres habitaciones pequeñas. Mi padre no era de las personas que disfrutaban del aire libre. En un gesto de concesión ante las normas de la crianza de niños, a veces caminábamos hasta el parque de juego más cercano, un lugar tan deprimente y desolado como un aeródromo militar. Pero la piscina para niños siempre estaba vacía, el tobogán no resbalaba y un grupo de chicos aterradores habían monopolizado los columpios, así que yo no tardaba en pedir que volviéramos al apartamento, al resplandor soporífero del calefactor de parafina, los programas de televisión para niños silenciados: *Button Moon* con la música de Cannonball Adderley, *The Flumps* con la de Dexter Gordon.

A veces yo solo miraba a mi padre tocar música; un hombre alto pero no atractivo, algo encorvado, un cuello largo y una nuez de Adán prominente que subía y bajaba de forma elástica cuando reía o tocaba el saxo, como si fuera un alcastraz que se había tragado un pez. Era joven, pero solo en teoría: mi padre pertenecía a otro tiempo y parecía más el producto de los años de posguerra, de las cafeterías y el Servicio Nacional que de las décadas de los sesenta y los setenta

en las que había crecido. A los veinte años, ya tenía la cara arrugada como un papel olvidado durante años en un bolsillo, y su piel tenía una elasticidad inquietante: si lo sujetabas de la mejilla y tirabas, su cara se estiraba tanto que parecía un lagarto con chorreras; yo imaginaba que ese era el precio de toda esa práctica. Pero sus ojos eran maravillosos, dulces y castaños, y solían posarse sobre nosotros cada vez que tenía alguno de sus frecuentes arrebatos de sentimentalismo; todos lo querían, era popular y amable: hablaba con desconocidos, ayudaba a las viejecitas, y yo lo quería muchísimo y adoraba nuestra vida juntos en ese apartamento.

Justo antes de que mi madre volviera del trabajo, él se unía a mí en la alfombra sucia para hacer una pequeña demostración de diligencia delante del fuerte y hacerme preguntas con esa voz de trabajador social que intentaba ser honesta o darse prisa en repasar el abecedario, aunque siempre se aburría antes de llegar a la *m*. A mi padre le gustaba decir que era un autodidacta —y el uso frecuente del término «autodidacta» era uno de los rasgos distintivos de un autodidacta—, pero mi madre decía que si él había sido su propio maestro, había tenido ayuda de un maestro sustituto. Aun así, mi padre retenía una creencia muy fuerte en el valor educativo de la curiosidad natural, por lo que yo aprendí sobre la electricidad al meter un tenedor en el tostador, sobre el sistema digestivo al comerme un Lego, sobre el desplazamiento del agua al rebosar la bañera. Él no era el tipo de padre que construiría una cometa, pero, si lo hubiera sido, entonces yo habría corrido a volarla bajo una torre de alta tensión. De vez en cuando, hacía muestra de payasadas plagiadas: un pulgar que se desprendía, objetos que salían de detrás de la oreja, narices arrancadas y devueltas a su lugar —satisfacerme no era muy difícil—, y después volvía a su música. No era negligente, pero era... relajado, fácil de distraer.

Más tarde, en la escuela, descubriría que la mayoría de los padres eran sargentos aterradores, distantes y temibles, que abrían las puertas con un golpe para hacer inspecciones de equipo y cuartel al final de cada día y que eran una presencia inquietante. Por lo que yo alcanzo a recordar, mi padre siempre estaba presente y, por lo general, cada uno se ocupaba de su propio proyecto en compañía del otro, nos alimentábamos con té y zumo, galletas y postres dulces que tenían un color rosa artificial y que preparábamos con el agua de la tetera; los primeros años de mi infancia fueron rudimentarios, mugrientos y desordenados, pero también fueron bastante felices, a su manera.

Mis padres se casaron en 1984. En la foto de la boda, aparezco yo con tres años y un cómico traje de pana de tres piezas, y mi padre, con una corbata angosta y una postura erguida poco normal en él. Mi madre, vestida irónicamente de blanco, está de perfil para enfatizar el bulto enorme que contiene a mi hermana y agita su puño en dirección a mi padre en un gesto humorístico de enfado falso. Al menos nosotros lo habíamos interpretado como falso. Ahora mis amigos tienen mucho cuidado de preparar el escenario antes de iniciar una familia: una carrera establecida, la hipoteca, habitaciones adicionales. Con apenas veintitantos años, mis padres habían elegido improvisar. Recuerdo fiestas salvajes, el apartamento lleno de músicos y enfermeras, el encuentro de nitro y glicerina. Recuerdo haber encendido los cigarrillos de desconocidos.

Con la llegada de Billie —llamada así por Holiday—, fuimos cuatro los que nos tropezábamos con los juguetes y nos despertábamos entre nosotros a cualquier hora. El caos en el que antes me

sentía a gusto empezó a tornarse tenso y malhumorado, así que empezar la escuela fue casi un alivio. Casi: mi padre lloró en la entrada como si me estuvieran evacuando.

—Lo que me gustaría hacer —pronunció mientras sujetaba mi mano con sus dedos largos como si fuera un premio—, lo que me gustaría hacer, si no te importa, es llevarme tu cabeza y tenerla conmigo adonde sea que vaya. ¿Te parece bien?



Esos eran los recuerdos a los que mi madre había recurrido para decir que mi padre y yo nos sentíamos cercanos, que estaríamos bien viviendo juntos y, para ser sincero, algunos días se veían destellos de esa relación, como en aquel sábado en particular. Junto a mi cama había una bandeja con té caliente, una lata fría de Coca Cola y una aspirina sobre un tapete de papel. La ventana había sido abierta y una porción de cielo celeste sugería un día agradable, pero me encontré incapaz de encarar el desafío de bajar una escalera hasta después del mediodía. Mi padre estaba de cuclillas junto al estéreo con la cabeza cerca de los altavoces como en los viejos tiempos y movía los dedos en el aire, en el lugar donde solía estar su saxofón, mientras Ornette Coleman tocaba una versión jazzística del caos violento que había en mi propia cabeza.

—¿Podrías bajar un poco el volumen, por favor?

—Te has divertido, ¿no? —Se giró y me dedicó una media sonrisa benévola.

—Sí, gracias, papá.

—Ya no sé qué pensar, Charlie, te quedas toda la noche despierto y llegas a casa *apestando* a canela...

El misterio de mi vuelta a casa no se discutió ni se discutiría en el futuro, algo por lo que daba las gracias. En algún momento tendría que llamar a Harper. La violencia estaba aceptada siempre y cuando se viera como un juego, pero perder el control así... Tendría que pedir disculpas. La imagen del hueco en la escayola volvió a mí a través de la neblina de mi memoria y también recordé la chispa de placer que había sentido cuando había soltado la bola de billar. También tendría que llamar a Lloyd para convencerlo —y a mí también— de que mi intención no había sido pegarle. Por el momento, lo único que podía hacer era acurrucarme en una de las esquinas del sillón e intentar no mover la cabeza. ¿No se suponía que la gente joven era inmune a las resacas? Me dolía el contacto con los almohadones del sillón, incluso con el aire.

—Es posible beber con moderación, ¿sabes? —comentó—. No es necesario que te hagas daño.

—¡Lo sé!

Nunca más volvería a beber, o solo lo haría con el aire cosmopolita y sofisticado de quienes beben vino, como Fran, vino sin tapa a rosca y servido en copas de verdad. Otra punzada de culpa: mi intención había sido pasar el día leyendo *Romeo y Julieta*. No albergaba esperanzas de impresionarla, pero tampoco quería hacer el ridículo, y la idea de abrir el libretto...

Para mi dicha y felicidad, el día se había nublado, lo que hizo posible que mi padre preguntara:

—¿Quieres ver películas conmigo?

Nos sentíamos a gusto con una película frente a nosotros. Cuando estaba con mis amigos, casi

nunca veíamos películas que no tuvieran lugar en el espacio, la jungla, el futuro o una combinación de esas opciones. Pero en días como esos, tenía ganas de ver las películas que asociaba con mi padre, películas largas, grandiosas y familiares. La lista no había cambiado desde mi infancia: películas británicas con Julie Christie y Alec Guinness, John Mills y Richard Burton; *spaghetti westerns* y cine negro; *Espartaco*, *Los vikingos* y *El tercer hombre*. No podíamos darnos el lujo de comprarlas, pero la biblioteca tenía una colección de películas decente y uno de los proyectos informales de mi padre era llegar a verla entera.

—Tengo *Hasta que llegó su hora*, *El desafío de las águilas* y *El padrino: Parte II*.

Eso significaba por lo menos tres horas, tiempo suficiente para superar la vida media de los efectos del alcohol y llegar a la noche con té sobre el regazo. Él se unió a mí en el sillón y dejó el mando de la televisión a mano.

—Allá vamos —anunció y nos quedamos allí sentados en un silencio cómodo, arrullados por los enfrentamientos familiares, los disparos y las explosiones mientras el alcohol se iba disipando hasta desaparecer, y ese fue un buen día con mi padre.



Sansón

El lunes llegó el fin del buen tiempo y yo me quedé en la cama escuchando el clamor de toda la lluvia del verano concentrada en un único chubasco. El primer ensayo de *Romeo y Julieta* era a las nueve y media, y a las ocho y cuarenta y cinco seguía lloviendo a cántaros y el cielo estaba tan oscuro como en una tarde de diciembre. Quizás era una señal. Cuando yo tenía dieciséis años, el único propósito del tiempo era enviarme mensajes personales, y el golpeteo de la lluvia contra la ventana era una mano en el pecho que me decía que nada bueno podía resultar de eso. *Harás el ridículo. Olvidala. Quédate en la cama.*

Había pasado la tarde anterior intentando entender la obra, repasando para un examen, el examen de la aprobación de Fran. Me instalé en el rectángulo de cemento que era nuestro jardín, me senté lo más derecho y erudito que me permitía la tumbona, saqué el libreto de la mochila y me dispuse a leer el Prólogo.

Dos casas, semejantes en grandeza, en la bella Verona de nuestro escenario...

Me había propuesto tomármelo con tranquilidad, entender cada línea antes de pasar a la siguiente, y el comienzo no estaba tan mal, era fácil, casi parecía lenguaje común, las palabras se seguían las unas a las otras como peldaños hasta que empecé a trastabillar.

...con sangre civil manchan manos civiles...

¿Cómo podía la sangre ser «civil» y, de todas formas, qué eran las «manos civiles»? ¿Las manos de quién? ¿«Civil» en el sentido de «persona no militar» o de «sociable» o de «guerra civil»? La palabra aparecía dos veces en la misma línea, y podría tener los tres significados en los dos casos; quizás esa era la idea, quizás era un «juego de palabras». Recordé que la señorita Rice, nuestra profesora de Literatura, nos había dicho que no debíamos pensar en Shakespeare, o en la poesía, como si fuera algo que debía ser traducido: «No está escrito en un idioma extranjero, está escrito en *este* idioma, en vuestro idioma». Pero yo tendría que hacer algo para que aquello fuera comprensible; no hacer una traducción como tal, sino resolverlo como si fuera un acertijo. Palabra por palabra, llegué a lo siguiente: «La sangre de los ciudadanos ensucia las manos que deberían ser amigables durante esta guerra civil».

Ahí lo tenía, no sonaba mal.

Pero esa era apenas *la cuarta línea de la obra*, y de pronto recordé la larga tarde en la que me dormía con *Macbeth* mientras miraba las líneas que empezaban con *Mañana y mañana y mañana* y el placer instintivo que provocaba el sonido de esas palabras se convertía en frustración cuando cada frase pedía ser explicada, parafraseada, ampliada en las notas al pie de la página, cuando esas inversiones al estilo de Yoda debían ser acomodadas.

«No os preocupéis si os duele la cabeza», había dicho la señorita Rice. «Es normal. Es como cuando hacéis ejercicio y os duelen los músculos».

Quizás me estaba esforzando demasiado. Quizás Shakespeare era como una de esas ilusiones ópticas que estaban de moda en ese momento: si encontraba el equilibrio justo entre concentración y relajación, veía la imagen. Alguien gritaba «¡Ah, ya entiendo!» desde la primera fila de la clase, pero yo no lo entendía, así que me sentía estúpido y frustrado. ¿Tendría Fran las mismas dificultades? ¿Y el resto de los chicos?

...de las fatídicas entrañas de estos rivales...

Palabras combinadas al azar que bien podrían haber sido «cerdo paraguas satélite». Verifiqué la cantidad de hojas: ciento cuarenta y cuatro. No me alcanzaría la vida para descifrar todo aquello, así que, como lo han hecho generaciones de actores antes que yo, decidí concentrarme en mi papel. Quizás allí encontraría algo que hiciera sonreír a Fran.

SANSÓN: *Gregorio, te juro que no vamos a tragar saliva.*

GREGORIO: *No, que tan tragones no somos.*

SANSÓN: *Digo que si no los tragamos, se les corta el cuello.*

Golpeé el libreto contra el suelo. *Digo que si no los tragamos, se les corta el cuello*; me imaginaba que, incluso en la Inglaterra isabelina, los siervos de dientes negros se giraban para preguntarse entre ellos: «¿Qué ha dicho? ¿Algo sobre el cuello? Me habían dicho que había chistes. Tragar, tragones, cuellos. Esos eran los chistes.

Cerré los ojos y me recordé que, en realidad, después de la lectura previa, no tendría que hacer ese papel. Solo era el medio para llegar a un fin.

—Ay, pero si no es más que un medio para alcanzar un preciado fin —dije en voz alta con mi mejor imitación del lenguaje shakesperiano, y recogí el libreto para seguir leyendo.

Había algunas cosas que reconocía como «groseras», cosas sobre la virginidad de las jóvenes vírgenes y la línea «*Mi arma desnuda está lista*», que me puso algo incómodo porque sabía que tendría que apuntar a mi entrepierna. «*Suerte que no eres pescado, porque en ese caso serías un arenque seco*». Tendría que decir esas palabras. Delante de Fran, delante de Lucy Tran y Colin Smart y Helen Beavis.

SANSÓN: *Yo morderé mi pulgar en su dirección, y, si lo soportan, será una deshonra.*

ABRAHAM: *Señor mío, ¿os mordéis el pulgar por nosotros?*

SANSÓN: *Me muerdo el pulgar, señor mío.*

ABRAHAM: *Pero ¿os mordéis el pulgar por nosotros?*

Dadas las circunstancias, me parecía que se hablaba demasiado sobre pulgares. Yo me mordí el mío por Shakespeare, enganché la uña detrás de los dientes e hice *clic*. Quizás Sansón tendría mejor material más adelante. Leí por encima un par de páginas más —palabras, palabras, palabras— y me volví a sentir como si estuviera en una clase y mi cerebro resbalara cual guijarro por la superficie de un lago congelado.

Cerré el libreto una vez más y cerré los ojos. Una vez, cuando era pequeño, había desmontado un reloj viejo con la intención de repararlo para mi padre; la satisfacción inicial que me habían dado los mecanismos intrincados que había dentro pronto se convirtió en aburrimiento, después en

frustración, y, al final, había vuelto a meter todos los engranajes y resortes, había envuelto el reloj en cinta adhesiva y lo había dejado caer por un desagüe sin que nadie me viera.



Era la mañana del lunes, las nueve de la mañana, y todavía llovía a cántaros.

Si no iba ahora, no iría nunca, y si la lluvia podía ser una señal para que no volviera, bien podía ser una prueba de mi determinación, un mensaje de fuerzas divinas y sobrenaturales que me llamaban a una aventura digna de un caballero, ¡una misión! A través de la pared, escuché a mi padre en el baño. Pensé en nosotros dos, nos imaginé viendo los programas matutinos de la televisión, hablando sobre la lluvia...

Me vestí rápido, me puse el anorak que usaba para el instituto, me detuve un instante en la puerta principal con mi bicicleta y me arrojé al aguacero cual bote que resbala por una rampa hacia el mar. Antes de llegar al final de la calle, ya parecía que me hubieran sacado de un lago. La cera que había usado para moldear mi pelo me hacía arder los ojos, los vaqueros que había elegido me raspaban los muslos con cada vuelta de los pedales. La lluvia caía sobre el asfalto caliente y creaba un caldo químico de color gris y cada coche que pasaba salpicaba a mi cara más de esa mezcla aceitosa y pestilente que me quemaba los ojos y me dejaba la visión borrosa, así que, incluso antes de llegar a la calle empinada que llevaba a la Mansión, yo ya estaba listo para dar media vuelta. Las misiones eran una mierda. Aun así, pedaleé colina arriba en contra de la corriente, atravesé la verja, empujé la bicicleta por la grava, la arrojé sobre el césped y fui en busca del invernadero para naranjos, que, por lo que recordaba, era una sala acristalada y vacía. Rodeé la Mansión, encontré el lugar, apoyé la cara contra el cristal, vi movimiento a través de la condensación, busqué la puerta del invernadero y entré de un empujón.

—... semejantes en grandeza, en la bella Verona de nuestro...

Todos estaban sentados sobre sillas de madera curvada en un círculo grande y se giraron para mirarme a mí, de pie bajo la entrada con los brazos estirados a los lados, la ropa pegada al cuerpo y agua que chorreaba sobre las baldosas de terracota.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó Ivor—. ¡Se merece un aplauso! —Sonaron un par de aplausos contra el golpeteo de la lluvia—. No hay prisa, Charlie. Reorganicémonos y empecemos desde el principio. Tomaos un par de minutos, pero quedaos en vuestro sitio.

Me abrí paso a patadas a través de un campo de paraguas dados la vuelta hasta llegar a un asiento vacío entre Lucy y el chico de gafas que se llamaba George, metí la mano en la mochila que estaba a mis pies y arranqué la portada del montón de papel maché que había sabido ser mi libreto. En algún lugar del círculo, alguien rio.

—Toma... aquí tienes —indicó Alina, y una copia nueva pasó de mano en mano alrededor del círculo.

Le eché una mirada a Fran, que tenía el pelo peinado hacia atrás con mucho estilo, como si fuera la persona que tocaba el sintetizador en un grupo de música de los ochenta. Me hubiera encantado apreciar esa imagen, pero Helen le tocó el codo a Fran y estiró la mano como si esperara que le

pagara. Fran se echó hacia atrás, metió los dedos en el bolsillo con cierta dificultad, entregó una moneda...

—Charlie, ¿podemos hablar? —Ivor y Alina estaban arrodillados junto a mí y la mano de Ivor estaba apoyada sobre mi rodilla mojada—. Escucha, tenemos un problema —comenzó Ivor en voz baja.

—De acuerdo.

—¿Has visto a la chica que habíamos elegido para hacer de Benvolio? Ha abandonado.

—De acuerdo.

—Nos preguntábamos, Charlie —dijo Alina—, si podrías ocupar ese lugar vacío y cubrirla.

—¿De acuerdo?

—Al menos en la lectura previa —añadió Ivor—, después ya veremos.

—De acuerdo.

—¿Estás dispuesto?

—Sí. No. Quiero decir, en realidad no...

—Conoces la obra, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Sí, sí, claro, sí!

—No te preocupes por presumir —sugirió Alina—. La verdad es que no tenemos ninguna expectativa puesta en ti.

—Lo que ha querido decir, Simon...

—Charlie.

—... Charlie, es que esperamos mucho de ti, pero no hoy. Hoy no es el día para ganarse el Oscar, ¿de acuerdo? Solo... lee las líneas.

—¿Todavía queréis que lea las líneas de...?

—Sansón, sí; haz voces diferentes o... ¡Dios mío!

—¿Qué?

—¡Charlie, ponte de pie!

—Eh... ¿por qué?

—Mirad, todos, mirad. —Ivor me levantó de ambas manos y me mantuvo a la distancia de sus brazos, como si fuéramos a bailar un vals—. ¡Mira! ¡Estás echando vapor!

Y así era, la ropa empapada de lluvia se estaba calentando con mi cuerpo y una neblina pantanosa se elevaba de mi brazo, de todo mi cuerpo, y, mientras todos reían y murmuraban y aplaudían, yo estaba allí de pie y echaba humo como si fuera un vampiro al sol.

—¿Sabéis todos qué es esto? —vociferó Ivor—. Esto es *compromiso*.



Pánico escénico

—¡Yo soy Miles, e interpretaré a Romeo!

—Y yo soy Polly, ¡e interpretaré a la Nodriza!

—Soy Bernard, leeré el Prólogo e interpretaré al Príncipe.

—Hola, soy Ivor, soy el director e interpretaré al señor Capuleto.

—Soy Alina, soy la codirectora y coreógrafa e interpretaré a la señora Capuleto.

—Fran, Julieta.

—Alex, Mercucio.

—Soy Helen, me ocupo del diseño e interpretaré a Gregorio hasta que encontremos un actor.

—¡Buenos días a todos! Yo soy Keith y os daré mi Fray Lorenzo y varios otros.

—¡Mi nombre es Colin e interpretaré a Pedro y al Boticario!

—Soy George, interpretaré a Paris.

—Hola, soy Charlie. Leeré el papel de, um, Sansón y, solo por hoy, de Benvolio.

—Soy Lucy, interpretaré a Teobaldo.

Y entonces todos los ojos se giraron para ver a los dos miembros que acababan de unirse: una pareja de mediana edad, un hombre y una mujer misteriosos, elegantes y sofisticados, como un equipo de espías compuesto por un matrimonio.

—¡Hola a todos! Nosotros somos John...

—... y Lesley.

—Somos amigos de Keith —explicó John—, ¡de la mundialmente famosa Compañía de Actores Lakeside!

—Y hemos sido reclutados para ocuparnos de los roles más *maduros* del señor y la señora Montesco.

—¡Yo seré la señora Montesco! —anunció John y fue recibido con una gran ráfaga de risas—. ¡Es broma! ¡No es cierto! ¡No es cierto!

—¡Genial! Fantástico. De acuerdo, comencemos desde el principio y, no sé cómo hacerlo para que esto quede claro, pero recordad que solo estamos leyendo, ¡está prohibido actuar!

—Sí, siempre dicen lo mismo —señaló George—. Ya verás cómo todos actúan como si sus vidas dependieran de ello.

—Bernard, cuando estés listo —anunció Ivor.

Bernard carraspeó, acomodó sus gafas de lectura sobre la punta de la nariz como si estuviera leyendo la lista de la compra, y empezamos.

—*Dos casas, semejantes en grandeza/En la bella Verona de nuestro escenario...*

El Prólogo, que en algún momento me había parecido lento y denso, ahora parecía avanzar a toda velocidad hacia la pared de ladrillo que eran mis propias líneas y, mientras tanto, lo único que podía pensar era en quién rayos era Benvolio. Hojeé rápido el libreto y vi que su primera intervención empezaba en el punto exacto en el que me había dado por vencido. Su primera interacción era con Sansón, interpretado por mí, y me pregunté si debería hacer alguna voz para distinguir entre los dos, cambiar el acento, enseñar mis capacidades.

¿Qué *capacidades*? Giré la hoja y vi el nombre de Benvolio sobre un bloque de texto enorme, ¿y por qué Helen le había pedido dinero a Fran? ¿Por qué había sonreído? ¿Por qué me miraban todos? Porque era mi línea.

—*Gregorio, te juro que no vamos a tragar saliva.*

Helen era la que leía el papel de Gregorio, y ayudó un poco intercambiar líneas con alguien que, si no era peor, al menos no era mejor que yo.

—*No, que tan tragones no somos* —masculló, y seguimos avanzando con dificultad hasta que llegó la hora de que hablara ese tal Benvolio.

Yo había adoptado la estrategia de pronunciar cada palabra de la forma más sencilla posible, una por una, como si avanzara paso a paso, sin hacer ninguna variación de velocidad o énfasis: *Separaos. Locos. Envainad. Las. Espadas. No. Sabéis. Lo. Que. Hacéis.*

Pero alguien me gritaba: Lucy Tran, que interpretaba a un personaje que se llamaba Teobaldo, a quien tampoco parecía gustarle yo, o al menos eso parecía por la forma en la que ella rugía cada línea y clavaba su lápiz en mi codo.

—*¿Armado hablas de paz? ODIO esa palabra como al INFIERNO, a los Montesco y a TI. ¡En guardia, cobarde!*

Estaba claro que Lucy había decidido descartar la instrucción de no actuar que había dado Ivor, pero yo seguía distribuyendo las palabras como si estuviera introduciendo monedas en una máquina expendedora.

—*Señora. Una. Hora. Antes. De. Que. El. Venerado. Sol. Se. Asomase. Por. La. Dorada. Ventana. Del. Oriente...*

Después de eso, pasamos directamente a una escena con Romeo, un diálogo que parecía eterno en el que Miles suspiraba y se mofaba y se reía con esa risa irreal que parecía deletreada: *Ja-ja, jo-jo*. La lluvia ya había dejado de golpear contra los cristales y la verdad es que no había necesidad de gritar así, pero él insistía en hacerlo; arrastró a Benvolio a la escena siguiente y a la siguiente, y yo tenía más y más líneas, y llegué a pensar: *Dios mío, este papel es casi el protagonista. ¿Por qué no puedo tener menos líneas? Por favor, dejadme hacer menos.*

A continuación fue el turno de Polly, la mujer amable que era dueña de la casa, y nos hizo un recorrido por todos los acentos de las Islas Británicas, desde el este de Londres, la región central, Newcastle y más allá, y yo me di cuenta de que la Nodriza era el «elemento cómico». Después vino otra parte complicada en la que describí la muerte de Teobaldo con palabras distribuidas como si fueran cartas repartidas por un niño y, luego, gracias a Dios, Benvolio cerró la boca y yo pude dedicarme a mirar y escuchar, hasta que, al fin, muchas horas después del comienzo:

—*... pues jamás hubo tan triste suceso como este de Julieta y su Romeo.*

Un poco de silencio, movimientos de incomodidad. Libretos cerrados.

—Bien... eso sí que ha sido *mucha* actuación —señaló Ivor con voz sombría—. Está claro que hay mucho trabajo por delante. Tendremos... tendremos que ver qué hacemos con eso. De acuerdo, todos. Tomaos quince minutos. Quince.

Toda la compañía se puso de pie y se estiró y, por primera vez, crucé la mirada con Fran y ella me dedicó una sonrisa leve que parecía decir: «¡Bien hecho!». Yo me sentía demasiado avergonzado para cruzar hacia donde estaba ella y, además, Romeo me bloqueaba el paso.

—Benvolio... ¿qué te ha parecido?

—Genial. Eres muy bueno.

Apartó el halago con un gesto de la mano.

—Es la primera lectura, así que todavía estoy explorando el personaje, ¿me entiendes? Lo haré todavía mejor. Pero mira... —Apoyó una mano grande sobre mi hombro—. Tenemos muchas escenas juntos, ¿no? Y quiero decir *muchas*.

—Sí, me he dado cuenta.

—Así que solo quería asegurarme de una cosa... No piensas *actuar* así, ¿no?



No pensaba *actuar* y punto. En los intervalos en los que no estaba escupiendo cada una de las palabras de mis líneas, había observado las actuaciones de los demás y no era necesario ser un experto para ver que todo eso estaba condenado a la ruina, con o sin mi participación.

Para empezar, estábamos los no-actores, los anti-actores, los que no teníamos nada a favor: Helen, Bernard y yo. Después, el grupo más grande: los actores-impostores que regulaban sus voces de clase alta como si estuvieran en una montaña rusa, hacían pausas y énfasis sin explicación, mantenían una postura imperiosa incluso sentados. Su comportamiento me hacía recordar la seriedad con la que los niños pequeños jugaban a ser reyes y reinas en el parque de juegos. Quizás eso era la actuación, jugar a ser reyes y reinas, pero ¿qué público pagaría para ver eso por voluntad propia?

En cuanto a Fran Fisher, es posible que yo no fuera la persona más objetiva. Pero en ese momento, en ese invernadero, me pareció la actriz más grandiosa que hubiera visto, y su genialidad, creí yo, yacía en todas las cosas que no hacía. No posaba ni adoptaba posturas raras ni forzadas, no usaba una voz completamente diferente a la de siempre. A diferencia de Miles, ella no hacía pausas... en los... lugares equivocados ni después se daba prisa en un intento fallido por imitar el habla natural, pero tampoco mascullaba ni se dejaba algunas líneas de lado. De alguna manera, las palabras que yo había mirado durante horas y horas sin encontrarles pies ni cabeza se habían tornado elocuentes, urgentes y reales. *¡Galopad raudos, corceles de fogosos pies, hacia la morada de Febo!*, había dicho ella y, aunque no habría podido decir de dónde habían salido los corceles, por qué tenían los pies en llamas o dónde habitaba Febo, de alguna manera, en ese momento, pensé: *Sí, sé exactamente lo que quieres decir.*

El talento no era algo que me atrajera —de hecho, lo contrario era cierto: tendía a burlarme de

las personas que eran buenas en algo, me molestaban y las evitaba—, pero cada vez que ella hablaba, toda la habitación se inclinaba para escucharla mejor. El personaje que en mi cabeza había sido una ilustración, una chica en un balcón, era ahora graciosa y apasionada, lista y determinada, rebelde y —una palabra que habría hecho retorcer a mi yo de dieciséis años— sensual. ¿Cómo podría haber fingido todas esas cualidades si no las poseyera, aunque solo fuera en parte? Representarlas sin tenerlas sería como expresar un pensamiento que nunca hubiera cruzado tu cabeza. Al lado de Julieta, Romeo era un zopenco quejicoso. ¿Qué veía ella en él?

Ahora una pequeña multitud se había reunido a su alrededor, y Miles no podía ocultar su resentimiento.

—Lo hará bien si se esfuerza —declaró él y se alejó.

Yo me sentí demasiado intimidado para acercarme a ella, así que decidí salir.

—Ey, Charlie —saludó ella cuando pasé a su lado—, ¡bien hecho!

Hice una mueca y apresuré el paso.

El sol había salido y brillaba con la misma fuerza que había tenido la lluvia cuyo lugar había ocupado; al otro lado de la puerta, Alina e Ivor estaban de pie con las cabezas juntas luchando con un problema, y ese problema era yo.

—Hola, Charlie —comenzó Alina, que tenía el pelo peinado lo más hacia atrás que se podía y las cejas levantadas en señal de exasperación—. Entonces, ¿qué te ha parecido? ¿El nuevo papel, quiero decir?

—Eh, bueno, no estaba del todo seguro...

—Sí, ¡parecía como si estuvieras tanteando el camino! —coincidió Ivor.

—Era como si entendieras una de cada nueve palabras, con suerte —observó Alina.

—¡Alina! —exclamó Ivor.

—¿Has considerado ocuparte de la dirección de escena?

Estaba a punto de ser despedido y el alivio que sentía era maravilloso.

—Si queréis darle el papel a otra persona...

—¡No! No, nos encantaría que lo intentaras —aseguró Ivor.

—Además, por ahora no *hay* otra persona —añadió Alina.

—¡Aunque eso no tiene nada que ver!

—Bueno...

—Nos gustaría que sigieras intentándolo, aunque sea una semana.

—De acuerdo —respondí, ansioso por escapar.

—Pero ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo Ivor y bajó la voz—: ¿Alguna vez habías estado en una obra de verdad?

—¿Qué os parece? —Solté una risa.

—Entonces —comenzó Alina—, ¿qué te trae por aquí, Charlie?

—Eh. ¿Conocer gente nueva?

Empecé a echar un vistazo a mi alrededor en busca de una coartada. En un banco no tan alejado, vi a Alex, Mercucio, que estaba enrollando un cigarrillo y tenía un sombrero de fieltro inclinado hacia atrás. Gente nueva. Levanté la mano para saludar a Alex.

—Bueno, estarás estupendo —aseguró Ivor—. Con el tiempo.

—Y si no —comentó Alina—, confía en mí: ¡la dirección de escena es el camino a seguir!

Volví a levantar la mano. En el instituto, había aprendido que no era apropiado que un chico hablara bien del aspecto de otro chico, o ni siquiera que pensara en eso, pero Alex era guapísimo, alto y largo como un bailarín. Tanto en su papel como en la vida real, tenía una expresión divertida, una sonrisa ladeada, y ahora sentía que yo debía de ser la causa de esa diversión. Aun así, barrió el agua de lluvia del banco con el borde de la mano.

—Ven. Siéntate conmigo.

Cuando me acerqué, sentí, como siempre lo haría con Alex, que debería pedirle un autógrafo.

Alex Asante: la única otra persona con talento. Todos lo habíamos sentido en cuanto empezó a hablar. En una de las primeras clases de francés, la profesora nos había prometido que, si nos esforzábamos, alcanzaríamos una especie de trance en la que ya no lo sentiríamos como algo extranjero y podríamos hablar, pensar e incluso soñar en un idioma nuevo y precioso. Yo nunca había llegado ni a acercarme a ese estado —había salido del examen después de media hora—, pero la idea tenía un cierto atractivo y, al igual que Fran, Alex conseguía la misma inmediatez cuando hablaba. No tenía ni idea de quién era la Reina Mab o por qué no había aparecido en el escenario, pero sabía qué quería decir, y sentí que debía hacérselo saber.

—Eres muy bueno con todo eso.

—Solo en comparación. —Agitó la mano para restarle importancia a mi comentario.

—No, lo digo en serio.

Levantó los hombros bien altos y los dejó caer.

—Es mi actuación típica de gay marginado —señaló—. Tú has estado muy bien.

—Ha sido una mierda.

Soltó una risa.

—Piensa que eres... arcilla que todavía no tiene forma.

—Creo que van a echarme.

—Lo. Has. Hecho. Bien. —Acompañó cada palabra con un golpe en la rodilla—. Además, no pueden *echarte*, el Consejo de las Artes no se lo permitiría. ¡Se trata de la experiencia! ¡Moldear la vida de los jóvenes a través de Shakespeare! Siempre y cuando te presentes, sigues en la obra. Si eso es lo que te interesa.

—Sí que le interesa, ¿no es así, Charlie? —interrumpió Helen, que acababa de aparecer—. Le interesa *muchísimo*... Fran y yo hasta habíamos hecho una apuesta. —Levantó la moneda de una libra entre el pulgar y otro dedo—. Fran ha dicho que no volverías, yo he dicho que sí y le he apostado una libra, así que he ganado. —Me despeinó—. ¡Gracias!

—¿Qué ocurre?

—Charlie está enamorado.

Fran se acercaba hacia nosotros.

—Helen, déjalo ya —rogué.

—Está enamorado del teatro, ¿o no, Charlie? Por eso está aquí. Ah, ¡hola, Fran! Justo estaba hablando de lo obsesionado que está Charlie con el teatro.

—¿Ah, sí? —preguntó Fran.

—Es algo reciente. —Encogí los hombros—. Más que nada desde la posición de, ya sabes, observador.

Helen sonrió de oreja a oreja.

—No te imaginas la cantidad de veces que he visto a Charlie y sus amigos, no sé, prender fuego a los deberes de otra persona del instituto y he escuchado a uno de los chicos decir: «Ey, esto es igual que aquella escena de *Hedda Gabler*».

—Helen...

—Teníamos que decirle: «Charlie, deja de hablar de *obras de teatro*, aunque sea por un minuto». Pero no, todo era Pinter esto, Stoppard aquello, Chejov, Chejov, Chejov...

—No me digas... —comentó Alex con la cabeza inclinada hacia un lado y una expresión divertida—. ¿Cuál es tu obra favorita?

Pasaron unos momentos.

—Es tan difícil elegir.

—Es *El jardín de los cerezos*, ¿no? —sugirió Helen.

—*El jardín* es buena.

—¡Ja! *El jardín* —exclamó Helen—. Si, así es cómo la llaman Charlie y los chicos: *El jardín*. ¿Quién quiere venir conmigo a Londres el sábado? Tengo entradas para la matiné de *El Jardín*...

—Quizás deberíamos ir a comer —propuse y me alejé lo más rápido que pude.



Comienzos

Esa fue la primera vez que pasamos tiempo los cuatro juntos —Alex, Helen, Fran y yo— y, dado lo que llegamos a ser, me asombra no recordarla mejor. Sé que, en vez de comer de la cazuela de garbanzos, jugamos a un bádminton sin forma en el que no había equipos ni red y usábamos volantes descartados y desplumados y raquetas a medio encordar —eran aros, en realidad— que habíamos encontrado sobre el césped, y también recuerdo mi sorpresa al estar participando en vez de mirando con los demás. Son estos pequeños momentos de inclusión los que dan inicio a grandes amistades, pero eso no quiere decir que todo fuera espontáneo y relajado. Al haber fallado en hablar el lenguaje de Shakespeare, me parecía doblemente importante destacar en el bádminton.

—Charlie, pareces demasiado *serio* —observó Fran y yo me maldije y azoté el aire con una raqueta sin cuerdas.

Por la tarde, volvimos al círculo de sillas de madera curvada para concentrarnos en el texto (siempre era «el texto», no «la obra»).

—Antes de empezar —señaló Ivor—, quiero que recordéis que, aunque el título del texto es *Romeo y Julieta*, trata de todos los que habitan en este mundo. Para Romeo, sí, por supuesto, es la historia de Romeo y para Julieta es la historia de Julieta, pero para Paris... pues bien, ¡la obra es sobre Paris! Todos tenemos grandes pasiones, historias privadas *asombrosas*, amores y odios secretos. Así que, para la Nodriz, trata de la Nodriz; para el Criado, es la historia del Criado, ¿y para Benvolio? —Ivor me miró expectante.

—Es una obra sobre... ¿Benvolio?

—¡Sí! ¡Exacto! Porque, al igual que en la vida, ¡no existen los personajes secundarios!

A mi lado, Miles soltó un ruido escéptico. Toda esa charla socialista y colectiva era muy bonita, pero todos sabían que la obra era sobre Romeo. ¿Quién sacrificaría una noche de agosto para ver una obra con el título *Benvolio y el Boticario*? Creo que ni yo lo haría, y era Benvolio. Como personaje, me parecía vacío. No tenía buenos chistes, ni familia, ni vida amorosa y parecía irritar a todos con quienes hablaba. Todo lo que decía tenía que ver con las acciones de los demás y, si no estaba informando, estaba rogando para que la gente dejara de pelear o dando información que el público ya conocía. Era el mejor amigo de Romeo, pero se veía que Romeo prefería a Mercucio y, cuando Benvolio dejaba de hablar en mitad de la obra, costaba creer que le pudiera molestar a alguien. Al menos Sansón tenía lo de los pulgares. Benvolio era un secuaz, un conformista y un observador; los personajes le confiaban sus secretos pero no sentían la necesidad de devolverle el favor y escuchar lo que tenía que decir. La verdad es que era asombroso que un

par de personas que apenas conocía me hubieran dado un papel tan perfecto para mí.

La tarde continuó con un aire de clase, el mismo ambiente aletargado de las dos y cuarenta y cinco. En Verona, habrían dormido una siesta, pero nosotros seguimos adelante y, cada vez que cabeceaba, levantaba la cabeza con brusquedad y me exprimía el cerebro en busca de algo inteligente e incisivo que impresionara a Fran y demostrara una capacidad de percepción que no poseía. Pero no me resultaba fácil hablar de los personajes como si fueran reales, como si fuéramos la misma persona.

—Lo que pasa *conmigo* —insistió Lucy— es que vivo para luchar.

Intenté hacer cuadrar ese comentario con la chica callada que se sentaba detrás de mí en las clases dobles de Biología; mientras tanto, el techo de cristal calentaba el aire quieto y la conversación iba en círculos, y quizás si cerrara los ojos...

Me volví a despertar de pronto. Me propuse no mirar a Fran a menos que estuviera hablando, pero los que hablaban eran siempre los que menos tenían que decir, así que ella permanecía sentada con el mentón apoyado sobre la rodilla levantada y solo escuchaba.

En un momento, la conversación llegó a los temas del prejuicio y la división, e Ivor adoptó un semblante tranquilo y sincero y se inclinó hacia adelante con las manos entrelazadas como si fuera un joven clérigo.

—Entonces... ¿qué es lo que nos separa? Como comunidades. No en la obra, sino en general, en la vida real, aquí. ¿Cuáles son las injusticias y los prejuicios que nos dividen, no solo como amantes, sino como amigos? Y recordad que no hay respuestas erróneas.

«No hay respuestas erróneas» es una de esas cosas que la gente decía sin creer que fueran ciertas. Todos sabíamos que había respuestas erróneas, excepto, quizás, Miles, quien se aferró al tono preocupado de Ivor y se inclinó hacia adelante en su silla.

—Sí, bueno, está el racismo —comenzó Miles y, a modo de aclaración, añadió—: Juzgar a alguien por el color de la piel.

—¡Ja! —rio Alex—. Creo que es un poco tarde para hablar de eso en cuanto al elenco. Mira alrededor.

—No en *esta* producción... Estás tú, está Lucy...

—Entonces, son todos los blancos contra dos no-blancos —señaló Lucy.

—La raza blanca contra *todas* las demás razas —dijo Alex.

—Y la raza blanca es la predeterminada... —añadió Lucy.

—Lo único que digo es que aparece como tema.

—... a menos que alguno de vosotros os pintéis de negro —sugirió Alex.

—¡Nadie se pintará de negro!

—¡Ya lo sé! —exclamó Miles—. Pero hablo de otra producción con un elenco diferente.

—En una ciudad donde haya más de una persona asiática —indicó Lucy.

—¡Está bien, olvidadlo! —exclamó Miles y extendió ambas manos hacia adelante—. ¡Dios, y yo que creía que no había respuestas erróneas!

—De acuerdo, continuemos, ¿qué otra cosa divide a las personas? Recordad que estamos hablando en general, no necesariamente en la obra.

—Puedo decir... La edad —propuso Polly—. Creo que hay una gran brecha entre las generaciones, tanto en la obra como en la vida.

—Bien, bien, bien —respondió Ivor y, aunque los miembros del elenco mayores asentían con vigor, los más jóvenes parecían ansiosos por pasar de tema.

—Las clases sociales —sugirió George con la mano sobre la boca.

—En la vida puede ser —señaló Alina—, pero, en la obra, Shakespeare se ocupa de aclarar que son «semejantes en grandeza».

—O quizás, relacionado con eso, la cultura —añadió George—. Los gustos, la música. Las tribus culturales.

—Blur versus Oasis.

—El norte y el sur.

—¡No! —Alina hizo una mueca—. No quiero oír más acentos regionales, os lo ruego.

—Sussex del Este versus Sussex del Oeste.

—Además, los dos son de Verona, así que...

—¡Fútbol! —exclamó Keith, nuestro Fray Lorenzo—. Es como con el United y el City o el Arsenal y el Tottenham.

—¡Arriba, Spurs! —alentó Colin Smart.

—Ay, por favor.

—La educación —propuso Helen—. Como cuando en el instituto los chicos de Merton Grange les daban una paliza a los de Chatsborne en el descampado.

—No *siempre* les daban una paliza —señaló Fran.

—Bueno, yo diría que sí —insistió Helen con una carcajada—. Siempre.

—¡Ey! —exclamó Fran y dio una patada a la silla de Helen.

—Mer-ton Grange, Mer-ton Grange —alentó Colin Smart.

—¡Crece de una vez! —dijo Lucy.

—No, todo eso está muy bien —aseguró Ivor—, podemos usar esa agresividad, podemos usar esos sentimientos.

—¿Acaso el problema no es...? —comenzó a decir una voz que me sorprendió descubrir que me pertenecía—. Lo siento... ¿Acaso el problema no es que *no hay* un motivo? En la obra, quiero decir. Todas esas cosas por las que la gente se pelea en la vida real, puede que sean irracionales, pero al menos se les puede poner un nombre. En la obra no es que un bando sea rico o negro o blanco o lo que sea, es solo que eso es a lo que están acostumbrados. Pelear, discutir, romper cosas. Sobre todo los chicos. Solo son un grupo de chicos confundidos y enfadados.

Ivor asimiló lo que acababa de decir, asintió, y yo volví a bajar la mirada hacia el suelo. El debate continuó y se llegó a la conclusión de que, tal vez, los Montesco podrían usar camisetas rojas y los Capuleto, azules, y que eso debería bastar para transmitir la idea.



Pasatiempos e intereses: socializar

—Hola —dijo ella.

—Hola.

—Se me ha ocurrido caminar contigo.

—De acuerdo

—A menos que quieras irte rápido.

—No, caminemos. Me gustaría.

Y así fue cómo esa se convirtió en nuestra rutina, como volver del instituto con alguien, algo un poco incómodo y formal que, con el tiempo, se convirtió en hábito. Caminábamos por el camino para los coches, doblábamos a la izquierda en la portería, seguíamos por la calle larga a la sombra de los árboles y nos asegurábamos de ir un poco más atrás que el resto de la gente, sin prisa por llegar a la base de la colina.

El suelo se había secado, pero el aire que estaba debajo de las copas de los árboles mantenía la frescura de la lluvia, el aroma de las hojas magulladas y la tierra caliente y húmeda. Empezamos con algunos datos biográficos, el tipo de preguntas que podrían aparecer en un formulario. En alguna revista para hombres, había leído que una manera sutil de conseguir gustarle a una chica era hacer que hablara sobre ella misma. «Haz preguntas para que crea que estás interesado», aconsejaba, y así fue cómo pronto descubrí que sus padres eran Graham y Claire y que le gustaban tanto como pueden gustarle a uno sus propios padres.

—Es decir, no los llamo por el nombre de pila ni nada parecido, no somos raros.

Graham Fisher trabajaba en algún puesto administrativo en el ferrocarril, era pragmático y serio y trabajaba muchas horas...

—Pero al menos hace que los trenes lleguen puntuales. Siempre hace ese chiste, es su único chiste. En cuanto al humor sí que es un padre típico, si sabes a lo que me refiero.

Claire era una bibliotecaria que trabajaba en la ciudad de al lado; ella era la persona artística de la relación y la amante de los libros, y también era la mejor amiga de Fran.

—Suena raro, ya lo sé. Quizás debería conseguir más amigos. Que tengan mi misma edad y que no me hayan dado a luz. Sea como sea, mi madre es divertidísima; soy muy afortunada, no hay nada que no pueda decirle. Hay mucho que *no* le digo, pero en teoría, podría. No tengo de qué quejarme, al menos no todavía. Estoy segura de que algo encontraré. Algún día.

Al igual que con la gente que tenía bien los dientes y sonrisas que rebosaban confianza, tenía una sospecha instintiva sobre la gente que se llevaba bien con sus padres e imaginaba que debían de tener algún secreto que los uniera. Canibalismo, quizás. A ella incluso parecía gustarle su

hermano, que era mayor y muy listo y estudiaba Matemáticas en la Universidad de Sheffield.

—Él es el inteligente. Así lo llaman en broma, El Inteligente, y ya te imaginarás lo mucho que me encanta eso.

De vez en cuando, dejaba un espacio para que yo completara parte del formulario, pero yo saltaba con una de mis preguntas preparadas y las arrojaba con fuerza, como si estuviéramos jugando a algún juego de naipes en el que la velocidad lo es todo, y siempre me aseguraba de tener la próxima pregunta lista cuando ella todavía estaba respondiendo la anterior. Todo esto hacía que la charla fuera un poco tensa y pareciera un interrogatorio en el que yo esperaba hacerla confesar por accidente una serie de robos locales, y todo el esfuerzo necesario para mantener ese ritmo significaba que no siempre podía escuchar con la atención que me hubiera gustado.

—Entonces, Charlie, ¿qué tal...?

—¿Crees que te gustaría ser una actriz? —Es muy posible que se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Yo? Por Dios, no. O mejor dicho, no lo sé. Quiero decir, me *gusta* actuar, por eso estoy aquí. Al igual que tú...

—Claro.

—Pero eso es porque me gusta la gente y los ensayos y las palabras. Me gusta todo ese melodrama cursi. ¡Hacer una puesta en escena, aquí en el caserón! ¡Faltan tres semanas y nada está listo! Me encanta todo eso, pero la parte de salir al escenario... estaría mintiendo si dijera que lo odio o que soy *tímida*, pero es un poco... egocéntrico, ¿no? Es un poco tonto y vanidoso todo eso de «¡Miradme, miradme!».

—De todas formas, eres muy buena.

—No, no lo soy.

—Sí, lo eres. Es decir, he entendido todas las palabras que has dicho y soy bastante denso.

—No creo que nada de eso sea cierto. Sea como sea, ¿tú qué...?

—Entonces, ¿qué es lo que *quieres* hacer?

—¿Cuando crezca?

—Cuando crezcas.

—Empiezas a parecer un orientador profesional.

—¿Te estoy aburriendo?

—No, es solo que... Me gusta un poco el francés, pero eso no es un trabajo, al menos hasta donde yo sé. Ojalá lo fuera... que me pagaran solo por, no sé, fumar y tener *affaires*. Ese sí que es un estereotipo. Se me había ocurrido que podría estudiar Derecho, porque después usas pelucas y das discursos, pero si lo hago por eso, bien podría dedicarme a la actuación, y no quiero hacer eso porque, bueno, da igual. —Sacudió la mano para alejar el tema—. Falta tiempo. Hasta que no falta nada, ¿verdad? Ahora todo es «Elige tus opciones», que es otra manera de decir «Acota las posibilidades». Cada vez que tomas una decisión, se escuchan otras puertas que se cierran en la distancia. Todos te dicen que puedes ser cualquier cosa que quieras, excepto esto, eso, aquello...

A mí nunca nadie me había dicho que podía ser cualquier cosa que quisiera. En teoría, los campos que había elegido eran Informática, Arte y Diseño Gráfico, y a veces fantaseaba con

trabajar arremangado sobre un tablero de dibujo en una oficina llena de más tableros de dibujo, y, aunque no tenía ni idea de qué había sobre el tablero, me gustaba la idea de hacer algo creativo pero técnico, de trabajar con portaminas y sombreados. Pero esa idea había sido abandonada en junio. Ahora, cada vez que intentaba imaginar algo más allá de septiembre, volvía a sentir el terror de quedar a la deriva, de pasar una eternidad con mi padre en el sillón buscando trabajo en Ceefax y comiendo Pasta al Madrás del regazo. Cuando de talento se trataba, yo podía sombrear, jugar a *Doom* y estaba mejorando mi bronceado. Lo mejor sería cambiar de tema.

—Entonces, ¿por qué no eliges hacer algo en lo que eres fantástica y te conviertes en actriz?

—Eso es muy amable por tu parte. —Se encogió de hombros y se acomodó el pelo detrás de la oreja—. El tema es que aquí puedo interpretar a Julieta, pero fuera solo conseguiría los papeles de, no sé, *mujerzuelas* y lecheras. Una vez tuve un profesor de Literatura que siempre me alentaba; ya sabes, un mentor en serio, un verdadero señor Chips o lo que sea. Solíamos participar en unas competiciones escolares en las que recitábamos Shakespeare y poesía, y una vez me dijo, y estas fueron sus palabras exactas, que tenía una cara agradable y bonita, pero que nadie podía verla debajo de toda esta grasa de bebé.

—Pero ni siquiera eres gorda.

—Parece que soy demasiado gorda para ser una actriz profesional.

—Eso no es cierto.

—¿Porque hay muchas actrices gordas?

—No, porque creo que eres...

En el microsegundo que hubo entre las palabras, repasé mi diccionario de sinónimos, descarté «preciosa» por ser demasiado fuerte, «agradable» por ser demasiado insulso, «fabulosa» por ser demasiado pasado de moda. ¿«Bonita»? Demasiado cursi. ¿«Atractiva»? Demasiado directo.

—... encantadora —decidí, y dudé de mi elección cuando todavía estaba saliendo de mi boca. Lo pronuncié mal y terminé agregándole una sílaba en el medio.

—Ah —dijo ella—. Bueno, está bien.

¿No debería ser en-can-ta-do-ra? ¿Solo cinco sílabas?

—¿Qué hay de ti?

Era demasiado tarde. Mi distracción había permitido que una pregunta atravesara mi escudo.

—¿Piensas actuar de forma profesional o...? —Consiguió llegar casi hasta el final de la pregunta antes de que la risa le impidiera terminar.

—Qué grosera.

—Lo sé. Lo siento.

—A mí me ha parecido que he estado bastante bien.

—Y lo has estado, ¡en serio! Lo siento.

—Y eso que ha sido la primera vez que lo leía.

—¿En serio? Entonces has estado fantástico.

—Fantástico, no; solo estaba probando algo diferente.

—Ha sido una elección interesante.

—Sí, quería interpretarlo como si fuera una persona que deja espacios entre todas las palabras.

Como si hubiera tenido algún accidente grave.

—Un golpe en la cabeza.

—Ese es su... ¿cómo se le dice?

—¿Su trasfondo?

—Su trasfondo. El caballo de Teobaldo le ha dado una patada en la cabeza, o algo así.

—Es un enfoque bastante arriesgado y original.

—Eso creo yo. —Seguimos caminando con una sonrisa en la cara—. Después de la lectura, Miles se ha acercado a mí y me ha dicho: «No piensas actuar así, ¿no?»

Ella se rio.

—Lo he visto. Lo he mirado mientras leías y estaba *furioso*. Como si pensara: «¡No pueden pretender que trabaje con *esto!*!».

—Yo creo que siente celos.

—Al estar en presencia de un talento nuevo.

—Al estar en presencia de un talento nuevo y puro.

—Sí, es como la primera vez que la gente vio a Brando.

—Exacto. No es que sea *malo*, sino *novedoso*, y no puede lidiar con eso.

—Eres un talento en bruto.

—Eso es. Demasiado en bruto.

—Peligroso.

—Demasiado peligroso.

Más adelante, los demás se habían detenido y se habían girado para mirarnos, así que nosotros disminuimos la velocidad para no alcanzarlos.

—Así que —comencé—, dadas mis cualidades en bruto...

—Continúa.

—¿Ya puedo parar?

Me dio un puñetazo fuerte en el brazo.

—¡No! ¡Tienes que seguir viniendo!

—¡No tiene sentido!

—¿Por qué no?

—¡Porque no puedo hacerlo!

—Pero aprenderás, mejorarás, esta ha sido tu primera lectura.

—No es eso. No entiendo lo que digo. Para ser sincero, ni siquiera me gustan las obras de teatro.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué has vuelto? —se rio.

—¡Ya sabes por qué! ¡Tú me has sobornado!

Caminamos un poco en silencio con los ojos fijos hacia delante. Después de unos momentos, me dio un codazo y, cuando me giré para verla, apartó la mirada, aunque no fue lo bastante rápida para evitar que yo viera su sonrisa.

—No fue un soborno, fue un incentivo.

—Da igual.

—Y tampoco dije que lo haría.

—Sí lo dijiste.

—Dije que lo pensaría. Y lo haré, durante los ensayos de esta semana. —Arrojé la cabeza hacia atrás y solté un quejido—. De acuerdo, dime qué te parece esto: en todas las comidas, durante una hora, buscaremos algún lugar silencioso y leeremos la obra línea por línea.

—¿Quieres decir que me enseñarás? —pregunté.

—Sí. Será *muy* incómodo.

Solté otro quejido. Ya no quería que me enseñaran nada más, y mucho menos que lo hiciera alguien de mi misma edad, alguien que me gustaba, pero...

—Confía en mí, soy una profesora excelente. Soy estricta pero justa. Vamos. Será divertido. Además, ¿quién más podría interpretar el papel como lo haces tú?

—Bueno, en eso tienes razón.

—Te necesitamos. Así de desesperados estamos.

Ahora llegábamos al final de la calle. El resto de la compañía esperaba y miraba desde la parada de autobús.

—Lo siento, solo he hablado sobre mí. Mañana te toca a ti.

—Bueno, ya veremos.

—Hasta mañana entonces —se despidió ella.

—Nos vemos mañana —gritó Helen.

—¡Hasta mañana! —dijo Alex.

—Nos vemos, Charlie —añadió George.

—Hasta mañana —repitieron Keith y Colin y Lucy, y yo me alejé en mi bicicleta con todos sus ojos clavados en mi espalda y pensé: *Bueno, ahora no tengo otra opción.*

Esperaría hasta el final de la semana.



Espadas

Hasta ese momento de mi vida, yo había visto exactamente la mitad de una obra de teatro.

La señorita Rice, nuestra joven profesora de Literatura, había organizado un viaje en autobús al Teatro Nacional de Londres para ver una función de matiné de *Así va el mundo*. Los juegos de palabras ingeniosos y los golpes astutos y satíricos a las costumbres de la sociedad de la Restauración inglesa habían sido una elección arriesgada para un autobús lleno de jóvenes de quince años, pero a nosotros nos encantaron los caminos y las escaleras de cemento de la zona del South Bank, en la ribera sur del Támesis, cruzamos los túneles a gritos y alentamos a la gente que andaba en patineta. Era un lugar fantástico para un juego de *laser tag* y, para cuando tomamos nuestros asientos en el auditorio, exaltados por el Lucozade que habíamos bebido y los caramelos de goma que habíamos comido, ya estábamos por completo en el modo *El señor de las moscas*. El taquillero había cometido el acto irresponsable de ubicarnos en la primera fila de la platea y la guerra no tardó en empezar: por un lado, la Clase 4F; del otro, los actores y el público. Nos superaban en número, pero los actores estaban limitados por sus líneas y profesionalismo, así que era un competencia desigual y los Maltesers pronto empezaron a atravesar la cuarta pared, así que el elenco se vio forzado a participar en un partido de fútbol involuntario en el que lo celebrábamos cada vez que una de esas bolas de chocolate recibían una patada hacia la derecha del escenario. Si bien no entendíamos ninguno de los chistes de Congreve, nos reíamos del dandi en escena, no con alegría, sino con desdén, de forma tal que el actor empezó a dudar de su actuación y a fijar sus ojos en cualquier otro lado, como quien intenta evitar una pelea en un pub. Los otros actores no eran tan fáciles de intimidar y pronunciaban sus líneas con una ira apenas contenida, incluso en las escenas de amor.

Ah, la batalla fue larga, larguísima; el intervalo era como uno de esos espejismos en mitad del desierto que se aleja a medida que te acercas, los actores hablaban en voz cada vez más fuerte a medida que crecía su frustración y nuestro comentario constante iba perdiendo su gracia. Hubo quejas y, durante el intervalo, la señorita Rice, al borde de las lágrimas, nos reunió y nos dijo que se sentía humillada y que éramos una vergüenza, y eso había hecho que la diversión acabara de inmediato. La mayoría de nosotros no volvió para ver la segunda mitad —a la señorita Rice ya no le importaba lo que hiciéramos, no soportaba ni vernos— y elegimos deambular por el South Bank y arrojar grava al Támesis. De camino a casa, la parte de atrás del autobús parecía el asiento trasero de un coche de policía, y nunca nos enteramos de qué había ocurrido con aquellos amantes ingeniosos.

Si había algo como un virus teatral, entonces yo era inmune. El problema no era la actuación,

porque no me molestaba ver personas que fingían ser otras personas en las películas y los programas de televisión que consumía indiscriminadamente. Pero todos los elementos que, en teoría, hacían del teatro una experiencia única y especial —la cercanía, las emociones exacerbadas, la posibilidad de que ocurriera algo desastroso—, lo convertían en algo insoportable para mí. Todo era excesivo, demasiado expuesto y artificial.

A eso había que sumarle los aires de pretensión, superioridad y autocomplacencia que acompañaban a todas «las artes». Actuar en una obra, tocar en un grupo de música, exponer un dibujo en el pasillo, publicar un cuento o, Dios me libre, un poema, en la revista escolar era proclamar que eras una persona única y que creías en ti mismo, lo que te convertía en blanco fácil. Cualquier cosa que estuviera en un pedestal era fácil de derribar, así que el sentido común dictaba que lo mejor era quedarse callado y mantener cualquier ambición creativa en secreto.

Sobre todo si eras hombre. El único talento aceptable era el deportivo, en cuyo caso estaba permitido pavonearse y fanfarronear, pero mis talentos yacían en otro lugar, posiblemente en ningún lugar. Lo único para lo que era bueno era el dibujo —garabatos, en realidad—, y eso solo era aceptable siempre y cuando fuera algo técnico, libre de autoexpresión. No había nada de mí en la naturaleza muerta de una naranja a medio pelar, en el primer plano de un ojo con el reflejo de una ventana, en una nave espacial del tamaño de un planeta; no había belleza, ni emoción, ni una revelación del yo, solo técnica. Todas las otras formas de expresión —cantar, bailar, escribir, incluso leer o hablar una lengua extranjera— eran consideradas no solo gay, sino también como cosas que hacían los ricachones, y no había nada más estigmatizador en Merton Grange que esa combinación. Era por eso que nuestras producciones escolares estaban llenas de chicas con pantalones y bigotes adhesivos que hablaban con voz grave. Era como un teatro isabelino invertido, porque no era respetable que los chicos participaran en las obras, y mucho menos en las obras de Shakespeare. Shakespeare equivalía a actuar poesía, y no había rap ni pelea de cuchillos que pudiera cambiar ese hecho.



Así que me había unido a una secta. Incluso parecíamos una secta, así como estábamos, de pie en un círculo a la luz de la mañana, con vestimenta suelta y pies descalzos sobre el césped de una mansión alejada de todo.

—... y ahora quiero que os levantéis con la espalda redondeada, empezando por la base de la columna, vértebra por vértebra, hasta estar derechos... Y ahora estiraos hacia arriba, bien arriba hacia el sol...

Nunca nadie podía enterarse de que estaba estirándome hacia el sol. Me recordé el motivo por el que estaba allí, que estaba de pie un poco hacia la derecha...

—¡Charlie! —gritó Alina—. ¡Los ojos, por favor! ¡Concéntrate!

Alina no tenía la energía de cachorro que tenía Ivor. Iba acompañada de un aire de decepción furiosa, como una cantante de cabaret que, sin saber cómo, había terminado como animadora en una fiesta de cumpleaños infantil, y nosotros nos tensábamos cuando pasaba cerca y daba

golpecitos contra las rodillas trabadas, empujaba las cabezas más cerca del suelo, hacía sonar vértebras y clavaba los dedos debajo de las costillas para verificar el uso del diafragma. Yo ni siquiera había sabido que tenía un diafragma.

—¡Respirad profundo! Sentid el aire en serio. No os olvidéis de respirar... y volved a inclinaros hacia adelante. Charlie, ¿cómo piensas moverte con libertad así?

En un último acto de rebelión, débil y contraproducente, había elegido usar unos vaqueros en vez de las camisetas sin mangas y los pantalones deportivos que el resto de la compañía tenía puestos, todo demasiado suelto o demasiado ajustado. Alex vestía lo que parecían unas medias de cuerpo entero, pero usar ropa de baile era un límite que no estaba dispuesto a cruzar. ¿Qué pasaría si tenía un accidente en la bicicleta?

—No puedes moverte así, y, si no puedes moverte, no puedes actuar. Mañana ven preparado como corresponde para lo que estamos haciendo.

Esa sería la rutina a partir de entonces: empezábamos temprano con un calentamiento en conjunto y después verificábamos el cronograma. Los ensayos se llevaban a cabo en varios lugares de la mansión, de manera que, mientras que la Nodriz y Julieta estaban con Ivor en el invernadero, las pandillas de los Capuleto y los Montesco estaban con Alina en el huerto, acechando como panteras, arremetiendo como cobras. El fin de cada sesión era señalado por el sonido de un triángulo gigante que colgaba de un árbol. No se permitía ninguna otra indicación de tiempo: nada de relojes ni teléfonos para quienes los tenían, en ese caso Alex y Miles, los estudiantes de bachillerato. En los «tiempos libres», cuando no teníamos ensayo obligatorio, nos pedían que fuéramos con Helen y su equipo de producción a los establos para ayudar a construir la escenografía, a teñir el vestuario o a hacer la publicidad.

El próximo viernes a la tarde, toda la compañía se reuniría en el Gran Jardín para hacer un taller sobre la fabricación y el uso de máscaras. No parecía haber forma de que eso saliera bien, y la perspectiva flotó sobre mi cabeza durante toda la semana, como una consulta para una intervención dental. Mientras tanto...

—Montesco, Capuleto, por favor... ¡elegid vuestras armas!

En el huerto, nos invitaron a elegir elementos de un tubo lleno de palos de escoba y cañas de bambú.

—Probad vuestras armas —indicó Alina con la solemnidad de un Jedi—, ved cómo sentís cada una en vuestras manos. Dejad que el arma os escoja a vosotros. Quiero que no la perdáis de vista, aquí o en vuestras casas, estéis dónde estéis. Quiero que le grabéis vuestras iniciales, que la mantengáis junto a la cama mientras durmáis, que decoréis la empuñadura si os place. ¡Quiero que elijáis un nombre para ella!

Eché un vistazo al palo de escoba cortado que estaba en mi mano y busqué alrededor del huerto a alguien con quién reírme. Pero lo único que encontré fue a Lucy que probaba el peso de su palo y a Colin que balanceaba el suyo sobre la punta de un dedo. Alex probaba el filo imaginario de su caña de bambú con el pulgar mientras Miles parecía susurrar algo a su palo de mopa. Incluso George, que por lo general observaba y se mantenía al margen, disfrutaba de azotar el aire con una rama larga y angosta de avellano, hacia atrás y hacia delante, intentando que el aire siseara y

silbara.

Y no se podía negar que había algo satisfactorio en pavonearse con una espada, aunque solo estuviera hecha de una escoba vieja; era el mismo placer primitivo que sentía al cargar el rifle de aire comprimido de Harper al hombro, al jugar con el hacha afilada de su padre o al cortar con una navaja la corteza de un árbol. Incluso mejor que la espada era el cinto ancho de cuero que nos habían dado para usar sobre las caderas, como si fuéramos pistoleros. Según Alina, la idea era que llevar una espada cambiaba la forma en la que uno caminaba, se movía y se sentaba y, aunque pasé gran parte de la mañana tropezando con esa cosa, al final terminé por rendirme ante ella y empecé a posar con la mano sobre la empuñadura imaginaria mientras esperaba que me entregaran un vaso de zumo y una galleta. Se me ocurrió que tal vez podría enrollarle y pegarle una cuerda ancha para que tuviera mejor agarre, o que podría cortarle una parte a la hoja y redondear la otra punta, quizás podría incluso barnizarla y... *Así es cómo te atrapan las sectas. Así es cómo te desgastan...*

Cuando estuviéramos más adelantados con los ensayos, tendríamos un verdadero entrenamiento de combate con espadas realistas, pero por ahora nos contoneábamos por el bufé al aire libre como si fuéramos los vigorosos jóvenes italianos en quienes nos convertiríamos y elegíamos nuestra comida de una selección de platos vegetarianos, cortesía de Polly y sus empleados misteriosos: una pasta horneada de harina integral, arenosa y cubierta por un queso grasiento; garbanzos que parecían una pila de excremento de cabra; ensaladas de granos ásperos y alubias blandas, todo calentado y fermentado por el sol. En otra mesa, George se inclinaba sobre una hogaza densa de pan casero color caoba y lo serraba como si fuera la viga de un granero. Era muy generoso por parte de Polly, pero esa era una cocina donde el sabor era algo secundario y reinaba la necesidad de mantener la digestión saludable y regular, y la flatulencia comunitaria le daba un toque especial a los ejercicios de relajación.

—No cabe duda de que tiene mucha fibra —observó George mientras serraba.

—Os lo juro —comentó Alex al tiempo que untaba las hendiduras de un trozo de apio con humus—, un día nos inclinaremos vértebra por vértebra y nos cagaremos todos a la vez.

Encontré un plátano verde como una lima y un racimo escuálido de uvas y, cuando me giré, vi a Fran a mi lado con el libreto en mano.

—¿Cómo le has puesto?

—¿Perdón?

—Tu espada, ¿cómo se llama?

—Palo —respondí—. La llamaré Palo.

—Buena elección.

—Yo no he elegido a Palo, Palo me ha elegido a mí.

—Bueno, ¿qué opináis tú y Palo de buscar un lugar privado?

Apoyé una mano sobre la empuñadura, levanté el cuenco de uvas con la otra, y seguí a Fran hasta la pradera.



Pigmalión

Nos acomodamos a la sombra de un árbol de ramas bajas que estaba cerca del lugar donde nos habíamos conocido por primera vez. Se me ocurrió que, en ese momento, yo había estado leyendo con un cigarrillo en la boca y el torso desnudo, y quizás ella había pensado que yo era un intelectual. Si ese había sido el caso, la verdad no tardaría mucho en salir a la luz.

—Creo que deberíamos leerlo todo, línea por línea, para ver cómo suena. ¿Te parece bien?

Aunque nos esforzábamos por ser informales, su actitud tenía una cualidad didáctica. Yo no había esperado volver a ser un estudiante y sentí el regreso de todos los miedos que había tenido en el instituto.

—Cuando estés listo. —Colocó las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos—. Te escucho.

Humedecí mis labios con la lengua y arremetí:

—*Aquí estaban los criados de su adversario y los suyos peleando de cerca antes de que me acercara...*

—No ignores la coma. La puntuación es tu amiga. No es tu única amiga, pero sirve. ¿Y qué quiere decir esa línea?

—Que cuando me acerqué...

—Mejor hablar de «antes».

—Entonces, ¿«cuando» está mal?

—Los dos funcionan, pero «antes» funciona mejor que «cuando».

—Antes de que me acercara...

—Lo dice con el sentido de «*incluso* antes». Entonces, esto lo dice porque...

—¿Es una excusa? ¿No quiere que lo culpen?

—¿Y los otros qué hacían?

—Discutían.

—No.

—Peleaban *de cerca*.

—Y eso significa...

—Combate cuerpo a cuerpo.

—O sea...

—¿Puñaladas?

—Muchas puñaladas. Entonces...

—Aquí estaban sus enemigos, apuñalándose entre ellos, antes incluso de que yo hubiera llegado.

—No solo enemigos.
—Los criados de su enemigo.
—Y eso significa que es...
—¿Un esnob?
—Quizás. Pero quizás es...
—De clase alta. Más alta que los criados.
—Ahora di todo eso de nuevo, pero con más actuación.
—*Aquí estaban los criados de su...*
—No uses una voz rara. Habla con normalidad.
—No se supone que tengo que... ¿cómo se dice? ¿Proyectar la voz?
—Sí, pero yo estoy aquí al lado —señaló y, sin volver a abrir los ojos, estiró un brazo por encima de su cabeza y, durante un momento, lo apoyó sobre mi pierna—. Solo dime qué ocurrió.
—*Aquí estaban los criados de su adversario y los suyos, peleando de cerca antes de que me acercara.*
—Así está mejor. Otra vez.
—*Aquí estaban los...* Sabes que son varias páginas de cosas así, ¿no?
—Se irá haciendo más fácil.
—Dilo tú.
—¡No!
—Solo dilo y yo te copio.
—No puedo interpretar tu papel por ti.
—No, pero si lo haces y yo te copio, la interpretación será mía. ¡Dilo!
—¡No!
La empujé con el pie.
—¡Vamos! ¡Dilo!
—Solo esta vez —suspiró—. *Aquí estaban los criados de su adversario y los suyos, peleando de cerca antes de que me acercara.*
La copié a ella, a su entonación y énfasis.
—De acuerdo. Sigamos, ¿te parece?
Y así continuamos, avanzando de puntillas hasta que llegó el feroz Teobaldo, quien estaba:
—... *cortando el aire, que, indemne, le silbaba en menosprecio...* De acuerdo...
—Está bien, vayamos poco a poco.
—¿Cómo se puede cortar el aire?
—Eso no es lo que importa. Lo que importa es que se entienda lo que quiere decir.
—Entonces, el aire no estaba herido.
—Porque...
Pensé en George y su rama de avellano en el huerto, en la sonrisa inútil que tenía en la cara mientras azotaba el aire e intentaba hacerlo silbar. ¿Acaso los chicos ya hacían lo mismo hace cuatrocientos años?
—Está dando latigazos y no acierta, así que el aire suena como si se estuviera mofando de él.

—Exacto. Entonces...

—¿Entonces?

—Entonces di las palabras escritas como si estuvieras diciendo lo que acabas de decir. Actuar no es más que eso, en realidad. Es saber qué quieres decir pero con las palabras que te han dado.

Asentí con la cabeza, y después:

—¿Puedes repetirlo?

—De acuerdo. —Se dio la vuelta para quedar acostada boca abajo y mirarme a la cara—. De acuerdo, lo que quiero decir es esto: imagina que digo «Te odio». No a *ti*, sino a un tú cualquiera. Puedo decirlo como si fuera un «Dios, te *odio* muchísimo», o puedo decirlo como si por dentro estuviera enamorada de ti, o como si me parecieras desagradable o atractivo o, eh, *intrigante*. Tengo que decir «Te odio», porque eso es lo que está escrito, pero también puedo estar diciendo cualquiera de esas cosas. Si digo «Te odio», pero quiero decir «Me encantaría besarte», entonces tú (no *tú-tú*, sino un tú cualquiera) sabrás qué es lo que quiero decir. No de forma obvia, pero el sentido será transmitido a través de miles de señales diminutas que no percibimos ni podemos controlar: la forma en la que nos sentamos, los movimientos de los ojos, si nos sonrojamos o lo que sea... Tú sabrás lo que quiero decir. No *tú-tu*. El público. ¿Tiene sentido?

Desenterré una palabra que había escuchado pero nunca había usado.

—¿Estás hablando de... subtexto?

—No solo el subtexto. La ironía, la metáfora, todas esas cosas son formas de decir lo que quieres decir sin tener que decirlo.

—Creo que sería más fácil si todos dijeran exactamente lo que quieren decir y usaran la menor cantidad de palabras posible.

—Quizás. Pero ¿dónde estaría la poesía? —Se volvió a recostar boca arriba y arrojó la última uva en su boca—. Y, de todas formas, ¿cuántas veces decimos lo que realmente queremos decir? El setenta u ochenta por ciento de lo que la gente dice es... no mentira, tal vez, pero... algo cercano. Creo que, si todos anunciáramos nuestros sentimientos y fuéramos honestos con todo, la gente se volvería loca. Además, es mucho más entretenido tener que descifrar la verdad de lo que ocurre.

Pasó un momento en el que me pregunté si esa era la charla más profunda que había tenido en mi vida. Además de haber usado la palabra «subtexto», la idea de que una charla sobre subtexto pudiera, a su vez, tener subtexto —la complejidad que eso implicaba—, era tan vertiginosa como estar entre dos espejos en un ascensor. Ella me empujó la pierna.

—Vuelve a leerlo para mí.

—*La blandió en torno a la cabeza, cortando el aire, que, indemne, le silbaba en menosprecio.*

—Ahí lo tienes, ahora tiene sentido. Es bastante... ingenioso, ¿no te parece?

—Bueno, no diría que me hace reír a carcajadas.

—No me refiero a eso.

—De acuerdo.

No sabía a qué se podría estar refiriendo, y se debió de dar cuenta, porque elaboró al respecto:

—No es un chiste, pero está jugando con una idea, está improvisando. Es listo o cree que es

listo o quiere que los Montesco crean que es listo. Ahí tienes una idea para usar. Si así lo quisieras.

—Podría usar gafas.

—¿Como lo hace la gente lista?

—¿Te parece demasiado obvio?

—No. Me gusta. Mírate, ya estás tomando decisiones arriesgadas sobre tu personaje. —Se detuvo de pronto y escupió algo en la palma de su mano—. Lo siento. Estas uvas están asquerosísimas. Continúa.



Jammin'

Por la tarde, Fran ensayó con su Romeo y nosotros volvimos al huerto para ensayar la apertura acompañados por el ruido que hacían nuestras espadas. Todo el asunto de los pulgares mordidos había pasado a John y Lesley, los nuevos reclutas de la Compañía de Actores Lakeside que, en palabras de Keith, eran «casi profesionales, figuras importantísimas de la escena local». Lo que era seguro es que tenían el vigor libidinoso de la juventud y, durante los descansos, se pasaban el rato colgados del cuello o con las manos dentro de los bolsillos del otro.

—Me parece que son *swingers* —opinó George.

—Casi profesionales —comentó Colin.

—Figuras importantísimas de la escena local —añadió Alex.

—No se puede negar que son cariñosos —observó Lucy—, sobre todo por la edad que tienen.

Debían de tener más de treinta años, pero eran inagotables y entusiastas, y yo me contentaba con sentarme a la sombra y mirarlos morderse el pulgar; así pasó la tarde, pegajosa y soporífera, como debían de ser las tardes en la vieja Verona, hasta que fue hora de irnos. Nos reunimos en la entrada para coches, donde Lucy balanceaba su caña de bambú en la punta de un dedo, Colin se apoyaba sobre la suya y se inclinaba de un lado para el otro como Fred Astaire, George escribía su nombre en un palo de escoba con la pluma estilográfica que siempre llevaba en el bolsillo de la camisa: una pandilla de rufianes callejeros.

Fran me había dicho que la esperara, pero estaba atrapada con Romeo. Exhausto de tanto trabajar, Miles había buscado una excusa para quitarse la camiseta y ahora estaba apoyado contra su coche (un VW Golf blanco abollado), con la espada en la cadera, y solo dejaba de hablar para beber sorbos enormes de la botella de agua gigante que llevaba a todos lados: al igual que un delfín que está siendo transportado, no podía permitirse deshidratarse. Miles tenía un *torso*, no había otra palabra para describirlo: la musculatura parecía sombreada como en uno de mis dibujos y había aprendido aquel truco, adorado por los adolescentes sin camiseta, de sujetar el bíceps izquierdo con el brazo derecho para aumentar su considerable escote. Mientras bebía, derramaba agua por su cuello y pecho, y alcancé a escuchar el ruido que hizo la caña de Lucy cuando perdió la concentración y la dejó caer.

—Sécate las babas, Luce —indicó Colin y Lucy lo pinchó con su espada.

Aburrida, Fran miró en dirección a mí. Movié la boca para gesticular: «¡Un minuto!», y levantó un dedo. Vi a Miles sujetar el brazo de Fran y mi mano fue directa a mi palo de escoba, pero, de pronto, Fran retorció con fuerza uno de los pezones de Miles como si estuviera apagando una radio. Él gritó de dolor y Fran se rio y se acercó a mí.

—Dios, creía que nunca... Gracias por esperar. Vamos.

Acomodé la espada sobre el manillar de la bicicleta.

—¿Lo conocías desde antes?

—No, y aun así siento como si lo conociera de toda la vida, si sabes a qué me refiero. Es inofensivo, pero es tan difícil escucharlo... ¿Te has dado cuenta de que, cada vez que alguien habla, él traga agua? Debe de hacerlo para no perder tiempo escuchando.

—¿De qué hablabais?

—De las *exigencias del papel*. Parece que es inseguro. «No sé si soy la persona indicada para interpretarlo». Eso es lo que *dice*. Lo único que busca es que lo contradigan.

—Es muy atractivo.

—Y no creo que esa noticia lo tome por sorpresa.

Se escuchó el murmullo de la grava detrás de nosotros y nos hicimos a un lado para dejar pasar el coche de Miles, que conducía con un brazo fuera de la ventanilla y saludaba lánguidamente mientras Bob Marley sonaba en la radio.

—Ahí va con su reggae —observó Fran—. Es casi como si estuviéramos en la ciudad de Kingston. Kingston-upon-Thames.

—Eso es lo que yo llamo *jammin'*.

—Se dice «*jamming*», Bob, debes pronunciar la *g*. ¿Y quién conduce sin camiseta? Esos asientos de cuero caliente no son una broma. Cuando salga del coche va a tener la piel como la de un pollo asado. Oye, no digas nada, pero creo que se depila el pecho. Su primera gran decisión actuarial: «Nota a mí mismo: hacer que Romeo sea tan liso como una anguila». Es decir, puede que sea *musculoso*, pero créeme cuando te digo que a las chicas no nos gusta tanto como vosotros pensáis. Parece que tuviera el cuerpo como la pizarra de una carnicería. Solomillo, lomo, falda, tapa...

—Me parece que a Lucy le gusta. Me parece que está un poco enamorada.

—Sí, estoy *segura* de eso, es muy apuesto. Apuesto a que no tiene nada en la cabeza.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Lo encuentras... atractivo?

Me echó una mirada, esbozó media sonrisa y volvió a mirar para otro lado.

—Puedo fingir que sí, para la obra. Pero ¿en la vida real? —Simuló tener escalofríos—. Los chicos como él... tienen todo a la vista. Son currículums andantes. Juegan al rugby en invierno y al críquet en verano, forman parte del equipo de debate y tienen la solicitud para Oxbridge lista para ser enviada. ¿Qué queda por descubrir? Prefiero... ¡Ay!

Sin querer, le había clavado el palo de escoba en las costillas.

—Esto es ridículo —dije, listo para lanzarla cual jabalina—. Me desharé de la espada.

—¡No puedes hacer eso! ¡Debes formar un vínculo con ella!

—No formaré ningún *vínculo*, lo que haré es arrojarla al bosque.

—¿Y si Alina se entera? Ven, mejor hagamos esto...

Ya habíamos llegado a la portería, la cabaña cubierta de piedras que estaba en la unión entre el

camino para coches y la calle. Ella escondió el palo en el marco de la puerta, donde no se veía, y después dudó durante un momento.

—¿Qué haces?

Echó un vistazo alrededor para verificar que no hubiera nadie a la vista, sacudió el picaporte, que estaba apenas sujeto por un par de tornillos sueltos. La pintura se estaba descascarillando, la madera se estaba pudriendo y un buen empujón con el hombro habría bastado para abrir la puerta. Sin embargo, ella se estiró, tanteó con la mano a lo largo del dintel —«¡Bingo!»— y bajó una llave pesada y roja por el óxido que parecía salida de un cuento de hadas.

—¿Entramos?

La llave se trabó, pero Fran sacudió la puerta que, de pronto, se abrió para revelar una habitación pequeña y oscura. El suelo estaba cubierto por alfombras antiguas y descoloridas y de las ventanas, pequeñas y altas, colgaban unas cortinas amarillas y gastadas. La habitación era fría como un refrigerador y el único mueble era un sillón Chesterfield color café, antiguo e inmenso, que tenía el cuero agrietado y perdía el relleno de pelo de caballo.

—Aquí es donde Polly encierra a sus prisioneros —señalé.

—Tiene a todo el elenco de la obra del año pasado de *Sueño de una noche de verano*. «¡Ayudaaa!». —Volvió a cerrar la puerta—. Sea como sea —comentó Fran—, es bueno saber que esto está aquí.

En las próximas semanas, yo volvería a pensar una y otra vez en ese comentario.



Frascos marrones

Cuando volví a casa, la sentí sofocante y silenciosa, y tuve que luchar contra el deseo de dar media vuelta y salir otra vez. Desde el fin de semana, la tristeza había descendido como una niebla, había ocupado hasta el último rincón, y ahora mi padre estaba en su habitación, con las cortinas cerradas, acostado sobre las sábanas y de espaldas a la puerta.

—¿Estás dormido?

—A medias. He tenido una mala noche.

—Entonces, no duermas durante el día. —No respondió—. Hace un día bonito. ¿Estás seguro de que no quieres...?

—Estoy bien.

—¿Quieres que te traiga algo o...?

—No. No necesito nada.

Me quedé debajo del marco de la puerta. Alguien más inteligente que yo, alguien más atento, habría encontrado el tono justo: honesto y relajado, libre de miedo, enfado o irritación. Quizás habría ido hasta el otro lado de la habitación para verle la cara. Pero el aire estaba viciado, se veía polvo flotando en los haces que arrojaba la luz de la tarde y yo no tenía ni la voz ni las palabras, y era más fácil cerrar la puerta e intentar olvidar que mi padre estaba allí.

Bajé las escaleras para encender el ordenador y jugar a videojuegos.



Usábamos frases como «Está un poco melancólico». *No tiene un buen día, está triste. Tiene muchas cosas en la cabeza. Está preocupado, la ansiedad. Está un poco desganado, desanimado. Está decepcionado, ha sufrido un contratiempo, está algo indispuerto, ha tenido que retroceder un par de casilleros, ha recibido un golpe en la autoestima, le preocupa el dinero.* La verdad es que era asombrosa la capacidad que teníamos para formular frases tímidas y eufemismos, como si estuviéramos participando en un juego de salón en el que no se podía usar una palabra en particular.

Y esa palabra venía acompañada de otros términos —«clínica», «crónica»— que le daban un aire médico inquietante, porque, si era lo bastante crónica como para ir a la clínica, el pabellón psiquiátrico y el loquero no podían estar muy lejos. Nos consolábamos pensando que su estado estaba atado a sus circunstancias, a la pérdida del negocio, la bancarrota, la ruptura de su matrimonio. De cara a esa mala racha, era normal sentirse un poco de mal humor, desanimado, melancólico. Cuando las circunstancias mejoraran, la tristeza también se iría.

Pero las raíces de la dolencia eran más profundas. Sus dos amores eran la música y mi madre, y ambas lo habían abandonado. Había hecho a un lado sus ambiciones y se había hecho cargo del negocio por el bien de su familia. Ahora había fallado también en eso, y no sería algo fácil de superar, por más que nosotros así lo quisiéramos.

A veces deseaba que se alegrara por mi bien. La tristeza y la ansiedad son contagiosas y, a los dieciséis años, ¿no tenía otras cosas de las cuales preocuparme? Además, era aburrido; el letargo, las quejas, las horas detrás de puertas cerradas por las que emergía con ojos rojos, los destellos de furia irracional y malintencionada y la vergüenza que los seguían. Era aburrido tener al Padre Loco arrastrando los pies por la casa, era aburrido escuchar su pesimismo y autocompasión y negatividad, era aburrido tener que inspeccionar el barómetro de su humor cada vez que entraba por la puerta de casa.

Dos cambios recientes habían complicado la predicción de su humor. Mi padre siempre había sido lo que se conocía como un «bebedor social». Se emborrachaba un poco, pero solo cuando estaba con gente, y nunca perdía su buen carácter. Bebía cuando tocaba en algún lugar, pero solo después del espectáculo y nunca más de tres pintas, y después contaba historias y chistes, ponía los posavasos del revés y hacía trucos con cerillas.

Ahora bebía bebidas espirituosas además de cerveza y lo hacía todos los días, de forma metódica y en solitario, como si fuera un pasatiempo privado. Me alarmaba más de lo que podía expresar y, si me invitaba a acompañarlo, siempre rechazaba la invitación, no porque no me gustara el alcohol —Dios sabe que ese no era el motivo—, sino porque no quería contagiarme de lo que él tenía. Ya fuese que el alcohol fuera el catalizador o solo un escolta, la bebida venía acompañada de un sentimiento de lástima por él mismo, introspección, apatía y, cada vez con más frecuencia, furia. Cuando yo era muy pequeño, la respuesta de mi padre a los vasos de zumo volcados, a los dibujos con ceras sobre la pared o a los platos rotos había sido una risa nerviosa y un tirón exasperado de su propio pelo. Ahora era como si hubiera descubierto una nueva emoción y estuviera acogiendo al enfado con la misma pasión que otros hombres de su edad dedican a entrenar para maratones o a hacer caminatas por el campo.

La infracción más mínima de las normas de la casa —un abrigo en el suelo, una taza en el fregadero, un retrete sin descargar— podía desatar una furia espantosa y retorcida que era doblemente terrible por venir acompañada, casi de inmediato, por el arrepentimiento. Sus ojos enrojecidos dejaban ver el horror que sentía ante su pérdida de control, incluso mientras todavía estaba gritando: *¿Por qué estoy haciendo esto? Este no soy yo.* Y, al mismo tiempo que él descubrió el enfado, yo descubrí el placer de provocarlo y de sentir que al fin tenía la edad suficiente para encararlo pecho a pecho y gritarle en la cara. Ambos habíamos encontrado voces nuevas y terribles, y debo confesar que a veces lo provocaba a propósito, solo para tener la satisfacción de enseñarle un reflejo de su furia. Era un placer sórdido y mezquino, como golpear la jaula de un animal en el zoológico para despertarlo, y mi único consuelo era que, después de esos choques, actuábamos con una amabilidad extrema, nos acostábamos cruzados en el sillón y veíamos películas viejas hasta que él se quedaba dormido.

Y después estaba el otro cambio. En su mesita de noche, ahora había un pequeño conjunto de

frascos marrones que contenían la medicación que había empezado a tomar para «equilibrar las cosas». Alguien con más información que yo podría haber visto los frascos y alegrarse de que no estuviera solo, de que tuviera una ayuda profesional. Al igual que la bancarrota, los medicamentos con receta pueden parecer una señal de alarma, pero también eran señal de que, al menos, se estaba haciendo algo para solucionar el problema. Con el tiempo, llegaríamos a la otra orilla. Quizás dejaría de necesitarlos.

Pero nadie me dijo nada de eso e, influenciado por las películas y la televisión, yo era incapaz de ver un frasco marrón lleno de pastillas sin imaginarme al dueño arrojando la cabeza hacia atrás y tragándose todo el contenido de una sola vez. Hay pocas cosas más cautivadoras que los medicamentos de nuestros padres, y esos frascos pronto se convirtieron en una tentación terrible, de manera que, cuando mi padre no estaba en casa, yo los miraba, presionaba y giraba la tapa y examinaba una de las pastillas sobre mi palma en busca de... no sé qué, pero había leído las advertencias. «Consumir de acuerdo con lo que se haya recetado. Puede causar somnolencia. No combinar con alcohol». La verdad es que habría sido lo mismo que hubiera tenido una pistola cargada junto a la cama.

Y ahora esa posibilidad se unía a la lista de miedos y ansiedades que me acompañaban durante toda la noche hasta la mañana, y se me ocurrió, al igual que se me ocurre ahora, que la mentira más grande que los adultos cuentan sobre la juventud es que está libre de preocupaciones, de inquietudes y de miedos.

Dios mío, ¿acaso nadie recuerda?



Cultura

—*Señora, una hora antes de que el venerado sol se asomase por la dorada ventana del oriente...*

—Una vez más.

Nos encontrábamos todos los días en el mismo lugar debajo del árbol y trabajábamos metódicamente, progresando como si cruzáramos un puente en mitad de la selva: saltábamos alegres de tabla en tabla, ganábamos impulso y yo tropezaba al atravesar un trozo de madera podrida con el pie.

—*El venerado sol se asomase por la dorada...* No puedo hacerlo.

—¡Sí, puedes!

—¡Me siento como un tonto!

Ella gateó hacia el árbol para apoyarse contra él.

—Pero ¡lo entiendes!

—No soy estúpido.

—No he dicho que fueras...

—Quiere decir antes del amanecer.

—¡Exacto!

—Entonces, ¿por qué no dice «antes del amanecer»? Tres palabras. Antes del amanecer.

—¡Porque esto es lo que está escrito y es mejor! Imagina: la carita del sol asomándose por la ventana...

—De acuerdo, dilo tú entonces —protesté y arrojé el libreto entre la hierba alta.

—Pero no son mis líneas —señaló ella mientras levantaba el libreto—. Son las tuyas.

—Solo hasta el viernes.

—Tonterías. Vamos. ¿A quién le habla en la escena?

Acepté el libreto que me devolvía.

—A la señora Montesco.

—Exacto, a la mujer del jefe, y, de pronto, cambia su forma de hablar porque...

—Intenta impresionarla.

—O quizás le tiene miedo o está enamorado de ella.

—¿Cuál de todas esas opciones?

—¡No lo sé! Depende de ti.

Y así fue cómo intenté impresionar a Fran. Si no podía hacerlo por virtud de mi talento o inteligencia, lo haría con mi constancia y perseverancia, y mi recompensa era caminar con ella al

final de cada día.

Yo continuaba con mi estrategia de bombardearla con preguntas, así que pronto supe sobre sus mejores amigos del instituto: Sophie (graciosísima, debería conocerla), Jen (genial, seguro me gustaría) y Neil (a quien le cuenta todo, solo amigos). Sabía qué le gustaba escuchar: música muy vieja —los vinilos de su madre, Nick Drake y Patti Smith, Nina Simone y Velvet Underground y música disco antigua que nadie conocía— o música tan nueva que nunca la había oído nombrar. Había estado escuchando mucho la banda sonora de *Romeo + Julieta*, no por la película en sí, que le parecía que estaba «bien pero nada más», sino por la pista de Radiohead que estaba al final, y yo respondí con lo que yo llamaba el reflejo Radiohead: los hombros redondeados hacia adelante y el ceño fruncido con preocupación. Sus películas favoritas también eran las que en mi cabeza entraban en la categoría de «películas universitarias»: dirigidas por Jarmusch y Almodóvar, con jóvenes guapos de gafas grandes que fumaban en Tokio o París, Madrid o el East Village. Tenía una película favorita de la trilogía de los Tres colores de Kieslowski. El programa del GCSE de Literatura había influido mucho en su gusto en libros, así que adoraba a T. S. Eliot, Jane Austen y las Brontë. También le gustaba Thomas Hardy, pero lo consideraba más un poeta que un novelista, observación a la que solo pude responder con un movimiento de cabeza, porque para mí solo era una calle y lo consideraba más una avenida que un pasaje.

En pocas palabras, Fran era tan pretenciosa como se podía esperar de alguien de dieciséis años, y yo reacomodé mis propios gustos de acuerdo a los de ella, coloqué *La lección de piano* por encima de *Desafío total*, el curry verde tailandés por encima de las bolas de gambas fritas, y guardé lejos de la vista todo aquello que ella odiaba, como Schwarzenegger, las películas de asesinos en serie y Tarantino. En todas sus pasiones culturales, sus padres —y su madre en particular— tenían una presencia muy fuerte, y eso me parecía raro, porque ¿no se suponía que debíamos formar nuestra personalidad y gustos en oposición a las generaciones anteriores? Yo me había resistido al jazz por principio y había contraatacado con música de guitarra, grandes bloques de acordes rudimentarios y predecibles a un rítmico compás de 4/4, sin nada de síncopa, modulación ni improvisación. Era una forma de rebelión infantil y predecible, pero, si algo de lo que mi padre escuchaba me gustaba aunque fuera un poco, sentía que era importante mantenerlo en secreto. Quería que mis descubrimientos fueran míos, aunque en el fondo supiera que no eran buenos.

Pero quizás esa era una de las cosas que caracterizaba a la crianza que había dado como resultado a Fran. Los Fisher no eran ricos, pero sabían cosas, viajaban durante las vacaciones para caminar distancias grandes, bebían vino con las comidas, usaban hierbas frescas, iban al teatro, y todo ese conocimiento raro y secreto formaría parte de la herencia, junto con los muebles buenos y los utensilios de cocina caros. Yo no me sentía intimidado —o al menos eso me había propuesto—, pero, más allá del jazz, no tenía el mismo legado al cual recurrir, así que me limité a escucharla hasta que supe sus lugares favoritos (Lisboa, Snowdonia, Nueva York) y los lugares que le gustaría conocer (Camboya, Berlín), sus logros musicales (Nivel 5 en piano y Nivel 3 en viola, aunque estaba pensando en abandonarla, porque: «¿Quién va a decir: “Fran, toca algo en tu viola”?») y que tenía un grupo de música con sus amigos que se llamaba Alicia Salvaje o Góticos

en Verano, de acuerdo con la seriedad con la que se estuvieran tomando el asunto.

—Hemos tocado en la Feria de Verano de Chatsborne, así que no me sorprendería que nuestra carrera despegara en cualquier momento.

—Bueno, si estáis tocando en las ferias...

—El año que viene serán ferias escolares en toda la región.

—¿Qué tipo de música tocáis?

—Nos especializamos en covers que nadie reconoce. Yo grito: «¡Aquí va una que todos conocéis! ¡Ayudadnos con el estribillo!» y todos se miran entre ellos y se encogen de hombros.

Me encantaban esas caminatas y, a medida que pasaban los días, nuestro ritmo empezó a ser cada vez más lento. Seguía teniendo la sensación de que me estaban enseñando algo, de que me estaban dando instrucciones discretas sobre qué era genial, pero no me molestaba. La música, los libros, las películas, incluso el arte, parecían tener un poder concentrado a esa edad. Al igual que una nueva amistad, tenían la capacidad de cambiar tu vida, y, cuando tuviera tiempo —y lo tendría—, abriría las puertas a cosas nuevas. A lo largo de los días, la charla empezó a fluir con más facilidad, de forma que, de vez en cuando, dejaba que una pregunta se colara.

—¿Qué hacen *tus* padres?

—¿Eh?

—No hablas mucho sobre ellos.

—Bueno, mi madre trabaja en el club de golf. Solía ser enfermera, después ayudó a mi padre y ahora organiza bodas y eventos y cosas por el estilo. Pero no vivo con ella.

—¿Vives con tu padre?

—Ajá. Mi madre se mudó en abril y se llevó a mi hermana.

—No me habías dicho eso.

—No.

—Dios, soy una imbécil.

—¿Por qué?

—Yo no paro de hablar de, no sé, cuáles son mis tres frutas favoritas y tú ni siquiera me habías contado eso.

—Me lo habías preguntado antes, pero cambié de tema.

—Sí, ¿por qué lo hiciste?

—¿Cambiar de tema? No lo sé, es que vivir con mi padre es... es un poco raro, ¿o no?

—Bueno, no tiene por qué serlo.

—No, pero lo es. Lo siento como si fuera lo contrario de lo que debería ser.

—¿Y él qué hace?

—En este momento está desempleado.

—¿Lo han despedido?

—Bancarrota. Lo perdió todo. La casa, los ahorros.

—Pero antes...

—Se encargaba de la tienda de música que estaba sobre la calle principal.

—¡Visiones de Vinilo! —Se aferró de mi brazo—. ¡Me encantaba esa tienda! Solía comprarlo

todo allí.

—Gracias. De todas formas, no funcionó.

—Lo sé, lo vi, después de Navidad. Es una verdadera lástima. Espera un minuto, creo que conozco a tu padre: agradable, bastante alto, como... arrugado.

—Ese es él.

—Siempre ponía jazz poco conocido en la tienda, cosas bien raras. Recuerdo una vez, cuando era más pequeña, que él había puesto algo de *afro-funk* o *blues* antiguo que era una locura fantástica y movía la cabeza al ritmo de la música mientras tenía los ojos cerrados; yo me acerqué al mostrador con algo de Boyzone o lo que fuera y, cuando me lo quitó de la mano, tenía... una sonrisa tan triste. «Ay, mi niña...».

—Sí. Ese es mi padre.

—¡De *allí* te conozco! —exclamó mientras escudriñaba mi cara.

—Bueno, me parezco más a mi madre.

—¿Qué sucedió?

—La competencia. Los descuentos de las grandes tiendas. Creo que sobreestimó la escena del jazz local.

—¿Y ahora qué hace?

—¿A esta hora del día? —Eché un vistazo a mi reloj—. Debe de estar durmiendo o viendo el concurso de preguntas —dije, y me di asco a mí mismo con ese gesto teatral mezquino de verificar la hora.

La verdad es que hacía días que no le veía la cara. Por razones que no podía decir en voz alta, no quería ir a mi casa. Pero tampoco me quería quedar ahora que la charla estaba manchada con lástima y sensiblería.

—Bueno. Es una pena —concluyó ella al fin—. Me encantaba Visiones de Vinilo. Los negocios son brutales, ¿no? Todo lo que es bueno termina aplastado. —Me sujetó del brazo—. Podríamos caminar un poco más lejos. Si tienes ganas de hablar un poco más.



La sección de Jazz

Mientras duró, nuestra iniciativa familiar había sido grandiosa.

Las ambiciones musicales de mi padre se habían estancado. Sus únicos conciertos de jazz regulares eran con La Regla de Tres, un trio que tocaba en los pubs locales que tenían una mentalidad más abierta, el tipo de grupo consumado y dedicado al que siempre le pedían que tocara más bajo. Había tocado en varias bodas con un grupo que destacaba por su habilidad, pero solo lo había hecho porque la paga era buena y había llegado a odiar la actuación cursi y salida de los ochenta que el trabajo demandaba: los ojos apretados, la cabeza arrojada hacia atrás, todo igual de falso y tonto que usar dos dedos para representar una pistola. Él había querido ser parte del resurgimiento del jazz británico, no soplar con tristeza una versión de *House of Fun* en algún cumpleaños o tocar de malhumor *Careless Whisper* en la fiesta de Navidad del Rotary Club.

Pero tampoco había querido heredar el negocio familiar. Visiones de Vinilo era una minicadena —tres sucursales sobre la calle principal de ciudades suburbanas pequeñas— y mis abuelos se querían deshacer de ella. El término «tienda de discos independiente» sugiere dedicación y conocimiento, da la idea de un lugar donde cada disco es seleccionado con cuidado, pero lo que mis abuelos sentían por la música era lo mismo que un ferretero siente por los cubos. La música era una mercancía y las sucursales de Visiones de Vinilo eran lugares anticuados que vendían música aburrida a los vecinos que no querían encarar las «grandes tiendas». Antes del giro desconcertante que habían dado, mis abuelos habían sido vendedores de artículos de papelería y nunca habían dejado de serlo; ni siquiera habían dejado de vender artículos de aquel noble oficio: tarjetas de cumpleaños groseras e insultantes, pilas de papel crepé, objetos al azar que habían llamado la atención de mi abuelo en la tienda mayorista y que él creía que encajaban entre los estantes de los clásicos populares, los discos novedosos y la música ligera del sello discográfico Music for Pleasure. La tienda atravesó las épocas del disco y el punk, el metal y el mod, el postpunk y el electro-pop y los comienzos del *house*, pero lo que se vendía con más consistencia nunca dejó de ser la música de Richard Clayderman y la banda sonora de *Sonrisas y lágrimas*. Si tu corazón pedía música de gaita en casete o un poco de oropel antiguo, Visiones de Vinilo era el único lugar para ti en la ciudad, una tienda de música para gente a la que no le importaba demasiado la música.

Alguna vez, la suburbana calle principal había sido el hábitat natural de tiendas como esa: mal planeadas e ineficientes, irracionales y rudimentarias, con escaparates descoloridos y abiertas medio día los miércoles. Pero en esa nueva década, el negocio de las ventas era mucho menos acogedor y la venta de música estaba cambiando a un ritmo particularmente vertiginoso.

¿Deberían dejar de vender casetes y dedicarse a los CD? ¿Abandonar los sencillos? Era demasiado para ellos, así que mis abuelos llamaron a mi padre. Según ellos, era irresponsable e inmaduro vivir con dos niños en un apartamento alquilado. Ya era bastante malo que hubiera abandonado la carrera de contabilidad, pero, además, debía de haber unas cinco o diez personas en el país que podían vivir de tocar el saxofón, y todas habían estudiado en academias y conservatorios y tenían mejores contactos que él. Mi padre era apenas un aficionado. Era una tontería pensar que podía ser una de esas personas. En contraste, la venta de música era un negocio estable. La gente siempre necesitaría música. A cambio de una ayuda con la hipoteca para una casa de verdad, ¿qué le parecía volver y hacerse cargo de la tienda?

La respetabilidad llamaba a la puerta de mi padre. Cinco días a la semana, más sábado de por medio, atender y hacer la caja, tener reuniones con representantes comerciales, ocuparse de los sueldos... ¿Qué tan malo podía ser? Todavía podía dedicarse a lo que le gustaba, solo que por las tardes y los fines de semana. Y no sería para siempre; una vez que el negocio se estabilizara de nuevo, él podría alejarse, contratar encargados y volver a tocar. Mi madre vacilaba más, consciente de lo rápido que lo temporal se convierte en permanente. Nunca se había llevado bien con sus suegros, sentía que amedrentaban y sofocaban a su único hijo, y si a eso se le sumaba una obligación... Las paredes de nuestro apartamento alquilado eran lo suficientemente finas como para permitirnos escuchar ambos lados de la discusión.

Pero mi madre cedió, así que nos mudamos a la ciudad en la que mi padre había crecido, a la casa grande de paredes sólidas y el vitral con el amanecer. Mis abuelos se retiraron a una casa de vacaciones en la costa sur de Gales, una cabaña con dos tumbonas y un ventanal con vistas al mar. En esa época, yo tenía trece años y era lo bastante cínico como para imaginar a los abuelos Lewis soltando carcajadas malvadas mientras se alejaban por la autopista M4, un par de vendedores de coches usados que acababan de quitarse de encima un cacharro infame. O quizás deseaban lo mejor para nosotros. Fuera como fuera, mi padre, que tenía un poco más de treinta años, se encontró a la cabeza de un negocio para el que no estaba preparado ni por asomo.

Se hizo cargo con todo el fervor de un reformista y nos arrastró con él, de manera que el negocio se convirtió en un proyecto de toda la familia Lewis. Mi padre siempre había detestado la atmósfera anticuada y rudimentaria de la tienda, los escaparates desolados, los tubos fluorescentes que iluminaban la alfombra manchada, el material promocional de mal gusto. Una figura de James Last a escala real había hecho guardia junto a la caja desde tiempos inmemoriales y sería lo primero en irse, junto con la aburridísima colección de discos melódicos mediocres y discos novedosos antiguos, que no se venderían por más descuentos que se aplicaran. Lo que más le entusiasmaba era tomar el control de la «Sección de Jazz», donde los grupos de viento y las bandas sonoras de películas olvidadas compartían la categoría con cualquier música hecha por alguien que no fuera blanco: Ella Fitzgerald, Bob Marley, la banda sonora de la versión de *El cantante de jazz* con Neil Diamond.

La especialización era el futuro. Sí, la tienda todavía tendría pop, rock y éxitos populares, pero, a partir de ese momento, el énfasis estaría en la música que mi padre adoraba. Durante un mes que nos tuvo con los pelos de punta, todas las sucursales cerraron «por remodelación». Mi padre

pidió un préstamo bancario enorme y el inventario fue renovado con CD y vinilos de colección que serían exhibidos de manera atractiva sobre estanterías de pino hechas a medida. El viernes no fuimos al instituto y, durante todo el fin de semana, viajamos de tienda en tienda para ordenar alfabéticamente contrarreloj. Una tarjeta de crédito había pagado por un equipo de estéreo de alta gama —era importante que los clientes escucharan la música con la mejor calidad posible— y nosotros nos maravillábamos obedientemente del matiz dinámico y la definición mientras escuchábamos a Miles y Monk, Mingus y Coltrane.

«Escuchad esto, chicos», decía mi padre cuando bajaba la aguja con la precisión de un relojero, y allí estaba el familiar murmullo de los platillos y el chillido de las trompas, cuyo encanto era tan incomprensible como el del café o las aceitunas.

Al igual que el café y las aceitunas, nosotros nos acostumbraríamos al jazz, pero, mientras tanto, mi padre intercalaba *hard bebop* con los Beatles para nosotros y Bowie para mi madre; con esa música de fondo, desembalábamos cajas con tanta alegría que parecía que estuviéramos abriendo regalos de Navidad: los CD sellados con celofán, nuevos e inmaculados cual instrumental quirúrgico; los vinilos pesados, antiguos y lujosos; las ediciones raras japonesas de 180 g y los sets forrados en cuero que contenían grabaciones de estudio que no habían llegado a los discos. Tenía la sospecha de que mi padre había comprado todas esas cosas más para él mismo que para el público general, pero había valido la pena solo para ver lo feliz que estaba, al igual que mi madre. Después de todo, el saxofón era un instrumento sexual que parecía gruñir y que no tenía buena fama, algo nacido de la noche y los clubes nocturnos de mala muerte; nunca habría podido prosperar en las calles principales y los parques empresariales del límite entre Surrey y Sussex. En vez de eso, mi padre se convertiría en un evangelizador, vendería con pasión y saciaría una necesidad que los compradores todavía no sabían que tenían. El sábado llegamos a la sucursal de nuestra ciudad y, alimentados con refrescos y comida para llevar, trabajamos catorce horas. Cuando por fin terminamos, nos hizo acostarnos entre las estanterías, las cabezas juntas en el centro, y puso un último disco en el tocadiscos.

—Esto es ridículo —protestó mi madre.

—¡Solo escuchad!

—Puedo escuchar igual de bien de pie, Brian.

—*Shh*. Cerrad los ojos. —Bajó la aguja y se unió a nosotros sobre la alfombra.

In a Sentimental Mood, la versión de John Coltrane/Duke Ellington. Esa pista me gustaba, el tintineo del viejo piano, el sonido suave y cálido del saxofón contra el golpeteo de la batería. La melodía no duraba demasiado, pero era lo bastante larga para que mi hermana se quedara dormida acurrucada en los brazos de mi padre. Sin que se hubiera dicho con palabras, la intención era que la música fuera una bendición a nuestro nuevo emprendimiento y, cuando concluyó, nos pusimos de pie en silencio, cerramos la puerta de la tienda y caminamos hacia una nueva era.

Sin embargo, es difícil imaginar una época menos preparada para un resurgimiento del *bebop* que la mitad de los noventa, cuando el único piano que se escuchaba era el que aparecía en los acordes inconstantes de la música *house* y el único saxofón era una muestra sintetizada. En un acto de traición, yo había estado escuchando el rasgueo de unas guitarras cuando Fran Fisher compró el

disco de Boyzone que había decepcionado a mi padre. Pero la economía del vendedor independiente no dejaba lugar para el esnobismo, así que se mordió la lengua, lo vendió y subió el volumen de *The Modern Jazz Quartet*.

Y, durante un tiempo, pareció funcionar. A la gente le gustaba mi padre, y ver eso me deleitaba. En esa época, tenía una actitud segura y una ética laboral que nunca habíamos visto cuando todavía luchaba por ser músico. Su optimismo era contagioso, así que su confianza nos infectó. Aquel era el comienzo de los años dorados de nuestra familia y, si tuviera que escoger un momento en el que mis padres fueron ellos mismos en el sentido más esencial, un momento en el que fueron los padres que elegiría recordar, ese sería el momento.

El cierre de la primera tienda fue presentado como una consolidación de recursos, una astuta estrategia de negocios. El dinero que ahorraríamos del alquiler y los sueldos sería usado para pagar el interés, y los clientes más leales irían a las otras tiendas, sobre todo ahora que eran más atractivas, tenían una gran oferta y eran tan modernas. Ese era el discurso que yo escuchaba cada vez que mi padre tenía una de esas conversaciones largas y tensas con sus padres, que seguían en su exilio costero; él sabía lo que hacía y no defraudaría a nadie. Tan fuerte era su afán por no decepcionar que le resultaba imposible despedir a los empleados, así que los había reubicado a las otras sucursales. Cuando visitábamos las tiendas durante el fin de semana, veíamos multitudes de ellos charlando junto a las cajas, tres empleados por cada cliente, mientras *Kind of Blue* sonaba por los caros altavoces.

Por otro lado, el primer cierre también marcó el comienzo de la aflicción que nos negábamos a nombrar. Dios sabe que mi padre nunca tuvo un aspecto olímpico, pero el café y el insomnio le daban un aire confundido y exhausto, como si todo el tiempo estuviera intentando despertarse de un trance. Parecía cargar un gran nudo de tensión entre los omóplatos, un objeto sólido, una bola de músculo en tensión que solía presionar y tocar durante el día y que trataba de aliviar con movimientos de hombros y haciendo sonar las articulaciones. Por la mañana, cuando me preparaba para el instituto, a veces lo vislumbraba a través de la puerta de la habitación: sujeto al armario como si se acabara de dar cuenta de algo terrible y no se pudiera mover. Creo que nada me aterraba más que esos momentos de quietud desconcertada, y solía quedarme de pie en el rellano y contener la respiración a la espera de que saliera de ese estado. Por fuera, al menos, seguía siendo cariñoso, afectivo y gracioso, pero era el buen humor artificial que antecede a las malas noticias.

Seis meses más tarde, cerró la segunda tienda. Mi madre empezó a jugar un papel más activo, a persuadir a mi padre de que la clave estaba en la diversificación, no en la especialización. Empezamos a vender baterías y cables, papel para regalo con diseños elaborados y tarjetas de felicitación. Para mi padre, esa era la maldición de los artículos de papelería, un paso hacia atrás terrible, y se encontraba devastado. ¿Acaso no bastaba con la música? ¿Dónde estaba la pasión, el amor? ¿Por qué no podían escuchar eso en la música que él adoraba? La confianza se convirtió en una resistencia valerosa que se convirtió en una resignación amargada.

«¿Sabes a qué me tendría que haber dedicado, Charlie? Papel carbón. Miriñaques y enaguas, tapetes de encaje, tinteros. Vender tinteros sería más rentable que esto».

Mi madre no aceptaba esas muestras de autocompasión y derrotismo. Para ella, la respuesta era el café. En sus días libres, a veces se escapaba a Londres para encontrarse con viejas amigas y había sido allí, en un café cerca del mercadillo de Berwick Street, donde su plan había nacido. El Soho era casi una gran cafetería. ¿Por qué no hacer un movimiento lateral con el negocio, invertir en una cafetera exprés usada, en unas sillas de madera curvada y unos bancos de escuela viejos, y poner música por los altavoces? «¿Qué es eso que está sonando?», preguntarían los clientes, y nosotros les venderíamos los CD. Y, si no los compraban, el sobreprecio de una taza de café era *inmenso*. La única competencia era el anticuado salón de té El Pan de Campo y un local de comida grasienta que parecía salido de la imaginación de Orwell, así que no había modo de que el plan fallara.

—Tú vendrías, ¿no es cierto, Charlie? ¿Con tus amigos?

—No bebo café.

—Y me parece bien. Pero algún día lo harás, y entonces...

—¡No lo haré, Amy!

—¿Por qué no?

—¡Porque eso es un servicio de *catering*! No soy un proveedor de alimentos.

—Tampoco eras un vendedor, pero has aprendido, ¿no es cierto?

—Bueno, parece que no.

—Pero puedes hacer café. ¿Cómo de difícil puede ser servir un bollo en un plato?

—No quiero vender *bollos*, quiero vender discos.

—Y ya nadie quiere comprarlos, son demasiado caros. Solo te pido que lo intentes. Yo te ayudaré, todos lo haremos. Ya verás.

Se acordó una reunión con el banco para aprobar un nuevo préstamo. Ya no era tan fácil como el año anterior. No bastaba con montar pilas altísimas de *Brothers in Arms*, y mi padre no tenía esperanzas de competir con las ofertas de «tres por dos» de las megatiendas. Así que, en vez de hacer eso, proveería algo nuevo: traer un poco del estilo característico de Berwick Street a la tienda que estaba ubicada entre la tienda Millets de artículos para actividades al aire libre y el supermercado Spar. Recuerdo cuando fueron a la reunión con el banco, mi padre con su traje de boda y mi madre con una blusa pastel con volantes, como si fueran dos niños disfrazados. Recuerdo cuando regresaron a trompicones, con los ojos como platos y exaltados por el resultado exitoso, como si fueran criminales después de un arriesgado atraco, y recuerdo la oleada de trabajo de las semanas que siguieron: pilas de sillas usadas en la sala de estar, numerosos paquetes de medialunas congeladas —bolas densas y polvorientas que parecían alimento para animales de granja— y un horno eléctrico para convertirlas en oro; también había bolsas enormes de avena para que mi madre preparara galletas en cantidades industriales, un producto cuyo margen de ganancias era aún mayor que el del café y el papel para regalo, así que, de nuevo, teníamos una cierta armonía diligente en nuestro hogar. Recuerdo la cafetera usada, la Santorini Deluxe, que estaba llena de tubos, diales y válvulas y parecía la maqueta de una máquina a vapor. Y lo que recuerdo con mayor claridad es volver a casa del instituto y entrar a una cocina que olía a azúcar caliente y chocolate derretido, una cocina donde todas las superficies estaban cubiertas

de una condensación que parecía de mantequilla.

Arrasaban con el dinero, pero, a pesar del miedo que mis padres debían de haber sentido, nosotros nos seguíamos considerando estables. «Pobres pero felices, aunque no tan felices» era la broma que mi madre solía hacer, y todo el buen humor que conseguimos retener fue gracias a ella. Sentí un cariño enorme por mi madre en ese momento, por su resolución, su resiliencia y su ambición; ella era el motor que nos hacía avanzar. No le importaba el dinero ni el estatus social ni el aspecto del jardín delantero, lo único que le importaba era que todos estuviéramos bien. Mi padre la adoraba, por supuesto, y dependía de ella —quizás demasiado—, y, a pesar de todas sus provocaciones, nunca dudé de que ella todavía lo quisiera. Nosotros protestábamos y apartábamos la vista cada vez que se besaban o abrazaban, pero por dentro pensábamos: *Cuánto alivio, cuánta certeza.*

La cafetería Nota Azul fue inaugurada la misma semana de septiembre en la que yo cumplía años, así que mi padre sugirió combinar ambas celebraciones y organizar una fiesta de inauguración para la familia, los amigos y los clientes de siempre. Había guirnaldas de luces y velas, mi padre tocó con su grupo —la última vez que lo hizo en público—, pero moderaron su estilo jazzístico y tocaron la lista para bodas. Mi madre cantó, la gente bailó y, a medida que los pubs cerraban, empezamos a ver caras curiosas que se asomaban por la ventana. Nos sentíamos celebridades de nuestra ciudad, una familia exitosa, dueños de una pequeña fortuna sobre la polvorienta calle principal. Yo había estado bebiendo cualquier cosa que encontrara en los vasos abandonados, así que mis recuerdos de la última parte de la noche están bastante borrosos.

Lo que sí recuerdo es que mi padre levantó el micrófono y dio un discurso en el que habló de su excelente hijo —¡dieciséis años! ¿Cuándo había pasado eso?—; de su preciosa hija Billie, tan lista; de lo inspiradora que había sido mi madre; de sus esperanzas para ese nuevo emprendimiento que comenzaba después de un par de años duros. El discurso había sido bastante cursi, una copia de los que aparecen en las ceremonias de los programas de televisión, pero creo —sé con certeza— que me hizo lagrimear un poco. Quizás todas las familias tienen esos momentos pasajeros en los que, sin decirlo en voz alta, se miran y piensan: *Funcionamos como una unidad, encajamos los unos con los otros y nos queremos, y, si conseguimos seguir así, todo irá bien.*

Pero el optimismo de mi padre estaba fuera de lugar y su discurso había sido un agradecimiento por un premio que todavía no había sido entregado. Cuando llegó la Navidad, la última tienda ya había cerrado y no quedaba ningún lugar donde esconderse de las devastadoras deudas que mi padre había ido acumulando con cada nuevo proyecto fallido.



Risas falsas

La compañía crecía día a día y siempre había caras nuevas en el círculo del Gran Jardín.

—Hola, mi nombre es Sam —anunció un juglar atractivo que vestía una camisa de algodón sin cuello y un chaleco—. ¡Me encargaré de la música e interpretaré varios roles pequeños!

—Y yo soy Grace —añadió la chica pálida que estaba junto a él y cuyo pelo era tan largo que llegaba a la cintura de su vestido y seguía un poco más; era el tipo de chica, según George, que uno esperaría ver con los brazos alrededor de un unicornio.

Sam y Grace —Simon y Garfunkel, como los llamaba Alex— eran amigos de Ivor de la Sociedad Medieval de Oxford, aunque qué se hacía en una sociedad como aquella y por qué alguien se uniría eran dos de las tantas incógnitas incomprensibles sobre el mundo universitario. Quizás les permitía acceder a un arsenal de tambores, flautas e instrumentos de cuerdas hechos con calabazas y pequeñas campanas que utilizarían para musicalizar el espectáculo, en combinación con lo que nos habían asegurado que serían pistas modernas que sonaban en clubes nocturnos.

—*Su pu-ta ma-dre* —suspiró Alex.

Después de sobrevivir a la semana de juegos de teatro, nos sentíamos como viejos veteranos y teníamos una cierta desconfianza cínica con respecto a los nuevos reclutas.

—Trovadores —resopló Helen, quien había estado formando su propio equipo de expertos en secreto.

—Hola, mi nombre es Chris y ayudaré a Helen con el diseño de producción.

—¡Hola, mi nombre *también* es Chris! —Una ráfaga de risas (en serio, esa gente se reía de cualquier cosa)—. ¡También ayudaré con el diseño y la dirección de escena!

Chris y Chris tenían el mismo pelo lacio, la misma piel como de seta, los mismos manojos de llaves y cortaplumas colgados de la cintura de los mismos vaqueros negros con una cadena plateada de guardia de prisión. Uno de los anexos más distantes de la casa había sido transformado en el cuartel general de todo lo técnico, un espacio comandado por Helen desde el tablero de dibujo de un arquitecto donde todos reían de bromas privadas en mitad de un desorden que parecía, en sí mismo, una escenografía, la guarida de un hacker o de un asesino en serie: latas de Coca Cola, trozos de madera balsa, tazas sucias con moho y pasteles a medio comer, tubos usados de pegamento para aeronaves, paquetes de patatas fritas vacíos, tijeras y bisturíes y rollos de tela metálica. En algún lugar de todo ese desastre, habían escondido su propia tostadora y reserva de pan blanco, queso procesado y salsa inglesa, y todos los envidiábamos por eso. Pero había un cartel escrito a mano con letra de cómic que decía «Actores: ¡No pasar!» y, además, nos

desalentaban a entrar con el estruendo de la música gótica (seleccionada por Chris) y la música balbuceante para entrar en trance (elegida por Chris) que sonaba a un volumen tan alto que podría haber acabado con un asedio.

El entrenamiento personalizado continuaba, aunque me sorprendía que Fran todavía no hubiera perdido el interés, así que todos los días volvíamos a la pradera y dábamos vuelta las páginas, escena por escena, línea por línea.

«¡Solo estamos trabajando sobre mi papel!», insistí yo cuando Helen me sacudió la hierba seca de la espalda, aunque era cierto que el ser consciente de la cercanía de la cadera de Fran o de su cabeza podía llegar a distraerme y hacerme pensar en qué pasaría si me inclinara hacia adelante y la besara mientras ella explicaba la importancia de los versos yámbicos. «*Besas como es debido*», dice Julieta en la obra. Si alguna vez lo hacía, me gustaría besarla como es debido.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Fran.

—Estoy escuchando.

Y mejoré un poco con el pasar de los días. Al igual que mirar una película extranjera con subtítulos puede hacerte creer que conoces el idioma, leer escenas con Fran me brindaba la ilusión de competencia, me encontré tropezando menos e incluso conseguí leer grandes bloques con una elocuencia que me tomó por sorpresa. Ensayar con Fran era como jugar al tenis con un contrincante que quería que yo ganara y tenía la amabilidad de lanzar la pelota directamente a mi raqueta. La inhibición y la vergüenza desaparecieron. Seguía sin saber qué hacer con mis manos, pero ya no hablaba como si leyera de la última línea de una tabla optométrica.

Claro que todo ese esfuerzo habría sido un desperdicio si, como lo esperaba, encontraban un reemplazo. Una cosa era esconderse en las escenas multitudinarias, pero hablar y ser escuchado era un asunto muy diferente, y me imaginaba que Ivor y Alina estarían realizando negociaciones frenéticas detrás de escena para convencer a miembros de la Compañía de Actores Lakeside, de la Sociedad de Artes Dramáticas «El Cisne» o de Los Intérpretes de Tiza, a cualquier chico, chica, hombre o mujer para que ocuparan mi lugar. El lunes, no me habría importado. Para el jueves, ya no estaba tan seguro.

Ese sería el día de mi primer ensayo con Romeo, y lo principal era asentir con la cabeza y escuchar, aunque también había algunas risas, así que estábamos practicando, acostados boca arriba sobre la hierba alta del huerto.

—¡Ja, ja, ja, ja! ¿Algo así?

—Me gusta. Me gusta esa pequeña sacudida de la cabeza —observó Fran.

—Como si dijera: «Ay, Romeo, ¡cómo me haces reír!».

—Sí. Se ha entendido. Pero suelta el mentón.

—¡Ja-ja!

—Guau, Charlie, sí que eres malo en esto.

—De acuerdo, hazlo tú.

—Está bien, tú mira. —Fran se rio con total naturalidad—. ¿Qué te parece?

—No ha sido gran cosa.

—Ah, ¿porque *no trabé el mentón*? Vete a la mierda, Daniel Day-Lewis. No sé por qué no lo

llevas al extremo y te abofeteas el muslo mientras ríes.

—¿Así?

—Exacto. Como si estuvieras en una pantomima sobre Dick Whittington.

—Abofetear el muslo. Quizás lo pruebe.

—O podrías actuar con naturalidad. Ser tú mismo.

—Si fuera yo mismo, no estaría aquí.

—Y aun así, aquí estamos —señaló—. Aquí estamos. —Colina arriba, el triángulo sonó en la casa—. Y eso marca el fin de la sesión de hoy.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por enseñarme a reír de nuevo.

—Ja.

Caminamos hacia la casa juntos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella.

—Algo nervioso. Estoy bastante seguro de que buscarán un reemplazo después de esto.

—Tonterías.

—Cada vez que hablo en la primera escena, veo a Alina pellizcándose el puente de la nariz y sacudiendo la cabeza con decepción. Yo digo «¡Separaos, locos! ¡Envainad las espadas!» y te juro que ella se tapa los oídos con los dedos.

—Aun así, no te reemplazarán.

—¿Y si lo hacen?

—Entonces renunciaré a la producción. Todos lo haremos. Nos pondremos firmes.

—¿Harías eso por mí?

—No. Probablemente, no.

—Ah.

—Bueno, es que ya me he aprendido todas las líneas.

—Me siento conmovido.

—Pero no te reemplazarán, así que no tienes de qué preocuparte.

—Pero si lo hacen...

—¿Qué?

Ya habíamos llegado a la casa, a la sala grande que Polly había despejado para los ensayos y que ahora tenía las ventanas francesas abiertas para que se airee.

—¿Sigue en pie el café?

—Estás *obsesionado* con ese café.

—Puede ser una cena o lo que tú quieras.

—Una cena. Qué elegante. ¿Dónde?

—No lo sé. ¿En El Pescador de Caña?

—¿Me llevarás a la noche de filete o al asador del domingo?

—Eso dependería de ti. La dama tiene la decisión final.

—Es una oferta tentadora.

—O podríamos solo... vernos.

—¿Crees que no nos vemos?

—Sabes a qué me refiero.

—Porque yo te estoy viendo en este momento, literalmente.

—Quiero decir, fuera de aquí, lejos de todo esto...

—Aquí viene —Miles se acercaba y tragaba agua mientras caminaba—, el actor más hidratado de Gran Bretaña. ¿Qué lleva puesto? —Era una camiseta de baloncesto con un cuello que le llegaba por debajo del esternón y los lados descubiertos—. Es un delantal de red. Da igual, buena suerte. Oye, ¿cómo se llamaba tu mejor amigo? En la vida real.

—Harper.

—Solo imagina que estás hablando con Harper. Imagina que los dos habéis conocido a un par de chicas que os gustan mucho y estáis hablando sobre eso.

¿Habíamos vuelto al subtexto?

—De acuerdo.

—Habláis sobre esas cosas, ¿verdad?

—En realidad, no. Más que nada nos pegamos.

—Bueno, finge que sí habláis. Esta escena no es más que eso, dos jóvenes teniendo una charla honesta y abierta sobre sus sentimientos. En 1594 lo conseguían. Imagina si todavía sucediera. Imagina un mundo en el que vosotros no estuvierais todos tan reprimidos.



Improvisación

No había sabido nada de Harper desde la pelea con Lloyd. El lunes y el miércoles había trabajado en la gasolinera y había robado más tarjetas para entregarle, pero no había aparecido. Los mensajes telefónicos tampoco habían recibido respuesta, y empecé a preguntarme si quizás había cruzado algún tipo de límite. En el largo catálogo de actos de violencia física y emocional que habíamos cometido entre nosotros a lo largo de los años —el empujón desde el muelle, el lanzamiento de fuegos artificiales, las cicatrices del rifle de aire comprimido—, el incidente de la bola de billar debía de ser algo menor. Una vez habíamos jugado un juego en el campo de detrás de la casa de Harper —lo habíamos llamado «Azincourt»— en el que nos turnábamos para atarnos una venda a los ojos y lanzar al aire tres dardos profesionales con punta de tungsteno; uno de nosotros los lanzaba bien alto mientras los demás elegían un lugar donde debían permanecer quietos, con los hombros encogidos y los ojos cerrados, a la espera de la lluvia de dardos. El juego solo terminaría una vez que alguno saliera herido y, al poco tiempo, escuchamos un golpe claro y vimos a Fox con un dardo clavado de forma vertical en el cráneo mientras Lloyd, que lo había lanzado, se retorció sobre el suelo en forma de bola, incapaz de parar de reír. Todo eso había sido normal, «típico de Lloyd», sin resentimientos. Pero si yo tiraba una bola de billar a la cabeza de alguien...

Ahora me veía obligado a imaginar una vida sin Harper. Durante el caos que había sido la autodestrucción de mi familia, él había permanecido allí, callado y modesto, y, aunque no podía recordar ninguna conversación que pudiera ser considerada personal u honesta, Harper se había ocupado de que me sintiera cuidado con esa manera particular y muda que tienen los chicos adolescentes de comunicarse, y les había pasado el mensaje a los demás, una orden tácita de que si no podían ser amables, por lo menos no fueran activamente crueles. En aquel momento, había incluso llegado a imaginar que estaba un poco enamorado de Harper. En un libro con hojas dobladas sobre educación sexual, había leído que los enamoramientos «homosexuales» eran algo bastante común entre chicos adolescentes. Sabía que abundaban en los internados, así que, ¿podría ser que hubiera una versión de lo mismo en Merton Grange? Conocer a Fran había convertido esa teoría en obsoleta, pero, aun así, me encontraba echando de menos a Harper.

¿Alguna vez se enteraría él de lo de Fran? *El asunto, Harper —Martin—, es que me he metido en un embrollo de, bueno, de Shakespeare y, no te rías, hay una chica allí que es diferente a las demás, es graciosa, superlista y genial y podemos hablar horas y horas... ¡Deberías conocerla!* Pero esa escena se evaporó en cuanto intenté ponerle palabras, y me vi obligado a aceptar que era verdad que los jóvenes del Renacimiento habían sido mejores con estas cosas.

—Dime, en serio, a quién amas.

—¿En serio? ¿Habré de decirlo entre lágrimas?

—¿Entre lágrimas? No, pero dímelo en serio.

—Muy bien, ha estado estupendo, detengámonos aquí. Decidme, ¿qué sabéis vosotros dos de la relación de estos jóvenes?

Miles, al parecer, sabía bastante, y yo me hundí en el mismo silencio en el que me hundía durante las clases mientras él completaba mi trasfondo, los años que habíamos estudiado juntos en el instituto de Verona, la admiración que yo sentía por él, su especulación de que quizás yo estaba un poco enamorado de él.

—Estupendo —dijo Ivor—, ahora me gustaría que imaginaraís una charla previa entre vosotros dos, que haya ocurrido antes del comienzo de la obra, en la que discutís sobre el amor.

Una pausa.

—Hacedlo a vuestro ritmo.

—Lo siento, Ivor —comencé—, ¿quieres que...?

—Olvidéis el libreto, improviséis.

—¿En... en personaje?

—Así es.

—Pero ¿con el lenguaje de la época?

—Yo puedo hacerlo —aseguró Miles.

—Sí, pero no te preocupes demasiado por eso, Charlie. No lo fuerces demasiado, no tiene por qué ser históricamente exacto, lo que importa es cómo interactuáis vosotros. Solo... invéntatelo.

—De acuerdo, hagámoslo —declaró Miles y unió sus palmas con un aplauso—. Una vez, alguien olvidó sus líneas en *Noche de epifanía* y yo improvisé como durante una hoja y media, en versos yámbicos y todo, y os juro que si alguien lo hubiera escrito, nadie habría notado la diferencia...

—No —dije yo.

—¿No?

—No puedo hacerlo, Ivor.

—Inténtalo de todos modos.

Las puertas al patio estaban cerradas, pero quizás podría lanzarme contra el cristal...

No hubo tiempo. Tenía a Miles encima y me estaba abrazando con sus enormes brazos descubiertos.

—Benvolio, dime cómo te encuentras. Por todas las plazas y callejuelas de esta bella ciudad te he buscado.

—Ah, querido Romeo —comencé, la mejilla apretada contra su pecho lampiño y descubierto—. Yo *hube* estado... en mi casa. Con mis padres.

—No hablemos de madres ni de padres, ¡hablemos del amor!

—Ah, el amor —repetí—. ¿Qué es lo que piensas tú del amor, mi buen Romeo?

—Tú sabes que desprecio todo amor, poema y canción. Pero tú, Benvolio, eres un gran misterio. ¿Acaso no tienes ningún amor secreto? ¿Algún amor que atesoras en tu pecho? Te pido que

confieses, pues ¿acaso no soy yo tu amigo más querido y fiel?

—Fantástico —susurró Ivor—, ¡esto es fantástico!

Ahora los dos me observaban mientras yo inspeccionaba el techo, después la alfombra y de nuevo el techo en busca de algo que decir.

—Ah, el amor. Mi experiencia con el amor ha estado... repleta tanto de aciertos como de errores... dado que el amor es algo... que yo podría... llevar conmigo o abandonar. Y eso, querido amigo, es todo lo que tengo que decir.

—De acuerdo —suspiró Ivor—, recordemos todo lo que hemos aprendido.

Lo que yo había aprendido era que lo que mejor me salía era escuchar y asentir con la cabeza. Por suerte, esa era una escena para escuchar y asentir con la cabeza y, a medida que pasaba la tarde, fui entendiéndola. Romeo dice estar enamorado de alguien y mi respuesta —la respuesta de Benvolio— es señalar que hay muchos otros peces en el mar.

—*¡Olvídate de pensar en ella!*

—*Ah, ¡enséñame cómo podría olvidarme de pensar!*

Debía reconocer que Miles conseguía hacer funcionar las exclamaciones, los «Ay, de mí» y los «Qué lástima», parecía cantarlos al mismo tiempo que rebotaba por la sala, se acuclillaba, se sentaba a horcajadas sobre una silla e improvisaba con las cortinas y la pantalla de la lámpara. Yo hacía todo lo posible por no quedarme atrás.

—Intenta moverte *durante* la línea, Charlie —me recomendó Ivor—, en vez de antes o después

Pero caminar y hablar al mismo tiempo estaba más allá de mis capacidades, sobre todo si, además, tenía que sostener el libreto. La otra mano, que no podía guardar en el bolsillo de mis pantalones, colgaba muerta de la trabilla del cinturón, como si yo fuera un vaquero seductor. Mientras tanto, Miles encontraba poses en las que quedaba suspendido durante unos momentos, como si fuera un modelo en una sesión de fotos. No actuaba *conmigo*, sino a mi alrededor, como si yo fuera un mueble.

Pero la vanidad y el egocentrismo venían acompañados de una seguridad contagiosa y, una vez que conseguimos «ponernos en marcha» y «entrar en calor», me di cuenta de que ya no retrocedía cuando Miles colocaba su brazo alrededor de mi cuello o cuando me daba un puñetazo en el hombro. «Imagina que hablas con tu mejor amigo», había dicho Fran, y eso fue lo que hice, hasta que conseguimos que Ivor se inclinara hacia adelante en su silla, sincero y compenetrado, y se mordiera los nudillos. Alina también se nos unió, con expresión seria y brazos cruzados, pero sin fruncir el entrecejo, pellizcarse el puente de la nariz ni sacudir la cabeza.

—Buen trabajo, chicos —declaró Ivor al final del día—. Ha sido un proceso fantástico.

El comentario de Ivor me hizo sentir un brote inesperado de orgullo. Una vez fuera, Miles me apretó el hombro y me ofreció su agua mágica.

—Creo que vamos por buen camino.

Sentí otra mano sobre el otro hombro, un toque ligero al pasar:

—¡Veo que alguien ha estado haciendo sus deberes! —observó Alina con apenas la sombra de una sonrisa, y supe que estaba a salvo y que, si así lo elegía, podría seguir.

Y, sentada sobre la pared de la rocalla, dando patadas a las rocas con el talón y con una sonrisa

de oreja a oreja en la cara, me esperaba Fran Fisher, lista para caminar a casa.

¿Olvidarme de pensar en ella? Ah, ¡enséñame cómo podría olvidarme de pensar!



En la gasolinera, murmuraba Shakespeare mientras estaba sentado detrás del mostrador:

—*Señora, una hora antes de que el venerado sol se asomase por la dorada ventana del...*

Sonó un claxon en la explanada y Harper se bajó del coche de su hermano, donde había otras dos personas agachadas en el asiento trasero. Escondí el libreto y me aseguré de que mi espada no estuviera a la vista. Harper entró y comenzamos nuestra actuación.

—Mi hermano ha ganado algo de dinero con las tarjetas de rasca y gana. Por favor, ¿puedo retirar el efectivo aquí, por favor?

—¡Por supuesto! ¿Me permite ver las tarjetas?

—Sí. Aquí están las tarjetas.

Retiré el dinero de la caja

—¡Felicidades! —exclamé, pero él ya se estaba marchando.

Lo vi atravesar la explanada y fue entonces cuando al fin salí de mi personaje, pasé al otro lado del mostrador y salí corriendo.

—¡Disculpa! ¿Puedo decir algo? —Nos quedamos rígidos, de pie junto a las bolsas de carbón para la barbacoa, mientras Harper, que estaba incómodo, le echaba una mirada al coche que lo sacaría de allí.

—¿Qué pasa?

—Solo quería saber... ¿Cómo has estado?

—He estado bien. Creía que habías dicho que había cámaras de seguridad.

—Sí, pero no pasa nada, nadie las mira. Son solo para los casos en los que alguien se va sin pagar. No te he visto desde...

—He pasado por tu casa. Tu padre dijo que habías salido. Dijo que él tampoco te había visto.

—No, he estado... ¿Estaba bien?

—No lo sé, es tu padre. —Harper se rio—. Está igual que siempre. Será mejor que nos vayamos.

Escuché que su hermano aceleraba el coche, vi que le daba unos golpecitos a su reloj y vi que Lloyd y Fox eran los que estaban en el asiento trasero. Levanté la mano pero no recibí respuesta.

—Entonces, ¿Lloyd sigue enfadado conmigo?

—Un poco.

—De acuerdo. Bueno, pasaré más tarde a buscar el dinero.

—No, no lo hagas.

—Ah. De acuerdo. —Todavía no eran las nueve.

—Te lo daré ahora, pero no quiero volver a hacerlo.

—De acuerdo.

—Estoy ganando bien con mi padre; no necesito esto. De hecho, puedes quedarte con todo.

—No, llévate la mitad.

—No. Tú lo necesitas más que yo.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Lo tengo en la mano. Te lo deslizaré a la tuya y te ahorraré la molestia.

Lo pensé durante un momento.

—De acuerdo, ten cuidado.

Nos dimos un apretón de manos, sentí mis dedos alrededor de los billetes y los guardé de inmediato en el bolsillo. El pase había parecido fluido, poco importante y discreto, y fue solo más adelante, cuando se convirtió en pruebas en mi contra, cuando me percaté de la mirada furtiva que había echado a cada lado, el vistazo hacia la lente de la cámara de seguridad, el apretón de manos rígido y torcido que no tenía motivo de ser. Para empezar, ¿por qué estaría el cajero en la explanada? ¿Y por qué estaría dándole un apretón de manos a un cliente que no conocía?

Cuando se actúa delante de una cámara, es importante no exagerar.



Perspectiva de futuro

Los Capuleto estaban jugando un partido de *rounders*, un juego similar al béisbol, contra los Montesco, y Polly, que estaba en el equipo de los Capuleto, estaba agachada cerca del suelo y sostenía el bate con las dos manos sobre la cabeza como si fuera una asesina con un hacha.

—Lo tienes muy alto, Polly —indicó Miles, que estaba a punto de lanzar la bola.

—Miles, tengo sesenta y ocho años, no me digas cómo jugar a *rounders*, por favor.

—Pero está muy alto, necesita estar a esta altura.

—Miles, lanzaré la bola directa a tu cara.

—No, ¡la cara no! —gritó Alex.

—De acuerdo. Golpea como quieras.

La bola abandonó su mano y, con un *pum* satisfactorio, Polly la envió bien alto hacia el cielo azul mientras Fran, Colin y Keith salían corriendo de sus bases, seguidos por Polly, que anotó una carrera y fue recibida con vivas y hurras.

El próximo turno era de George, quien levantó el bate sin disimular su desagrado.

—Deportes en equipo. Son puro fascismo en acción. El único motivo por el que estoy aquí es para evitar los deportes en equipo.

No duró mucho, y yo era el siguiente. Habiendo fracasado en el bádminton, me parecía de vital importancia que Fran creyera que yo era un jugador de *rounders* extraordinario, pero apenas conseguí batear la bola un par de metros y directa a las manos de Lucy. A continuación, los Montesco que quedaban fueron cayendo y, después, ambas casas se estiraron sobre el césped al sol de la mañana.

Le había prometido a Fran una semana de mi tiempo. Yo había creído que una semana sería tiempo suficiente para abandonar sin que nadie se sintiera engañado, pero —ella debía de haberlo sospechado— la idea de abandonar la obra se disipaba más con cada día que pasaba, y no volvía solo por Fran. A medida que las caras individuales de la compañía fueron entrando en foco, empecé a encariñarme con esa gente e incluso imaginaba un futuro en el que ya no los consideraría «esa gente». De la misma forma que los acentos pueden ser contagiosos, yo me encontré adoptando las actitudes de la compañía, la ironía, el aire de superioridad, el humor socarrón. Hacían chistes y *sus caras no se movían en absoluto*. Hablaban como si esperaran que alguien estuviera anotando sus palabras, tenían conversaciones que aspiraban a ser diálogos, repletas de comillas y chistes internos. Se provocaban entre ellos pero sin maldad. Acostumbrado como estaba a las herramientas toscas del sarcasmo y los insultos, no estaba seguro de poder actuar así, pero, de vez en cuando, decía algo que hacía reír a la compañía y sentía esa sensación —*pum*—

de haber golpeado una bola hacia el cielo. Aun así, muchas de las charlas tomaban rumbos que me era imposible seguir y me encontraba bateando contra el aire.

Estaban hablando sobre el bachillerato. Recibiríamos los resultados de los exámenes durante la última semana de ensayos y, si todo salía de acuerdo a lo planeado —y todos sabían que así sería—, entonces Fran, Lucy, Colin, Helen y George se unirían a Alex en el bachillerato. Aunque les gustaba simular lo contrario, yo sabía que Harper y Fox también irían, y sería una reunión de amigos antiguos y nuevos en una fiesta a la que yo no estaba invitado. Ahora la charla se adentraba cada vez más en los futuros que pretendían ser peligrosos e inciertos pero que todos sabíamos que serían brillantes y seguros, porque ellos eran los chicos que recibían los vales por un libro, los que eran listos, trabajadores y talentosos. En dos años más, se irían de esa ciudad y migrarían a otras metrópolis famosas por la vida nocturna, la música y la cultura, la vibrante escena política y las cafeterías. Tendrían charlas profundas en dormitorios a la luz de las velas, harían amigos que les presentarían más amigos, y así sucesivamente, hasta soltarse de las viejas ataduras para hacer lugar a las nuevas ramas de un árbol de amistades, de conexiones y oportunidades, que no dejaría de crecer. La sensación de riesgo artificial me resultaba insoportable. No era una cuestión de clase y educación —o al menos no *solo* de clase y educación—, sino de un lujo todavía más valioso, aunque relacionado con los otros dos: la confianza.

Yo había estropeado todas las posibilidades de participar en esa charla y podía oír cómo mi voz interior se volvía sarcástica y resentida. «¿Sería más seguro ir a la universidad que a la escuela de artes dramáticas?», dudaba Alex. «¿Sería un compromiso demasiado grande estudiar medicina?», preguntaba Lucy. La envidia es corrosiva, pero hay algo vigorizante en envidiar a la gente que uno odia, mientras que envidiar a la gente que a uno le agrada, a quienes uno quiere, solo deja un sabor amargo y hace que uno se sienta solo. En vez de enseñar mi amargura, me puse de pie y me alejé, sin ser dramático pero tampoco invisible. Es difícil ser invisible con una escoba colgada de la cadera.

Cuando llegué al huerto, me eché debajo del manzano más alejado, cerré los ojos y pronto escuché el murmullo de la hierba alta.

—Si no vuelves, se te enfriará la remolacha —señaló Fran.

—Te la regalo. En serio.

Varias manzanas duras habían caído del árbol de forma prematura y ahora se clavaban en mi espalda, pero permanecí donde estaba mientras escuchaba a Fran acomodarse a mi lado con las piernas cruzadas.

—No te culpo por escaparte de esa charla —anunció al tiempo que tiraba del césped—. Es bastante aburrido, ¿no? Los resultados de los exámenes. Nuestros sueños y expectativas.

—No, está bien. Es solo que no tengo nada que decir.

—Creo que todos suponen que serás un actor profesional —indicó ella, y esperó—. ¿Te ayuda esto, Charlie, o...?

—Un poco. Me gusta que estés aquí.

—He oído que la has pasado mal.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lucy, Colin...

—Ay, Dios mío. —A esa edad, no había nada peor, ni nada mejor, que ser tema de conversación.

—Lo dijeron con buenas intenciones, no estaban alardeando ni nada. Solo dijeron... La gente estaba preocupada, eso fue todo.

—Bueno, la jodí en mis exámenes, eso es seguro.

—Quizás te ha ido mejor de lo que...

—Sí, todos dicen lo mismo, como si solo estuviera siendo modesto. Pero no, quiero decir que lo jodí en serio. Me fui en mitad de un examen, dejé hojas enteras en blanco. Hice dibujos en el de Historia. A los últimos exámenes ni siquiera me presenté, así que, a menos que alguien haya hecho el examen de Comprensión de Textos disfrazado de mí...

Ella se quedó en silencio durante un rato, algo que agradecí.

—Los exámenes son una basura, ¿o no? Es decir, es cuestión de saber cómo funcionan y acostumbrarse a ellos, como si aprendieras un truco de cartas. Alguien como Miles, por ejemplo, puedo asegurarte desde ahora que tendrá la hoja llena de «A»: «A-A-A», como si fuera un puto... *grito*, pero eso no quita que sea... bueno, denso no, pero no significa que sea más inteligente. La única diferencia es que a él le han enseñado el truco. Lo que quiero decir es que el sistema es el que está jodido, no tú. Además, es bueno rebelarse en contra de lo establecido. Me gustaría poder hacerlo. Te aseguro que hay veces en las que me encantaría tirar todo lo que está sobre el escritorio e irme, pero soy demasiado convencional.

Escuché con cortesía lo que decía, agradecido por el giro rebelde que había conseguido darle a mi fracaso. La verdad era que no había tenido la intención de rebelarme contra nada, no tenía nada en contra de la educación formal y no sabía muy bien por qué había hecho aquello. Me habría encantado prosperar en ese sistema, y no me cabía duda de que, en otras circunstancias, me habría ido mejor, e incluso muy bien.

—Entonces, ¿qué fue lo que pasó?

—Creo que estaba intentando demostrar algo. Pero ya no tengo ni idea de qué era. ¿No se supone que debemos repasar las líneas?

—Hoy no. ¿Qué pasó? Cuéntamelo.

—Creo... Creo que me volví un poco loco.



Exámenes

Todos nos habíamos vuelto un poco locos, cada uno a su manera.

En mi caso, se vio con más claridad en el instituto. Hacía tiempo que la promesa que alguna vez había enseñado estaba disminuyendo, pero ahora que los exámenes estaban cerca, el proceso parecía acelerarse.

—Nos preocupa —señaló el señor Hepburn a mis padres en la última reunión de padres a la que asistieron juntos— que Charlie esté camino de suspender sus exámenes.

Mi padre se hundió un poco más en su silla. Mi madre estiró su mano para sujetar la mía, pero yo la aparté y seguí enrollando la corbata del uniforme hasta formar un rollito apretado, soltándola y volviéndola a enrollar.

—No lo entendemos —respondió mi madre—. Le estaba yendo bien.

—Sí, pero ya no, y lo hemos intentando todo, en serio que lo hemos intentado todo. ¿Acaso no lo hemos intentado, Charlie? ¿No crees que es justo reconocerlo?

Esa noche, mi madre entró a nuestra habitación mientras mi hermana dormía, se arrodilló junto a mi cama mientras yo estaba de espaldas a la pared y apoyó su mano sobre mi nuca.

—¿Quieres hablar?

—No. Solo quiero dormir.

Pero todas las noches me quedaba despierto —el único adolescente de dieciséis años con insomnio—, mientras que durante el día sentía unas náuseas agotadoras que parecían *jet lag*, o lo que yo imaginaba que podía ser el *jet lag*. Era como si tuviera una nube sobre la cabeza, como si mi cerebro estuviera rodeado del mismo vapor que se condensa en el espejo. Me sentía lento, estúpido, aunque nadie usaba esa palabra, a excepción de mí cuando intentaba balbucear una respuesta, una oración que se iba apagando hasta perder todo sentido: *Chico estúpido, estúpido, estúpido, estúpido*. Me quedaba dormido sobre el escritorio y, apenas despierto, miraba con fijeza los libros de texto como si estuvieran escritos en sánscrito, hasta que mi mirada empezaba a desviarse hacia los márgenes y las vetas del escritorio de madera y volvía a caer en ese estado mudo y congelado en el que a veces pillaba a mi padre, y pensaba, *Ay, Dios, no quiero terminar igual*.

En el caso de mi hermana, la locura se manifestó en una abstinencia casi total del habla; tardes en la biblioteca pública, comidas en la biblioteca del instituto o, las pocas veces que la vi en el exterior, en las esquinas más alejadas de la cancha de juego. Ella siempre había sido la más inteligente de los dos, pero ahora los libros eran algo que usaba para ocultar la cara. Habría dado lo mismo que los hubiera sujetado al revés. En épocas menos turbulentas, habíamos discutido

sobre el mando de la televisión o la injusticia de los horarios para ir a la cama, cosas que ahora parecían triviales e irrelevantes pero que no sabíamos cómo reemplazar, así que nos pasábamos por al lado en el pasillo sin decir nada. Una o dos veces, la vi esconderse detrás de una esquina para evitarme. Una o dos veces, yo hice lo mismo.

La locura de mi madre era una especie de manía, una serie de intentos frenéticos por reparar los daños. Después de la mudanza, esperaba tres e incluso cuatro veces por semana sentada en el coche a la entrada del instituto, bajaba la ventanilla, me llamaba para que me acercara y me ofrecía ir a beber un té y comer pastel a El Pan de Campo. Yo me subía, secuestrado por mi propia madre, mientras que mi hermana, supongo, caminaba sola hasta su casa.

En la cafetería, tan pronto como llegaba el pastel a la mesa, el juego de té era apartado para hacer sitio a las guías de estudio, recién salidas de la papelería local.

—Bien, ¿qué quieres que trabajemos hoy?

—Mamá, puedo hacerlo solo.

—¿Cómo vas con Francés? ¿Y con Biología?

—No estoy haciendo Biología.

—¡Claro que sí!

—Claro que no.

—Bueno, entonces, esto ha sido una pérdida de dinero —dijo, y dejó caer una de las guías al suelo—. De acuerdo, Literatura. *El señor de las moscas*, ¿no? —Levantó la guía de repaso de York Notes y la abrió en una hoja al azar—. Háblame sobre... el personaje de Piggy en *El señor de las moscas*.

En su papel de educadora, el gran don de mi madre era su capacidad de infundir una sensación mutua de pánico e inutilidad. Siempre se había contentado con dejar la educación en mano de los profesores. Ahora actuaba como una de esas personas que se despiertan tarde antes de un vuelo, hacen la maleta en el último momento y se niegan a admitir que el avión ya ha despegado.

—El verbo *voir*...

—«Querer».

—No «querer». «Querer» es *vouloir*, como en *voulez-vous*. Charlie, eso ni siquiera es de la clase de Francés, es Abba. *Voir*. Vamos, lo sabes.

—De acuerdo, «ver».

—¡Sí! El pasado de *voir*. ¡Ya!

—...

—¡Ya!

—*J'ai*...

—Vamos, *j'ai*...

—No lo sé.

—¡Sí lo sabes!

—*Shh*. ¡No grites!

—¡Pero sí lo sabes!

—Mamá, ¡decirlo en voz alta no lo hará realidad!

—¡Pero solías ser muy bueno en esto!

—Mamá...

—Siempre nos has hecho creer que te estaba yendo muy bien en el instituto.

—¡Eso no es cierto!

—O al menos mejor que esto. Vamos, debes de saber algo de francés. ¿Qué has estado haciendo durante cinco años? Deja tu té. Toma, mira las respuestas durante treinta segundos y lo intentamos otra vez.

Y así era cómo ella entraba en pánico por mi falta de conocimiento, y yo me quedaba en blanco por su pánico, y su pánico se intensificaba porque yo me quedaba en blanco, y el volumen de nuestras voces aumentaba hasta que alguno de los dos salía echando chispas, un espectáculo nunca antes visto en El Pan de Campo. Pasábamos con el coche por los restos de nuestra vieja tienda en un silencio ensordecedor y mi madre me llevaba hasta la casa nueva, donde yo me bajaba de un salto. Las semanas pasaban y faltaban cinco para los exámenes, después cuatro, después tres, dos, como la cuenta atrás de una bomba. Cuando faltaba una semana, aparcó al final de la calle, donde no se alcanzaba a ver desde la casa, y preguntó:

—¿Cómo está tu padre?

—Igual.

Ella asintió y se mordió un nudillo.

—Bueno. Lo único que necesita es volver a entusiasmarse por algo.

—¿Quieres decir algo como un pasatiempo?

—¡No! ¿Está considerando volver a trabajar?

—A veces. No creo que pueda en este momento.

—¿Por qué no?

—¡Porque está loco de remate, mamá!

—No digas eso.

—De acuerdo, *está teniendo dificultades mentales*.

—Está pasando por un mal momento.

—Sí, no puede salir de la cama, cepillarse los dientes...

—¡De acuerdo, tienes razón! Pero ¿qué puedo hacer, Charlie? Dime qué puedo hacer y lo haré.

No me gustaba que mis padres me preguntaran qué hacer. Incluso si hubiera tenido una respuesta, mi madre no me habría escuchado, inclinada como estaba sobre el volante, las manos presionadas contra los ojos.

—Sé que es un pésimo momento, sé que debería estar allí y odio dejar las cosas en tus manos, lo *odio*, pero, si estuviera allí, no serviría de nada, no puedo hacer nada, es imposible, sería una guerra absoluta. ¡Si yo estuviera allí, la situación sería *peor*! ¿Cómo crees que me hace sentir eso? Saber que hago tan infeliz a alguien.

Se echó a llorar y justo en ese momento cedí y me estiré para abrazarla, pero el cinturón de seguridad me retuvo en mi sitio. Intenté girarme con más lentitud para engañar al mecanismo de freno, me volví a trabar, tiré del cinturón...

—¡Desabróchalo y ya está!

—¡De acuerdo!

—Allí abajo, ¡desabróchalo y quítatelo! ¡El botón rojo! ¡Por el amor de Dios, Charlie! Ven aquí...

Me contorsioné sobre la palanca de cambios y sentí su cara mojada contra mi cuello.

—¿Soy una pésima madre?

—No.

—Pero ¿lo he sido?

—No.

—Pero sí soy una pésima profesora, ¿no?

—Sí, eres una pésima profesora.

—Te quiero, en serio. Y saldrás adelante —aseguró mientras lloraba contra mi cuello—, eres un chico brillante.

Pero tampoco era buena actriz, y la obviedad de la mentira, la vacilación con la que la había expresado, hizo que trepara por la puerta para salir del coche. Acomodé la mochila sobre mi hombro, levanté una mano y, mientras caminaba la corta distancia que quedaba hasta mi casa, saqué las llaves en anticipación del momento del día que más me aterraba.

Porque la locura de mi padre era la más espectacular de todas, y yo no podía quitarme la idea de la cabeza, la posibilidad que se había convertido en probabilidad y luego en certeza, de que mi padre se suicidaría y que yo sería quien encontrara su cuerpo. Solía especular sobre las circunstancias durante la noche, y después también mientras estaba en el instituto, y la ansiedad crecía a medida que me acercaba a casa. ¿Estaría en la habitación o en el pasillo, en el baño o en el sillón? Sus días buenos, en los que sonreía cuando yo me iba al instituto y me daba un abrazo cariñoso antes de partir, no servían para tranquilizarme. De hecho, me hacían creer que el desastre era más posible, porque —otro cliché de la televisión— los actos de autodestrucción siempre eran precedidos por muestras de afecto de ese estilo, expresadas con una serenidad entumecida y ojos vidriosos. «Te quiero, hijo, nunca lo olvides» y después llegas a casa y —otro cliché— encuentras el sobre arriba de la mesa, colocado entre la sal y la pimienta. No, no había señal de desastre más clara que un padre que dice «Te quiero».

Mi cerebro adolescente tenía una capacidad infinita para imaginar ese tipo de melodrama, y me hubiera gustado poder dirigir esa energía mental en otra dirección. Sin embargo, estas situaciones hipotéticas estaban tan fijas en mi cabeza y eran tan posibles que muchas veces me temblaba la mano cuando giraba la llave en la cerradura, y entraba gritando: «¡Ya he llegado!». A veces lo encontraba en el sillón viendo una película en blanco y negro; otras, durmiendo en la planta baja o en el primer piso, y me aseguraba de que fuera el tipo de sueño correcto, que todos los frascos marrones estuvieran en su lugar y cerrados, que no hubiera alcohol a la vista. Si él no estaba en casa, yo no podía tranquilizarme hasta que volviera, y solo entonces podía entrar en nuestro parloteo banal y cotidiano: qué cenar por la noche, qué película ver.

—¿No deberías estar repasando? —preguntaba él.

—He repasado en el instituto —respondía yo.

—Es un momento importante —aseguraba él, y no decíamos nada más.

Yo intentaba hacerlo reír cuando tenía la oportunidad y aportaba comentarios sarcásticos sobre lo que fuera que estuviéramos viendo en la televisión. Cuando eso no funcionaba, cuando parecía no escucharme, cuando se acostaba sobre su lado o se servía otro whisky, entonces intentaba convencerlo de que subiera a la habitación

—No te duermas aquí, papá. Ven a la cama.

—Quiero ver el final.

—Ya lo has visto. Ven a la cama, no te duermas en el sillón.

—Ve tú, hijo.

Así que yo me iba a la cama, pensaba en lo que había leído sobre combinar alcohol y pastillas y las preocupaciones volvían a empezar.

Y en todo ese tiempo, creo que nunca dije la palabra «depresión» en voz alta. Era un tabú, y no tenía más ganas de compartir mis miedos y mi confusión con un profesor o un amigo que las que tenía de confesar mis fantasías sexuales. La honestidad era peligrosa y, aunque Harper no habría usado la verdad en mi contra, no tenía dudas de que Lloyd sí lo habría hecho.

Muchos años más tarde, cuando al fin le conté a Niamh parte de esto, aunque no todo, ella me dijo que sonaba como si yo fuera el cuidador de mi padre. Rechacé la palabra de inmediato. La idea de cuidar sugería compasión, integridad, entrega y devoción, y yo no poseía ninguna de todas esas virtudes. Mi intención al contarle la historia no había sido la de despertar la admiración que se merecen las personas que realmente se ocupan de *cuidar* a los demás. Cuanta más empatía y compasión necesitaba mi padre, más pena y desprecio le ofrecía; cuanto más me necesitaba a su lado, más desaparecía yo. Me daba miedo y, cuando no tenía miedo, estaba furioso; furioso de que me hubieran arrebatado la tranquilidad mental y la capacidad de concentración cuando más las necesitaba, furioso de sentir terror de algo tan banal como abrir la puerta principal. También estaba aburrido, aburrido de su estado zombificado, del perpetuo aire de distracción que lo rodeaba como una nube de moscas alrededor de la cabeza, de la imposibilidad del cambio. No quería algo cursi como un modelo a seguir, lo único que quería era alguien que se levantara todas las mañanas, alguien que pudiera esbozar una sonrisa que no fuera ni tétrica ni artificial.

Todo lo bueno que le deseaba a mi padre lo deseaba por mi propio bien. Más que nada, quería que volviera a ser el de antes. Durante la mayor parte de mi infancia, mi padre había sido gracioso, alegre y cariñoso. Ahora, incluso sus momentos de buen humor parecían antinaturales: ¿De qué se alegraba? Lo culpaba de nuestra pobreza, de haber alejado a mi madre, de mi fracaso escolar. Me preocupaba por él cuando él debería haberse preocupado por mí. ¿Acaso no veía que las cosas iban mal? No, yo no era un cuidador. ¿Existía la palabra «resentidor»? ¿«Resentidor residente»?

Eso era normal, me aseguraba Niamh; sería raro que hubiera sentido algo diferente. Pero, para rematar mi falta de cuidado, los cambios físicos me resultaban insoportables: la carne caída, pálida y húmeda como la piel que está debajo de un apósito adhesivo, los hombros encorvados, la sustancia blanca sin nombre que se acumulaba en las comisuras de los labios, las uñas de los pies como trozos del cuerno de un animal. Así como se dice que una sonrisa puede iluminar una cara, la infelicidad lo hacía feo, al menos para mí, y llegó un momento en el que ya ni siquiera me

molestaba en disimular el desagrado, arrugaba la nariz y me apartaba cuando me tocaba. Dueño de una arrogancia típica de la juventud, me preguntaba: *¿Por qué el viejo no puede cuidarse solo?* Yo tenía dieciséis años; la gente escribía *himnos* sobre esa época de la vida, *¿y acaso no tenía derecho a disfrutar, divertirme y ser irresponsable en vez de sentir miedo, furia y aburrimiento?*

En cierto modo, *cuidar* era casi la palabra opuesta a lo que hacía, porque, a veces —y esto era algo que jamás diría en voz alta—, una parte de mí deseaba que ocurriera lo más terrible. Estoy seguro de que todos los niños fantasean con la muerte de sus padres, pero no suelen hacerlo en circunstancias en las que la posibilidad es tan concreta. Si algo le pasara, al menos yo recibiría la atención y la compasión de las que me sentía merecedor; al menos podría seguir con mis cosas, fueran cuales fueran. En este momento, esos pensamientos me resultan impactantes y bochornosos, y lo único que se me ocurre para decir en mi defensa es que odiaba y quería a mi padre más que a nadie en el mundo, y que la fuerza de la primera emoción era proporcional a la de la segunda. Solo podía conseguir odiarlo tanto porque alguna vez lo había querido con igual intensidad.

Debería contar un último incidente que ocurrió durante el clímax del conflicto que había precedido a la mudanza de mi madre en la primavera. La discusión de aquella noche había sido apocalíptica: acusaciones, recriminaciones, observaciones brutales sobre el carácter del otro que destilaban desprecio, cosas que no podían desdecirse y que convertían un futuro juntos en una imposibilidad. Yo me había retirado a mi habitación para repasar, o mejor dicho, a mirar los libros de texto sin poder ver ni entender nada mientras me clavaba las puntas de los dedos en las sienes. Mi hermana, que estaba detrás de mí en su litera, había adoptado la costumbre de usar los auriculares de mi padre, enormes y caros, para no escuchar lo peor de lo que gritaban, pero, esa noche, la débil membrana que era el suelo de nuestra habitación vibraba cual altavoz. El efecto debía de ser el mismo en la casa de nuestros vecinos, porque esa fue la primera vez que alguien llamó a la policía.

Billie fue la primera en ver la luz azul. Salimos al rellano y observamos desde el primer piso cómo mi padre, atónito y humillado, abrió la puerta y hacía pasar a los policías a la sala de estar. Mis padres estaban de pie, uno al lado del otro, como dos niños a quienes han pillado cometiendo un acto de vandalismo. *¿Podía ser cierto que hubiéramos llegado a eso? ¿Nos habíamos convertido en la familia que provoca las quejas de sus vecinos?* Las voces que se escuchaban ahora en la planta baja eran apaciguadoras: *Sí, oficial, lo entendemos, ya estamos bien*, y yo quería gritar por la escalera que no, *no* estaban bien, *¡discutían así todo el tiempo!* En vez de hacer eso, marché hacia el baño con pisadas fuertes para que los oficiales las escucharan, revolví el botiquín hasta encontrar las aspirinas, cerré la puerta del armario con un golpe, vertí dos pastillas en la palma de mi mano, después una tercera y me detuve. Volví a abrir el armario, busqué entre los botes de crema y las botellas de jarabes antiguos y encontré una botella marrón de paracetamol líquido. Me tragué las pastillas con un trago de ese líquido inmundo, incliné la cabeza debajo del grifo para enjuagarme la boca y, para asegurarme del efecto, destapé el medicamento para la tos que solía beber de bebé por la noche y que estaba caducado desde hacía ya varios años, lo que yo suponía que lo haría más concentrado y tóxico. Cuando escuché a la policía salir de casa, me bebí también ese jarabe, hice una mueca al sentir el dulzor químico del

medicamento y acomodé los recipientes sobre la cisterna del retrete: la botella marrón tumbada para maximizar el efecto, la maqueta de una protesta desesperada. En la planta de abajo, mis padres hablaban con susurros urgentes y bruscos. Mi hermana estaba acostada en la litera de arriba y fingía dormir. Yo me acosté debajo de ella a esperar con las manos juntas sobre el pecho, como si fuera una figura en un ataúd.

Ese incidente ocurrió justo antes de que a mi padre le recetaran su propia medicina, y me pregunto si yo habría tenido el valor de desenroscar las tapas de esos frascos marrones en particular. Lo dudo. Contemplaba el suicidio de la misma forma en la que contemplaba el asesinato: como un experimento mental, y si alguna vez apretaba el borde sin filo del cuchillo para mantequilla contra las venas azules de mi muñeca, lo hacía con la misma actitud con la que imaginaba dónde enterraría el cuerpo de Chris Lloyd. Cuando me tragué ese jarabe para la tos antiguo, ya sabía que los expectorantes rara vez son fatales. Mi objetivo era conseguir la preocupación y el remordimiento de mis padres. Que recuperaran la compostura y permanecieran juntos.

Pero, a la mañana siguiente, me desperté avergonzado y arrepentido y, cuando corrí al baño, encontré a mi madre, que me esperaba con el blíster de pastillas en una mano y, en la otra, el frasco pegajoso sujeto apenas con la punta de los dedos.

—Charlie, ¿has sido tú?

—¿Sí?

—¿Es mucho pedir que no dejes las cosas así tiradas, Charlie? —Tiró el jarabe al cubo—. *Esto* está caducado. Y si tienes dolor de cabeza, tómate una aspirina o un paracetamol, no ambos. No son gratis. Y. Vuelve. A. Poner. Las. Cosas. A. Su. Sitio.

Si una actuación tan obvia pasaba desapercibida, entonces necesitaría hacer algo más dramático. Por suerte, la oportunidad perfecta se presentaría en solo un par de meses en el aula de exámenes.



Durante el resto del verano, confesé parte de todo eso a Fran, aunque no todo, pero en el huerto solo confirmé los hechos relacionados con mi catástrofe académica.

—Me pondrán una «F» de fracasado. Creí que deberías saberlo.

—¿Qué creías que debería saber? —preguntó después de quedarse un momento callada.

—No quiero que creas que soy algo que no soy. Que creas que llegaré lejos cuando no puedo ir a ningún lugar.

—De acuerdo. Entonces es una advertencia para que me aleje.

—Supongo. —Encogí mis hombros.

—Bueno, es cierto que por lo general me gusta saber las notas de una persona antes de llegar a conocerla. La verdad es que es un sistema de puntuación bastante simple, pero si te va bien en la parte práctica y en la entrevista...

—No, pero si alguien fuera un fracasado...

—En realidad se trata de una evaluación constante.

—... o un imbécil...

—El único momento en el que sueñas como un imbécil —señaló ella—, es cuando dices que sueñas como un imbécil. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Entonces, ahí lo tienes.

Yo había cerrado los ojos y había cruzado los brazos sobre mi cara, pero de todas formas sentí el movimiento de su sombra y escuché el murmullo de las hojas cuando ella se acomodó a mi lado.

—Ven esta noche —dijo ella mientras sujetaba mi mano.

—¿Solo contigo?

—No, con todos. Saldremos todos juntos.

—No es lo ideal.

—No. Pero no te vayas. —Sonó el triángulo desde la casa—. Al final de la noche, no vayas a ningún lugar sin mí, Charlie. Es muy importante que me entiendas. No vayas a ningún lugar sin mí.



Máscaras

La caja de madera contrachapada llegó cubierta por una tela en brazos de Chris y Chris, quienes la cargaron con una veneración solemne digna del Arca de la Alianza.

—De acuerdo, todavía estamos trabajando en esto... —comenzó Helen.

—Me encanta esta parte —comentó George—. Es cuando todo empieza a sentirse real.

—Todavía queda mucho por hacer...

—Enseña ya la maqueta, Helen querida —indicó Alina.

Alguien levantó la tela y todos soltaron un «Ah» o un «Guau». Yo me uní a ellos. Chris y Chris eran el tipo de chicos que frecuentaban los pasillos de la tienda de artículos para manualidades y tenían una adicción por ese placer particular que acompaña a la creación de versiones muy pequeñas de cosas muy grandes, y la maqueta que exhibían era exquisita: la esquina de una ciudad blanca en miniatura, torcida y distorsionada de manera tal que los edificios parecían inclinarse borrachos hacia el centro. Era una obra maestra de madera balsa, musgo y detalles hechos con pinceles 000, y todos nos inclinamos sobre ella mientras Helen observaba la escena desde arriba, como si fuera una titiritera.

—Es como si fuera una ciudad italiana moderna pero después del terremoto, el que se menciona en la obra.

—*Han pasado once años desde el terremoto* —recitó Polly.

—Exacto, así que los edificios están todos torcidos, como si la calle pudiera derrumbarse en cualquier instante. Todos están demasiado ocupados peleando como para arreglar las cosas. Es una metáfora, ¿se entiende? Hay balcones y pasarelas, pero son algo precarios. Quiero decir, serán seguros, no mataremos a ninguno de vosotros, pero la idea es montar algo sobre el eje vertical. Tendrá un aspecto sólido, pero serán principalmente andamios y fundas de tela. Ya sé que es un cliché, pero estamos jugando con la idea de la ropa tendida y, para los interiores, ajustaremos las fundas para que queden tensas como las velas de un yate. ¿Veis?

Helen tiró de un hilo y todos aplaudimos.

—Tenemos estas bombillas que van descubiertas, y el plan es colgarlas de techo a techo, como una guirnalda, para la escena de la fiesta. Y para la gran pelea del Acto III, pensamos en cómo se vive el fútbol en Italia, en los chicos que juegan en la plaza de la ciudad y la gente que junta varias sillas por la noche para ver los grandes partidos internacionales juntos, en comunidad, y queremos que la pelea sea así, que haya sillas plegables en el aire como se ve en las noticias, bengalas y fuegos artificiales (todavía estamos viendo cómo conseguir eso); y, para las escenas de Fray Lorenzo, colocaremos un árbol, polvoriento y blanco a excepción de las hojas, que serán el único

verde en escena, porque él es como un símbolo de la naturaleza y las hierbas y los jardines y, bueno, da igual, allí es donde Romeo y Julieta se casarán. Y así es cómo se os verá a vosotros...

Sacó una pila de tarjetones gigantes.

—La idea es que todos tengáis mucho estilo.

—Gracias a *Dios* —suspiró Alex.

—Y nos pareció que usar rojo y azul era demasiado obvio, porque queremos destacar lo que dijo Charlie sobre sus diferencias, que solo existen en sus cabezas, así que los Montesco usarán este blanco grisáceo y los Capuleto, este celeste. Bueno... os advierto de que mis dibujos son una mierda. ¿Estáis listos? Sed amables conmigo, cabrones.

Dio la vuelta el primer tarjetón. Era Fran, no había ninguna duda, con un vestido gris pálido que dejaba descubiertos sus hombros y que bien podría haber sido un camisón o una mortaja. Los tarjetones empezaron a circular entre nosotros y revelaron a Miles como Romeo, el mentón al aire y una chaqueta pálida sobre el hombro; los Capuleto y Montesco mayores, con trajes rígidos y elegantes y vestidos de noche; y así sucesivamente, hasta que vimos las caras de todos los miembros de la compañía sugeridas con un par de líneas. Cada una de las ilustraciones hacía sonreír o reír al miembro del elenco que se reconocía y ya se imaginaba adoptando esa pose.

—Hemos mezclado vestimenta moderna con prendas con un vago aire de época, así que alguien podría tener una bonita chaqueta con botas que parecen del período isabelino, o unos vaqueros con una gorguera, porque queremos que sea *relevante*, *tío*, pero también porque eso es lo que todo el mundo está haciendo. Básicamente, he robado ideas de todas las producciones que ha hecho la Royal Shakespeare Company en los últimos veinte años.

Miles, que hasta ese momento apenas había registrado la existencia de Helen, levantó su propio retrato como si estuviera admirando una obra de arte de uno de los grandes maestros.

—¿Puedo quedarme con el mío cuando terminemos? —preguntó, y Helen luchó por ocultar su sonrisa.

Años más tarde, cuando revisaba cosas viejas, encontré el dibujo que Helen había hecho de Benvolio, en el que tenía unas pequeñas gafas redondas y estaba escuchando a alguien. Hacía años que no veía ese retrato, y me hizo reír por primera vez en el día. Era el tipo de dibujo que suele verse en las paredes del salón de arte de cualquier instituto, rodeado de ojos gigantes, zapatos viejos con sombra en lápiz y autorretratos hechos con el reflejo de una cuchara. Ya en su momento, había notado que la nariz era un poco rara, que los ángulos de los brazos no cuadraban y que Helen no hacía manos, sino palas. Pero había sido la primera vez que alguien me había dibujado sin un pene en la frente y, al redescubrir el tarjetón, reí al recordar lo mucho que me había encantado en ese momento, lo orgullosa que había estado mi amiga y cómo todos habíamos compartido ese orgullo.

—¡Esto será fabuloso! —exclamó Lucy, entusiasmada por todo el cuero rojo que le tocaría llevar.

—Helen —dije yo—, eres brillante. No tenía ni idea.

—Vete a la mierda, Charlie —respondió ella y se sonrojó, otra cosa de la que no la había creído capaz.

—¡Un fuerte aplauso para el equipo de diseño, por favor! —vociferó Ivor.

Y, para evitar que nos sintiéramos demasiado a gusto:

—¡Es hora del taller de máscaras, gente! —gritó Alina.



El huerto se había transformado en una especie de harén: alfombras y almohadas acomodadas debajo de los árboles, planchas de papel de embalar y, junto a cada almohada, recipientes llenos de una pasta que parecía crema de avena. Las máscaras se usarían en la escena de la fiesta de los Capuleto.

—Esto también es un ejercicio de relajación —explicó Alina—, así que lo haremos con tranquilidad. Escucharemos a los pájaros, los insectos, el sonido de los árboles. Pero lo más importante es el estudio detallado de la cara y de lo que expresamos incluso cuando creemos que no expresamos nada. Ahora, poneos de dos en dos.

—¡Poneos de dos en dos! —gritó Ivor, cinco palabras que siempre desataban una ola de pánico que se intensificaba aún más por la necesidad de ocultar dicho pánico.

Las normas de cortesía dictaban que nos abstuviéramos de lanzarnos sobre la gente que nos gustaba. Además, pasar una tarde entera pegando papelitos húmedos sobre la cara de Fran habría sido demasiado. Ella ya había entrelazado su brazo con el de Alex, el talento con el talento, mientras los demás mirábamos desesperados a nuestro alrededor, cada instante de contacto visual cargado de significado. Al igual que la arremetida en busca de un sitio durante un juego de la silla, el frenesí duró varios segundos. La Nodriz Polly adoptó a Colin Smart, Helen se aferró a Alina y parecía muy contenta al respecto. Lucy se colgó del brazo de Miles, y John y Lesley, los Burton y Taylor de la compañía, se quedaron con lo que ya conocían. A Keith, nuestro Fray Lorenzo, le gustaba asociarse con los más jóvenes del elenco, pero tuvo que conformarse con Bernard, el ex miembro de la Guardia Real que ahora debía encarar su primer taller de máscaras con una paciencia estoica.

Los únicos que quedábamos éramos George y yo.

—Creo que esto es lo que llamarías «salir perdiendo».

—No seas tonto, está bien así. ¿Quieres ir primero?

Se quitó las gafas, cuyos cristales tenían el grosor de uno de sus dedos. Sin ellos, parecía confundido y vulnerable; parpadeó un par de veces y los guardó en el bolsillo de la camisa, como si se preparara para que le vendaran los ojos y lo fusilaran.

—De acuerdo —suspiró.

Quizás me lo había imaginado, pero sentía una cierta afinidad con George. Era reservado y observador y, aunque no hablaba casi nunca, todos lo escuchaban cuando lo hacía. En una ocasión inusual en la que Miles había elogiado a otra persona, había revelado que George era «prácticamente un genio», un gran escritor, un argumentador imbatible, un violinista al que se podía escuchar. Quizás ese era el motivo por el cual no habíamos hablado demasiado, porque ¿qué podría decir yo a alguien así? Incluso así, no solía exhibir esas habilidades ni usar su

inteligencia como si fuera un palo para golpear a los demás. En vez de eso, se sentaba callado y miraba con la mano apoyada en el mentón o la boca, la frente, el costado de la nariz o la parte de su cara inflamada que le causara más dolor en el momento. Al ver sus escenas durante los ensayos, me pareció que la idea de Paris era que fuera una especie de anti-Romeo; la última persona en el mundo con quien Julieta desearía estar —«*Preferiría ver a un sapo, a un sapo en persona, antes que a él*», dice la Nodriz—, y alguien con quien casarse sería un destino literalmente peor que la muerte. «*¡Ah, pídemme que salte de la almena de cualquier torre y no que me case con Paris!*», exclama Julieta, y se me ocurrió lo dura que podía ser la selección de roles cuando alguien había visto a un chico adolescente y había pensado: *Sí, tenemos a nuestro sapo*.

Mientras tanto, un aire de concentración meditativa había descendido sobre el huerto, una atmósfera que Ivor deseaba imponer con la reproducción de su CD de música *chill out*. George había apoyado la cabeza sobre la almohada, tenía los dedos entrelazados, los ojos y todos los músculos apretados, y estaba claro que se estaba esforzando por no colocar las manos sobre su cara.

—Dios mío. —George exhaló por la nariz—. Sin contar la fabricación de máscaras, creo que no hay nada en este mundo que me ponga más tenso que la música *chill out*.

—Mi padre la llama música para gente a la que no le gusta la música.

—Es un hombre muy listo. ¿Qué hace tu padre?

—Solía tener una tienda de discos. Ahora está desempleado, así que... ¿El tuyo?

—Funcionario público. Trabaja en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

—De acuerdo. ¿Empezamos?

—Por favor. Adelante.

Empecé a cubrir su cara con papel empapado en pegamento, una técnica que conocíamos de la escuela primaria, cuando nos habían hecho cubrir globos con papel maché y explotarlos con un alfiler. Ahora la frente de George era el globo.

—No es necesario aplicar una capa de grasa —señaló George.

—Esperemos que se despegue. ¡No me gustaría que tuvieras que volver a tu casa así! —Había adoptado un tono alegre y forzado de una enfermera valerosa en un hospital de campaña.

—Desde luego, lo mejor para todos sería conseguir una bolsa de papel. Una bolsa de papel normal y corriente donde meter la cabeza entera. —Yo continué en silencio—. O un vendaje. Envolverlo todo como si fuera una momia. —Puse papel sobre el puente de su nariz—. Quizás cuando quites esto, ocurrirá un milagro y mi piel quedará limpia. Quizás el engrudo para pegar empapelado es la cura que he estado buscando todo este tiempo...

—George, tienes que guardar silencio.

—¿Ah, sí? De acuerdo. Ni una palabra más.

—La idea es escuchar los árboles.

—Está bien. Escucharé los árboles.

Seguí acumulando capas de papel. Habíamos tenido chicos así en Merton Grange, con caras irritadas y quemadas por usar exfoliantes y blanqueadores, astringentes y trapos calientes, chicos que usaban la camisa del uniforme durante el fin de semana y demasiadas prendas en verano,

chicos que eran torpes y temerosos, que se buscaban y apiñaban durante el almuerzo como si fueran cristianos en el Coliseo. ¿Serían más gentiles los tormentos de los institutos privados? Parecía poco probable que hubiera sobrevivido intacto.

—¿Cómo te llevas con Fran?

La pregunta me pilló por sorpresa y, mientras intentaba elaborar una respuesta, eché una mirada en su dirección. Alex estaba sentado a horcajadas sobre su pecho y apretaba los pulgares contra la cuenca de sus ojos.

—Nada mal.

—Parecéis bastante cercanos.

—Supongo que nos estamos haciendo amigos.

—¿Y ella te gusta?

Quizás fuera el efecto engañoso de la música *chill out*, pero la conversación se estaba volviendo demasiado personal.

—Sí, claro —mascullé—. Es simpática, le gusta a todo el mundo.

—Charlie, estoy usando el verbo «gustar» en otro sentido. —No dije nada. George se humedeció los labios—. Lo que quiero decir es...

—Sé lo que quieres decir. No deberíamos estar hablando, George.

—Pero la respuesta es «sí».

—¿Si ella me gusta? Sí, me gusta mucho.

—Sí —confesó él—, a mí también.

—Ah, claro.

Era cierto, yo había notado cómo hablaba con Fran, en voz baja y con atención, moviendo los dedos para tapar distintas partes de su cara. También había notado cómo se inflaba un poco de orgullo cuando conseguía hacerla reír, algo que hacía con frecuencia, y con mucha más frecuencia que yo.

—No me importa, por cierto. No es una competición. Creo que tú le gustas bastante.

—¿Y cuál es el sentido de ese «gustar»?

—Supongo que ya te enterarás. Con el tiempo.

Volvimos a quedarnos en silencio hasta que la mitad de su cara desapareció. Había una perla blanca en la curva de su fosa nasal y, al lado de su ojo, tenía un grano tan grande que le cambiaba la forma de la cara. Daba la sensación de estar caliente al tacto, pero yo me sentía valiente, supongo, y estaba decidido a no vacilar.

—Lamento mucho que tengas que hacer esto —comentó él.

—No me molesta.

—Es repulsivo, lo sé.

—No está tan mal.

—No deberías tener que tocar nada de esto.

—No es cierto.

—Lo siento *palpitar*, en serio. A veces pienso que si tuviera un cuchillo me sacaría la cara entera.

Hizo una mueca que hizo crujir el papel que se estaba secando. Me di cuenta de que era muy necesario encontrar algo que decir.

—Tienes unos ojos agradables.

—Sí, eso es lo que dicen todos cuando no se les ocurre nada...

—Mira, George, no tengo ni idea de qué decir. Esto también es raro para mí, pero creo que tienes una cara muy agradable, ¿de acuerdo? Es... expresiva.

Creo que eso fue lo más raro que le había dicho a una persona hasta el momento. Pasó un momento.

—Tienes razón —reconoció George—, deberíamos hacer esto en silencio.

Otro momento.

—Gracias —dijo, y dejamos de hablar hasta terminar.

Cuando la máscara estuvo lo suficientemente seca, empujé los dedos debajo del papel y se despegó con un satisfactorio sonido de succión. George se frotó los ojos con el talón de las manos e hizo una inspección somera.

—Mapa en relieve de los Andes —observó—. Apártalo de mi vista.

Puse la máscara con las demás y me preparé para mi turno.

Todo el proceso nos llevó dos reproducciones de la compilación de *chill out*, después de lo cual todos nos pusimos de pie con la visión borrosa e intentando despegar la pasta que nos había quedado en las comisuras y los pliegues de la piel, e inspeccionamos la galería de caras que se cocinaban al sol como si fueran algún cultivo grotesco.

—Bien, esto ha parecido un poco pervertido —declaró Helen.

—Todos tenéis un aspecto espléndido —aseguró Polly.

—Qué montón de fenómenos —señaló Alex.

—La mía es fantástica —indicó Miles.

—¿La que has hecho tú o la que han hecho de ti? —pregunté.

—Ambas.

—¡Miles! —exclamó Fran.

—Qué colección de personalidades más interesante —comentó Polly.

—Creo que todos somos guapos —ofreció Colin.

—Ay, Colin, por favor —respondió Alex.

—Máscaras mortuorias —pronunció George.

—Parece el sótano de un asesino en serie —dijo Fran.

Busqué su máscara entre las demás. Era como un artefacto maravilloso y valioso expuesto en un museo, un artefacto que me habría gustado mucho robar.

—Charlie —susurró Helen—, nunca nadie puede enterarse de lo que hemos hecho, *nunca*.

—De acuerdo, todos lo habéis hecho muy bien —exclamó Ivor—. Esta ha sido una buena semana de trabajo. Pero ¡el lunes es el día en el que introducimos un cambio! Faltan dos semanas y media para el ensayo general. Serán días largos y necesito que todos os sepáis las líneas de memoria y que estéis concentrados. ¡Llegad puntuales, gente! Nos vemos el lunes. Ahora idos. ¡Dispersaos! ¡Dispersaos!

Pero algo había cambiado. Nadie quería irse y todos nos quedamos deambulando por la entrada para coches sin nada para hacer, a la espera de un plan que se materializara, algo que alargara el día.

—Está decidido. Iremos a El Pescador de Caña —anunció Fran y me sujetó del brazo—. Recuerda: no vayas a ningún lugar sin mí.



El Pescador de Caña

De los pubs de la ciudad que servían alcohol a menores de edad, El Pescador de Caña era la elección más inteligente. Era más probable que te sirvieran en El Martillo y las Pinzas, un bar clandestino donde no era inusual encontrar clientes en uniforme escolar, corbatas sueltas y bolsas escondidas debajo de la mesa. Pero El Martillo era el pub local donde se desataban la mayor cantidad de peleas y beber allí era una experiencia estresante.

El Pescador de Caña era una propuesta con más clase en todos los sentidos: una casa de granja ubicada en el límite de la ciudad, una construcción nueva de estilo tudor con paredes blancas y techo de paja recién colocado; un pub que atraía gente desde lejos y tenía un aparcamiento amplio. Tenía techos bajos, como en las construcciones auténticas, vigas artificiales de madera a la vista y, los domingos, familias enteras se amontonaban en los espacios a los lados de la chimenea o en cualquier lugar donde cupieran para atracarse con el famoso asador libre, un festival de carne sin fin acompañada por dos salsas diferentes, una oscura y otra clara. En épocas más felices, habíamos ido con mi madre y mi padre a deshidratarnos con tiras de jamón rosado, refrescos Britvic 55, patatas fritas de bolsa y patatas fritas cocinadas en la cocina y servidas en cuencos enormes. Ahora, la ventaja que ofrecía a los bebedores menores de edad era el patio cervecero, un corral de césped pisoteado que se inclinaba hacia un lago artificial —mejor dicho, un estanque grande— que estaba rodeado de pescadores de caña malhumorados —los pescadores epónimos, supongo— que permanecían hasta la noche, encorvados, bebiendo cerveza y mirando mal a cualquier joven que se atreviera a acercarse y «espantar a los peces». Algunas de las noches de entre semana de la primavera anterior, en las que yo debería haber estado repasando, Harper y yo nos habíamos sentado en ese patio, tiritando por el fresco de la noche, y habíamos rellenado nuestras Coca Colas inocentes con el ron que él había escondido en el bolsillo de su chaqueta. En ningún momento se nos había ocurrido que lo que estábamos haciendo estaba mal o era irresponsable. Las leyes eran guías y la regla que prohibía beber a los menores de dieciocho años solo existía para que no bebieran los chicos de catorce años. Habíamos establecido un acuerdo informal: siempre y cuando permaneciéramos en el corral, no habría problema.

Y allí fue donde terminamos ese viernes, todos y cada uno de los miembros de la Cooperativa Teatral La Ratonera, tanto jóvenes como mayores, nos sentamos alrededor de dos mesas de madera para picnic que arrastramos por el césped seco y conseguimos unir. Con ánimo de ser responsable, Ivor se negó a comprar cualquier cosa más fuerte que media pinta de cerveza con limonada para los miembros más jóvenes, así que nos vimos obligados a beber al doble de velocidad y, sin nada que comer más que dos cestas de patatas fritas a medio cocinar, la

conversación pronto empezó a aumentar. Estábamos en una etapa de nuestras vidas —y en una época— en la que toda conversación aspiraba a ser una rutina de *stand-up*, así que les conté a Helen, Fran y Alex la historia de mi sesión de improvisación shakesperiana —*Mi experiencia con el amor ha estado repleta tanto de aciertos como de errores*— y me sentí satisfecho al oírlos reír. Cuanto más bebíamos, más fácil era reír, hasta que llegamos a un punto de nuestra borrachera en el que algo cambió, como si alguien hubiera apretado un interruptor, y la charla se tornó confesional.

Entonces... Al parecer, Keith estaba en la mitad de una separación espantosa que él mismo había causado al tener una aventura con una compañera de elenco de la producción del año anterior de *El violinista en el tejado*, una chica que había interpretado a su hija, si se podía creer («¿Es la tradición!», gritó Alex), pero todavía quería a su esposa, quería que lo dejara volver con ella, y Lucy estaba contándole a Miles la presión que sentía para alcanzar las notas más altas y Miles decía «Sí, sé cómo te sientes», porque, si él no era el mejor en algo, más le valía tener una maldita razón para no serlo, y Colin Smart, a quien yo siempre había desestimado por creerlo un empollón aburrido y enclenque, reveló que su hermano estaba en un instituto para jóvenes delincuentes por vender drogas y, antes de que pudiera asimilarlo, Polly, que había bebido parte de una botella de vino blanco, empezó a hablar de lo solos que ella y Bernard se sentían sin sus hijos y nietos, que ahora estaban en Nueva Zelanda, lo mucho que les encantaba estar con gente joven como nosotros, cómo la juventud los mantenía jóvenes a ellos. A mi derecha, Alina estaba contándole a Fran, en voz baja e intensa, lo de su novio infiel, que era bailarín de ballet y que ella había dejado en Viena, mientras Alex, a mi izquierda, expresaba la preocupación que le generaba la idea de decirles a sus padres ghaneses que era gay.

—Son liberales —señaló—, pero no *tan* liberales.

Mientras tanto, yo me quedé sentado escuchando, alternando entre prestar atención y no, como si estuviera delante de un conjunto de televisores. Escuchar tantas confesiones juntas era algo contagioso, y me pregunté si debería sumarme, aportar algo. ¿Que ya no veía a mi hermana y me estaba distanciando de mis mejores amigos? ¿Que odiaba a mi madre pero quería que volviera? ¿Que me preocupaba que mi padre pudiera suicidarse, que robaba efectivo y vasos baratos, que había suspendido mis exámenes y no podía dormirme por temor a un futuro que no podía imaginar?

Era demasiado. Había pocas cosas en mi cabeza que no provocarían que un oyente empezara a jugar incómodo con el posavasos, y el único secreto puro que sentía que podía compartir era la pasión enorme y rebosante que sentía por la chica que estaba ahora a mi lado, cadera con cadera, el brazo descubierto en contacto con el mío, la mano apoyada contra su mejilla —*Ay, si pudiera ser un guante en esa mano, etcétera, etcétera*—, inclinada hacia adelante para escuchar a Polly, que estaba borracha, mientras le sostenía la otra mano y le decía lo guapísima que era como Julieta, lo talentosa que era. Fran se sacudía los elogios, pero todo era cierto. A mi lado estaba la chica más inteligente, más lista y brillante que había conocido, el antídoto contra el resto de la basura lamentable de mi vida. Nunca había querido algo tanto como quería estar con Fran Fisher, fuera lo que fuera que «estar con» significara, pero ¿a quiénes de los presentes podría confesar

eso? Desde luego, no a Fran Fisher.

Miles volvió con una bandeja de vasos llenos.

—¡Las patatas! —exclamó Helen—. ¡Has olvidado las patatas fritas!

—¡Y los cigarrillos! —gritó Alex.

—¡No! —declaró Ivor—. ¡Nada de cigarrillos!

—Ay, me *encantaría* un cigarrillo —comentó Alina.

—Alina, ¡tenemos la obligación de cuidarlos!

—Algo para comer estaría bien —dijo Polly con palabras arrastradas—, para absorber un poco de este vino blanco. Toma, aquí tienes algo de dinero...

—No, iré yo —me ofrecí, liberé mis piernas de debajo de la mesa de picnic, perdí el equilibrio y apoyé la mano sobre el hombro de Fran y, solo por un instante, ella estiro su brazo y sujetó mi mano con la punta de sus dedos. Dios mío, ¡quería gritarlo a los cuatro vientos!

Y con razón. Mientras caminaba hacia la barra, el suelo caliente se había convertido en un pantano debajo de mis pies. Las lámparas de sodio se habían encendido y noté que las polillas y los mosquitos pequeños deambulaban como brasas ardientes en el aire cálido y eléctrico. Así estaba: tan borracho que hacía observaciones poéticas. Dentro del pub, el aire estancado olía a vinagre y aceite caliente. Me agaché para pasar por debajo del alero de madera, me enderecé y preparé mi voz con anticipación para hablar con la encargada.

—Quiero patatas fritas, por favor. Dos, no, cuatro, no, seis porciones. Y ocho paquetes de cacahuetes. Cuatro salados y cuatro tostados. —Parecía un profesor de elocución borracho—. Y cuatro bolsas de patatas fritas con sal y vinagre.

Sería caro, pero tenía dinero y tarjetas rasca y gana en la cartera, y la cerveza con limonada me había vuelto temerario.

—¿Cuántos años tienes, hijo?

—¿Dieciocho? —La entonación de pregunta fue un error. Daba igual. Concentración. Presioné el dinero contra la palma de su mano como si fuera un soborno—. ¡Solo queremos patatas!

La mujer suspiró y me entregó un pez de madera grande con un número nueve pintado en uno de los lados.

—Aquí tienes tu número de pedido. Presta atención, no te llamaremos dos veces.

—¿Y podríais cocinar las patatas esta vez? Las de la última tanda estaban crudas por dentro.

—No abuses de tu suerte, niño —dijo y me echó con una sacudida de la mano.

Recogí los paquetes. Con todos esos tentempiés, me recibirían como a un héroe. En el patio cervecero, vi a una familia de cinco sentada en la mesa que estaba junto a la puerta: tres chicas, dos de las cuales eran idénticas y se reían de algo que había dicho su padre, y, antes incluso de pasar por al lado, supe que la tercera chica sería mi hermana, que había salido con mi madre y su nuevo novio.

Todavía no me habían visto. Jonathan se regodeaba en sus risas y usaba una patata a medio comer para levantar salsa tártara de una pequeña cazuela, y, por un instante, contemplé la posibilidad de escabullirme hacia dentro y rodear el perímetro, pero...

—¡Charlie! —gritó mi madre.

—Hola, Charlie —saludó Billie y se puso seria.

—¡Hola, jovencito! —dijo Jonathan, delgado y en forma («Hace *ejercicio*», me había contado Billie) con su camisa de botones de Ted Baker, el pelo corto y la barba incipiente como la que tenía mi viejo Action Man. La única vez que nos encontramos en el club de golf, había tratado mi desdén como si fuera la queja de un cliente, y en ese momento adoptó la misma actitud: paciente, humilde, listo para ponerse de pie de un salto y sacudir las manos contra sus pantalones cargo color caqui antes de ofrecerme un apretón. Mis manos estaban llenas, así que él señaló a las chicas:

—¿Ya conoces a las gemelas?

Las gemelas levantaron la mirada. Yo imaginaba que, en una vida paralela en la que mi madre me había llevado con ella, yo habría podido ser un rebelde malhumorado pero intrigante, un pájaro cuco infiltrado en el nido, y me pregunté si habría habido una tensión rara y oscura entre nosotros, la tentación de un romance prohibido ante la desaprobación de su padre. Quizás por eso mi madre había decidido que sería mejor dejarme en casa; habría sido demasiado peligroso en esa casa. Ahora, esa fantasía se disolvía ante su dolorosa indiferencia.

—Hola —dijo una.

—Encantada de conocerte —dijo la otra.

Chicas de Chatsborne, saludables y robustas, con mejillas sonrojadas como si acabaran de guardar sus raquetas. Continuaron picoteando la ensalada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mi madre, en un intento por hacer avanzar la conversación.

—¡Es una salida! —dije irritado y avergonzado por mi irritación.

Billie bajó la mirada y succionó su pajita.

—Trabajas los viernes.

—He cambiado el turno.

—Entonces... ¿Con quién estás?

—Con unos amigos.

—¿Los chicos? ¡Diles que vengan a saludar!

Eché una mirada hacia la mesa. Sam y Grace, los músicos, habían llegado y Sam se estaba llevando la flauta irlandesa a los labios.

—No, otros amigos.

—¿Los conozco?

—No tienes por qué conocer a toda la gente que conozco, ¿o sí?

—No, pero puedo sentir curiosidad. ¿O no?

Desde donde estaba, escuché el silbido persuasivo de la flauta de Sam, que estaba tocando una melodía tradicional. Mi madre siguió mi mirada.

—Es increíble, ¿quién trae una flauta dulce al pub?

—¡Los perros no deben de estar contentos! —exclamó Jonathan y las chicas rieron. ¿Quién ríe de los chistes de sus padres?

—No es una flauta dulce —aclaré con brusquedad—. Es una flauta irlandesa.

—¡Ah, me he equivocado! —respondió Jonathan y levantó las manos, y me dieron ganas de

arrancarle los bolsillos de su pantalón cargo. Billie succionó su pajita con mucho ruido.

—Billie, cariño —pidió mi madre—, creo que el vaso ya está vacío.

En nuestra mesa, Grace se unió a Sam con el tambor.

—Tengo que irme —anuncié con una sacudida de cacahuetes.

—De acuerdo, ve. He disfrutado mucho nuestra pequeña interacción. —Mi madre sacudió la cabeza con tristeza.

—Adiós, Billie. —Ella me dedicó una sonrisa tensa de prisionera y me di prisa en alejarme de la mirada penetrante de mi madre.

Nunca debería haber ido a la barra. Había perdido mi lugar junto a Fran —«a ningún lugar sin mí», había dicho— y ahora ella se había movido con Helen y Alex a la otra punta de la mesa en un intento por distanciarse de la nueva broma, que consistía en que Grace y Sam tocaran éxitos de música pop como si fueran trovadores medievales (en ese momento, estaban tocando *Saturday Night* de Whigfield). Si estuviéramos en el jardín de la Mansión Fawley, habría tenido cierta tolerancia hacia esas tonterías dignas del Footlights de Cambridge, pero en el pub ya atraíamos el tipo de mirada reservada para la llegada de nuevas naves Ala-B. Estiré el brazo para levantar mi bebida, cualquier bebida. Además de los cacahuetes, había vuelto de la barra con un resentimiento furioso, no solo por mi madre y su novio, sino también por Billie, que había salido una noche de viernes y se reía con su... ¿Era ya su padrastro? ¿Habíamos alcanzado el terreno de padrastro?

—*¡Stairway to Heaven!* —gritó alguien cuando la canción terminó.

—*¡No, Firestarter!*

—*¡When Doves Cry!*

—¿Charlie? —Era Fran, que estiraba su brazo a lo largo de la mesa y articulaba con la boca: «¿Estás bien?».

—¿Charlie? —dijo mi madre a mis espaldas.

Todos dejaron de hablar y se giraron para mirar.

—Hola a todos, ¡yo soy la madre de Charlie!

—¡Hola, madre de Charlie! —corearon todos.

—Hola —saludó Ivor—, ¿quiere sentarse con nosotros?

Eché un vistazo a Fran, que sonreía y estaba a medio camino de levantarse:

—Sí, siéntese...

—No, no os molestéis. Solo quiero hablar de algo con mi hijo. ¿Charlie?

Ya se estaba alejando. La seguí hasta el borde del estanque.

—Así que... ¿cómo estás?

—Bien.

Un grupo de golondrinas descendieron sobre el agua a través de las nubes de mosquitos.

—¿Tienes algo que contarme?

—No. Nada.

—Porque no conozco a *ninguna* de esas personas.

—¡Bueno, yo sí!

—Charlie, tú no conoces a nadie que toque la *flauta irlandesa*.

Empujé la grava suelta con el pie, reuní algunas piedras pequeñas y lancé una para que rebotara contra la superficie del estanque.

—Conozco a Lucy Tran, conozco a Helen Beavis y a Colin Smart, iban a mi instituto.

—Las gemelas dicen que conocen a esa chica de Chatsborne. —Indicó a Fran con la cabeza.

—Ya no estamos en el instituto.

—Pero nunca los has mencionado. Charlie. No es... —Apoyó la mano sobre mi brazo y bajó la voz—. No es un grupo *cristiano*, ¿no?

Eso me hizo reír y ella me pellizcó el brazo.

—¡Ay! ¿Qué te hace decir eso?

—Es lo que parecen, todos felices y aplaudiendo. No me molesta, puedes hacer lo que quieras con tu alma inmortal, pero ¡solo quiero saberlo!

Lancé otra piedra. Supongo que podría habérselo contado. No habría sido lo más raro del mundo que estuviera probando cosas nuevas a los dieciséis años.

—¿O es una secta? Porque no quiero tener que desprogramarte, Charlie, ya tengo demasiados problemas.

Pero no estaba listo para volver a confiar en mi madre. Todavía deseaba ver su expresión dolida.

—¡No es una secta y no es asunto tuyo!

Y esa era la cuestión.

—¿Ah, no?

—No, ya no.

Lancé otra piedra.

—¿Intentas golpear a esos pobres pájaros? —preguntó y, cuando no le respondí, soltó un suspiro—. ¿Cómo está tu padre?

Lancé una piedra.

—La verdad es que no lo he visto.

—¿Desde cuándo?

—Desde el lunes.

La próxima piedra rebotó lejos y yo eché un vistazo a mi madre, supongo que en busca de aprobación, pero ella parecía ansiosa y distraída.

—¿Por qué no? —inquirió con una mano sobre la frente. Después de todo, yo era sus ojos y oídos y estaba allí para dejarla tranquila.

—No he estado mucho en casa, eso es todo. Está bien, solo que no hemos hablado.

—¿Por qué no?

—Cuando llego, ya está dormido.

—¿Dónde has estado?

—Con la secta. Me exige mucho tiempo.

—Charlie, hablo en serio...

—Tenemos muchos rituales y cosas así...

—Lo único que he hecho ha sido preguntar dónde...

—Y como ya te he dicho, a dónde voy no es asun...

—¿Por qué no? —soltó ella, repentinamente feroz—. ¿Cuál es tu razonamiento? —Quise lanzar otra piedra pero ella me golpeó la mano desde abajo e hizo que llovieran sobre el agua—. Estoy intentando hacer las cosas bien contigo, Charlie. Por favor, al menos reconoce que estoy haciendo todo lo que puedo. —Se giró y, con los brazos cruzados y la cabeza baja, se alejó en dirección al pub.

Yo permanecí en la orilla del agua y observé las golondrinas mientras la emoción de sentirme justificado se desvanecía y se convertía en arrepentimiento. En la mesa, La Ratonera había vuelto al repertorio de música tradicional inglesa y ahora se escuchaba cómo armonizaban de forma extravagante una ronda de *Rose, Rose, Rose Red* que parecía no tener fin. No podía volver a eso. Incluso si conseguía recuperar mi lugar junto a Fran, estaba conmocionado por mi propia admisión de que no había visto a mi padre. Él no daba señales de disfrutar mi compañía, pero tampoco le gustaba estar solo, y los cuatro días debía de haberlos sentido como estar en una celda de aislamiento. Sentí que mis viejos temores volvían a mí. Me marcharía de inmediato, buscaría mi bicicleta e iría a casa. Oí y sentí pasos detrás de mí, una mano se apoyó en mi espalda, me empujó hacia el agua y volvió a tirar para que no cayera.

—¡Te tengo! —Era Alex, y Helen y Fran venían detrás.

—Mírate aquí solo y melancólico —observó Helen—. ¿Qué misterios se ocultan bajo estas aguas oscuras?

—«¡Llevo luto por mi vida!» —exclamó Fran, fuera lo que fuera que eso significara.

—Ya no —aseguró Alex—. Él viene con nosotros.

—Alex tiene un plan —explicó Helen.

—Hay solo una regla en esta vida —elaboró Alex—: Cuando las canciones tradicionales empiezan, es hora de marcharse. Esto es lo que haremos. Charlie, diles a todos que te vas a tu casa. «Buenas noches a todos, tengo que trabajar por la mañana» y después ve a esta dirección. —Me entregó un trozo de papel arrancado de la portada de su libreto—. Ya hemos llamado a un taxi. Esperáanos fuera.

—¿Qué es?

—Una fiesta —aclaró Helen.

—Pero una fiesta *de verdad*, muy exclusiva.

—No conoceré a nadie.

—Nos conocerás a *nosotros* —señaló Fran.

—¿No debería cambiarme?

—En un mundo ideal, sí, pero no hay tiempo —respondió Alex—. Así estás... bien.

—¿Irá alguien más?

—Solo nosotros. Te estamos iniciando en nuestra cuadrilla. Deberías sentirte muy honrado.

—No sé si debería... —*Ya ha estado solo tres, cuatro días.*

—¡Deja de hablar! —indicó Helen.

—Tengo que...

—¡Deja de hablar, deja de hablar, deja de hablar!

—*Vamos* —recitó Alex—, *que se va la luz*.

—Te veremos allí —indicó Fran—. Me lo has prometido. ¿Recuerdas?

Y ahora Alex me guiaba hacia los demás con las manos sobre mis hombros y la boca contra mi oreja.

—Ay, Charlie. ¿No ves qué es esto? ¡Ve! Ve rápido y despídete antes de que empiecen otra canción.



Los Pinos

La casa estaba sobre La Avenida —o, como era conocida, la Hilera de los Millonarios—, y, en ese momento, eso todavía significaba algo. Un Beverly Hills de coníferas donde habitaban magnates de la industria, presentadores de noticias locales, mafiosos respetables, un puñado de actores a los que les había ido bien en los programas de detectives de los setenta. Los números de casa estaban por debajo del nivel de La Avenida. En su lugar, las casas tenían nombres elegantes que simulaban ser campestres y parecían haber sido inspirados por la Fundación Nacional para los Lugares de Interés Histórico o de Belleza Natural: La Casa de Mármol, La Cabaña de Piedra, El Monte, Los Acebos. El trozo de papel decía que buscara Los Pinos, y estuve un buen rato yendo de un lado para el otro de la calle ancha y silenciosa, inspeccionando las entradas de las mansiones ocultas detrás de los arbustos de ligustro altos, hasta que encontré un bloque enorme e impenetrable de acero oxidado con mucho estilo, como si fuera la puerta de la cámara de descompresión de un carguero espacial.

El tiempo pasó: veinte minutos, media hora, cada vez más cerca de la medianoche, y, mientras tanto, yo deambulaba como si fuera un ladrón que estaba haciendo un reconocimiento de la próxima casa que planeaba robar. La policía prestaba particular atención a la Hilera de los Millonarios. En mi cartera, tenía tarjetas de rasca y gana robadas y algo de efectivo de la caja. ¿Y si lo soltaba todo durante un interrogatorio? Me senté en la acera a escuchar el *clic-clic-clic* de los aspersores automáticos, a mirar los murciélagos que se retorcían contra el cielo violeta y a un zorro que caminaba despreocupado por el medio de la avenida, como si también buscara la fiesta. El minuterero pasó al otro lado del número doce y, ya sobrio, me dispuse a irme con la bicicleta.

Se acercó un taxi con la cabeza de Alex ya asomada por la ventanilla.

—¡Noooo! ¡Quédate donde estás!

Aparcaron, salieron del coche y aterrizaron en el arcén ancho y cubierto de césped, pero los tres se habían transformado: Alex tenía una camisa de satén gris abierta hasta el esternón; Helen vestía el mismo mono que había usado durante el día pero tenía el pelo peinado con gel en forma de estalagmitas, dos líneas anchas y negras debajo de los ojos que bien podrían haber sido hechas con un rotulador ancho y que parecían más pintura de guerra que maquillaje; y, finalmente, Fran llevaba un vestido negro, casi un camisón, con encaje arriba y abajo, y el mismo calzado deportivo Adidas.

—Hemos parado en mi casa para cambiarnos —explicó Alex mientras pagaba al conductor—. Espero que no te moleste.

—¿Qué te parece? —Fran tiró del dobladillo.

—Es precioso —respondí.

—¿No se la ve espectacular? —exclamó Alex—. Es el *negligé* de mi madre. ¡Que alguien llame al doctor Freud!

—No sé si tengo la vestimenta apropiada, Alex —declaró Fran.

—Tonterías. Es ropa interior pero exterior.

—Yo estoy usando mi ropa exterior como interior —señaló Helen.

—Me parece que no debería tener esto. —Fran tocó el tirante rojo de su sujetador, que se veía en su hombro.

—No, no deberías. ¡Quítatelo! —respondió Alex—. Estás entre amigos.

—No lo creo.

—Más tarde, entonces. La noche es joven.

—Esto también lo noto raro... —Se tocó los labios, pintados en forma de mariposas con los bordes superpuestos, como si el pintalabios se hubiera aplicado con el borde de un pulgar—. ¿Qué te parece? Lo ha hecho Alex.

—Genial —fue todo lo que pude decir.

—Siento que parezco un... mimo.

—Es la idea —insistió Alex—. Es estilo *Kabuki*. Este es un evento serio, gente, no la fiesta de despedida de *Bugsy Malone*. Hay que hacer un esfuerzo. Y con eso en mente... —Sacó un pulcro rectángulo blanco de una bolsa del Tesco, lo presentó como si fuera una bandeja y, como si fuera un mago, lo sujetó de una esquina, lo agitó y lo convirtió en una camisa—. Para ti.

—No puedo usar esto.

—Charlie, pareces el repartidor de periódicos. No te dejarán entrar así. Póntela.

—¿Aquí?

—Puedes esconderte detrás de un coche si eres tímido.

Sujeté la camisa con la punta de los dedos, me alejé un poco y di media vuelta. Era difícil flexionar todos los músculos y quitarme la camiseta al mismo tiempo y, cuando la levanté, me di cuenta de que el *Azteca* que había rociado esta mañana en mis axilas había perdido su efecto hacía rato. Usé la camiseta vieja para frotarme el cuello sucio y las axilas. Me pareció casi un sacrilegio colocarme esa prenda impecable que olía al armario para oreo y se sentía cara y pesada y fresca contra mi piel. Las camisas blancas que había usado para ir al instituto raspaban, eran de poliéster que no necesitaba plancharse y venían en paquetes de tres. En la etiqueta de esa camisa ponía Dior. Empecé a meterla en el pantalón...

—No, déjala así —indicó Helen—. Veamos qué aspecto tienes.

Me giré, enderecé los hombros e intenté guardar las manos en algún sitio.

—Tendrá que bastar —dijo Alex—. ¿Estamos listos? —Nos indicó que nos acercáramos para quedar bajo la cámara de seguridad—. ¡Foto de grupo! Sonreíd. ¡Decid «dieciocho»! —Nos acomodamos, adoptamos las expresiones más maduras que pudimos y Alex presionó el botón del intercomunicador—. ¡Hola, Bruno! Soy Alex. He traído un par de amigos. ¿Te parece bien?

El tiempo pasó y nosotros mantuvimos nuestras poses hasta que, al fin, con un murmullo grave e industrial, la enorme cámara de descompresión empezó a abrirse hacia un lado.

Al final de un camino cubierto de trocitos de madera e iluminado por antorchas, estaba la casa, baja y larga, que parecía emerger de la tierra con sus cristales ahumados de un color plomizo, como si se tratara de una mesa baja muy cara, y de inmediato reconocí el lugar como la casa de los narcotraficantes en las películas de acción. El perímetro debía de estar vigilado por un guardia de seguridad con gafas de sol que en algún momento se llevaría el dedo a la oreja y atinaría a sacar el arma de su chaqueta, pero sería arrastrado hacia el ligustro, donde recibiría un golpe en la cabeza.

—Joder, Alex —exhaló Helen.

En el patio —estoy seguro de que debía de tener un nombre más apropiado—, había hombres y mujeres elegantes acomodados en grupos con mucho estilo, como las figuras de plástico que están en las maquetas de los arquitectos, y la música para bailar salía de los altavoces que estaban escondidos en algún lugar entre los árboles, los pinos epónimos que protegían el terreno de la mirada exterior. A un lado de la casa, podíamos ver un rectángulo de luz fosforescente que cambiaba del rosa al azul, al verde, al rojo; una piscina, que ahora estaba vacía, pero estaba a la espera.

—Lo digo de nuevo. *Jo-der*.

—Lo sé —respondió Alex.

—¿No deberíamos haber traído algo? —pregunté yo.

—¿Cuatro latas de Stella y un casete? —Alex rio—. No es ese tipo de fiesta.

—Es una orgía, ¿no? —adivinó Helen y se le iluminaron los ojos—. Nos has traído a una orgía.

—No hasta dentro de *mucho* tiempo. Por ahora no es más que una fiesta agradable con alguien que conozco de la escena local.

—Ni siquiera sabía que teníamos una escena local —comenté.

—Charlie, no se *supone* que debas saberlo. Si alguien pregunta, aunque no lo harán, sois estudiantes del bachillerato y, por una rareza estadística, todos habéis cumplido dieciocho hace poco.

—No puedo fingir que estoy en el bachillerato.

—¡Sí que puedes! Imagina el instituto pero con menos violencia y más café. —Nos examinó a todos, uno por uno, como si fuera un adivino—. Fran, el año que viene esperas estudiar... Psicología en Durham; Charlie: Geografía, Sheffield; Helen: Educación Física y Política en Loughborough. ¡Tu sueño es ser profesora de deportes!

—Ja.

—Dime, Alex —comencé—, ¿nos estamos colando?

Yo ya me había colado en varias fiestas por toda la ciudad, cual Montesco en el baile de los Capuleto. Decíamos cosas como «Somos amigos de Steve» o «Stephanie dijo que podíamos venir». Había asistido a fiestas en las que se habían colado hordas tan despiadadas, dementes y destructivas como cualquier vikingo; robaban discos y carteras, abrían el candado que cerraba el mueble bar, arrancaban el lavabo de la pared, aplastaban salchichas con los pies y peleaban en el patio, lo que enfurecía y conmocionaba a los padres que volvían a la casa. Había asistido a fiestas que habían llegado a las noticias locales. Una vez, nos había sobrevolado un helicóptero. ¿No era

así cómo terminaban todas las fiestas en casas? ¿Con luces azules parpadeantes y montañas de sal rosa sobre la alfombra?

—¿Nos echarán?

—No, porque no os estáis colando, sois mis buenos amigos de la obra. Iré a saludar a Bruno. ¡Socializad! ¡Id! ¡Id!

Desapareció por la puerta de la casa y quedamos nosotros tres, embobados al borde de ese mundo nuevo que teníamos delante de nuestros ojos. Nunca había visto tantas personas atractivas en un solo lugar, con tanta variedad y glamour, y me pregunté si en serio podían ser los mismos vecinos que veía en el salón de té El Pan de Campo, en la farmacia y el supermercado, en el local de pescado frito El Arrastrero y en el restaurante chino El Ternero Dorado. Los hombres vestían camisetas caras o camisas abiertas bajo trajes de lino y las mujeres llevaban vestidos veraniegos a la moda o monos retro irónicos, como los que se veían en las tapas de los discos de música *house* que mi padre se había resignado a vender. Incluso los invitados de mediana edad tenían estilo, con sus bebidas sostenidas hacia un lado y una neblina mentolada que suavizaba el foco y que podría haber sido tanto el vapor de la piscina climatizada como el humo de todos esos Marlboro mentolados, o quizás solo fuera la luz halagadora que viene con el dinero.

—Esto no se parece en *nada* al Baile de la Iglesia Metodista —señaló Helen mientras yo intentaba con toda mi fuerza no mirar con fijeza a una mujer escultural que vestía un mono de PVC rojo y un hombre, atractivo como un modelo, que caminaba en línea recta hacia nosotros con una bandeja a la altura de sus hombros.

—¡Viene hacia nosotros! —exclamó Helen y se aferró de mi brazo.

—¿*Galette* de champiñones? —ofreció el modelo, y todos obedecimos, levantamos uno y agachamos la cabeza.

—Mierda —masculló Helen con el canapé a mitad de camino hacia su boca—. ¡Hay *camareros*!

—De donde yo vengo —observó Fran—, llamamos a esto tartaletas.

—Uh, esto es un *asco* —protestó Helen y lo escupió en la palma de su mano—. Sabe a tierra. ¿Qué tienen de malo las salchichas o el queso con piña? —Arrojó la pasta en una maceta de bambú—. Malditos yupis. No puedo comer esto. Iré a ver si tienen Pringles.

Pasó otra bandeja, esta vez con vasos bajos llenos de una nieve color verde extraterrestre, de los cuales levanté dos y rogué que los camareros no pidieran carné de identidad. Fran y yo nos quedamos solos, chocamos los vasos, hicimos una mueca y estiramos el cuello para acercarnos al borde. Bebimos un sorbo y Fran apretó la mandíbula y abrió mucho los ojos.

—Mira... estoy intentando ser genial y no poner cara fea. No pongas cara fea, no pongas cara fea, no pongas cara fea...

—Es básicamente un granizado con sabor a lima. Puedes comprarlo en la tienda de periódicos.

—¿En la tienda de periódicos también le ponen sal en el borde?

—Si se lo pides. Tienen un paquete industrial de sal debajo del mostrador.

—Tequila. —Volvió a sorber—. ¿Te has dado cuenta de que, una vez que vomitas con alguna bebida alcohólica, después siempre te hace pensar en vómito?

—Bueno, he vomitado con casi todas las bebidas alcohólicas, así que...

—Ah, eres un James Bond. ¿Y todavía te gusta?

—No estoy seguro de que el objetivo sea que te *guste*.

—Suenas harto de la vida. —Me dio una palmada en el brazo.

—Lo estoy. Tengo mucha experiencia —respondí, y quité la pajita para que no se volviera a clavar en mi mejilla—. Todo esto tiene mucha clase.

—Sí —admitió mientras nos sentábamos en el borde de una bañera llena de cactus y apreciábamos la fiesta—. Me siento como Daisy Buchanan.

—¿Quién es Daisy Buchanan?

—El primer amor de Gatsby. Él se convierte en millonario y organiza fiestas grandiosas y descontroladas para que Daisy se vuelva a enamorar de él y deje a su marido. No te diré qué pasa, pero es muy triste. Y también un poco molesto.

—Será lo próximo que lea —aseguré.

Leería todos los libros, vería todas las películas, escucharía todas las canciones que Fran mencionaba.

—Dios, necesitaba una fiesta. Aunque me siento mal por los demás. No deben enterarse. Odio las cuadrillas. Excepto, ya sabes, cuando me invitan a unirme a una camarilla, en cuyo caso me parecen geniales. ¿Era igual en Merton Grange? ¿Teníais cuadrillas?

—Claro. Aunque no usábamos la palabra «cuadrilla».

—¿Formabas parte de alguna?

—Algo así. En realidad éramos una pandilla de chicos.

—Sí, eso es lo que Colin dijo. Dijo que erais los reyes del instituto.

—¿En serio?

—Lucy dijo lo mismo. Excepto que ella añadió que solían decirle cosas ofensivas. Por ejemplo... ¿Cómo era? Número Cuarenta y Dos. Como si fuera un menú de comida china, que ni siquiera tiene sentido porque ella es vietnamita. Mejor dicho, sus padres lo son.

Era cierto. Cuando charlábamos, usábamos Cuarenta y Dos con mucha más frecuencia que su nombre real. También estaba Bajada del Barco, Viet Cong y, por algún motivo que nunca entendí, Buda, y, aunque no recordaba haber usado ningunos de esos apodos, sabía que no me había opuesto.

—¿Y Colin qué dijo?

—Que a él le tocaban los comentarios de gay y debilucho.

—Yo nunca dije esas cosas...

—No dijeron que fueras tú. —Fran apoyó su mano sobre la mía—. Crees que te estoy regañando. No te estoy regañando.

—Nunca he dicho nada de eso.

—Lo sé. Lucy solo dijo que algunos de los chicos lo hacían.

—Eran más que nada Lloyd y Fox.

—Y Harper también. Lo recuerdo porque te he oído hablar de él.

—Es mi amigo, pero eso no significa que no pueda ser un imbécil.

—Lo sé.

—Y Lloyd no es mi amigo en realidad, es más un amigo de un amigo, solo pasa el rato con nosotros. En este momento ni siquiera me está dirigiendo la palabra. No estoy seguro de que alguno lo esté haciendo.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Puede que tirara una bola de billar a su cabeza. Con mucha fuerza.

—¿Fallaste? —Fran rio.

—Sí. Pero no a propósito.

—¿Por qué?

—Fue algo que dijo. —Me encogí de hombros—. A veces dice cosas.

—Bueno, es una lástima que fallaras porque suena como un verdadero idiota. —Se rio—. Lo siento. Lo siento.

—No, me parece justo. —Pasó un momento—. ¿Cuándo tuviste esa charla con Lucy?

—No importa. Y no te enfades con Lucy, no estaba hablando por hablar. El único motivo por el cual salió el tema fue...

—Continúa.

—Dijo que le gustabas más ahora. Dijo que cuando apareciste conmigo la primera vez, te odiaba a muerte por todas... todas las cosas del instituto. Pero no eras quien ella creyó.

—Eran otros tiempos. Era una persona diferente —expliqué, y sentí que era verdad.

—No estoy intentando ser moralizadora ni dar un sermón, te juro que yo también puedo ser una perra, en serio. —Bebió un sorbo de su bebida, hizo una mueca y se rio—. Solo quiero asegurarme de no haberme equivocado contigo si seguimos con esto. Eso es todo. Olvídalo.

Si seguimos con esto, había dicho y había continuado hablando. Yo no podía asimilarlo. *Si seguimos con...*

—... deberíamos socializar...

Esto, con esto...

—... y conseguir otra bebida. El tequila nunca es buena idea.

¿Con qué?

—... ni siquiera en México, apuesto a que todos piden bebidas más suaves.

—¿Con qué?

—¿Qué?

—Has dicho «si seguimos con esto», con «esto», pero ¿qué es esto?

—Sabes lo que quiero decir. —Sentí la presión de su brazo contra el mío.

—Pero quiero que lo *digas*.

Se rio, estiró las piernas y puso los pies de punta.

—No es algo que se diga, es algo que se *hace*.

En ese momento, supe que la besaría más tarde esa misma noche, y que solo era cuestión de hacerlo bien —un detalle pequeño— y de besarla como era debido.

—Vamos...

—No te has equivocado conmigo —aseguré.

—No. No creía que lo hubiera hecho. Vayamos adentro. Veamos qué más hay para beber.

Me arrastró del brazo y pasamos entre los otros invitados, que sonreían y asentían con la cabeza, divertidos y permisivos, como si fuéramos niños que habían bajado a la fiesta en pijama para encender los cigarrillos de los adultos y sorber de sus bebidas. Yo practiqué mi coartada: *Geografía, Geografía en Sheffield. ¡Sí, es una universidad estupenda! Estoy muy emocionado, sí, muchas gracias.* Atravesamos unas puertas corredizas y entramos a una cocina con todas las paredes acristaladas, como si fuera un acuario; el fregadero y las encimeras *en mitad del espacio*, algo desconcertante; y todas las ollas, sartenes y utensilios colgados de ganchos, como si se tratara una obra de arte o un instrumento de percusión complejo. El camarero estaba colocando más cócteles sobre una superficie de mármol negro pulido —cócteles rojos, naranjas y verdes, como un semáforo de colores pastel—, nosotros nos llevamos dos de los rojos cuando él se giró y, una vez que estuvimos a una distancia que consideramos segura, llevamos nuestras caras hacia el borde de los vasos. Sabían a los polos de hielo que comprábamos en el camión de helados y tuvimos cuidado de no derramarlos al bajar los escalones de cristal que llevaban a la sala de estar, hundida cual excavación arqueológica y, de nuevo, rodeada de paredes de cristal, lo que me hizo pensar cuál sería la opinión del señor Harper, el Rey de los Jardines de Invierno. «¡Es un maldito jardín de invierno gigante!».

Los lados de la zona de estar tenían forma de terraza, como en el senado romano en las películas de gladiadores, que tenían almohadones y alfombras dispersas en los escalones para que los senadores se reclinaran, y allí estaban Helen, con los brazos alrededor de un cuenco de patatas fritas como si estuviera protegiendo a un bebé, y Alex, que reía y sonreía mientras contaba una historia y la multitud se inclinaba hacia adelante para escucharlo. La confianza y el talento no eran la misma cosa —Miles era el chico más descarado que había conocido y no hacía más que sobreactuar—, pero parecía haber cierta conexión, y me pregunté qué se sentiría al tener toda la atención del público en vez de intentar meter a presión las palabras en los huecos que dejan los demás cuando hablan. La música era más suave allí dentro, una *bossa nova* de Ibiza, y nos contentamos con quedarnos un poco apartados, beber nuestros cócteles como si fuéramos gente sofisticada y escuchar...

—¡Amigos míos! —exclamó Alex de pronto—. Bajad, no seáis tímidos. —El público se giró para mirarnos—. Esta es nuestra Julieta, la talentosísima Frances Fisher. Y este es nuestro Benvolio, interpretado por el señor Charles Lewis. Helen y yo estamos intentando maquinar un romance de verano, ¿no es cierto, Helen?

—Alex, no molestes. —Fran puso los ojos en blanco.

—Pero ¿dónde está Romeo? —preguntó un hombre con la cabeza rapada, elegante, chino, con gafas de marco negro grueso y camisa negra—. ¿Por qué no estás con tu Romeo?

—Romeo no es del tipo que le gustan a Julieta —respondió Fran mientras se sentaba y el hombre le ofrecía la mano.

—Soy Bruno —se presentó el hombre.

—Bruno, tienes una casa preciosa.

—Gracias, he sido muy afortunado. Sois más que bienvenidos. ¿Y tú eres...?

—Benvolio.

—¡Ah, alerta de actor de método! Pero en la vida real eres...

—Charlie.

—Charlie, Frances, ¿ambos vais al bachillerato con este?

—Así es —contestó Fran.

—Yo no —contesté, resistiéndome a la mentira.

—Aunque todavía no lo sabemos —añadió Fran.

—Entonces, ¿qué estás haciendo, Charlie?

—Trabajo. A tiempo parcial.

—¿Dónde trabajas, Charlie?

—Bueno, en una gasolinera.

—Ah. ¿En cuál?

—La que está junto a la circunvalación.

—Voy a menudo. El otro día quedé encantado después de ganar unos vasos gratis bastante bonitos.

Al menos no había robado sus tarjetas de rasca y gana.

—No les pongas hielo, te explotarán en la cara.

—Gracias por el consejo; lo tendré en cuenta. Y la próxima vez que eche gasolina...

Pensé que lo mejor sería hacer que la charla avanzara, intentar mi técnica de interrogación y usar su nombre. A la gente mayor le gustaba eso.

—¿Y tú qué haces, Bruno?

—Fabrico y distribuyo ordenadores personales —respondió Bruno, y yo no estaba seguro de cómo continuar.

—Nosotros tenemos un ordenador en casa. —Fue lo mejor que se me ocurrió.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

Mencioné el modelo y la marca.

—Mi padre la compró después de ver un anuncio en el periódico.

—Sí, son nuestros rivales principales. Nosotros somos Ordenadores Wang.

—No es muy bueno. Los vuestros son mucho mejores.

—Ese es el comentario indicado. Llegarás lejos, Charlie. Me alegro de que hayáis venido. Parecéis una pareja encantadora.

—Uh, en realidad no somos una pareja —corrigió Fran.

—No nos conocemos hace mucho —expliqué yo.

—No veo qué tiene que ver *eso* con lo otro. Miraos a vosotros dos. ¡Daos prisa! ¡No hay tiempo que perder! Ahora bien, ¿por qué no hay nadie en la piscina?

—No estábamos seguros de que estuviera permitido —señaló Fran.

—Por supuesto que está permitido. Para *eso* está.

—Y yo no tengo bañador —añadió Helen.

—¡Dios mío! ¿Por qué los jóvenes son tan pudorosos? —exclamó Bruno y vació su vaso—. Ahora, iré a empujar a alguien a la piscina.

Subió los escalones a saltos y salió al jardín. Alex y Helen, con sonrisas de oreja a oreja, se

arrastraron hasta nosotros.

—Alex —comenzó Fran con una risa—, ¿estás seguro de que no le molesta que estemos aquí?

—Claro que no. Eso sí, no digáis nada sobre esto...

Estiró su puño, indicó que nos acercáramos y abrió los dedos como si hubiera atrapado un insecto exótico. Sobre la palma de su mano, había una pastilla pequeña, moteada y ancha.

—Estoy dispuesto a dividirla en cuatro. No tendrá casi efecto, pero ¿quién se suma?

Nos miramos entre todos durante un momento, cual mosqueteros, y después Alex partió la pastilla con los dientes y cada uno recibió un fragmento diminuto que parecía la lechada de los azulejos del baño, blanco como la tiza y cubierto de saliva. Cada uno lo bajó con su cóctel. Era difícil creer que algo tan pequeño pudiera ser tan repugnante, como si alguien te rociara la lengua con fijador de pelo, así que bebimos más del cóctel que sabía a polo y fuimos en busca del alma de la fiesta.



La Reina Mab

La pastilla no había surtido efecto, y nos lo confirmábamos los unos a los otros cada diez minutos.

Excepto que ahora el sonido de la música parecía asombroso. Mis amigos y yo, en una muestra de rechazo anticuado que disfrazábamos de integridad, siempre habíamos sido hostiles hacia la músicaailable, porque cualquier cosa que no tuviera guitarras carecía de destreza, era aburrida y repetitiva, nada más que un *pum-pum-pum*. El sótano de Harper no era un lugar para bailar, era un lugar para mover la cabeza de arriba abajo y morderse el labio inferior.

Pero nunca habíamos estado ni por asomo en un lugar que se pareciera a este. En el exterior, había luces que marcaban una pista de baile que explotaba, como si fuera un bote salvavidas, y altavoces en todas las esquinas de la pista que concentraban el sonido en el medio, de la misma forma que una lupa concentra la luz. Alex soltó un grito de alegría, tiró de la mano de Helen y la arrastró hasta el centro de la multitud, y Fran y yo nos miramos y los seguimos. Helen era una de esas personas que bailan sorprendentemente bien, con una expresión muy seria e intensa, casi furiosa, los ojos cerrados, los puños apretados, murmurando por lo bajo como si desafiara a cualquiera a interrumpirla. En el caso de Alex, el baile era una forma de autosedución: no dejaba de introducir la mano por debajo de su propia camisa, de desabrocharse los botones, de apretar sus pectorales o trasero o entrepierna, de forma tal que casi esperaba ver a Alex abofetear su propia mano para quitarla de esos lugares. Yo adopté mi posición —pies plantados, codos hacia adentro, manos que se movían una cada vez, como si ordeñara una vaca: el tipo de baile que no molestaría a nadie en un vagón de tren repleto de gente— mientras que Fran se soltaba, sonreía como loca, levantaba los brazos por encima de la cabeza para pasar los dedos por su propio pelo, lo que me dejaba ver el pelo oscuro que comenzaba a crecerle en las axilas; nuestras miradas se cruzaron y ella se rio con la boca bien abierta, apoyó las manos sobre mis hombros y dijo algo.

—¿Qué?

—He dicho que esto es una *locura*.

—Sí, lo es.

Volvió a decir algo.

—No te oigo.

Tiró de mí para acercarme a ella y puso su boca junto a mi oreja.

—He dicho que me alegro mucho de que estés aquí.

Bailamos así un rato y nos fuimos alejando de los demás hacia el borde del bote salvavidas, tirando del otro para estar lo más cerca posible. Es difícil mencionar el aroma de otra persona sin sonar como un psicópata, pero yo ya había notado el de ella, algo cálido y verde como el verano.

Años más tarde, cuando estaba en mitad de una cita terrible y triste, volví a sentir ese aroma con una intensidad tan vívida y precisa que tuve la certeza de que Fran debía de estar escondida en algún lugar de la habitación.

«Dios mío, ¿qué es eso?», pregunté.

«Grass, de Gap», respondió ella, y yo me sentí un poco decepcionado de que ese aroma tan natural fuera, de hecho, un perfume, y de que el olor natural de Fran no fuera más parecido al césped que el mío a los aztecas. Aun así, en ese momento, en la pista de baile, me pareció el aroma más delicioso y sofisticado del mundo, y para resistir la tentación de olisquearla cual tejón, apoyé mi frente contra la suya al tiempo que ella rodeaba mi cuello con los brazos y enlazaba los codos, algo que había visto en las películas.

Pero la música era demasiado rápida y no dejábamos de golpearnos la frente de forma dolorosa, así que nos separamos y volvimos a atravesar la multitud hasta llegar al centro. Ahora Alex y Fran se abrazaban y bailaban bien cerca, las piernas entrelazadas para hacer algún paso latino cursi, y sentí un poco de envidia por no haber bailado así con ella. Helen me llamó con un golpecito en el hombro y puso los ojos en blanco, reímos y bailamos juntos un rato, primero en broma, pero después dejó de serlo y también nos abrazamos. El *pum-pum-pum* parecía el suave golpeteo de un martillo en el pecho y pronto me animé a levantar las manos por encima de los hombros y a dejar que mis pies se despegaran del suelo.

Helen dijo algo junto a mi oreja.

—¿Qué?

—He dicho que si sientes algo.

—Nada de nada —respondí.

La pastilla no había surtido efecto, aunque sí era cierto que el tiempo había adoptado una cualidad peculiar que hacía difícil saber si habíamos estado bailando durante veinte minutos o dos horas, y decidí salir de la pista durante un momento e ir a buscar otra bebida. El baile me había volado la cabeza y hecho desaparecer las preocupaciones, así que en la barra me di cuenta de que podía hablar con completos desconocidos, algo que nunca antes había podido hacer. Hablé con una mujer simpática de veintitantos años que se estaba formando para ser enfermera, y le dije que mi madre solía ser enfermera, y hablamos sobre enfermería durante un rato y también sobre madres, y después hablé con su novio, también muy simpático, que trabajaba para Bruno, y hablamos un poco más sobre ordenadores y, por algún motivo, yo mencioné que me había ido fatal en los exámenes, excepto, quizás, en los de Informática y Arte, y él me dijo, «Ey, haz eso entonces, haz algo con Informática y Arte, ¿por qué no? Si es en lo que eres bueno, si es para lo que tienes talento, todos tienen algún talento, solo tienes que encontrarlo y seguirlo y usarlo», y a mí me pareció que esa idea contenía una sabiduría asombrosa, la idea de que uno debería dedicarse a lo que le sale bien y le trae alegría, en vez de a lo que le sale mal y lo hace sufrir, y el hecho de que a mi padre no le hubiera resultado, que hubiera sido una catástrofe, no significaba que no pudiera funcionar para mí, porque, después de todo, eran ordenadores, no jazz, así que me decidí a seguir la sugerencia de aquel hombre, y pensé en lo raro que era tener esas charlas tan honestas y relajadas con la gente cuando por lo general yo no era bueno para ese tipo de cosas, y cuando ese

hombre sabio se fue para buscar a su novia, la enfermera simpática, me di cuenta de que incluso podía entablar una conversación con la mujer que tenía el mono rojo de PVC, a quien le dije que estaba espectacular, y ella me respondió «Gracias», con voz grave y un fuerte acento italiano, y hablamos sobre la diferencia entre el norte y el sur de Italia, pero más interesante fue nuestra charla sobre las dificultades de ponerse y quitarse un mono de PVC, que en realidad no era de PVC, sino de látex, así que hablamos de las diferencias entre látex y PVC y de lo que ocurre cuando uno quiere ir al baño, algo que, según ella, no ocurría a menudo, porque «te pasa lo mismo que a los esquimales», dijo, «si no *puedes* ir, entonces no *vas*, y, además, se suda tanto dentro de un mono así, mira», y se bajó un poco la cremallera del mono y me invitó a pasar el dedo por el escote, que estaba sedoso por el sudor y el talco, húmedo y seco a la vez, y aquella, pensé yo, era de lejos la mejor charla que había tenido en la vida, acompañada por el chillido del látex, parecido a un aullido, hasta que la conversación dio otro giro y ella me preguntó: «¿Alguna vez te han atado?», y yo dije que no, solo una vez con el cinturón de la bata de mi amigo Harper para que él pudiera tirarse un pedo en mi cara, pero no había sido algo sexual, y ella dijo, «No, amigo mío, tu solo *crees* que no ha sido algo sexual», y mientras yo intentaba asimilar *eso*, Helen apareció detrás de mí, puso sus brazos alrededor de mi cuello y dijo: «¿Te está molestando este hombre? Charlie, dónde narices has estado, recuerda por qué estás aquí, esta es tu oportunidad, Charles Lewis», «Pero estamos hablando de la diferencia entre PVC y látex», dije, y Helen respondió: «Sí, seguro, maldito pervertido, vamos, estás perdiendo el tiempo», y, cuando me giré para despedirme, la mujer había desaparecido, pero no había problema, porque Helen me arrastró hasta la pista de baile donde Fran había estado todo ese tiempo y ella gritó y se rio al verme, como si me hubiera ido hace años, y estiró las manos y bailamos juntos como ella había bailado con Alex, sus dedos unidos detrás de mi cabeza, mis manos en su cintura, la tela resbaladiza de su vestido, nuestras piernas entrelazadas, sus pechos contra mi pecho, el suave martilleo bajo las costillas, y, por encima de sus hombros, vi a Alex hablando con un tipo y después besándolo y llevándolo de la pista de baile hacia la piscina, y cuando di un paso hacia atrás para poder ver a Fran, sus ojos cerrados, el pelo húmedo pegado a su frente, riendo, le pregunté: «¿Sientes algo?», y ella abrió los ojos y dijo: «No, no por la pastilla», y yo dije: «¿Qué quieres decir?», y ella dijo: «Ay, Charlie, no creo que pueda soportarlo mucho más, ven», y me llevó de la mano a través de la multitud y del jardín hasta que llegamos al borde de la luz...

...y entonces se detuvo y se giró y ni siquiera la música podía tapar el sonido de nuestra respiración y de la sangre que pulsaba en mi cabeza cuando ella la sujetó entre sus manos y dijo: «Bésame», y nos besamos, primero con lentitud, sus labios muy suaves y con sabor a alcohol y limón, y después con mayor intensidad, su boca apenas abierta, pero esta vez sin choque de dientes, sin la sensación de que algo estuviera mal, allí o en cualquier otra parte del mundo y, ay, eso, eso sí que fue besarse como es debido.



Después de un rato, ella se separó y me echó un vistazo, sin aliento y con las manos aún a los

lados de mi cuello.

—¿Hay algún lugar adonde podamos ir?

Encontramos una pared para apoyarnos en una zona de la casa sin luces ni vidrios, cerca de una puerta por la que a veces salían los camareros a fumar. Escuché que alguien nos señalaba en la oscuridad y se reía.

—No pares —dijo ella.

Entonces subí mis manos hasta que quedaron sobre sus costillas, en el límite donde terminaba la seda del camisón de la señora Asante y comenzaba la piel de Fran, y ella llevó mi mano a uno de sus pechos y pensé que mi corazón se detendría. Seguimos besándonos, cada vez con más pasión, hasta que Fran soltó una risa, se apartó y se frotó los labios con la base de la mano.

—Creo que a esto lo llaman un «beso hambriento».

—¿Te molesta?

—¿Tú qué crees?

Mi mano todavía estaba sobre su pecho y me pareció que era un poco raro mantenerla allí durante una charla. ¿Cuál era la etiqueta? ¿Debería quitar mi mano y volver a colocarla cuando dejáramos de hablar? ¿Se daría cuenta? Pero ella colocó su propia mano sobre la mía y la sostuvo en el sitio.

—¿Se me ha ido el pintalabios?

—Hace rato.

—Ahora lo tienes tú —señaló y nos volvimos a besar y mi pulgar consiguió colarse bajo el camisón y, con algunas contorsiones, bajo su sostén.

Otra vez, esperé que ella apartara mi mano, pero lo único que hizo fue presionar con más fuerza contra mi pierna; yo no podía dejar de prestar atención a la posición torcida de mi brazo, con el codo hacia una lado, como si estuviera apoyado contra la repisa de una chimenea y, cuando otro camarero nos vio, se rio y gritó: «¡Así se hace, hijo!», ella dio un paso hacia atrás.

—Deberíamos...

—Lo sé.

—Pero no quiero.

—Un minuto más —sugerí yo.

Mientras nos besábamos, me pregunté: ¿debería decirle que la quería? Nunca antes lo había dicho, o, más bien, se lo había dicho a Harper cuando estaba borracho como una cuba o a objetos inanimados, como una pizza o un regalo de cumpleaños, pero nunca lo había dicho en una situación donde lo sintiera en serio. Nunca había estado ni cerca. Ahora, de pronto, como si hubiera recordado una palabra olvidada, una palabra que había estado en mi cabeza pero lejos de mi alcance, tenía el deseo de decirlo en voz alta.

Aun así, vacilé. En parte, por mi timidez; incluso en mitad de esa pasión, no podía dejar de sentir la familiaridad barata de la frase. Más allá de la vergüenza, tenía la noción anticuada, casi caballeresca, de que esas palabras no debían ser repartidas por doquier. Al igual que un deseo o un hechizo rúnico para invocar demonios, la frase debía ser utilizada con el mayor de los cuidados y, aunque más tarde podría decirlo miles de veces, solo podía decirlo por primera vez

una vez. Pero aún no. En vez de eso, me incliné hacia atrás para echarle un vistazo. De alguna forma, su cara había cambiado, sus rasgos tenían otra proporción, estaban más definidos, incluso con la poca iluminación, como cuando te hacen un examen de la vista y el optometrista añade una lente al marco. Nunca había visto algo parecido, así que dije la otra cosa que sentía con intensidad:

—Eres guapísima.

Ella no se rio ni se mofó. Tenía una expresión bastante seria.

—Y tú estás borracho —señaló.

—La verdad es que no —respondí—. Y aunque lo estuviera, lo digo en serio. Nunca he conocido a nadie que se te parezca en lo más mínimo, a nadie. Eres... lo mejor del mundo.

Me volvió a besar, esta vez con suavidad para tranquilizarme.

—Vayamos a buscar a los demás —sugirió, me sujetó de la mano y volvimos hacia la luz.

Las drogas no habían surtido efecto, pero era cierto que el resto de la noche pareció un montaje, incluso mientras la estaba viviendo. Al acercarnos a la pista de baile, vimos la pregunta en los ojos de nuestros amigos, así que la respondimos: Fran tiró de mí, sostuvo mi cara y me besó.

—Ahí lo tenéis, ¿ya estáis *contentos*? —gritó, a lo que ellos respondieron con una risa, Helen puso los ojos en blanco y los cuatro confluimos en un abrazo de grupo antes de separarnos para bailar hasta que nuestra ropa estuviera pegada a nuestra piel por el sudor.

—¡Piscina! —gritó Alex y, de alguna manera, consiguió quitarse los zapatos mientras corría y tropezó de tal manera que cuando cayó al agua salpicó agua en todas direcciones.

Helen se dejó toda la ropa y se metió poco a poco por los escalones y, por segunda vez en el día, yo me quité la camisa por la cabeza, con menos inhibición que antes, y la apoyé con reverencia sobre el césped húmedo.

—No puedes nadar con eso —indicó Fran, así que di media vuelta y me quité los vaqueros, agradecido de haberme puesto mis mejores calzoncillos lisos, los que yo consideraba clásicos. Tomamos carrerilla de la mano, soltamos un grito y aterrizamos en el agua, fresca y deliciosa, plateada y azul y espesa como la ginebra. Durante un momento, permanecemos sobrios en el centro de la piscina sin saber qué hacer. En esa época, yo me consideraba un nadador bastante bueno, así que di un par de brazadas en un intento por publicitar aunque fuera el más pequeño de mis talentos. Pero no me pareció que fuera el momento adecuado para nadar largos de crol y de espalda.

—Toda esta gente se ha bañado en esta agua —señaló Helen—. Toda esta gente vieja y sudorosa.

—Helen, no seas asquerosa —pidió Alex.

—¿Y ahora solo nos quedamos aquí tiritando de frío? —preguntó Helen—. ¿Eso es todo?

Golpeó el agua con la palma de la mano y, como si hubiera sido una señal, Fran dio una voltereta y se alejó hacia la parte más honda de la piscina, a donde yo la seguí, sumergido y con los ojos abiertos a la fuerza a pesar del ardor, para verla girar a cámara lenta una, dos, tres veces, mientras el negro del camión se arremolinaba a su alrededor cual tinta de calamar. Subí a la superficie para respirar y me impulsé para nadar más de cerca; adopté los movimientos ágiles de

un tritón, pero me raspé contra el fondo de la piscina. Volvimos a la superficie, respiramos y nos sumergimos de nuevo; nos besamos bajo el agua, primero con labios cerrados y después abiertos, y nos reímos por las cosquillas que nos hacían las burbujas. Subimos otra vez y estuve a punto de besarla de nuevo, pero toda pasión tiene un límite...

—Necesitas limpiarte la nariz —indiqué.

—¿Qué?

—Tienes algo... —Señalé la pequeña esmeralda de moco que había llegado hasta su labio superior.

—De acuerdo. Lo siento. Qué sexy. —Se limpió la cara con el revés de la mano—. ¿Lo has notado? ¿Cuando estábamos bajo el agua?

—¿Notar el qué?

—¡Presta atención a la música! —Era música disco que no conocía, exuberante y orquestal—. ¡Ahora sumérgete! —Indicó y, al bajar... nada cambió.

El sistema de altavoces tenía una definición que hacía desaparecer el agua y hacía que la música se oyera igual de fuerte y clara que antes. Asombrados por el efecto, intentamos bailar con pasos de disco exagerados y nos aferrábamos el uno del otro para permanecer en la parte más honda la mayor cantidad de tiempo que nuestros pulmones lo permitieran; su camión negro era resbaladizo y ella estaba fría y tenía la piel de gallina. Apoyé mi mano en la parte de arriba de su muslo y, solo por un instante, sentí la suya entre mis piernas, pero ella se rio de inmediato y se impulsó hacia la superficie. Intenté sujetarla de los tobillos, pero ya se había ido, y ahora yo tenía que pensar en cómo salir de la piscina sin atraer la atención.

—Nada de caricias, nada de correr, nada de tirarse de bomba —exclamó Alex, así que yo me puse de pie, casual y pensativo, y presioné mi erección contra los mosaicos de la piscina en un intento por cortar la circulación, como si apretara un dedo con una puerta.

De alguna manera, los cuatro conseguimos volver a la casa con los zapatos en la mano, la ropa todavía húmeda y el pelo pegado a la cabeza; encontramos algo para beber y deambulamos de habitación en habitación. Los otros no dejaban de mirarnos con una tolerancia risueña mientras nos acomodábamos en los asientos modulares, como si se tratara de una noche de viernes cualquiera, y Fran apoyaba su cabeza, que tenía un delicioso aroma a cloro, sobre mi hombro. La pastilla no había surtido efecto, pero me sentía fantásticamente benévolo y abierto de mente, así que no sentí ningún tipo de vergüenza cuando Alex recitó el discurso de la Reina Mab, en voz baja y sin ningún adorno, para una pequeña multitud que lo escuchaba en silencio, y me sorprendió entender cada palabra.

Durante lo que debió de ser una hora, o quizás diez minutos, nos quedamos con los ojos cerrados mientras escuchábamos la música y, de vez en cuando, partes de conversaciones. La fiesta estaba entrando en su última etapa y Fran y yo volvimos a salir para encontrar algo de vida. Los famosos pinos se recortaban contra el cielo que empezaba a clarear. En la pista de baile abandonada, ella deslizó su mano por mi espalda; yo la sujeté por la cintura, por el omóplato, pero ahora la música estaba demasiado baja para tapar el canto de los mirlos, el mejor y el peor de los sonidos, así que solo nos aferramos entre los dos.

—Hoy es mañana —dijo Fran, y yo recordé una escena de la obra en la que los amantes se quejaban del amanecer e inventaban excusas (la alondra es un ruiseñor; la luz del sol, un meteoro), y se me ocurrió que sería inteligente recitar ese diálogo. Pero mi cerebro estaba tan confundido que no habría podido recordar ni una sola línea con exactitud, y parafrasear algo sobre alondras y cometas me haría sonar desquiciado.

Además, un pensamiento que había estado reprimiendo durante toda la noche había conseguido colarse en mi consciencia y, junto con él, venía otro pensamiento aún más oscuro que me devolvió la sobriedad en un instante. La ansiedad era algo físico, como si hubiera recordado que había dejado el grifo de la bañera corriendo toda la semana, y Fran notó la tensión repentina.

—¿Qué pasa?

—Hace cinco días que no veo a mi padre.

—¿Dónde ha estado?

—En ningún sitio. Ese es el problema.

—Lo siento, no debería haberte hecho venir.

—¿Es broma? No había forma de que no viniera.

—¡Ve ahora! Yo también debería irme para llegar antes de que se despierten.

—¿No deberíamos despedirnos de los demás?

Me besó.

—No, vámonos y ya está. Se darán cuenta.

Con los zapatos en la mano, atravesamos el césped frío y húmedo, cubierto de vasos de cócteles, copas de champán y botellas vacías. Una vez fuera, quité la cadena de mi bicicleta. El pueblo de Fran estaba a unos seis kilómetros y tuve la idea de que ella se podría sentar en el asiento mientras yo pedaleaba, pero, al igual que el beso subacuático, esa resultó ser una de esas cosas que funcionan mejor en la pantalla que en la vida real. Además, las ruedas estaban un poco desinfladas y el peso de los dos hacía que las llantas rozaran contra el asfalto, así que caminamos y, de vez en cuando, Fran se subía a la bicicleta y se quedaba sentada como una reina mientras yo la empujaba.

Cruzamos la autopista, silenciosa por primera vez, con la sensación de que éramos las únicas dos personas en el mundo, y, una vez que las calles dieron paso a la campiña, empezamos a detenernos cada tanto para abalanzarnos en brazos del otro, en campos y arcenes espinosos y húmedos por el rocío, mientras la rueda de mi bicicleta continuaba girando, como si hubiéramos tenido un accidente terrible y hubiéramos sido arrojados contra el perejil de monte. En un momento, ambos tuvimos la necesidad urgente de orinar, así que Fran se acuclilló sin problemas al otro lado de una acequia mientras que yo me quedé de pie, no demasiado lejos, aunque todo el proceso llevó más tiempo de lo que parecía posible.

—Dios, parezco un caballo —observó Fran, lo que me hizo reír y pensar: *Guau, mirad cómo meamos uno junto al otro, asquerosos y sofisticados.*

La delicada camisa de Alex ya se había convertido en un harapo, llena de manchas de césped y apestosa, y, más tarde, cuando la metí de contrabando en nuestra lavadora para lavarla con agua caliente, descubrí que uno de los botones perlados y costosos había desaparecido y debía de

haberse quedado en el arcén de un camino secundario, arrancado de su lugar mientras nosotros hacíamos el amor.

Decir «hacer el amor» es una tontería. La expresión más precisa que se me ocurre para describir lo que hacíamos es restregarnos el uno con el otro, lo cual demuestra el abismo que existe entre el lenguaje y la experiencia. «Meter mano» es desagradable y «revolcarse» lo hace sonar frívolo, pero fuera cual fuera el término, el viaje que debería habernos llevado alrededor de una hora terminó por llevarnos casi tres, y, cuando llegamos, el pueblo ya estaba despertando y desperezándose, y los corredores de bolsa paseaban a sus perros mientras iban a buscar el ejemplar del fin de semana del *Telegraph*. Y allí estaba la casa de Fran: independiente, pintada de blanco, con ventanas guillotina y rosas en el jardín.

—Así que... ¿Quieres entrar y conocer a Graham y Claire?

—Uh. Son las siete y media...

—Anda, ¡los despertaremos para contarles la noticia!

—Uh. De acuerdo, si te parece que...

—Es una broma, Charlie.

—Ah. Eres muy graciosa.

—Los conocerás algún día, pero...

—¿Qué les dirás ahora?

—Que he estado en casa de Sarah. Tienen bastante idea de que no es cierto, pero no les molesta. O al menos eso es lo que muestran. «He estado en casa de Sarah» es como un código para decir «Lo siento, pero no os preocupéis». —Me sujetó de la mano y siguió hablando entre besos—. Desearía poder llevarte a mi habitación. Meterte de contrabando y dejarte allí dentro.

—No me molestaría.

—Esperaríamos a que ellos salieran y me *abalanzaría* sobre ti... Podríamos pasar todo el día en la cama y, cuando escucháramos el coche, te volvería a guardar en el armario.

—¿Qué comería?

—Separaría parte de mi comida con mucha discreción, como en las novelas, y te la deslizaría por debajo de la puerta.

Seguimos añadiendo detalles al plan y nos volvimos a besar, pero ya me dolía la mandíbula y Fran tenía el comienzo de un sarpullido alrededor la boca, un círculo rojo que parecía maquillaje de payaso.

—Deberías entrar —dije.

—Ya lo sé —respondió y, con más seriedad, añadió—: Necesitamos ser astutos con esto.

—Entonces... ¿quieres mantenerlo en secreto?

Era lo que esperaba —la mayoría de mis besos anteriores habían venido con severas promesas de confidencialidad—, pero Fran solo se rio.

—¡No! A la mierda con eso. ¡Quiero contárselo a todo el mundo! No vamos a publicar un anuncio en el periódico, pero tampoco vamos a ocultarlo. Lo único que digo es que actuemos... relajados al respecto. —Me besó—. Actuaremos relajados con todos menos con el otro.

—Entonces... ¿qué le dirás a la gente?

—He conocido a un chico. Me gusta, mucho, y... veremos qué sucede. ¿Qué te parece?

—De acuerdo. Esta noche tengo que trabajar hasta las nueve, pero... ¿puedo verte más tarde?

—Era una broma, pero no del todo.

—No. —Soltó una risa.

—Entonces, mañana.

—¡No! El lunes después de ensayar.

Sabía que era esencial no delatar mi decepción, pero algo debió de verse en mi cara porque ella me tomó por los hombros.

—No te preocupes. Encontraremos la manera.

Nos besamos y nos abrazamos como si me hubieran desterrado a Mantua, y se me ocurrió arriesgarme a decir algo.

—Dulce despedida.

—¿Qué?

—¿Dulce despedida?

—Ah.

—Ya sabes. La despedida es tan...

—Sí, he entendido la referencia, es mi línea. Es solo que no te había oído.

Ella masculló algo.

—¿Qué?

—He dicho: «Es importante articular».

—Es muy importante.

—Lo es. —Nos besamos de nuevo—. De acuerdo, ya es suficiente. Hasta el lunes.

—Hasta el lunes.

—Adiós.

—Nos vemos. Adiós.

Las ruedas de mi bicicleta ya estaban demasiado desinfladas para usarla, así que pasé esa mañana de verano caminando a casa con una nueva convicción, que no había surgido de una mente del todo racional y que consistía en lo siguiente:

Si yo podía estar con Fran Fisher, si ella podía aceptarme a mí y podía aceptar todos mis errores pasados, mis miserias y rarezas y preocupaciones, entonces, a cambio, yo me convertiría en una mejor versión de mí mismo, una versión tan excelente y ejemplar que sería prácticamente alguien nuevo. Hasta el momento, yo no había sido la persona que quería ser, pero no había motivo por el cual eso no pudiera cambiar. Era como si alguien hubiera iniciado un cronómetro y hubiera dado comienzo a una nueva etapa de mi vida, en la que dejaría de definirme por las ausencias, por las cosas que no era. En la obra, la Nodriz menciona todas las cualidades de Romeo: era honesto, cortés, atractivo, amable y virtuoso, y, si bien la cuestión del atractivo estaba fuera de mis manos, no había razón para no adoptar las demás y añadir algunas más. También sería sabio, valiente y leal, un defensor de la justicia. Sería gracioso —¿podía elegirse ser gracioso?—, pero no ridículo, no un payaso. Sería temerario pero no irresponsable, popular pero no obsequioso. Leería más y mejores libros, mis baños serían más minuciosos, me cepillaría los

dientes con habilidad y entusiasmo, planearía un régimen de ejercicio diario y lo seguiría, cambiaría mi andar por uno más seguro y erguido, y despertaría más temprano para que los días estuvieran tan llenos como fuera posible. Compraría ropa nueva, adoptaría un estilo más elegante, me cortaría el pelo, dejaría de robar, sería más tolerante con mi padre, más indulgente con mi madre, un mejor hermano mayor para Billie. Comería ensalada. Pescado. Agua... Bebería mucha más agua, dos litros al día; nadie bebería más agua que yo, ni siquiera Miles.

Fue como si las resoluciones de Año Nuevo de toda una vida se hubieran comprimido en esa mañana de verano, cálida y brillante. Había decidido adoptar una forma de vida absolutamente nueva, un proyecto que no debía ser tomado a la ligera, pero que no podía esperar a empezar, y deseé tener mis auriculares y mi reproductor de CD portátil en el bolsillo para poder ponerle una banda sonora a ese momento, un himno a la superación personal. De ser necesario, escribiría las resoluciones en un papel, lo clavaría en la pared como si fuera una proclamación y me atendería a ellas, porque estar enamorado —no había otra palabra— era como ser empujado bajo un foco en mitad de un escenario y, bajo ese tipo de observación, era importante hacerlo todo a la perfección. De aquel momento en adelante, llevaría una vida irreprochable y me movería de otra forma en el mundo. UNA BUENA CIUDAD era lo que decía el cartel, *Bonum Oppidum*, y yo pensé: *Sí, quizás lo es, quizás puede serlo.*



En casa, mi padre dormía en el sillón, las cortinas estaban cerradas, había una pequeña flotilla de tazas y platos a su alrededor y el televisor pasaba los típicos videos de música pop de las mañanas de sábado. Aparté la cortina hacia un lado hasta que la luz del sol le dio en los ojos y lo hizo parpadear, levantar la mano y abrir la boca con un sonido pegajoso.

—¿Charlie?

—Bella durmiente. —Empecé a abrir las ventanas.

—¡Ahí estás! Te estaba esperando.

—Acabo de llegar. Fui a una fiesta. Lo siento, debería haberte avisado.

A partir de ese momento, sería más considerado. Ese hombre tenía suficiente de qué preocuparse.

—¿Con quién? ¿Tus compañeros?

—Con otros amigos. Los acompañé hasta casa. Más tarde te lo cuento. —¿Por qué «los» y no «la»? Sería más honesto y abierto, cambiaría la voz y hablaría con mi padre como si fuéramos amigos—. He parado a comprar algo de pan y huevos. —Pan integral y huevos de corral—. Te prepararé el desayuno. También he comprado esto.

Levanté una bolsa de plástico llena de deliciosas naranjas, calientes y perfumadas, seis pequeños soles que había comprado en el Spar. Sacaría el exprimidor pegajoso del fondo de la alacena. De aquel momento en adelante, comeríamos naranjas todos los fines de semana, como lo hacían en el Mediterráneo...

—¿Te encuentras bien? —preguntó mi padre.

—¿Qué?

—¿Sigues borracho?

—No. Solo... estoy feliz. Está permitido, ¿o no?

Tuve la idea, y la esperanza, de que si la desdicha podía ser contagiosa, quizás la felicidad también podía serlo.

—Es inusual. —Mi padre se irguió con cierto esfuerzo y arrastró las manos por su cara.

—Lo es.

—No estoy seguro de que me guste.

—No te preocupes —aseguré—. No durará.

PARTE TRES

Agosto

*¿Qué hacía cuando lo viste? ¿Qué dijo? ¿Qué aspecto tenía? ¿A dónde fue?
¿Qué hace aquí? ¿Preguntó por mí? ¿Dónde está? ¿Cómo se despidió de ti?
¿Y cuándo lo verás de nuevo? Respóndeme en una sola palabra.*

William Shakespeare, *Como gustéis*



Amor

Pero el amor es aburrido. Para cualquier persona que no participe de él, el amor es algo familiar y corriente, y el primer amor no es más que una encarnación desgarrada y glandular de lo mismo. Shakespeare debió de saberlo; propongo que tomes un ejemplar de la historia de amor más famosa del mundo y separes con el pulgar y el índice las páginas en las que los amantes son felices en serio; ni el desarrollo previo ni las dificultades posteriores, solo el tiempo en el que el amor es mutuo y libre de problemas. El breve interludio entre la anticipación y la desesperanza no ocupa más de un par de páginas, es apenas un panfleto. Las confidencias e intimidades de los amantes nuevos, la creación de chistes internos, las admisiones de dudas e inseguridades, las consolaciones y las promesas; todo eso es tolerable hasta cierto punto y, si Shakespeare en algún momento escribió las escenas en las que los amantes hablan de sus comidas favoritas, se quitan la pelusa del ombligo o explican con honestidad las letras de sus canciones favoritas, hizo bien en excluirlas del segundo borrador.

El principio y el final, la anticipación y la desesperanza, allí es donde está la historia, pero el período en el que se está enamorado —sobre todo si el enamorado en cuestión es joven— es como escuchar a alguien describir un salto en paracaídas o un sueño extraordinario, es una foto borrosa de una actuación trascendental tomada desde demasiado lejos. Cuanto más intensa es la experiencia, menos nos interesa oírla y, aunque estemos felices de que le haya cambiado la vida a la persona y estemos seguros de que debió de haber sido algo emocionante... ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

Así que lo mejor es dar por sentado que, si estábamos solos y no estábamos hablando, entonces nos estábamos besando o revolcando, que todo eso era tan asombroso que yo no podía entender por qué los adultos no lo hacían *todo el tiempo*, algo que, supongo, nos pasamos el resto de la vida descubriendo. También puedes dar por sentado que, cuando nos deteníamos el tiempo suficiente para hablar, aquellas charlas eran más abiertas y esclarecedoras, fluidas e intensas, graciosas y serias y profundas que cualquier otra charla que hubiera existido en el universo; no solo hablábamos, hablábamos *en serio*. Da por sentado que éramos más graciosos que todas las personas que habíamos conocido y que la vez que hice que Fran se hiciera pis de la risa, pis de verdad, que *traspasó* los vaqueros, fue uno de los momentos de mayor orgullo en mi vida. Da por sentado que no sentíamos nada a medias, ya fuera pasión o ansiedad, deseo o miedo. Da por sentado que hacíamos compilaciones y apreciábamos la música del otro con intensidad y, si no lo hacíamos, al menos lo simulábamos; que escuchábamos en silencio y con solemnidad a Nick Cave y Scott Walker, que cantaban sobre nosotros, y a Nico y Nina Simone, que participaron en la

audición para elegir *nuestra* canción, la canción que nos haría llorar; y que aquellos comportamientos que antes nos habían parecido tontos o repulsivos —ir de la mano, besarse con intensidad en público, pasar el chicle de boca en boca— ya no nos parecían asquerosos. Da por sentado que nunca queríamos estar en otro lugar ni con otra persona, que el tiempo que pasábamos separados era tiempo perdido y que era imposible imaginar las circunstancias que pudieran hacer que todo eso cambiara. Todavía queda un poco de esto en la historia, no mucho más que un panfleto, pero no puede evitarse. La mayor parte no será mencionada, pero tampoco olvidada.



Antes que nada, tendría que verla de nuevo, y, en las cuarenta y ocho horas que pasaron hasta nuestro próximo encuentro, redescubrí aquella noción temporal salida de la ciencia ficción. El fin de semana transcurría con tanta lentitud que parecía que estuviera sucediendo en un planeta lejano. «*En un minuto caben muchos días*», dice Julieta, quien me había dado cuenta que tenía las mejores líneas y las más verdaderas. Ese era uno de los momentos de la obra que me hacían pensar: *¿Cómo lo hace Shakespeare para saber?*

Cuarenta y ocho horas, cuarenta y seis, cuarenta y cuatro. Dios mío, lo que habría sido si me hubieran desterrado a Mantua. ¿Con qué llenaría esas horas a cámara lenta? Sabía que, en parte, se trataba de una prueba, y conseguí tener el autocontrol suficiente para abstenerme del teléfono y de las visitas de pasada por su pueblo. En vez de eso, me rendí ante el agotamiento que me llegaba hasta los huesos y al dolor de mandíbula y pasé las noches húmedas en la litera de abajo, nervioso, impaciente e inquieto, víctima, por un lado, de un anhelo espiritual y, por el otro, de una excitación sudorosa y poco poética que no habría estado fuera de lugar en los cuarteles del ejército. «*Agonía*»: la palabra parecía ser usada con frecuencia en las descripciones de amantes separados, y no había duda de que se aplicaba a las horas que pasé en la gasolinera durante el turno nocturno del sábado, con la mirada perdida en dirección a la explanada y un único alivio para mi paranoia romántica: los recuerdos sórdidos y explícitos de lo que habíamos hecho de camino a su casa en las paradas de autobús y en los setos. Cuarenta y dos horas, treinta y seis, veinticuatro; si bien no eran mis palabras, no podía dejar de pensar: *Galopad raudos, corceles de fogosos pies...*

El domingo, en un lamentable arrebató sentimental, se me ocurrió dibujarla de memoria. Hasta ese momento, la mayoría de los ojos que había dibujado habían colgado de la cuenca de una calavera, y, si bien mis intentos de retratar su cara se parecían un poco a ella, tenían un estilo glamuroso genérico y convencional que Fran habría rechazado, ojos demasiado grandes y húmedos, labios demasiado carnosos. *Sé fiel*, me dije a mí mismo, pero mis intentos de dibujar algo sensual habían resultado en el tipo de ilustraciones eróticas caseras que los prisioneros compraban con cigarrillos. Lo que mejor me quedó fue una versión de su voltereta subacuática, los dedos de los pies de punta, el camión negro, como una nube de petróleo que flotaba alrededor de sus caderas y se pegaba a sus pechos. Podía usar todo el negro que quisiera en ese dibujo, y estaba particularmente orgulloso del detalle de su pezón duro, de perfil, apenas un punto negro

hecho con mi Rotring de 0,4 mm.

Cuatro horas, tres, dos, una y allí estaba ella a las nueve del lunes, empujando su bicicleta por primera vez. Debía de haber ocurrido alguna transformación, porque era aún más guapa de lo que recordaba —¿cambiaba la cara de una chica una vez que la besabas?—, y me encantó cómo dejó caer su bicicleta (antigua, de carreras, con marco delgado, preciosa) sobre la mía, un gesto que a mí me resultó de lo más *provocador*.

—Hola —dije.

—Hola —respondió y sonrió.

Habíamos acordado actuar relajados, pero la noticia se había expandido incluso antes de que comenzáramos con el ensayo.

—¿Habéis tenido un buen fin de semana, vosotros dos? —preguntó Lucy.

—Hola, tortolitos —saludó Keith.

—Bueno, Benvolio, sí que eres una caja de sorpresas —observó Miles mientras pellizcaba el músculo que estaba entre mi cuello y mi hombro y nos dirigíamos al invernadero para naranjos.

—Yo creo que es maravilloso cuando dos jóvenes se encuentran —aseguró Polly—. Todas las temporadas se forma una pareja.

Incluso Ivor y Alina parecían saberlo.

—¡Creo que lo mejor será manteneros a vosotros dos separados! —exclamó Ivor con un guiño presuntuoso cuando nos dividieron en parejas para el baile de los Capuleto, la primera escena en la que actuaba toda la compañía.

El concepto de Alina consistía en comenzar con un baile tradicional de la época —manos en la cintura y pañuelos blancos en alto— que se tornaría más alocado, salvaje y moderno durante el transcurso de la escena, hasta que todos se congelarían en su sitio, tal como estuvieran, en el momento en el que Romeo y Julieta al fin se vieran. Más allá de la Macarena y el baile del *hokey-cockey* en la escuela, nunca antes había seguido una coreografía, y los conceptos de izquierda y derecha, adelante y atrás se me hacían mucho más difíciles de comprender cuando, al mismo tiempo, me preguntaba si «Hola» significaba «Hemos terminado», si «Hablamos más tarde» significaba «No quiero volver a hablar contigo». En un momento del baile formal, tuve que sujetar su mano por un instante, y me pregunté qué querían decir los dedos entrelazados y el movimiento circular de su pulgar en la palma de mi mano. Busqué su palma con mi pulgar y le devolví el gesto con un movimiento que esperaba que fuera erótico.

—Espérame más tarde —indicó por encima de su hombro—, ¿de acuerdo?

Durante el almuerzo, caminé junto a George.

—He oído la noticia, felicidades.

—Dios, George, ¿cómo es que todo el mundo lo sabe?

—Los rumores vuelan. La gente que participa en las obras de teatro dice que lo hace por las ideas y el arte, pero en realidad es por el sexo. La fiesta de despedida es casi una orgía. Al menos eso es lo que se espera.

—Bueno, todavía no es nada. Probablemente solo sea... ya sabes...

—Un mero amor de verano.

—Iba a decir «beso». Es solo un beso en una fiesta. Veremos qué sucede.

—Quería decirte que no me molesta. Bueno, sí me molesta, pero no voy a actuar raro al respecto ni seguiremos a vuestras casas. Estoy... feliz por vosotros.

—Gracias, George.

—También estoy furioso.

—Me parece justo.

—Pero no digas nada, ¿sí? No le cuentes lo mío. Tengo algo de orgullo.

Le dije que lo entendía.

Trabajamos mucho —ya no había tiempo para nuestras reuniones durante la hora del almuerzo— y, por fin, una vez que el largo día llegó a su fin, nos volvimos a encontrar en el lugar en el que nuestras bicis estaban una encima de la otra, los pedales en los radios, los cables de freno alrededor de los manillares.

—Mira, estamos enredados —observó ella y yo pensé: *Esto es demasiado*.

—Se me ocurrió que podríamos ir a algún sitio, solo tú y yo. Para repasar nuestras líneas —propuse y nos dispusimos a empujar nuestras bicicletas, hasta que Helen y Alex se acercaron corriendo.

—¡Tenemos a toda la pandilla! —exclamó Helen.

—¿Cómo os sentís vosotros dos? —preguntó Alex—. ¿Algún bajón, alguna recaída?

—No, estoy bien —dijo Fran.

—Un poco dolorido —respondí yo.

—No me sorprende —observó Alex.

—Alex... —advirtió Fran.

—¿A dónde estamos yendo? —dijo Helen—. Los *cuatro* juntos.

—En realidad —comenzó Fran—, Charlie y yo iremos a repasar nuestras líneas.

La risa de Alex y Helen retumbó entre las copas de los árboles.

—«Repasar líneas». Bueno, es la primera vez que oigo que le llaman *así*...

—Crece de una vez, Alex.

—No, me parece una idea fantástica. Helen y yo os acompañaremos.

—Lo siento, tenemos bicicletas.

—¡Correremos al lado! —sugirió Alex—. ¡Llevadnos con vosotros!

—Qué infantiles. Charlie, súbete a la bicicleta.

—Pero ¿quién me ayudará a *mí* a repasar *mis* líneas? —protestó Alex.

—¡Iremos con vosotros! —insistió Helen.

—Ya nos vamos —gritó Fran—. ¡Adiós!

—¡Nos vemos mañana! —grité yo, de pie sobre los pedales.

—Pero ¡quiero repasar mis líneas!

—¡Adiós! ¡Adiós!



Repaso de líneas

Así fue cómo, durante las dos semanas que siguieron, salíamos de los ensayos por la tarde y nos íbamos a repasar nuestras líneas.

Nunca nada me había parecido más genial que Fran Fisher en una bicicleta de carreras italiana con manillar curvo, y tratábamos de andar al lado del otro todo lo que pudiéramos, bajo los rayos del sol que parpadeaban entre los árboles como si fueran la luz de un proyector viejo, pero a veces solo conseguíamos andar una distancia pequeña antes de detenernos y, sin dejar de besarnos, tambalearnos y bajarnos de las bicis a trompicones. Repasábamos líneas en bosques y setos y, si no encontrábamos los tradicionales fardos, nos contentábamos con la sombra de los cilindros de paja envueltos en plástico negro, donde el rastrojo fresco se nos clavaba en la espalda como si se tratara de una cama de clavos. Una noche, Fran llevó una botella de vino tinto que había robado a sus padres y empujamos el corcho hacia adentro con un lápiz para acceder al contenido, dulce y tibio como un té que ha estado todo el día al sol. Nos turnamos para beber de la botella y, más tarde, cuando ya estábamos un poco atontados, teníamos la boca pegajosa y nos costaba aguantar la risa, Fran se llenó la boca de vino y pasó el líquido directamente a la mía.

—¿Ha sido sensual? ¿O solo ha sido asqueroso? —preguntó mientras una cantidad considerable me resbalaba por el cuello.

Los recuerdos de la tarde anterior y la promesa de la tarde que se aproximaba eran lo único que me ayudaba a sobrevivir los largos ensayos, cada vez más urgentes. Mirábamos algunas escenas y lo que veíamos no era... bueno, pero era mejor que la grandilocuencia y los aspavientos del principio y, a medida que las raras afectaciones vocales desaparecían, la historia y los personajes empezaban a asomarse en la oscuridad. Ahora los actores se miraban, se tocaban sin retroceder, se incitaban entre ellos. Nunca había tocado en una orquesta y nunca lo haría, pero imaginaba que así sería aprenderse una pieza larga, anticipar tus partes favoritas, encontrar algo para entretenerte en las partes aburridas, tocar lo que te correspondía con la intención de hacer que el todo suene mejor, aunque nadie en el público lo notaría. Sentir bochorno, me dí cuenta, era más bochornoso que esforzarse, así que lo di todo de mí y, cuando me quise dar cuenta, me había convertido en un miembro de la compañía, tanto en mi cabeza como ante los ojos de ellos. ¿Por qué no querría participar en algo que Fran adoraba?

Y aunque es difícil imaginar a un crítico menos objetivo, cada vez me convencía más de que ella era la actriz más grande que había existido. Me encantaba la forma en la que sus ojos y manos parecían seguir una idea en el aire como si fuera un pájaro que había entrado a una habitación, y me encantaba su quietud, el control total y la certeza absoluta de que lo que decía era importante.

Me encantaba cómo hacía que las palabras sonaran nuevas, y conseguía que volvieran a sonar nuevas la próxima vez que las repetía, y yo me inclinaba en mi silla y miraba, sin sentirme celoso ni inseguro en ningún momento, solo orgulloso de lo que ella podía alcanzar, orgulloso, y algo asombrado, de que estuviéramos juntos.

Sin embargo, durante el día no nos tocábamos y solo hablábamos de modo platónico, una regla que volvía a causar agonía, como si estuviera conteniendo la respiración y solo pudiera soltarla en el momento en el que nos despedíamos de los demás y nos lanzábamos a los caminos vacíos en busca de algún lugar nuevo y oculto para «repasar líneas». A veces, cuando la culpa o el pánico nos hacían repasar líneas en serio, yo ocupaba el lugar de su Romeo temporal y de pocas luces y hablábamos sobre santos, labios y oraciones.

—*¿No tienen labios los santos y los peregrinos?* —dije yo.

—*Sí, peregrino, pero sirven para orar* —respondió Fran.

—*Adorada santa, que sean como manos los labios divinos: déjalos orar, te lo ruego, o podrían desesperar.*

—*Los santos no se mueven, aunque respondan las oraciones.*

—*Entonces no te muevas mientras recibo mis dones.* Y aquí el libreto dice: «Él la besa».

—Sí, pero no es necesario hacerlo. Solo estamos repasando las líneas.

—Apuesto a que Miles lo hace.

—Sí, pero tenemos un contrato. Tenemos una cláusula estricta que prohíbe la lengua.

—Asegúrate de que la cumpla.

—Eso haré —dijo y me besó—. Pero ¿lo entiendes?

—Él intenta convencerla de que besar es lo mismo que rezar.

—El viejo truco.

—Y ella es toda una santa.

—O eso es lo que simula. Ella no dejaría que él la besara si eso no fuera lo que ella también quiere. De hecho, yo creo que ella lo desea más que él. Esa es mi interpretación del personaje.

—Julietta está dispuesta.

—*Muy dispuesta* —aseguró y nos volvimos a besar—. Pero ¿ves la forma?

—¿La forma de qué?

—De las líneas. Es un soneto. Catorce líneas que terminan con un pareado.

Las conté.

—No me había dado cuenta. Así que...

—Así que, se conocen y empiezan a hablar en verso... No solo terminan las frases del otro, sino que usan rimas y adoptan la forma de un soneto. El pareado final es el beso. Es brillante, ¿no te parece?

Podía ver que lo era, pero volvía a tener la sensación de que me estuvieran enseñando algo. Sabía que Miles reconocería la forma de un soneto y ese recordatorio de mi ignorancia me molestaba más que el beso. No me importaría que me enseñara si yo pudiera enseñarle algo a cambio. Pero ¿el qué? Hasta fumaba mejor que yo.

—¿Vamos de nuevo? Desde el principio.

Adoraba escucharla, incluso cuando lo repetía todo una y otra vez para aprenderse las líneas de memoria, y, aunque no sé si lo habría admitido, también había empezado a adorar el lenguaje, a anticipar ciertos pasajes del mismo modo que anticipaba un cambio de clave o un *crescendo* en una canción: no siempre por el significado —que, en muchos casos, seguía eludiéndome—, sino por motivos que eran musicales en esencia, un cambio de tono o velocidad o clave, un ritmo. *¡Mi corazón es ancho como el mar! ¡La noche me cubre con su máscara! ¡Córtalo en estrellas pequeñas!* Lo escuchaba todo el día y lo volvía a escuchar todas las noches cuando repasábamos líneas. Mi cerebro era mucho más impresionable en aquel entonces y todavía puedo recitar pasajes larguísimos. No me imagino en qué circunstancias lo haría, pero allí están, como si fueran iniciales escritas cuando el cemento todavía estaba fresco. Fran también fue la primera persona en decirme que era gracioso, el elogio más grande que había recibido, porque era el elogio que más deseaba. No quería ser un cómico de *stand-up*, sino que quería ser gracioso con amigos, en grupos pequeños, donde era importante.

Intentábamos llegar a casa de Fran antes de que oscureciera, pero las calles no tenían iluminación y era demasiado peligroso ir en bicicleta, así que teníamos que caminar. Estábamos en la segunda mitad de agosto y yo ya era consciente del acortamiento acelerado de los días, algo que me generaba temor y resentimiento, como si nuestro verano juntos fuera una costa erosionada por las olas. El sol, con sus movimientos, no hace más que robar tiempo a los amantes y, como las olas del otoño, desgasta la frágil orilla de la temporada; la poesía era contagiosa. Ese tipo de cosas se me ocurrían con más frecuencia, palabras, ideas y sentimientos enredados entre ellos, y si bien tenía la sensatez de no compartirlas en voz alta, me preguntaba si debería escribirlas.

Y quizás esa era otra de las cosas en las que la obra tenía razón: que estar enamorado podía cambiar no solo lo que uno sentía, sino también la forma de pensar y de hablar. Tal vez no fuera en forma de soneto, pero, a medida que la oscuridad avanzaba, nuestra forma de hablar era diferente; pequeñas confesiones, revelaciones, la creación de chistes internos. Ya nos conocíamos; ahora el proyecto consistía en conocernos *en profundidad*. Una transparencia así demandaba una cierta cantidad de engaño, al menos por omisión; ella habría salido corriendo del yo real, y toda oscuridad que confesara debía ser el tipo correcto de oscuridad. Por ejemplo, no le dije que era un ladrón.

Pero sí le conté todo lo que estaba preparado para contar sobre la separación de mi familia, el colapso de mi padre y cómo me sentía al vivir con eso. Quizás esa fuera la primera vez que confíe en alguien de forma absoluta. Nuestras charlas no tenían nada de relajado, pero yo era consciente de que eran una nueva forma de hablar, libre de preguntas y respuestas prefabricadas. Era algo que conseguía ser a la vez adulto y una imitación pasable de lo que se consideraba «adulto», charlas tímidamente honestas y laboriosamente profundas. En pocas palabras, éramos ridículos, pero una parte de nosotros lo sabía y no nos importaba, y ahora recuerdo una ilustración que vi una vez en un libro para niños, creo que de Maurice Sendak, en la que había chicos vestidos con ropa de adultos, sombreros tan grandes que caían hacia atrás, mangas largas que colgaban vacías.

Cuando llegábamos a su casa, escuchábamos la televisión por la ventana abierta y nos despedíamos con un beso largo al amparo del arbusto alto. Ella me invitaba a conocer a sus

padres, pero yo siempre decía que no. Al día siguiente volvíamos a ensayar y, de vez en cuando, yo debía abandonar una de nuestras noches de repaso de líneas para cubrir mi resentido turno en la gasolinera, donde seguía robando tarjetas de rasca y gana, aunque con moderación. Quizás usaría el dinero para comprar algún regalo: una joya en el Argos de Woking, una cena en el Taj Mahal.

Más adelante, durante la tarde del jueves de la segunda semana de repaso de líneas, me preguntó si me interesaba ir un poco más lejos.

—He estado mirando un mapa —dijo.



El río

—Mira, es un mapa oficial. Participé en el programa del Premio Duque de Edimburgo, ¿sabes? Creo que tenemos tiempo suficiente.

Se levantó la falda del vestido azul de algodón que había usado ese día, hizo una bola con el borde del vestido, lo metió bajo la goma elástica de su ropa interior y nos pusimos en marcha, para lo que tuvimos que ascender con bastante esfuerzo hasta la cima de la colina que estaba detrás de la Mansión y dejarnos llevar colina abajo sin pedalear hasta llegar a un valle desconocido mientras Fran nos guiaba con el mapa que aleteaba y crujía en su manillar y una mancha de sudor cada vez más grande en su espalda. Bajamos sin pedalear por la pendiente de una avenida larga y recta bordeada por álamos que parecía salida de una película francesa y, al final, bajamos la velocidad hasta detenernos para que ella pudiera volver a echar un vistazo al mapa.

—¿Qué pasó con tu Premio Duque de Edimburgo?

—Me di por vencida después del bronce. ¡Por aquí!

Atravesamos una pradera, caminamos uno detrás del otro por un sendero crecido que corría por el borde de un campo y nos abrimos camino entre arbustos espinosos salpicados de zarzamoras rojas que todavía no estaban maduras. Teníamos las piernas y los brazos raspados, pero «Valdrá la pena, te lo prometo». Efectivamente, había un sonido que se escuchaba cada vez más cerca, un suspiro largo y ronco, hasta que llegamos a una costa baja, una playa de arena negra a orillas del meandro de un enorme río oscuro. El aire que estaba atrapado debajo de las copas de los árboles parecía brumoso por las nubes de mosquitos pequeños, estaba caliente y estancado y tenía el olor metálico que tiene el aire antes de una tormenta; las lavanderas se pavoneaban por la orilla y las golondrinas y los aviones comunes rozaban la superficie.

—¿Qué te parece?

—Es precioso —respondí, y me pregunté si sería un buen momento para besarla.

Sin embargo, ella ya había dejado caer la bicicleta, se había quitado el calzado deportivo y, sin dejar de caminar, se levantó el vestido por el dobladillo y, despegándolo de la espalda húmeda y pasándoselo por la cabeza, se lo quitó. Con los ojos fijos hacia delante, se desabrochó el sujetador y, al llegar al borde del agua, se bajó la ropa interior y dio un paso cuidadoso para quitársela. Ahogó un grito y dio dos, tres pasos largos en el agua, donde esperó un momento con una mano en la parte baja de la espalda y el otro brazo cruzado sobre los pechos. Entonces levantó los dos brazos por encima de la cabeza y se dejó caer hacia delante, gritó al sentir el frío y desapareció en silencio y por completo, hasta convertirse en apenas una forma blanca contra el

verde del agua que la arrastraba con la corriente. Durante todo ese tiempo, yo no dije nada, quizás ni siquiera respirara, y en ese momento solo pude suspirar un «Ay, Dios» antes de que ella volviera a la superficie, unos metros río abajo, con los ojos entornados y los dedos pellizcando su nariz.

—¿Por qué no te has metido todavía?

—Lo siento mucho, no he traído mi bañador.

—¡«Bañador»! —Soltó una risa—. Bueno, ¡no puedes andar en bicicleta con ropa interior mojada porque se te irritaría la piel! Contaré hasta diez.

En un intento por darme algo de privacidad, se dio media vuelta y desapareció bajo el agua, y yo aproveché para quitarme todas las prendas lo más rápido posible. Mientras corría hacia el agua con las piernas arqueadas, sentí la agonía de las piedras que se clavaban en la planta de mis pies y, cuando llegué al agua, tropecé, caí con una voltereta que salpicó hacia todos lados y ahogué un grito al sentir la bofetada del agua fría que hizo que mis genitales se retrajeran cual caracol a su caparazón. *Entrarás en calor*, me dije a mí mismo y avancé, medio a nado, medio a trompicones, hacia la parte más profunda, el lecho del río, turbio y oscuro y con un olor vegetal que no era del todo desagradable. La corriente me hizo atravesar zonas de agua cálida, después fría, después cálida otra vez, hasta llegar al lugar donde estaba Fran, de pie en una zona iluminada por el sol casi en la otra orilla, de cuclillas para que su mentón tocara el agua, los hombros bronceados, los pechos como dos triángulos blancos debajo de la superficie. Pasé flotando junto a ella y me atrapó, nos enredamos y nos besamos, el sabor del agua de río en sus labios y en su boca; la atraje hacia mí para que nuestras piernas estuvieran entrelazadas, retorcimos los dedos del pie en el lodo sedoso para anclarnos y nos quedamos así hasta que sentimos el agua que estaba entre nosotros caliente y nuestros dedos se arrugaron, hasta que Fran levantó los pies del lodo, se impulsó hacia arriba y trabó sus piernas alrededor de mis caderas.

Pero eso era demasiado, así que, de pronto, con un grito ahogado y una risa, se impulsó para alejarse, dio media vuelta y nadó río arriba. La vi salir del agua, agacharse, apretar las prendas contra el cuerpo y desaparecer en dirección al campo que estaba más arriba. Me quedé de pie durante un momento y, como si fuera un borracho que buscaba recuperar la sobriedad, me sumergí por completo. Salí del agua, desenredé mi ropa, me vestí y la seguí.

La encontré acostada entre la hierba alta, los brazos a los lados, la ropa interior apretujada en la mano izquierda, el vestido todavía húmedo pegado a su cuerpo como un alga a una piedra. Cuando me acerqué, no me miró, y tuve la sensación de que la había ofendido —seguía respirando con profundidad, como si hubiera estado llorando—, pero dio una palmada al suelo que estaba a su lado, yo me uní a ella y, sujetos de la mano, nos quedamos allí para secarnos lo mejor que pudimos bajo el sol bajo y cansado.

Después de un rato, se puso de lado y me besó con suavidad.

—Eso que hemos estado a punto de hacer. El sexo...

—Ajá.

—Lo he estado pensando y quiero esperar.

—De acuerdo. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que tengas veintiún años.

—Ah. De acuerdo.

—O hasta el fin de semana.

—¿Este fin de semana?

—Ya me parecía. —Soltó una risa y se acomodó para mirarme—. Deberías haber visto tu cara.

¿Veintiún años?

—Sí, ha sido graciosísimo.

—Pero ¿puedes esperar hasta el fin de semana?

—¿Tú y yo?

—Creía que se sobreentendía.

—¿Este fin de semana?

—¿Quieres revisar tu agenda?

—No, no, me parece bien.

—Bien.

—Aunque debería fijarme en la revista del *Radio Times*.

—¿Quieres ver qué darán en la televisión?

—Exacto.

—Yo solo lo digo por si tienes *ganas* de hacerlo conmigo —señaló—. No quiero dar nada por sentado.

—Bueno, en realidad me estaba reservando para alguien que me gustara en serio...

—¿Y mientras tanto? ¿Qué te parece como opción provisional?

—Es más o menos lo único en lo que pienso.

Soltó una risa.

—Lo que estamos haciendo ahora, esto de... revolcarnos, está bien, ¿no?

—Eso creo.

—Lo único que haríamos sería llevarlo...

—... al próximo nivel.

—Bueno, entonces está decidido —anunció—. Piensa que es el repaso de líneas *supremo*.

—Bien.

—Bien. Lo haremos. —Me besó y se volvió a acostar—. De todas formas, el sexo bajo el agua no funciona. No preguntes cómo lo sé, pero lo sé. *Tú* no tendrías problemas, yo sería la que se llenaría de huevos de rana y algas ahí abajo.

—Algún pececito.

—O insectos zapateros. Me quedaría la vagina como la pecera de una escuela. No quiero tener un retraso en mi período y enterarme de que voy a dar a luz a una perca. Además, habríamos necesitado un preservativo.

Yo tenía uno en la cartera, uno de tres —lo que me había parecido suficiente para toda una vida — que había comprado, con el corazón galopante, en el baño del club de golf en el que trabajaba mi madre. Había elegido los «acanalados» porque se me antojó una palabra imponente, como los canales de Ámsterdam o Venecia. Si hubieran vendido «corrugados», habría comprado esos. En

cambio, me alarmé al sentir lo endeble y delgados que eran. Para sentirme más seguro, había desperdiciado el primero en lo que consideré un «ensayo»; el segundo, «el neumático de repuesto», estaba escondido en el estuche de cartón del segundo vinilo de los Stone Roses, porque sabía que nunca nadie buscaría allí. El tercero de la trilogía me acompañaba en las noches que parecían llenas de promesas, como las visitas a la feria de atracciones, por algún motivo, o las fiestas en el sótano de Harper. En ese momento, lo tenía conmigo, el aro visible a través del envoltorio bruñido como si se tratara de una placa de latón para hacer calcos. Podríamos haberlo usado en el río, pero eso habría significado nadar hasta la orilla para ir a buscarlo, volver a caminar por las piedras y, tal vez, llevarlo en la boca mientras volvía a nado, como un perro con una pelota de tenis. No, no era el momento indicado. Supongo que habría sido una buena historia si lo hubiera hecho por primera vez en mitad de un río en movimiento, pero me alegraba de que nos hubiéramos detenido porque...

—Lo que me gustaría en serio —comentó ella— es una cama.

—Una cama sería una buena idea.

—Porque la verdad es que hacerlo en una tienda o un fardo de paja o en un banco...

—No estaría bien.

—Un lugar con una puerta que se cierre y sin nadie cerca.

Pero ¿dónde podríamos encontrar algo así?

—Mi padre está siempre en casa.

Era imposible concebir la idea de tener sexo mientras mi padre estuviera en la planta baja, y, además, estaba el problema de la litera, que todavía me hacía sentir vergüenza.

—Y las veces que he tenido a un chico en mi habitación, las *muy* pocas veces que eso ha sucedido, mis padres no dejaron de caminar de un lado hacia el otro de la puerta, tosiendo y haciendo que las tablas del suelo rechinaran.

—Y creo que debería conocerlos antes.

—Conocerlos en el momento apropiado, no cuando estés a punto de tener sexo con su hija.

Comenzamos nuestra actuación:

—Tiene una casa encantadora, señora Fisher —dije.

—Llámame Claire.

—Tenéis una casa encantadora, Claire, Graham, ahora, si nos disculpáis...

—Y, Graham, colega, mantente lejos del rellano.

—¿Y si llegan a salir?

—Podrían pasar años hasta que eso ocurriera —señaló ella—. De todas formas, mi cama es individual. Una doble sería mejor, y usar las de mis padres no sería lo ideal. Necesitaría toda una vida de terapia después de eso.

—Una cama doble estaría bien.

—Como si fuera un cuadrilátero de lucha libre. Tendríamos espacio para deambular. —Se giró para mirarme—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Tienes las mejillas bastante sonrojadas —observó después de inclinarse hacia mí y acercar

su cara a la mía.

—No. Estoy bien. Estamos tomando decisiones prácticas, me parece bien.

—¿Y tú estás seguro?

—Sí.

—¿No crees que sea una... mujerzuela?

—Una mujer tentadora.

—¿O una seductora, por proponerlo?

—No.

—Y no estás nervioso.

—No. Un poco. Lo que quiero decir es que quiero hacerlo bien.

—Sí, yo también quiero que lo hagas bien. —Se rio—. Y también quiero hacerlo bien. —

Después de un momento, se giró hacia un lado—. De acuerdo, se me ocurre una posibilidad.

—Dime.

—¿Puedes decirle a tu padre que te quedas a dormir en casa de Harper?

—¿Cuándo?

—El viernes.

—La verdad es que nunca me he quedado en su casa.

—Pero podrías hacerlo este fin de semana, podrías quedarte hasta la noche del domingo.

—¿Hasta el domingo?

—O puedes decir que te vas de campamento o algo así. ¿Qué te parece?

—Supongo que podría hacerlo.

—De acuerdo. Entonces, tengo un plan.



Starry, Starry Night

Sabía que Fran no era virgen. Me había contado su «historia» y nos habíamos reído de la palabra, como si fuera una asignatura de los GCSE: «Veremos ese tema y después pasaremos a los Tudor». Sabía lo de sus novios, había creado imágenes mentales de cada uno y sentía el odio típico hacia ellos. A cambio, yo le había contado sobre la vez que casi había llegado a hacerlo con Sharon Findlay detrás del sofá.

—Mejor que no tuvierais sexo —concluyó Fran—. De otra forma, tendrías que haberle dicho a todos que la perdiste detrás del sofá.

—Literalmente.

—*Literalmente*. —«Literalmente» era uno de nuestros chistes internos. Ves, es tal como decía.

Esa charla había tenido lugar hacía un par de noches, en un campo con pendiente y una vista panorámica de la ciudad. Fran y yo solíamos buscar lugares bonitos como aquel, como si quisiéramos encontrar localizaciones para nuestras propias escenas.

—Sea como sea, no sé por qué la gente habla de «perderla» —comentó—. Puedes perder un calcetín o un paraguas; es algo más pasivo y accidental. Sería mucho mejor hablar de *lanzar* tu virginidad. Algo más activo. Nada de «la perdí con», sino «se la lancé a».

—O quizás «entregar».

—«Entregar». Como si se tratara de un *regalo* valioso. ¿Eso es lo que piensas hacer con tu virginidad, Charlie?

—Sí, pero acompañada del recibo.

—¿Por si no le gusta?

—Me la he probado, pero no es para mí, lo siento.

—Es la talla equivocada.

—No es mi color.

—¿Es reembolsable?

—Ahora que lo pienso —señalé—, solo es un regalo si estamos hablando de una chica. Los chicos tienen que tomarla. —Me miró con el ceño fruncido y me apresuré a aclarar lo que había querido decir—. Quiero decir que eso es lo que la gente suele decir.

—Es un poco sexista.

—Lo es. Es *muy* sexista.

—Bueno, yo creo que tú deberías *entregar* la tuya, Charlie. Regalarla. Otorgarla, como si fuera incienso o una bonita pluma estilográfica.

—Cuando conozca a la chica indicada.

—Cuando conozcas a la chica indicada.

Nos quedamos callados durante unos minutos.

—¿Tú la perdiste o la entregaste? —pregunté.

—No, yo más bien... la dejé caer. Ay, Dios. —Se llevó ambas manos a la cara, exhaló, las retiró y abrió bien los ojos—. El otro día estábamos ensayando la escena en la que Romeo y Julieta despiertan a la mañana siguiente, e Ivor nos indicó a Miles y a mí que nos quedáramos como enredados en los brazos del otro, como si hubiéramos tenido una experiencia compartida mágica y hubiéramos despertado transformados, con el pelo impecable y las sábanas limpias. Yo le dije a Ivor: «Me pregunto si la primera vez que Romeo y Julieta lo hicieron fue pésima, si el sexo fue supertorpe y desmañado. Quizás hubo sangre y Julieta decía que estaba incómoda, y quizás todo duró diez segundos y Romeo no dejaba de disculparse, y quizás la Nodriz pasaba todo el tiempo por el otro lado de la puerta y los desconcentraba». Creo que seguí hablando sobre esa idea de que Romeo y Julieta pudieron haber tenido sexo malo, que podían estar enamorados y aun así tener una experiencia incómoda. Quizás sería mejor, más real, si *fuera* incómodo, porque podrían resolverlo juntos, como se supone que debería ser.

—Con práctica.

—¡Exacto! Con práctica. —Se rio—. Sea como sea, Ivor me miraba como si estuviera loca. Dijo: «No es ese tipo de obra, Fran», y yo le dije que no estaba de acuerdo, que si Shakespeare había tenido razón sobre la experiencia del primer amor, ¿por qué no habría tenido también razón sobre la experiencia de tener sexo por primera vez? Desde luego, Miles se negaba a aceptar la existencia de cualquier sexo que no sea trascendental y capaz de cambiar la vida porque, ya sabes, es Miles, y yo estuve muy, *muy* cerca de contárselo.

—¿El qué?

—Mi primera vez.

—Continúa.

—Mi primera vez... ¿En serio quieres saberlo? Mi primera vez fue con un chico un par de años mayor que yo.

—¿Cuántos años tenías?

—Quince. Fue alrededor de Navidad, no la última sino la anterior. Sea como sea, en Chatsborne solíamos tener algo que llamábamos la Batalla de las Bandas (sí, ya lo sé), y cuando yo estaba en primer año, había un chico de quinto que se llamaba Patrick Durrell y que había subido al escenario a cantar *Roxanne*, ya sabes, una versión acústica, solo un chico y su guitarra, y nos pareció muy valiente por su parte cantar sobre las luces rojas y todo eso delante de los profesores. Es *muy* cursi, pero, en ese momento, todos nos callamos, como si estuviéramos ante un gran *narrador de historias*. Sobre prostitutas. Entonces... Tres años más tarde, somos nosotros los que participamos de la Batalla de las Bandas con nuestros covers de canciones que nadie conoce y todo el mundo está sacudiendo los hombros al ritmo de la música, y empieza a circular el rumor de que él está entre el público. Así que terminamos las tres canciones con un «¡Buenas noches, Secundaria Chatsborne, habéis sido geniales!» y, en la fiesta posterior, lo encuentro hablando con el director con un vaso de vino especiado, porque es una de esas personas raras que siempre

vuelven al instituto para las fiestas, un caso ejemplar, lo mejor de Chatsborne. Sea como sea, acaba por buscarme. Me dice: «Tocáis bien, lástima que sean todas covers, deberíais escribir vuestras propias canciones», y parte de mí piensa: *Vete a la mierda, tú no has escrito «Roxanne»*, pero aun así, hacía años que fantaseaba con ese chico, y él me mira y dice: «Creo que escribirías canciones geniales», a lo que le respondo: «¿Qué te hace pensar que escribiría canciones geniales?», y él me dice: «Pareces alguien que tiene algo que decir». Claro que yo debería haber salido corriendo por la salida de emergencia en ese preciso instante, pero era más joven y él se pone a hablar sobre la universidad (Manchester, por supuesto), sobre lo maravilloso que es estar allí, lo salvaje y *alocada* que es su vida, sobre cómo tendrá que ir con cuidado el próximo semestre porque ha estado yendo a muchos *clubes nocturnos* y ha consumido mucho éxtasis, y la verdad es que se lo ve un poco andrajoso, un poco demacrado, pero ¡sigue siendo Patrick Durrell! ¡Su nombre está escrito en todos mis libros de ejercicios! ¡Con letras tridimensionales! Entonces la fiesta termina a las nueve y media, y da la casualidad de que ese es el momento en el que Patrick Durrell cobra *vida*. Tiene una petaca, ¡una petaca en un concierto escolar, qué imbécil!, y hace todo un espectáculo al verter vodka en mi Sanpellegrino de naranja. «Ahora es un destornillador», dice, y yo sé que eso no es del *todo* cierto, pero se lo dejo pasar. «¿Quieres venir a mi casa? Mis padres están en casa, pero tenemos un anexo para mi abuela». ¿Cómo iba a resistirme a esa propuesta? «¿Puedo llevar al resto del grupo?», pregunto. «No, no puedo llevar a demasiadas personas». «¿No quieres despertar a tu abuela?», bromeo. «Acaba de morir, por eso tengo acceso al anexo». «Hay que verle el lado positivo», señalo y él parece ofendido, pero insiste: «¿Vienes o no?». Sea como sea, busco a mi madre y a mi padre, les digo que me quedo en casa de Sarah y me encuentro con él en el aparcamiento, desde donde vamos al anexo de la abuela, independiente de la casa principal, todo muy bonito... y allí es donde perdí mi virginidad. El diecisiete de diciembre de 1995.

—¿Y cómo estuvo?

—¿El anexo de la abuela?

—Le experiencia.

—Bueno, digamos que fue... una experiencia. Había un área pequeña que funcionaba como sala de estar, todo era anticuado y estaba lleno de estampados florales, todavía tenía las decoraciones de la abuela sobre el televisor, y había intentado darle algo de estilo con unas velas, como si fuera un bar de música *chill out* pero, ya sabes, con tapetes tejidos, estatuillas de payasos y fotos de la abuela Durrell que no dejaban de mirarme con fijeza. Bebimos más destornilladores y él no dejaba de hablar de sus amigos de Manchester, gente a la que no conocía ni iba a conocer, todo esto con un acento nasal que intentaba ser seductor, que era muy molesto porque a mí me constaba que había nacido en Billingshurst. Tenía la guitarra en un rincón y, sin dejar de hablar, la levantó y empezó a puntear melodías simples, como si estuviera tocando un acompañamiento para su propio monólogo, y después empezó a *cantar*.

—Ay, Dios.

—Cantó esa canción cursi sobre Van Gogh, *Starry, Starry Night* o *Vincent* o como sea que se llame. Y yo pensé: *Bueno, esto es un poco raro*, porque se lo estaba tomando muy en serio, tenía

los ojos bien cerrados y todo. Y yo no podía hacer nada, no podía levantarme a hacer pis ni nada, lo único que podía hacer era quedarme allí sentada, y en ese momento la canción se me hizo larguísima. ¿Debería aplaudir al final? ¿Y si tocaba *American Pie*? Así que solo aplaudí un poco, y él me preguntó: «¿Sabías que esa canción es sobre Vincent Van Gogh?». Y yo le respondí: «¿En serio? ¿Fue por eso por lo que se cortó la oreja?».

»Él se rio, pero estaba un poco ofendido. De todas formas, me besó, y yo me recordaba: ¡*Es Patrick Durrell!* Así que nos besamos durante un rato largo y yo seguía diciéndome a mí misma: *Es el mismo chico, ¿o no? El chico que me solía gustar muchísimo*, así que me quedé, y entonces nos quitamos las camisetas y todo lo demás, y nos acostamos sobre la cama de su abuela muerta. Me preguntó: «¿Cuántos años tienes?», algo que, en líneas generales, nunca debería formar parte del juego previo, ya sabes, algo que debería saberse *mucho* antes, y yo le dije que quince, y no sé qué debió de pensar al respecto, pero lo hicimos de todas formas. Así que...

—Y... ¿cómo estuvo?

—Ah, ya sabes. Doloroso. En todos los sentidos de la palabra. Por lo menos fue breve.

—¿Él sabía que tú eras...?

—¿Virgen? Sí, se lo dije, y él me dijo algo que nunca olvidaré: «No hay problema, pondré una toalla», que, de nuevo, no fue la respuesta ideal, pero bueno.

Se quedó en silencio durante un momento.

—Da igual. Todo el mundo dice que es decepcionante, pero, cuando terminamos, él se puso muy pensativo, y yo pensé que quizás se trataba de esa melancolía que a veces les da a los hombres, así que le pregunté: «¿Qué pasa?», y él me respondió con algo precioso, en serio: «¿Te das cuenta de que tú eres menor de edad, así que, técnicamente, eso ha sido ilegal?». Y yo, como una idiota, le dije que no iba a ir a la policía, que no dejara que eso estropeará su Navidad, y le pedí que me llevara a casa o que al menos me consiguiera un taxi; parecía molesto, pero llamó para pedir un taxi y me ofreció cinco libras, a lo que le contesté: «¿Cómo te atreves? No soy tu Roxanne», y él, confundido, me dijo: «No, es para el radiotaxi», y yo le dije; «Sí, ya lo sé, era una broma. Da igual, tengo dinero», y salí a esperar el taxi fuera y me pregunté: *¿Por qué estoy haciendo todos estos chistes? ¿Por qué estoy haciendo que él se sienta mejor?* Sea como sea, lloré todo el camino a casa y nunca más lo volví a ver.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y flexionó los dedos.

—A veces desearía haber ido a la policía, no porque yo hubiera tenido quince años, sino solo para presentar cargos en su contra por ser un mierda egoísta o por cantar esas canciones. Es decir, ya no puedo ver nada de Van Gogh por su culpa. Y ni hablar de Don McLean.

Nos llamamos durante un rato mientras el dolor irradiaba de su cuerpo como si fuera una especie de vibración. Nunca antes había tenido una charla como aquella, y lo que más quería era ser el tipo de chico —«hombre» sería el término indicado— que sabía qué decir, que sería el antídoto para contrarrestar al chico de la historia. Todavía estaba bajo el control de mi resolución de actuar de forma ejemplar siempre que estuviera con ella, pero no siempre cumplía con todos los requisitos prácticos que esa tarea demandaba y las palabras correctas muchas veces se me ocurrían cuando ya estaba volviendo a casa. No había duda de que sentía deseos de rastrear a ese

chico y cobrarle una venganza que habría sido digna de Teobaldo por su furia. También quería consolarla, pero abrazarla, estrecharla entre mis brazos, no me parecía lo correcto y lo único que se me ocurrió fue sujetarle la mano. Ella levantó nuestros dedos entrelazados y los examinó con curiosidad, como si nunca antes los hubiera visto.

—Lo siento.

—No es necesario ponerse tan sombrío, no fue ideal, eso es todo. No creo que nunca lo sea, pero me habría gustado que fuera con alguien amable, y ya sé que es una palabra estúpida. No me refiero a alguien cursi y temeroso y *supersensible*, eso sería lo peor. Solo quiero decir... alguien que hubiera tenido más cuidado con mis sentimientos. Da igual. Por suerte, al poco tiempo conocí a un chico suizo en un viaje de esquí, Pascal, y lo pasamos *mucho* mejor. Es decir, aquello fue *otra* cosa. No fue un encuentro de almas pero fue muy... hábil y profesional.

—¿Esa es tu reseña?

—«Muy recomendable. Definitivamente volvería». Pero no quieres oírlo, ¿o sí?

—La verdad es que no. Pero quizás podrías contar esa como tu primera vez.

—No creo que sea así como funciona. Pero tú, mi querido amigo virgen, necesitas esperar a alguien especial, alguien con quien puedas resolverlo todo y pasar un buen rato.

—Y practicar.

—Exacto. Practicar.

—Ojalá conociera a alguien así.

—Lo sé —respondió ella, y ambos nos reímos—. Ojalá.



Prensa y publicidad

Pero ahora teníamos un plan. Cuando volví del río, estaba mareado y la cabeza me daba vueltas con todos los preparativos. Era un buen plan, un plan genial, y el solo pensar en él me propulsó a través de la oscuridad hasta mi casa con una sonrisa enorme.

La mayoría de las veces, mi padre estaba en su cama cuando yo llegaba, así que yo aprovechaba para inspeccionar el vaso que estaba en el fregadero para verificar si era whisky o agua. Las palabras «No combinar con alcohol» no me dejaban en paz, y ya había ensayado en mi cabeza cómo remarcárselo en una charla casual, sin nada de sermones. Todavía no habíamos llegado a reconocer la existencia de los medicamentos, pero cuando llegara la hora, tendríamos aquella charla en la vida real. Ahora que estaba con Fran, estaba seguro de que no había nada que no pudiera decir.

Pero esa noche en particular, la noche en la que trazamos el plan, la música estaba tan fuerte que se escuchaba desde la acera: *Giant Steps*, de John Coltrane, un disco del que conocía hasta el último segundo. Cuando entré, mi padre estaba de pie junto al tocadiscos con la caja del álbum en la mano, y movía la cabeza a una velocidad asombrosa, como si estuviera conduciendo sobre adoquines.

—¿Estás de fiesta? —grité para hacerle saber que había llegado.

Dio media vuelta y vi que tenía la camisa desabrochada y el pelo de punta. En la tapa del tocadiscos había uno de los vasos de la gasolinera con whisky.

—¡Aquí estás! ¡Se acaban de ir!

—¿Quiénes?

—Tus amigos. Cómo-se-llame...

—¿Harper?

A mi padre no le gustaba Harper, le parecía superficial y poco sincero.

—Sí, y los demás.

Los demás le gustaban aún menos y, para mis amigos, mi padre era objeto de curiosidad y, creía yo, de desdén. Todavía sentía una incomodidad física cada vez que recordaba su intento de hospitalidad la vez que los hizo escuchar toda la segunda cara de *Bird and Diz* mientras las cervezas de los chicos se calentaban entre sus manos y ellos intercambiaban miradas desesperadas entre ellos como si fueran pasajeros que están a punto de desarmar al secuestrador de un avión. Incluso tenían un apodo para él. Mi padre era El Jazzista, y la idea de que hubieran estado todos juntos, sin supervisión, hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Les has dicho dónde estaba?

—He dicho que estabas ensayando.

—¿Ensayando?

—Me ha dado la impresión de que lo sabían todo al respecto.

—¡Porque tú se lo has contado!

—No. Mira...

En la mesa del teléfono, donde dejábamos los menús de las casas de comida, había una hoja de papel brillante doblada en cuatro que tenía un punto de Blu-Tack en una esquina. Había algo escrito con la letra de Harper: «Hace mucho que no nos vemos, ¡te hemos echado de menos! ¡Cuántos secretos!». No necesité desdoblar la hoja para saber qué era.

Nos habíamos sacado las fotos la semana anterior y Alina nos había llamado de uno en uno para posar delante de una tela blanca. En la búsqueda por ser actuales, la idea era hacer una parodia del póster de *Trainspotting* con la misma tipografía y los mismos colores, retratos individuales de cada personaje en blanco y negro alineados como si se tratara de una rueda de reconocimiento.

«Necesito algo de carisma», había exigido Alina, «algo de coraje, como si fuerais estrellas de cine».

El resultado final tenía toda la incomodidad de una foto escolar con el añadido poco feliz de las espadas que apuntaban a la lente. Aun así, me consolaba con la idea de que nadie lo vería, ignorando por completo el propósito de la publicidad.

—Creo que estás genial —opinó mi padre—, con tu espada y todo lo demás.

Le había contado lo de la obra en el momento de elevación eufórica que había seguido a la fiesta que había durado toda la noche. Habíamos estado de pie delante del fregadero, yo lavaba y él secaba; era más fácil comunicarse cuando no teníamos que ver la cara del otro, lo cual me hizo pensar que quizás la situación ideal sería que cada uno estuviera en una habitación diferente y nos gritáramos a través de la puerta.

—Benvolio.

—¿Quién?

—Un tipo que se llama Benvolio. Es amigo de Romeo. —Eché un vistazo hacia el lado y lo vi inclinar la cabeza, confundido, divertido.

—¿Y todo esto de dónde ha salido?

—No lo sé. Me pareció que sería divertido.

—¿Y lo es?

—Sí. Me cae bien la gente.

—¿Y cuál has dicho que es tu personaje?

—¡Benvolio!

Murmuró el nombre por lo bajo, como si Benvolio fuera el nombre de alguien que podría haber estudiado con él en el instituto.

—¿Es un papel *grande*?

—Bueno, no es el papel epónimo.

—¿Qué?

—Es bastante grande.

—Así que... ¿tienes líneas?

—Muchas líneas. Hay un par de discursos largos.

—Y... ¿tengo que ir a ver la obra?

—No si no tienes ganas, papá —respondí con una risa.

Lo pensó un instante.

—¿Es larga?

—Es bastante larga. Pero como he dicho, no tienes que...

—No, veamos. Veamos —murmuró mientras usaba la uña para sacar un poco de huevo que había quedado en la sartén—. Me preguntaba dónde estarías. Creía que andarías paseando por la calle, esperando a que yo me acostara.

Eso era precisamente lo que había estado haciendo. Devolvió la sartén al agua y no se habló más del tema.

Ahora, mientras iba en bicicleta a casa de Harper, me decía a mí mismo que no sería gran cosa. Incluso llegué a practicar decir las palabras en voz alta. «No es gran cosa», y un pequeño encogimiento de hombros. Después de todo, era Shakespeare, no ballet. La casa grande estaba en mitad de su terreno y había luces encendidas en todas las ventanas. Apoyé la bicicleta contra la mezcladora de cemento, corrí hacia la puerta y adopté una media sonrisa burlona y segura que transmitiera la idea de que «no era gran cosa».

Lloyd abrió la puerta.

—¿Es cierto lo que ven estos ojos míos? ¡Es usted!

—Hola, Lloyd.

—¿Qué es lo que lo ha traído hasta esta morada a estas horas de la tardía noche, ruin bellaco?

—Oye, ¿está Harper aquí?

—Así es, así es. Pase adelante... —Lloyd hizo una reverencia y me invitó a entrar—. Pero, por favor, debo pedirle que abandone su espada antes de ingresar en esta morada.

Entré. Más temprano ese mismo día, habíamos ensayado la escena en la que Romeo vuelve de la casa de Julieta y recibe las burlas y las provocaciones de Teobaldo, pero, más sabio que antes, flota por encima de la bufonada y la agresión con una serenidad hippie casi religiosa y habla a favor de la paz y la reconciliación. «*Tú no me conoces*», le dice él a su enemigo. «*Te aprecio más de lo que puedes imaginar*», como si el estar enamorado lo hubiera convertido en alguien invencible y dispuesto a perdonar. A eso aspiraba yo, a una actitud de Acto III, Escena I.

Harper estaba al final del pasillo y Fox sonreía detrás de él, los ojos brillantes por la expectativa.

—¡Lewis! Estás lleno de sorpresas.

—Por supuesto que sí, mi buen señor —exclamó Lloyd—. Podría decirse que es una caja llena de ellas.

—¿Vas a seguir con eso, Chris? —pregunté.

Nombre de pila. Debía mantener la tranquilidad. Mantener el control.

—¿De qué habla, mi buen señor?

—Ya se iban —indicó Harper.

—Por supuesto, por supuesto, ¡no tardaremos!
—El chiste ya ha perdido su gracia —aseguré.
—No sé de qué habla este pícaro bellaco.
—Sí, ya lo he entendido, lo he entendido la primera vez.
—No es ningún chiste esto que digo.
—Ni siquiera lo haces bien.
—De acuerdo, ¡ya es suficiente! —dijo Harper. Detrás de él, Fox se echó a reír.
—Le pido, por favor, que conserve sus estribos conmigo —exclamó Lloyd.
—Eres agotador.
Una risa aguda y provocadora...
—Tú también, Fox.
—Sus palabras no me pinchan, jovencito sofisticado.
—Déjalo, Lloyd —ordenó Harper—. Fox, idos a vuestras casas.
Fox salió, pero Lloyd era incapaz de irse sin un último comentario:
—Vimos a tu padre, Lewis. —Chasqueó los dedos con velocidad, como lo hacían los cantantes—. El Jazzista, con su jazz. ¡Ba-da-ba-ba-ba ba-ba-pow!
Visiones de una malicia tremenda, de cómo sería destrozarle la cabeza contra el marco de la puerta o atravesarlo como Romeo atraviesa a Teobaldo cuando lo mata.
—¡Lloyd! —gritó Harper—. ¡Vete!
—¡Buenas noches, dulce príncipe! ¡Buenas noches!
Esperamos un momento a que la puerta se cerrara y la risa se desvaneciera.
—¿Es demasiado tarde?
—No —respondió Harper—. Ven. Juguemos al billar.



—Rompe tú. Conocí a una chica por accidente. Acaba de terminar en Chatsborne, se llama Fran Fisher, ¿conoces a alguna Fran Fisher? Tú las rayas, yo las lisas. Y ella estaba participando de la obra de teatro, lo de Shakespeare que nos contaron en el instituto. Buen tiro. Y la única manera que tenía de verla era unirme, así que eso es lo que he estado haciendo. Una obra de teatro. Mala suerte, es mi turno. Y no está mal, ¿sabes? Está bien, la gente me cae bastante bien, ¡eso es! Son un poco pretensiosos pero no se están burlando todo el tiempo, y el lugar es bonito. ¡Mierda! Tu turno. Incluso creo que puede llegar a ser una producción bastante buena. De la obra. Helen Beavis está haciendo el diseño.

—¿La Ladrillo?
—Sí, pero nadie la llama así. La llaman Helen. Es refrescante. Además, es muy buena con todo el arte y el diseño y esas cosas... La obra es al aire libre y *site specific*, es una casa gigante...
—¿Que es *qué*?
—¿Qué?
—Acabas de decir algo...

—«*Site specific*». Significa que no es en un teatro común, sino que es específica para esa casa.

¿Me toca a mí?

—¿Por qué estás hablando así?

—Solo estoy explicando por qué estoy haciendo esta obra de Shakespeare. Tu turno.

—Pero nunca antes habías estado en una obra. Te toca.

—No, y nunca lo volveré a estar, es solo que... El verano es tan *largo*, y no tenía nada que hacer y no sé, ¿nunca tienes ganas de probar algo... nuevo?

—Sí, pero, no sé, algo como *bungee jumping*. No una *obra*. Suertudo.

—Suertudo no, habilidoso.

—¿Y no eres un actor de mierda?

—¿Yo? Sí, soy pésimo. Me toca, dos tiros. Bueno, pésimo no. Fran me ha ayudado con mis líneas.

—Fran es...

—La chica, Julieta. Deberías venir a...

—¿Ir a *ver* la obra?

—¡Sí! ¿Por qué no? Conoces a un par de personas que participan.

—Te toca.

—Helen Beavis, Colin Smart...

—Joder, ¿ahora pasas el rato con el Pequeño Colin Smart?

—Es agradable. Lucy Tran también está y es muy buena.

—¿Número Cuarenta y Dos?

—Sí, excepto que nadie la llama así porque es racista...

—No es *racista*.

—Claro que es racista, es *literalmente* racista, siempre ha sido racista y siempre ha sido un apodo estúpido porque ella es vietnamita. Ni siquiera es vietnamita, es británica, ha nacido aquí, y, aunque fuera china, el apodo no dejaría de ser racista y estúpido.

—¡De acuerdo!

—¿Sabes qué? Mejor no vengas a verla. Solo... olvídale. ¿A quién le toca?

—¿Estás bien?

—Sí, acabo de preguntar a quién le toca.

—A ti.

—De acuerdo, la meteré en el agujero de arriba a la derecha. No sé, Martín, es algo diferente a estar todo el tiempo aquí abajo burlándonos entre nosotros y tratándonos como si fuéramos mierda.

—¿Crees que yo te trato como si fueras una mierda?

—*Tú* no, pero me refiero a cuando estamos todos juntos, a la forma en la que actuamos. ¿No te parece *raro*? ¿Todos los insultos, las bromas y todo eso? Es decir, cuando alguien cumple años, ¿no te parece que lo que habría que hacer es, no sé, comprarle un regalo en vez de robarle los pantalones y prenderles fuego? ¿No te parece que eso es de lo más raro?

—Creo que esta charla es rara.

—¿Sí? Es probable. No me importa.
—Es verdad, sí, a veces la situación se nos escapa de las manos.
—Sí, podría decirse...
—Pero no me parece que seamos malos amigos.
—No, y nunca he dicho eso.
—Cuando tu madre se mudó...
—No, ya lo sé, ya lo sé.
—Cuando la jodiste en todos tus exámenes...
—Sí, es verdad.
—Cuando estabas actuando raro y malhumorado...
—¿Eso hacía? Es probable. Creo que estaba un poco deprimido.
—Estabas loco.
—Sí. Tu turno.
—Pero no nos fuimos a ningún lado, ¿o sí? Lo que quiero decir es que estuvimos a tu lado.
—Bueno, *tú* sí. Y te doy las gracias. Pero si alguien vuelve a llamarme Complejo o Litera o Nadie, o si alguien vuelve a hablar sobre mi padre así... me iré.
—Te toca. Son solo bromas.
—¿Ah, sí?
—Entre amigos.
—Lo sé, pero ya no necesito eso.
—¿Ahora que tienes amigos nuevos? Mala suerte, me toca.
—Un par.
—Y esta chica.
—Fran. Sí.
—¿Es simpática?
—Es fantástica.
—¿Atractiva?
—A mí me parece guapísima.
—¿Y ya lo habéis hecho?
—No. Hemos hecho de todo menos eso.
—Conque de todo, ¿eh?
—Tenemos un plan.
—Bueno, si tenéis un plan... ¿Y te gusta?
—Sí, la verdad es que, ya sabes. La quiero.
—...
—...
—...
—...
—Bueno, será mejor que te vayas, Charlie, necesitas tu sueño reparador.
—Primero terminemos la partida.

—En el agujero de arriba a la derecha.

—Ahí va.

—...

—...

—...

—Bien hecho —dije—. Tú ganas.



Práctica

—... y volved a subir, una vértebra cada vez, hasta estar derechos —indicó Alina—. Y ahora, antes de que os marchéis, el director tiene algo que deciros.

—Aquí vamos —susurró Alex.

—Es el discurso del Día D —explicó George.

—Va a ser *muy* emotivo —añadió Helen.

—¡*Sh!* —chistó Miles.

Y entonces Ivor se puso de pie en el medio del círculo.

—Bueno, qué experiencia. Hace tres semanas pensaba que no tendríamos un espectáculo. No había nada, nadie escuchaba, nadie se comunicaba, parecía una pérdida de tiempo. Pero habéis trabajado tanto, *tanto*, y no tengo problema en deciros que esto tiene el potencial de ser, bueno, algo grandioso, algo que haría pensar a Shakespeare: «Sí, eso es *exactamente* lo que quería decir». Ahora, la semana que viene será muy técnica, algo lenta, tendrá momentos aburridos y exigirá mucho trabajo. También sé que es una semana muy importante para algunos de vosotros porque se publicarán los resultados de los exámenes, así que nos tomaremos un par de horas el lunes para dejar que la emoción se calme un poco.

Yo no los miraría. Me quedaría en la cama y me cubriría la cabeza con la almohada.

—Pero estarán instalando los andamios mientras ensayamos y los tendremos que cubrir. Nos ocuparemos de la parte técnica el martes y quizás el miércoles, el jueves será el ensayo general y, esa misma noche... ¡el estreno! Todavía quedan entradas, así que, por favor, invitad a vuestros tíos, tías, primos, amigos del instituto. Porque creo que verán algo muy... —Ivor se llevó los nudillos a los labios para contener la emoción—. Muy... especial. Ahora. ¡Idos a vuestras casas!

Nosotros no nos iríamos a casa.

—¿Vamos al pub? —sugirió Helen.

—¿O vosotros planeáis *repasar líneas*? —preguntó Alex.

—No, podemos ir al pub —respondió Fran. El pub era parte del plan—. Pero nosotros tenemos las bicicletas.

—Vuestras bicicletas. Sois tan *adorables*.

—¿No es cierto? —concedió Fran.

—Bueno, podéis llevarnos de doblete —señaló Helen.

—¿Doblete? —dijo Alex—. Perdón, no me había dado cuenta de que estábamos en una tira de *The Beano*. Nadie dice «doblete». Solo se dice «llevar a alguien en bicicleta».

—Mentira.

—No, es como dice Alex —aseguró Fran—. Así lo dice todo el mundo.
—A lo sumo, se dice «llevar a alguien a la espalda» —añadí yo.
—Literalmente a la espalda —comentó Fran.
—De todas formas, los dobles no funcionarán. Somos demasiado grandes.
—Muchas gracias, Charlie —respondió Helen.
—No, todos somos demasiado grandes.
—Colina abajo no habrá problema —indicó Fran.

Así que, cuando llegamos a la parte más alta de la calle, los cuatro nos subimos a las dos bicicletas como si fuéramos una compañía de circo, Fran y yo en los asientos, Helen y Alex a los pedales. Alex hizo un comentario al pasar sobre mi mochila —«Dios mío, ¿qué llevas aquí dentro? ¿Planeas huir de casa?»— y, durante un momento, contemplé la idea de decirle la verdad: *Pasaré el fin de semana con Fran, el fin de semana entero, solo nosotros dos. Tendremos sexo...* Pero ya estábamos precipitándonos por la calle a una velocidad aterradora y seguro que habríamos terminado muertos si hubiéramos dado con una rama caída o si un coche hubiera venido hacia nosotros. Habríamos terminado muertos y yo habría estado muy cerca de haber tenido relaciones sexuales.

—¡No quiero morir! —Exclamé en voz alta—. ¡No ahora!
—¡Más rápido! —gritó Alex, así que tomamos más velocidad y soltamos gritos y chillidos que hicieron que el resto de la compañía se hiciera a un lado y se dispersara.
—¡Nos vemos en El Pescador de Caña! —gritó Helen cuando pasamos junto a ellos—. ¡Si es que vivimos!

Hicimos el resto del camino a pie y los demás se unieron a nosotros más tarde en el patio del pub. En nuestros papeles de conspiradores, Fran y yo tuvimos cuidado de evitar la compañía del otro. En vez de eso, ella habló con Polly y, con mucha sutileza, extrajo la información que necesitábamos, mientras yo me quedé sentado escuchando las discusiones entre George y Miles.

Aun así, no podía evitar echar un vistazo a mi reloj y sentir la dolorosa lentitud del minuterero. *Este día es tan tedioso como lo es la víspera de un festival, dice Julieta, para el niño impaciente que tiene un nuevo atuendo y no lo puede estrenar.* La obra rebosaba de expectativa, menciones de mañanas, de amaneceres y anohecidos, horas y minutos, y, si los personajes hubieran usado relojes de pulsera, no solo los habrían mirado, sino que, además, habrían golpeteado los cristales con la esperanza de que las agujas se movieran más rápido. Si hubiera planeado ir a bachillerato, podría haber escrito un ensayo al respecto: «Una exploración del tiempo y la excitación sexual en *Romeo y Julieta*». Volví a echar un vistazo a mi reloj. Sexo completo. Sería una tontería pensar que las cosas que habíamos hecho hasta el momento no tenían nada de sexual, pero eso sería sexo *completo*, como una sala completa o un desayuno inglés completo; lo contendría *todo*, y después de eso lo único que quedaría por hacer sería repetirlo. Eché varios vistazos al reloj hasta que se hicieron las ocho de la noche, el horario en el que, tal como habíamos acordado, nos despedimos.

Un minuto más tarde, ya nos habíamos ido y sonreíamos por dentro. Me detuve en la gasolinera rival que estaba cerca del pub para comprar una bolsa de hielo —nunca antes había comprado una bolsa de hielo y, en mi cabeza, la abundancia de hielo era cosa de millonarios—, la guardé en la

parte de arriba de la mochila y sentí el frío y el agua derretida contra el cuello mientras nos esforzábamos por pedalear colina arriba hacia la Mansión Fawley. Cuando estuvimos cerca, nos detuvimos, miramos hacia ambos lados como si fuéramos espías detrás de líneas enemigas y escondimos las bicicletas detrás de la pared de piedra alta que rodeaba el terreno.

El sol ya se estaba ocultando cuando nos escondimos en el bosque para que Bernard y Polly no nos vieran al volver del pub.

—Mañana visitarán a unos amigos en Londres —comentó Fran—, e irán al teatro. Llegarán tarde y el domingo estarán fuera todo el día...

Nos acercamos a la entrada, escuchamos el sonido del coche y nos agachamos entre los matorrales como niños que juegan a ser soldados. Vimos a Bernard salir del viejo Mercedes para abrir la verja de madera, sobrio y erguido como si fuera el chófer de la familia, mientras que la cabeza de Polly colgaba contra el asiento del pasajero.

—Podríamos haberle preguntado —susurré.

—Esto es más *emocionante* —respondió Fran y me besó, a menos de tres metros de Bernard; una vez que el coche hubo avanzado, trepamos a la pared y nos dirigimos a la portería. La llave seguía sobre el dintel, así que Fran la metió en la cerradura y abrió la puerta con lentitud. El crujido que produjo pareció un efecto de sonido.

Creo que ambos esperábamos una transformación milagrosa, una habitación de hotel con luces tenues, pero la cabaña tenía aún peor aspecto con la poca luz del anochecer, una casa de vacaciones abandonada hace años, mohosa y rudimentaria. Debía de haber ratones allí, incluso ratas, y arañas grandes que estaban al acecho en las esquinas.

—Bienvenido a la suite nupcial —anunció Fran, y yo tiré de ella para besarla con torpeza—. Primero lo preparemos todo —dijo, y ambos nos dispusimos a hacer las tareas que nos correspondían sin hablar, a mover los muebles y barrer el suelo, haciendo pausas cuando nos cruzábamos para besarnos o tocarnos, intentando que la sensación de urgencia o nerviosismo no fuera tan obvia.

Lo primero de lo que se ocupó Fran fue la música: un Discman Sony, dos milagrosos altavoces diminutos y una pequeña pila de discos en un sobre de papel.

—Música para limpiar —indicó y presionó el botón para reproducir la banda sonora de *Trainspotting*.

En la pequeña cocina, los grifos tosían y se ahogaban, y el agua salía de un color turbio, pero limpiamos el polvo de la mesa de Formica roja y desembalamos nuestras provisiones.

Una navaja suiza. Plátanos, un tubo de Pringles, la bolsa de cacahuets más grande que habíamos encontrado a la venta, caramelos de goma y galletas digestivas de la marca del supermercado, una linterna, cuatro panecillos, un pepino y un par de lonchas bien finas de jamón de Yorkshire, sobres de café instantáneo de algún hotel vacacional, un par de porciones grasientas de mantequilla robadas del pub, nuestras camisetas y ropa interior favoritas, un bote de humus, bolsitas de té, dos naranjas, apósitos, desodorante de bola, velas, lámparas de noche, cerillas y algunos cosméticos básicos. Las provisiones para las bebidas las habíamos dividido entre los dos: yo tenía vodka, una botella de dos litros de Coca Cola y la bolsa de hielo, Fran tenía un cava

y un poco de vino tinto portugués. Conectamos la nevera antigua, que vibraba como un generador, y metimos a presión el hielo, que ya parecía aguanieve, en el congelador diminuto. El plan era pasar el día leyendo en la pradera, así que yo saqué con cierto orgullo los libros que había elegido: *La mandolina del Capitán Corelli* y la edición de seiscientas páginas de *El nombre de la rosa* con la portada de la película. Fran tenía *El arco iris*, de D. H. Lawrence, y una edición para bibliotecas escolares de *Interpretando a Shakespeare*, de John Barton. No saqué los preservativos —había acumulado seis, un proyecto aún más ambicioso que *El nombre de la rosa*—, pero, de todas formas, las provisiones que habíamos desplegado sobre la mesa conseguían ser una combinación peculiar de decadencia y practicidad.

—Somos exploradores sexis —observó Fran mientras alumbraba las Pringles con la linterna—. Tenemos una fiesta, pero es en Nepal.

Fran también había conseguido llevar dos sábanas limpias. Tuvimos una corazonada, así que tanteamos el borde inferior del sillón, tiramos y volvimos a tirar, temiendo quedarnos con una parte en las manos, hasta que, como si fuera una antigua pieza de maquinaria para granjas, el mecanismo cedió y el sillón se convirtió en una especie de cama. Colocamos la sábana ajustable y observamos la cama en silencio.

—¡Luz! —exclamó Fran.

Habíamos decidido usar la menor cantidad de luz eléctrica posible, por las dudas de que Polly o Bernard pasaran con el coche. En vez de eso, encendimos velas y las distribuimos por el borde de la habitación, de manera que la situación empezó a parecerse un poco a un ritual, como si el siguiente paso fuera dibujar un pentagrama con tiza: la gran desfloración.

Nervios.

—Solo voy a...

El baño tenía poca ventilación y luz y olía a trapos viejos. A pesar de nuestros preparativos, habíamos olvidado el jabón, pero encontramos un trozo rosa, resquebrajado y con un borde afilado como una punta de flecha hecha de piedra, así que me mojé con agua fría y turbia y lo raspé contra mis axilas. Al otro lado de la puerta, la música se detuvo.

—¡Charlie! ¿Dónde estás?

—Dame un minuto.

Mi corazón parecía latir a un ritmo imposible, lo escuchaba en mis oídos, y llevé el talón de mi mano al esternón. Sería una pena tener que llamar a una ambulancia en ese momento. Me salpiqué la cara con agua oxidada, la sequé con el borde de mi camiseta, y salí a la otra habitación.

Las velas estaban cerca del suelo, por lo que la habitación estaba iluminada desde abajo como si fuera un teatro de variedades victoriano y se proyectaban luces alargadas contra las paredes. La botella de champán —cava— estaba dentro de un cuenco de plástico verde para lavar la vajilla lleno de hielo y, a su lado, había dos tazas descascarilladas. Fran se había arrodillado para cambiar el disco.

—¿Marvin Gaye o Elliott Smith? ¿O son demasiado obvios? Creo que prefiero a Marvin.

Apretó el botón para reproducir y se puso de pie. En los minutos que yo había estado al otro lado de la puerta intentando regular mi corazón, Fran había conseguido cambiarse de ropa y ahora

llevaba un vestido que nunca antes había visto, negro con rosas rojas grandes y tirantes delgados. También tenía una mancha de pintalabios sobre la boca, aplicado con prisas y con poca habilidad, y ya estaba intentando quitárselo con los mismos labios.

—Estás guapísima.

—Gracias.

—No he traído ningún cambio de ropa elegante.

—¡Entonces, ve a tu casa a cambiarte! Lo siento. Estoy gritando. Ehh... —Se acomodó el pelo detrás de la oreja y echó un vistazo a su alrededor—. Por cierto, he encontrado, eh, algo para hacer. ¡Juegos de mesa! —Atravesó la habitación hasta los estantes—. Tienen Scrabble, Boggle, Pictionary. El más sexy es Operación. Quiero decir, casi cuenta como juego previo, pero las baterías deben de estar muertas. ¿Monopoly?

—Quizás más tarde.

—¿No quieres empezar una partida de Monopoly?

—No en este momento.

—Puedes ser el banquero. Sé que hay que dedicarle mucho tiempo. Si no, hay un puzle. La vista desde el puente de Waterloo, cinco mil piezas.

—Quizás mañana, si llueve.

—De acuerdo. Entonces... ¿qué quieres hacer ahora?

—Tengo muchas ganas de besarte.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Bien. Ven aquí, entonces.

Nos besamos durante un rato largo. Las canciones siempre hablaban de tomárselo con tranquilidad, hacer que la noche dure y ver el amanecer, así que yo sabía que la duración era la clave del éxito, por lo que nos detuvimos para abrir el cava, para hacer bromas y, una vez que estuvimos lo bastante borrachos, para bailar un lento, y también para apartar algunas de las velas que estaban a una distancia peligrosa de las cortinas.

—Imagina los titulares —dijo Fran—, «Virgen muere en incendio».

Terminamos el vino, yo preparé dos vodkas con Coca Cola y Fran puso un disco de Portishead en el reproductor, lo quitó —demasiado deprimente— y lo cambió por Mazzy Star. Pero la situación era algo incómoda y, todo ese tiempo, la sábana blanca del sofá cama parecía irradiar un brillo radioactivo, hasta que nos encontramos sobre él, nos desvestimos con torpeza y, al fin, hicimos el amor.

Y, de nuevo, me topo con el problema del lenguaje, porque apenas tuvimos tiempo de *hacer* algo. Sería maravilloso poder alardear de un acto grandioso, modulado y sostenido, lleno de cambios de tono y de tempo, como si se tratara de una sinfonía épica. Pero el hecho fue que la presión de que las cosas sucedieran de cierta forma hizo que todo fuera bastante abrumador y que la situación amenazara todo el tiempo con salirse de control. Había creído que, en momentos de pasión, se activaría en mí una habilidad preexistente, un sexto sentido erótico, tan instintivo como el baile, aunque no mi baile, sino el baile de otra persona. Sin embargo, resultó ser la versión

extrema de no saber qué hacer con las manos. No solo con las manos, sino también con la boca y los ojos y las caderas y, aunque todavía no había aprendido a conducir un coche con marchas, sospechaba que la coordinación necesaria sería similar. ¿Por qué, en todas las representaciones de relaciones sexuales que había visto, todo el mundo se movía tanto y con tanto vigor? Sin duda, eso era una mentira y, sin duda, la única forma de sostener el acto durante un período de tiempo considerable debía de ser mantener una concentración tensa y de acero e intentar que la gran cacofonía de preguntas que tenía en la cabeza no me distrajera. *¿Tengo que mantener el contacto visual, o sería perturbador? ¿Sería muy frío apartar la mirada? ¿Estamos demasiado cerca del borde de la cama? ¿Le dolerá tener la cabeza así colgada? ¿Deberíamos parar para amontonarnos en el medio de la cama y alejarnos del borde? «Amontonarse»... ¿No es una palabra graciosa? Esa vela sigue estando demasiado cerca de la cortina, y ahora se ha soltado la sábana, ¿deberíamos parar para colocarla bien? Si cierro los ojos, ¿durará más tiempo? Está sonriendo... ¿eso es bueno o intenta no reír? ¿Qué está haciendo mi cara? ¿Tenemos permitido hablar? ¿Soy demasiado pesado?* Como consecuencia, el momento de clímax se pareció demasiado al clímax de una crisis, un pánico emocionante, similar a ese momento que parece durar una eternidad en el que algo irremplazable, por ejemplo un jarrón antiguo, es empujado de un estante, se tambalea, queda suspendido en el aire y te hace pensar: *¿Caerá? Por favor, no caigas, eres demasiado valioso, no caigas*, antes de aceptar, muy a tu pesar, que sí, ya no hay nada para hacer, el jarrón caerá; es decir, que el momento me quitó literalmente el aliento y me hizo contemplar si debería disculparme con Fran.

Sin embargo, a pesar de las ansiedades, la sensación prevalente fue el asombro; la incredulidad de que se me permitiera hacer algo como eso y con una persona como ella, que ella no solo lo tolerara, sino que me incitara a hacerlo. «Gratitud» es una palabra demasiado débil, humilde y aduladora, pero si pudiéramos imaginar una versión de gratitud apasionada, intensa y activa, entonces eso fue lo que sentí. Decir: «Muchas gracias», como si me hubiera entregado el cambio en una tienda, no era una opción. También me dio la impresión de que decir «Te quiero» mientras se hace el amor está mal visto, y que dejar que esas palabras se soltaran en mitad de un momento de pasión —sobre todo si se trataba de la primera vez— habría sido como dejar escapar un gas: inapropiado y fatal para el ambiente. Me había dispuesto a no decir ninguna de esas cosas y lo había conseguido, pero no tenía ninguna duda de que sí la quería y de que nunca querría ni desearía a nadie mientras viviera, y de que había hecho todo lo posible, aunque sin mucho éxito, por transmitir eso en el acto de amor.

No estaba seguro de que la idea se hubiera entendido. Sin duda, no habría podido decirlo con palabras. Lo único que conseguí articular fue:

—Ay, Dios.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. Sí, solo necesito...

—Está bien.

—Dame un minuto...

—Está bien. No hay prisa.

Pasó un rato hasta que pude volver a hablar.

—Joder.

—¿Te ha dado un calambre? —dijo ella.

—No exactamente. ¿Ha estado...?

—«¿... bien para ti?»

—No iba a preguntar eso —respondí, aunque fue una mentira.

—Ha sido encantador.

—Ha sido demasiado rápido, lo siento.

—No hay problema.

—Creía que podría moverme un poco más.

—La próxima.

—¿Y tú has tenido...?

—¿Un orgasmo? Ah, sí, como nueve o algo así.

—Ay, Dios.

—¿Por qué? ¿Tú no?

—Ja.

—*Shh*. Quédate ahí. Ya te he dicho que ha sido encantador. Y la primera vez siempre es un poco así. Es como... no sé...

—¿Como aclararse la garganta?

—¡No! Qué asco. Lo que iba a decir es que es... ¿Alguna vez has hecho tortitas? Bueno, cuando haces tortitas, la primera siempre es de prueba.

—Dios mío —exclamé—, soy la tortita fea.

—No es *fea*, sigue siendo deliciosa, pero la próxima es mejor. Lo que quiero decir es que todo el mundo monta un escándalo por la primera vez, pero lo que cuenta es la segunda o la cuarta o la décima vez. Y nosotros tenemos todo el fin de semana. Lo más importante... —Me sujetó de la mano y me miró a los ojos—. Es que viniste a mí como un niño, y ahora eres un hombre.

Nos reímos y ella tiró de la sábana. Estar acostados en una cama y que todo el largo de mi cuerpo estuviera presionado contra el de ella era, a su manera, igual de íntimo y sorprendente que el sexo en sí mismo, y me sentí agradecido de que eso hubiera ocurrido allí en vez de detrás del sillón.

—No te duermas, ¿sí? —pidió ella.

—Ni por un instante. Estás preciosa.

—Gracias. Tú también.

—Bueno, mejor *atractivo*.

—No, *precioso*. —Apoyó la mano con suavidad sobre mi cara y deslizó su dedo meñique dentro de mi nariz.

—¿Puedes no hacer eso, por favor?

—¿No te parece sexy?

—No.

—Quería probar algo nuevo. Bueno. ¿Cómo te sientes? ¿Al ser un hombre?

—Bien. ¿Parezco diferente?

—El más sabio del mundo. Además, esto es nuevo...

—Ah, lo siento. —El preservativo seguía pegado a mi muslo como si acabara de mudar de piel —. ¿Debería tirarlo?

—No, déjate puesto. Úsalo siempre para recordarme.

Me lo quité y lo anudé con la habilidad y la destreza que antes me habían abandonado.

—A los chicos les encanta *mirarlo*. ¿Por qué?

—No sé. Es desagradable, pero también es asombroso.

—Mira cómo lo levantas a la luz. Parece que hubieras ganado un pez dorado. Cuánto orgullo. Deberían ponerle líneas a los lados, para medirlo en mililitros. Y encima de todo deberían escribir: «¡Pum!».

—¿Qué hago con esto?

—Guárdalo. Debes guardar el primero.

—En la cartera.

—Sí, como si fuera un mechón de pelo mío. Puedes sacarlo para echarle un vistazo cuando quieras.

—Creo que correspondería que tú te lo quedaras.

—Así estoy bien, gracias. Ya puedes dejarlo.

Reacomodamos los almohadones del sillón para que funcionaran como almohadas y levantamos nuestras bebidas de vodka con Coca Cola, que ya habían perdido el gas y sabían a jarabe. Pronto alcanzamos un nivel de ebriedad que nos llevó a bailar viejas canciones de Prince, aunque Fran lo hacía mejor que yo y mi desnudez me daba un nuevo motivo para no despegar los pies del suelo. Estábamos cubiertos de polvo y mugre. Nos apretamos en la ducha debajo del débil chorro de agua, que alternaba entre estar hirviendo y estar congelada, apenas lo bastante húmeda para frotar la suciedad del cuerpo del otro con la hoja de jabón rosa.

—Es como si estuviéramos en una película de James Bond —gritó Fran para hacerse oír por encima del rugido del calentador de agua de plástico barato.

No teníamos toalla, así que nos secamos con las camisetas del día anterior, y no tardamos en volver al sofá cama, esta vez con menos pánico e inhibiciones, más relajados, y Fran había tenido razón, esa fue la vez que contó.



«He comprado la mansión de un amor»

Debimos de dormirnos a eso de las tres o las cuatro. Las velas se habían ido apagando una por una mientras nosotros escuchábamos música, y la última canción que oí fue *Lilac Wine*, la versión de Nina Simone, el *tum-tum-tum* grave de la melodía.

—Me gusta cómo pronuncia «lila».

—Hacer vino con lilas es una idea pésima —murmuró ella contra mi cuello. Ya estábamos muy borrachos.

—Dulce y embriagador, eso es lo que dice ella.

—De acuerdo. Probémoslo. Mañana.

—Lo beberemos con soda.

—Ja. —Oí el chisporroteo de su sonrisa—. *Shh*. Duerme. —Y nos dormimos.

Pero la novedad y la emoción de tenerla al lado, la calidez de su cuerpo en el calor de la noche, sus movimientos mientras dormía, los resortes y refuerzos del sofá cama hicieron que me despertara a las pocas horas con la boca seca y la cabeza estallando. Bajo la luz gris del amanecer, la habitación había adquirido un nuevo tipo de sordidez. Habíamos bebido la totalidad de nuestros suministros en la primera noche. Ahora tenía las botellas vacías cerca de la cama, a un lado de la cama, junto con una gran cantidad de envoltorios de preservativos, un paquete de galletas empezado, un vaso para cerveza con agua turbia y el platito que habíamos usado de cenicero. En cualquier otro momento, me habría sujetado la cabeza y habría soltado un quejido, pero todas esas cosas se me antojaron los restos de un hombre nuevo, un hombre experimentado, la mesita de noche de un amante. Le eché un vistazo a Fran y me eché a reír en serio, con carcajadas locas y alegres que tuve que sofocar con la mano.

Tenía un aspecto terrible, muchísimo peor que cualquier otra vez que la hubiera visto. Tenía la boca abierta como una tonta y yo alcanzaba a sentir su aliento, caliente, fétido y alcohólico, como la sala de detrás de un pub, y me encantaba todo eso, me encantaban las manchas oscuras alrededor de sus ojos y la grasa de su frente, las manchas de vino en sus labios secos y el granito que se había formado en su mentón como un hongo durante la noche; y, como me encantaba la realidad apestosa de su cabeza sobre mi hombro y la calidez húmeda de su muslo sobre el mío y el aroma a cuerpo que se filtraba por debajo de las sábanas enredadas y sudorosas, me pregunté: *Si me quedo muy, muy quieto, ¿cuánto podría durar esto?*

Pero la vejiga es muy insistente y, al final, tuve que desenredarme. De pie en el baño, mientras me cepillaba los dientes y orinaba al mismo tiempo, un poco nauseabundo y lleno de dolores misteriosos, oí el sonido de los neumáticos sobre la grava. Sin pensarlo, descargué el retrete, que

ahora parecía rugir como un dinosaurio, y observé la forma abstracta de Bernard bajar del coche. Agachado, me escabullí de vuelta hacia la sala de estar, donde Fran se encontraba sentada y cubierta por la sábana. Me llevé un dedo a los labios y encontré una línea de visión a través del espacio donde se juntaban las cortinas. Bernard se encontraba a unos pocos metros y estaba moviendo el pestillo de la verja mientras Polly se esforzaba por ver su reflejo en el espejo retrovisor para limpiarse el pintalabios del borde del labio.

—Date prisa, Bernard —llamó ella—, o perderemos el tren.

Yo estaba tan cerca que alcancé a oír a Bernard murmurar algo por lo bajo y volver a subir al coche.

Y se fueron.

—¿Estamos a salvo?

—Estamos a salvo.

—Ya no necesitamos susurrar.

—No estábamos susurrando.

—Ya no necesitamos olvidarnos de susurrar —gritó ella y yo salté sobre la cama y la besé.

—Te has lavado los dientes.

—Ajá.

—Tramposo. Yo apesto.

—No es cierto —dije, aunque lo era, y nos besamos hasta que ambos supimos igual.



Freímos huevos en mantequilla y bebimos café instantáneo con nuestras camisetas puestas. Nos amontonamos bajo esa ducha patética y volvimos a la cama. Finalmente, más tarde por la mañana...

—¿Damos un paseo por el jardín?

Al igual que un par de ladrones, nos habíamos asegurado de saber dónde estaban las cámaras en el terreno. La casa principal estaría fuera de los límites, pero los huertos, las praderas y el bosque serían nuestros, siempre y cuando nos mantuviéramos alejados de la calle. *Ah, he comprado la mansión de un amor que no poseo*, dice Julieta. Aquí estábamos nosotros, había llegado el día siguiente y ya la poseíamos.

Pero el cielo estaba nublado, la luz era más suave y las hojas de los sicomoros y los robles empezaban a enrollarse y tornarse amarillas. Bien podría haber sido el primer día de otoño, y nos abrazábamos mientras caminábamos por el bosque que llegaba hasta la parte principal del terreno, cuyo silencio resultaba algo siniestro, un escenario vacío.

—Imagina vivir en un lugar así.

—Debe de ser raro, ¿no? —comentó Fran—. No pienso demasiado en esas cosas. Casas grandes, dinero. Quizás eso sea algo que aparece más adelante en la vida, cuando se es mayor. La adoración por las *cosas*. Espero que no.

—Harper piensa en esas cosas. Tiene muchas revistas de coches, y acaricia y dobla las esquinas

de los que planea comprar. Y también tiene equipos de alta fidelidad y cosas por el estilo: cámaras, relojes enormes que te dicen a qué profundidad te encuentras. No lo hace por fanfarrón, le gusta, es como si fuera su pasatiempo.

—Pero tú no quieres un reloj enorme, ¿o sí?

—No. Al mismo tiempo, no quiero ser pobre. —Dichas en voz alta, las palabras se me antojaron raras y anticuadas, y me pregunté si habían sido un error. Fuera como fuera, me arrepentía de haberlo dicho.

—¿Te preocupa el dinero en este momento?

—No, gracias a mi fabuloso salario en la gasolinera.

—Un dineral.

—Estoy forrado. Pero mi padre se preocupa, y yo me preocupo porque él se preocupa... Es un poco contagioso.

—Lo único que quiero es tener suficiente dinero para no tener que preocuparme por el dinero.

—Yo también.

—Y un trabajo que me guste.

—¿Quieres ser famosa?

—Dios, no. Es decir, me gustaría ser famosa como resultado de mi trabajo, pero no ser famosa solo porque sí. La fama es el reloj enorme. ¿Quién lo quiere? Preferiría tener un trabajo bueno. Tener muchos amigos, estar enamorada y tener muchísimo sexo. Ahí está. Dicho así, parece muy fácil.

—Lo sé.

—En realidad, ¿cuál es el problema? Ya estamos a mitad de camino.

De pronto, nos quedamos en silencio. Podíamos hablar relajados de cualquier cosa menos del futuro. Septiembre se encontraba delante de nosotros como una cortina pesada. El tema me ponía de mal humor, pero no hablar sobre lo que podría esperarnos al otro lado era absurdo y, además, cobarde. Éramos demasiado jóvenes para tener temas de los cuales no pudiéramos hablar.

Después de un rato, Fran respiró hondo y dijo:

—Creo que deberías ir a bachillerato.

—No, conseguiré un trabajo.

—Desde luego, pero, incluso si tus notas no son suficientes...

—Y no lo serán.

—... podrías volver a hacer los exámenes.

—No es para mí.

—Solo Matemáticas y Literatura, para poder hacer otras cosas.

—No, eso ya pasó.

—Pero eres muy inteligente, Charlie, no estaría contigo si no lo fueras.

—Hablemos de otra cosa, ¿sí?

—De acuerdo.

Se aferró de mi brazo y abandonamos el tema, pero nos quedamos balanceándonos en el precipicio, a punto de caer.

Habíamos llevado libros y un termo antiguo que habíamos encontrado y llenado con café instantáneo, y caminamos por el jardín en dirección a nuestro lugar favorito de la pradera, cerca de donde nos habíamos conocido por primera vez.

—¿Qué pensaste? Cuando nos conocimos.

—Pensé... ¿Quién es ese bicho raro?

—Qué simpática.

—Al acecho, sin camiseta, asustando a la gente.

—No estaba acechando. Estaba leyendo.

—No lo pensé durante mucho tiempo. Cuando me tranquilicé, pensé: *No es tan malo después de todo. Parece inofensivo.*

—¿«Inofensivo»?

—Créeme, las chicas no siempre piensan eso cuando están a solas con un chico. Es algo positivo. También me pareciste gracioso, con esa manera que tenías de examinar mi tobillo como si tuvieras formación médica. Te observé mientras lo hacías. Estabas atractivo. Que no se te suban los humos a la cabeza, pero es posible que exagerara el dolor... —Y entonces soltó un grito de dolor y cambio su andar por un renqueo arrastrado y de cadera partida, la mano sobre mi hombro.

—Sí, me preguntaba qué había sido eso.

—¿No me creíste?

—El renqueo iba y venía.

—¡Mentira! ¡Cómo te atreves! Da igual, dio resultado. Volviste, ¿o no? Cuando te vi el segundo día, me dieron ganas de reír, en parte porque era gracioso verte forzar una sonrisa y soportar la situación, sentía que había ganado...

—¡Tú no *ganaste!*

—Excepto que sí... Y, por otro lado, porque estaba muy feliz de verte. Me sorprendió lo feliz que estaba. Era como si... no sé... como si hubiera dejado de contener la respiración. Solo... —Dejó de caminar, cerró los ojos y exhaló con lentitud, y reconocí lo que yo mismo había sentido —. Y me encantaba caminar a casa contigo y hablar, deseaba que el camino fuera más largo, todavía lo deseo. Lo único que dijiste que me molestó... —Vaciló.

—Dime.

—Lo que me molestó fue que supieras que yo estaba saliendo con Miles, que pensaras que como él era ese tipo de chico, yo debía de ser ese tipo de chica. Es decir, me gusta Miles, es bastante atractivo, al estilo de una figura de acción. Pero tú creíste que yo podía ser tan, no lo sé... superficial.

—Estaba celoso. Pensé: Romeo, Julieta, ¿no se supone que tenéis que vivir el papel?

—Sí, pero el método solo llega hasta cierto punto. Sobre todo si se comporta como un imbécil.

—Es algo mayor, tiene coche, dinero, una educación cara...

—Para. Tienes que parar.

—¿Con qué?

—Tienes que parar con toda esa cosa de la educación y la confianza. Esa gente no tiene ningún derecho ni poder especial.

—A mí me parece que sí.

—¡Claro que no! Es decir, tienen *ventajas* y privilegios, y el dinero es importante, por supuesto. Pero incluso si los resultados de tus exámenes no son buenos, sé que puedes hacer algo genial, algo que te haga feliz.

—¿Cómo qué?

—¡No lo sé! —Rio—. Eso no te lo puedo decir yo, ¿no? Tienes que encontrarlo tú solo. Pero tienes... potencial. Sé que es una palabra estúpida de las que se usan en los informes escolares, pero lo digo en serio.

Después de eso, nos quedamos callados. Yo sabía que sus intenciones eran honestas, pero era humillante ser el objeto de una charla motivacional y no me gustaba para nada. Encontramos nuestro lugar en la pradera y nos acomodamos entre la hierba alta y seca, un poco más separados que de costumbre. El silencio continuaba.

Y después ella estiró la mano y sujetó la mía.

—Lo siento. Sé que no te gusta hablar del futuro, pero sucederá. El futuro es eso: lo que sucederá. Ahí lo tienes. ¿No te parece profundo?

—Sí.

—Literalmente.

—*Literalmente*.

—En este momento, no puedes verlo por todas las cosas que han salido mal, y porque estás nervioso y enfadado por cosas que están fuera de tu control y que no han sido tu culpa. Pero si tan solo... *aguantas*, Charlie. No lo sé. Adoro eso que tienes dentro de ti. Y a ti también. Te quiero, Charlie.

Y ahí estaba. Ella lo había dicho y ahora yo podía devolvérselo, un intercambio de palabras de lo más banal y fantástico, algo que repetiríamos una y otra vez, siempre y cuando lo dijéramos en serio.



Una vez que volvimos a la portería, ordenamos e hicimos una lista de provisiones necesarias para el resto del fin de semana: vodka, hielo y Cola Cola, comida china para llevar. Aunque había avanzado poco con *El nombre de la rosa*, me di cuenta de que también necesitaría más preservativos y sentí que me hinchaba de orgullo. A pesar de mis negociaciones, todavía me veía obligado a trabajar tres horas en la gasolinera, pero eso le permitiría a Fran leer y dormir. Si cerraba rápido, podría estar de vuelta a las ocho y media, y podríamos empezar la fiesta una vez más.

Pero parte de la soltura que habíamos tenido se había perdido en la contemplación del futuro, de nuestro futuro, y ahora caminábamos en silencio por el bosque en el que habíamos escondido nuestras bicicletas.

—Podríamos... irnos a casa —sugerí yo—. Si eso es lo que quieres. Quiero decir que no es necesario que nos quedemos dos noches.

—¡No! No, quiero quedarme. Estoy cansada, eso es todo. Date prisa en volver. Monta esa bicicleta como el viento. Comenzaremos de nuevo. —Me besó y yo levanté la bicicleta y la pasé con dificultad por encima del muro de piedra—. No olvides el vino de lilas —dijo, y yo me dirigí a la ciudad y a una serie de catástrofes, una detrás de la otra y cada una peor que la anterior, igual que en el final de una obra de Shakespeare.



El señor Howard

Las gasolineras son lugares desolados, aún en sus mejores momentos, pero durante una tarde de sábado larga, aburrida y nublada a finales del verano, adquieren una melancolía particular. Un dolor profundo se había asentado, un agotamiento que parecía agobiante, así que necesitaríamos algo especial para recuperar el ánimo de la noche anterior.

Tenía tarjetas de rasca y gana en la cartera. Sin un cómplice, el intercambio sería más arriesgado, pero no imposible, si usaba algunos trucos de prestidigitación, y, al ser un hombre adinerado, podría intentar comprar una botella de champán —cava— en la licorería. Como ya no era virgen, quizás me lo venderían sin hacer preguntas, y después podría comprar algo con clase en El Ternero Dorado, el especial de la casa de langostinos carnosos y rosados, y tres preservativos más en el baño. Cava, preservativos, langostinos, una bolsa grande de hielo; era la lista de la compra de un joven aristocrático y, mientras contemplaba esos lujos, me quedé dormido con la cabeza sobre el mostrador y la seguridad de que el pitido de los surtidores me despertaría.

Delante de mí se encontraba un hombre grande, de pelo rubio y corto, con el cuello que le sobresalía por encima de una camisa con corbata y unos nudillos enormes que usó para golpear el mostrador cerca de mi cabeza.

—¿Te encuentras bien?

—Lo siento... Me he quedado dormido. Lo siento mucho. ¿Surtidor número... número...?

—Dos.

—Dos. Serán treinta libras.

—¿Gran noche? —Produjo una sonrisa desagradable.

—¿Disculpe?

—Estás dormido durante tu turno. ¿Has tenido una gran noche?

No habría sido apropiado contarle que había perdido mi virginidad, pero parecía querer algo más, posicionado como estaba con la cabeza hacia un lado, las manos apoyadas con fuerza sobre el mostrador, enormes y rosas como codillos de cerdo.

—Sí, fue una gran noche —respondí y le entregué el recibo. Siguió sin moverse—. ¿Necesita algo más?

—No, eso es todo. Duerme un poco. —El hombre grande enderezó los hombros, dio media vuelta y se fue.

Y ese fue mi último cliente. Un poco antes de las ocho, apagué las luces de la explanada, puse a la caja a imprimir el resumen del turno, saqué la bandeja de la caja y, de pie bajo el marco de la puerta que estaba entre el mostrador y la oficina, cambié las tarjetas por un billete de veinte y otro

de diez libras. Cava, hielo, langostinos, preservativos. En la oficina trasera, cargué la mochila con todas las copas de champán de las que me tendría que deshacer —me quedaría con dos para el vino— y volví a la tienda para apagar las luces.

El hombre de pelo corto estaba allí y, detrás de él...

—¡Mike! ¡Hola!

Mike no dijo nada, solo sacudió la cabeza con lentitud y tristeza, y unas náuseas terribles y frías me subieron desde el estómago.

—Charlie, ¿reconoces a este caballero?

—¡Sí! ¡Hola! Surtidor dos, treinta libras.

Sonrió de forma desagradable y cruzó los brazos bien arriba sobre su pecho ancho, como si esperara algo.

—¡Su tarjeta de rasca y gana! ¡Me he olvidado de dársela! ¿Es por eso que está aquí? Aguarde, enseguida le traigo una.

Como actuación, no fue una de mis mejores, pero ¿qué podrían hacerme por un error honesto?

—Charlie, el señor Howard trabaja para una empresa de seguridad privada.

—De acuerdo. ¿Esto es por haberme quedado dormido? —Quizás fuera solo eso.

—Lo contraté, Charlie, porque he notado algunas inconsistencias en los libros contables.

No escuché nada más de lo que dijo porque sus palabras fueron ahogadas por el gran rugido de pánico que inundó mi cabeza al pensar en lo que sucedería a continuación, un montaje desenfadado del futuro, tanto cercano como lejano, mientras me preguntaba qué sabría, cuál podría ser mi coartada y cómo podría sostenerla ante lo que probablemente fueran pruebas en video. Preví horas enteras sentado en sillas de plástico en estaciones de policía y tribunales de primera instancia, imaginé la furia de mi madre, la vergüenza y la desesperación agitadas de mi padre. Cumpliría diecisiete años en tres semanas: ¿eso significaba reformatorio o prisión? Y Fran, ¿qué pensaría Fran? Ese algo que ella había dicho que tenía dentro, ese potencial que había asegurado ver en mí se revelaría como el engaño de un ladronzuelo descuidado, un ratero de cambio, un estafador incompetente con un antecedente penal para acompañar a esos resultados de examen terribles.

—... parece que una gran cantidad de tarjetas que deberían haber sido entregadas a los clientes terminaron en los bolsillos de los empleados...

¿Y cómo se enteraría Fran de dónde estaba? ¿Cuánto tiempo planeaban retenerme aquí? La luz ya se estaba yendo y me la imaginé sola en la portería, encendiendo las velas, comiendo lo que quedaba de la comida, pasando de la anticipación al enfado, de la ansiedad al miedo, como Julieta en la cripta de los Capuleto. Me odiaría por abandonarla incluso antes de enterarse el motivo. Necesitaba avisarle y contarle la historia en mis propias palabras...

—... así que tenemos que hablar sobre lo sucedido.

Me obligué a prestar atención a las palabras de Mike. Al menos no sonaba enfadado, sino resignado, un alguacil que se había visto obligado a contratar a ese pistolero, que ya se había identificado como representante de una empresa llamada Agencia de Investigación de Croydon, o CIA... ¿Cómo no me había dado cuenta? Los hombros anchos y los ojos pequeños, penetrantes y

evaluadores; no había duda de que el hombre era un hombre que trabajaba para la ley, y me maldije por haber sucumbido a la fácil tentación de un vino espumoso español y del especial de la casa de El Ternero Dorado.

—¿Qué te parece si vamos a la oficina trasera? —sugirió el señor Howard, que ahora daba un paso hacia el mostrador.

Levanté mi mochila y escuché el tintineo de doce copas de champán —pruebas— a través de la tela de nailon. Dios mío, me habían atrapado con las manos en la masa. Una noche en la celda, y Fran sola en el bosque, las velas consumidas, a la espera...

Levanté la mochila con cuidado, para que las copas no hicieran ruido.

—¿Podrías levantar esto, por favor? —exigió el señor Howard.

El mostrador estaba separado de la oficina por una tabla con bisagras que se trababa desde abajo con un pestillo del lado del cajero.

—Dadme un momento, solo necesito... —Me deslicé de lado hacia la oficina y trabé también esa puerta.

—Por favor, señor Lewis, no nos tome el pelo —dijo el señor Howard.

—¡Aguardad! Solo necesito...

—Charlie, vamos, colega —pidió Mike en su papel de negociador durante el asedio—. Solo queremos charlar.

Y yo ya había salido al aire frío de la noche. Con esa luz, el interior iluminado de la tienda parecía una pantalla de cine, y podría ver las piernas de Mike levantadas en el aire de forma horizontal mientras luchaba con el pestillo del mostrador. Con manos temblorosas, trabé también la puerta de la tienda y los encerré dentro. El señor Howard vio mi movimiento y corrió hacia la puerta para golpear contra el cristal, pero yo ya me había subido a la bicicleta y estaba al otro lado de la explanada.

Pedaleé con toda la fuerza que tenía hasta salir al camino largo y derecho que volvía a la ciudad y que a esa hora estaba desierto. Si tan solo pudiera llegar al Bosque de la Muerte, deshacerme de los vasos, esperar en los matorrales a que Mike y el señor Howard se dieran por vencidos, volver a toda velocidad a la portería, besar a Fran y contárselo todo, explicar que había hecho algo estúpido, pero que la quería... Si Julieta podía perdonar a Romeo por asesinar a su primo, entonces una estafa de tarjetas de rasca y gana tenía que ser perdonable, tenía que serlo. Habría lágrimas, pero haríamos el amor, de forma triste y conmovedora, al igual que Romeo y Julieta en la víspera de su destierro; hablaríamos sobre alondras y ruiseñores y, a la mañana siguiente, iría a encontrarme con Mike y le diría: lo siento, Mike, me entró el pánico y sí, me he llevado un par de vasos, pero nada de dinero. A menos que hubiera pruebas en mi contra, en cuyo caso lo devolvería; todavía tenía casi todo el dinero escondido en mi habitación, y trabajaría para pagar lo demás, o lo tomaría prestado de... no sé, la cuenta bancaria de mi hermana o Harper o de alguien más, pero no de mis padres, mis padres nunca debían enterarse. Mike se lo contaría a mi madre, pero mi padre no podía enterarse. Lo mataría.

Me acerqué a mi escondite mientras otro posible futuro me llamaba: la vida en el exilio. Si pudiera hacerme con mi pasaporte, no había ningún lugar al que no pudiera ir. Compraría un

chaquetón de trabajo y un morral, me uniría a la marina mercante, fuera lo que eso fuera, y escribiría cartas preciosas y llenas de anhelo para Fran desde Singapur, Vladivostok y Mantua, y algún día, quizás, en el muelle de algún puerto alejado y fuera del alcance de la ley...

Oí un coche detrás de mí y esperé que me pasara, pero, en vez de eso, vi cómo reducía la velocidad para andar a mi lado. Había tenido la sensación de que la velocidad a la que yo había estado yendo era asombrosa, pero el enorme Range Rover negro apenas iba en segunda, y Mike estaba lo bastante cerca para asomarse por la ventana y apoyar la mano sobre mi brazo.

—Detente, Charlie.

—No puedo hablar en este momento. Tengo que estar en otro lugar.

—Solo te pido que dejes de pedalear, amigo, lo único que queremos es charlar.

Pero al otro lado de Mike, vi al señor Howard inclinado sobre el volante y riéndose, así que me puse de pie sobre los pedales y los moví con toda la fuerza que tenía. Huiría hacia el bosque y los perdería allí, pedalearía a campo traviesa en la oscuridad hasta llegar a la portería. ¿Acaso ella no había dicho que me quería? Doblé para salir de la calle pero calculé mal el ángulo que necesitaba para subirme a la acera alta, la bicicleta se balanceó por un segundo y, después, se detuvo por completo, lo que me hizo volar por encima del manillar y aterrizar sobre el sendero.

Y ahí estaba de nuevo esa cualidad rara y elástica del tiempo que me permitió observar la pulcritud y la totalidad de la voltereta, mi insistencia testaruda por no soltar la bicicleta y llevarla conmigo como si fuera un truco de circo. Lo más memorable —¿o lo imaginé?— fue que el tiempo lento me permitió oír el crujido de las copas de champán que, a su manera, estaban amortiguando mi caída, sentir cómo mantenían la forma durante una fracción de segundo antes de derrumbarse como un huevo apretado con el puño, la reacción en cadena, *pop, pop, pop*, el cristal que volvía, en su mayoría, a ser arena, pero también diamantes.



Cicatrices

—¿Cómo te las hiciste?

—¿El qué?

—En tu espalda. Las marcas.

—¿Eso? Fue un ataque de tiburón.

—Ah, no me digas.

—Vasos de gasolinera. Me caí sobre una pila de copas de champán baratas cuando tenía dieciséis años.

—¿Por qué no me sorprende?

—Las cicatrices son de donde me sacaron los pedacitos de cristal.

Estábamos en la playa la primera vez que Niamh notó la salpicadura de cicatrices lisas y con algo de relieve, más fáciles de sentir que de ver, excepto en verano, cuando se notaban blancas como la tinta invisible bajo la luz de una lámpara.

—De acuerdo, sé que debe de ser una obviedad, pero...

—Había robado los vasos de la gasolinera y me descubrieron, así que salí corriendo, se me trabaron las ruedas y salí volando.

—¿Las ruedas de la motocicleta?

—Una bicicleta común. De pedales.

—Guau. Qué pasado oscuro. Vasos de gasolinera y una bicicleta de pedales. Eres como Jason Bourne.

Estábamos viajando por las islas griegas y eran nuestras primeras vacaciones juntos; todavía estábamos en la etapa de la relación en la que saltábamos ante cualquier oportunidad de enseñar una cicatriz. Yo había visto el desgarró que ella tenía entre su segundo y tercer dedo gracias a una lata enorme de garbanzos, la cuadrícula que habían dejado los puntos de la extracción de un lunar en el hombro, y ahora me tocaba a mí. El cristal roto me había acribillado la espalda como si me hubieran disparado perdigones y, en ese momento, me quedé acostado sobre la arena caliente y dejé que los dedos de Niamh dibujaran las constelaciones que se habían formado.

—Parece braille.

—¿Qué dice, Niamh?

—Dice... Espera... Dice: «¿Qué... clase de idiota... roba vasos de la gasolinera?». ¿No te los regalaban?

—Eso era lo que lo convertía en el crimen perfecto.

—¿Robar algo que nadie quiere?

—Bueno, también había una cierta cantidad de dinero involucrada.
—Ah. ¿De la caja?
—Sí, pero era un poco más complicado. Lo que yo hacía era robar tarjetas de rasca y gana, no efectivo, así que nadie salía perdiendo. Era un delito sin víctimas porque el dinero no existía hasta que alguien rascara la tarjeta. Era como el gato en la caja. Desde un punto de vista filosófico.
—¿Y eso fue lo que les dijiste a ellos?
—Sí.
—¿Y cómo se lo tomaron?
—Digamos que no se lo tomaron bien.
—Dios mío. Todo un maestro del crimen. Estoy horrorizada.
—Ah, ¿y tú nunca has robado nada?
—¿Yo? ¡No!
—Durante todo ese tiempo que trabajaste en restaurantes, ¿nunca te llevaste ni una botella de vino? ¿Un filete del congelador?
—¡No!
—¿Un café que no pasaras por la caja?
—Está bien. Quizás. Uno o dos, pero los valores que me inculcaron hacen que siempre me haya sentido como una mierda por haberlo hecho.
—Bueno, yo también me sentía como una mierda. Sobre todo cuando me pillaron. Estaba pasando por un *mal* momento. Y lo más estúpido es que, si no hubiera escapado, no habría pasado nada.
—Entonces, ¿por qué escapaste?
—Bueno... Esto te gustará.
—Dime...
—Fue por *amor*.
Niamh se recostó sobre la arena.
—Ay, mierda. ¿Otra vez ella?



Creo que quedé conmocionado durante un buen rato. No había manera de que me mantuviera de pie o de que mis manos dejaran de temblar, así que nos sentamos en silencio sobre el borde de la acera mientras se hacía de noche.

—Solo queríamos hablar, niño tonto —indicó Mike.
—Lo único que queríamos era asustarte un poco, eso es todo —añadió el señor Howard.
Podía sentir cómo la sangre de mi espalda se enfriaba y endurecía, y, al rotar lo hombros, la piel parecía pegarse a la camiseta de forma desagradable. El señor Howard —quien seguro que había matado gente—, me aseguró que mi herida no era nada comparada con *algunas* de las cosas que él había visto, pero la sangre había teñido las puntas de los dedos de un color oscuro que se descascarillaba como el óxido y se veía negro una vez que cayó la noche.

—Te llevaremos al hospital. Hay que ver si te ha quedado algún cristal clavado.

Yo ya había ensayado la frase «¡Quiero hablar con mi abogado!», pero el cómo conseguir uno seguía siendo un misterio para mí. El encargado de gestionar la bancarrota de mi padre, ¿había sido un abogado o un contable? «¡Quiero hablar con mi contable!» no sonaba igual de bien.

—Pero ¿por qué has intentado escapar? Qué niño más tonto.

En ese momento, me permití decir un par de palabras:

—Tenía que estar en otro lugar. Eso es todo.

Y entonces llegó la policía.

Mike no tenía la intención de involucrar a la ley, pero un chico ensangrentado temblando en un lateral de una calle tranquila en mitad de la noche debía de haber atraído la atención de alguien que pasara por allí y ahora había un coche de policía que iluminaba la plantación que estaba detrás de nosotros con sus luces azules.

—Mierda. No necesitamos esto.

El señor Howard ya estaba de pie con las manos levantadas y las palmas hacia fuera en un gesto apaciguador, y yo sentí un miedo terrible. Comisarías de policía. Tribunales de primera instancia. Antecedentes penales.

Pero antes de ir a la prisión, debía ir al hospital. Tardamos veinte minutos en llegar en coche al lugar donde mi madre había trabajado cuando llegamos a la ciudad, y me senté al borde de una silla de plástico mientras una oficial de policía agotada me hacía preguntas: ¿A dónde había estado yendo? A ver a una amiga. ¿El conductor del coche me había empujado fuera del camino? No, había sido un accidente. ¿El caballero que conducía me había puesto en peligro? No, habíamos estado hablando. ¿A través de la ventanilla de un coche en movimiento? Solo por un segundo, después había perdido el control. ¿Qué hacía con todos esos vasos en la mochila? En ese momento tropecé. Al final del pasillo, alcancé a ver a Mike, pálido y atemorizado, que presionaba el bigote como si en cualquier momento fuera a despegársele.

—Quiero hablar con mi abogado.

La policía soltó una risa. ¿Tenían permitido hacer eso? ¿Reírse de nosotros?

—¿Tienes un abogado?

—¡No! —exclamé, indignado.

—Entonces, ¿qué te parece si llamo a tus padres?

—No. No, no puede hacer eso.

—Lo siento, hijo, tienes dieciséis años y estás conmocionado. Tenemos que avisarles.

—No puede. No viven juntos.

—De acuerdo... ¿Con quién vives?

—Mi padre.

—¿Cuál es su número de teléfono?

—No tenemos teléfono. —Exhausta, la policía dejó caer la cabeza hacia adelante—. No podemos pagarlo —expliqué, una mentira a medias: sí teníamos teléfono, pero no podíamos pagarlo.

—Está bien, ¿y tu madre puede pagar un teléfono?

—Sí, tiene un teléfono móvil.

—¿Pero...?

—No me sé el número. —Eso, al menos, era cierto. El trozo de papel estaba en mi habitación y no lo usaba con frecuencia, así que nunca lo había memorizado.

—Vamos, hijo, no me hagas perder el tiempo. ¿Cuál es su dirección?

—Puedo describir la casa.

—Dime el número fijo entonces.

—Vive con un hombre; nunca la llamo, ella me llama a mí.

—Entonces, dime *tu* dirección. Enviaremos a alguien a casa de tu padre.

Lo pensé durante un momento.

—Mike. Aquel hombre. Él tiene el número de mi madre. —La policía se puso de pie—. Necesito hacer mi llamada telefónica en este momento. —Tenía la noción de que solo podría hacer una llamada.

—Claro. Lo único que te pido es que no vuelvas a escaparte, ¿de acuerdo?

Ya se hacía tarde, el pasillo empezaba a llenarse de heridos que venían del centro de la ciudad y yo ya no era el único chico con prendas ensangrentadas y pegajosas. Encontré el teléfono público y, para mi alivio, guías telefónicas locales. Pasé las hojas gastadas hasta dar con el número. Mi cara apenas se reflejaba contra el aluminio rayado del teléfono, pero alcancé a ver mi palidez, el pelo de punta por el sudor y la sangre de mis manos. Marqué el número e imaginé que el teléfono sonaría en un pasillo largo con paneles de madera. Carraspeé y me preparé para adoptar mi voz de jovencito amable. El teléfono sonaba y sonaba.

—¿Hola?

—Hola, ¿Polly?

—¿Sí?

—Polly, soy Charlie. De la obra.

—¿Charlie?

—Sí, Benvolio. De la obra.

—Sí, sé quién eres.

—Bueno... ¿Ya os habéis acostado, tú y Bernard?

Suspiró. Últimamente, parecía que hacía suspirar a todo el mundo.

—Charlie, es muy tarde. ¿Hay algún problema?

—No. No, solo necesito decirte algo. En realidad, necesito pedirte un favor y que pases un mensaje.

—¿No puede esperar hasta el lunes?

—No, no, tiene que ser ahora. Lo que pasa es que... ¿Has visto la cabañita que está a la entrada de vuestra casa? ¿La portería? Lo que pasa es que... lo siento mucho, pero hay alguien allí que me está esperando.



Pinzas

Deseé que la enfermera no me hubiera enseñado las pinzas. Cada uno de los trozos de cristal tintineaba al caer sobre la bandeja, y la enfermera, que parecía disfrutar de escarbar en mi espalda, tarareaba y murmuraba algo mientras trabajaba. En un *western* o en una película de acción, me habrían dado un trozo de madera para morder mientras ella rociaba mis heridas con algún licor fuerte. Allí, lo único que podía hacer era aplastar mi cara contra el papel que cubría la camilla.

—Ah, aquí hay uno bien grande —anunció la enfermera, y se oyó el repiqueteo contra la bandeja.

Al girar la cabeza, vi a mi madre de pie en el espacio entre los biombos. Llevaba su mejor vestido negro de fiesta, tenía el maquillaje corrido y su expresión oscilaba entre la furia, la preocupación y la furia de nuevo, y tuve la sensación, que ya había tenido en otras ocasiones, de que yo había interrumpido alguno de sus planes. En ese momento me pareció guapísima, y dolorosamente decepcionada, y di gracias por tener el ardor del aerosol antiséptico como excusa para justificar mis ojos rojos.

En el coche, la espalda me molestaba tanto que me vi obligado a sentarme inclinado hacia adelante, como si en cualquier momento fuera a abrir la puerta y lanzarme a la autovía. Esa parecía una opción viable. Mi madre, que había tenido que dejar la cena que ella misma había organizado —ahora organizaba cenas—, había abandonado la preocupación y se había asentado por completo en la furia.

—¡Vasos de gasolinera! En serio, ¿quién carajos roba esos vasos?

—No los estaba robando.

—Cuando roban en el club de golf, se llevan botellas de vodka y ginebra. ¡Se llevan filetes de carne! ¡Se llevan dinero!

—No estaba robando los vasos, me estaba deshaciendo de ellos.

—Sí, eso es lo que me dijo Mike, ¡lo hacías para robar dinero!

—No estaba robando *dinero*.

—Entonces, ¿qué era?

—Solo eran... tarjetas de rasca y gana.

—Que después cambiabas por...

—Dinero, pero el dinero no existe hasta que alguien...

—¿Qué?

—... rasca la tarjeta.

—Ah, entonces no ha sido más que un robo *conceptual*. Quizás te envíen a algún tribunal *abstracto* o *hipotético*, quizás exista algún procedimiento teórico en una cuarta dimensión. «Sí, tengo antecedentes penales, pero están en un universo paralelo».

—No tendré antecedentes penales. ¿O sí?

—¡Los tendrás si te encuentran culpable de un delito! ¡Estabas robando el dinero de los premios! ¡Es lo mismo que sacarlo del bolsillo de Mike!

—No, no es lo mismo.

—¡Lo es ante los ojos de la ley!

—¿Y tú qué sabes sobre *los ojos de la ley*?

—Sé que estás en problemas, Charlie, eso es seguro. —Puso el intermitente para la derecha y salió del camino principal—. Mike ha dicho que tenías un cómplice.

—¿Cuándo ha dicho eso?

—En el hospital, me ha dicho que había otra persona que iba a retirar el dinero, la misma persona todas las veces. Lo tiene grabado. ¿Quién fue? ¿Fue uno de tus amigos? ¿Fue Harper? —No dije nada—. En serio, Charlie, ¿qué ha sucedido? Nosotros no criamos a un ladrón.

—Excepto que está claro que sí lo habéis hecho. Así que...

Esa vez no dijo nada, y seguimos en silencio mientras yo hacía una bola con la camiseta rígida y apastosa que tenía en mis manos. Para mayor indignación, mis prendas habían estado demasiado rotas y ensangrentadas para usar, así que mi madre había traído el viejo traje deportivo de su amante, una especie de bolsa gris que parecía un uniforme de prisión. Entramos al complejo La Biblioteca.

—Siento que hayas tenido que irte de tu fiesta.

—Sí, bueno. Estaban jugando al Trivial Pursuit, así que era casi preferible ir a la sala de urgencias. Casi.

—¿Y cómo van las cosas con... Jonathan?

Mi madre me miró con los ojos entornados y volvió a mirar el camino.

—Es lo que hay, Charlie. Es lo que hay.

Doblamos en Thackeray Crescent y aparcamos a una distancia prudente para que mi padre no oyera el coche, pero las luces de la casa estaban encendidas.

—¿Papá lo sabe?

Mi madre soltó el aire.

—Bueno. Al parecer, una chica ha llamado para preguntar por ti muy preocupada, así que él se ha preocupado porque, al parecer, tú habías *dicho* que te quedarías en casa de Harper.

—¿Entonces...?

—Entonces me ha llamado y ya te imaginarás lo desesperado que estaba, así que le he contado lo que había pasado.

—¿Todo?

—Sí, porque es tu padre.

—¡Mamá!

—Bueno, ¿y qué se suponía que debía decirle?

—Podrías haberle dicho que me había caído de la bicicleta y nada más.

—¿Y que aterrizaste sobre una pila de copas de champán que había por ahí? Vamos, Charlie, se iba a enterar de algún modo.

—Ay, Dios.

—¿Quieres que entre contigo?

—Sí, porque estoy seguro de que *eso* hará que la situación mejore.

—No. Tal vez no.

—Debería irme —señalé, pero ninguno de los dos se movió.

—¿Quién es la chica? ¿Es tu nueva novia? —Hasta ese momento, ella solo había usado esa palabra con un tono burlón, pero no en esa ocasión.

—Eso creo. Al menos eso era. Antes de que la dejara plantada.

—¿Está en la obra? —La miré. Mi madre lo sabía—. Tu padre me dijo que te habías enamorado de Shakespeare.

—Está en la obra.

—¿Quién es?

—Julieta.

—No seas tonto, en la vida real.

—¿Para qué quieres saber su nombre?

—No es una pregunta rara...

—Se llama Fran. La viste en el pub.

—Fran. —Evaluó el nombre—. Ah. ¿Y es buena?

—¿En la vida real o...?

—Como Julieta.

—Es fantástica.

—¿Tú eres bueno?

—No.

—¿Tengo que ir a ver la obra?

Me reí por lo bajo.

—Eso mismo dijo papá.

—Me gustaría verla.

—No es necesario.

Ahora sí era hora de que me fuera.

—Llámame. Si lo necesitas, si se lo toma a mal.

—No, creo que estará contento.

—Y llámame también el lunes por la mañana. —El lunes era el día que publicaban los resultados de los exámenes.

—¿Por qué?

—Bueno, porque soy tu madre. Quizás recibas alguna sorpre...

—Sé que los he suspendido.

Cerró los ojos y soltó el aire.

—De acuerdo, no es momento de discutir también por eso. Atengámonos a una pelea por vez, ¿sí?

Abrí la puerta del coche y vacilé, como si todavía estuviéramos acelerando por la autovía. Mi madre esbozó una sonrisa rígida, yo me torcí para salir del coche, hice una mueca cuando el vendaje tiró de una herida abierta y, sin mirar hacia atrás, caminé hacia casa.



Vergüenza

Estaba de espaldas y se sujetaba al estante donde estaba el equipo de estéreo como si él lo estuviera manteniendo de pie. Quizás el estante era el que lo mantenía a él de pie. Sonaba música *big band*, un estrépito que repiqueteaba como si algo cayera por unas escaleras. Buddy Rick, pensé, por el sonido de la percusión. Tenía un cigarrillo apretado entre los nudillos, los restos de otros apilados en una montaña sobre el cenicero que estaba junto a la botella de whisky. Cuando se llevó el vaso a los labios, alcancé a ver que sus manos temblaban.

—Hola, papá.

Se giró para echar un vistazo por encima de su hombro y casi perdió el equilibrio.

—¿Cuánto?

Suspiré.

—¿Quieres decir cuánto he *robado*?

La mejor defensa, había decidido, sería el ataque. Si él creía que yo era un matón, entonces sería un matón.

—Sí, ¿cuánto dinero has robado?

—Nada de «Ey, Charlie, ¿cómo te sientes? ¿Cómo está tu espalda?».

Se giró de pronto y, en un momento de vértigo, se balanceó hacia un lado.

—Tu madre me ha dicho que estás bien, así que no me vengas con eso.

—Inténtalo con «Estaba preocupado por ti, Charlie».

—Ah, ¿crees que no me preocupo por ti?

—¿Podemos bajar la música?

—¿Crees que no me paso las noches despierto por lo mucho que me preocupo por ti?

—Bueno, quizás si no te pasaras el día entero durmiendo en el sillón, tendrías menos problemas para dormir de noche.

—No tienes ni idea de qué hago durante el día, nunca estás aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me pierdo?

—No cambies de tema. ¿Cuánto dinero...?

—No lo sé. Doscientos y algo.

—Pero ¡tenías trabajo!

—Sí, y me pagaban tres libras la hora.

—Bueno, si necesitabas más dinero, deberías haber trabajado más horas, ¡así es cómo funciona!

—Solté una risa y vi a mi padre enervarse—. ¿Y esa risa qué significa?

—Es solo que no estoy seguro de que estés en posición de sermonearme sobre la ética laboral.

O el dinero.

—¿Qué?

—Bueno, hace mucho que no trabajas, ¿o no?

—¡Sabes por qué no puedo trabajar!

—¿En serio? Porque tú nunca hablas de eso.

—¿Qué hay que hablar? ¿Qué crees que te voy a decir?

—¡Tienes pastillas junto a la cama! ¿Crees que no sé leer las etiquetas?

Durante un momento, pareció confundido.

—Eso está bajo control, ¡no tienes nada de qué preocuparte!

—Pero ¡sí me preocupo! ¡Es lo único que hago! ¿Cómo podría no...? ¡Dios, odio estar en esta puta casa!

—¡Charlie! —Lo vi dar un paso hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe, pero yo insistí

—. ¡Y odio vivir contigo, joder! Todos los días es lo mismo: *¿Me gritará? ¿Lo hará de nuevo?*

Otro golpe.

—Eso no es cierto.

—Vuelvo a casa y pienso: *Son las cinco de la tarde, ¿estará borracho? ¿Habrá estado llorando? ¿Habrá salido de casa hoy?* Eres un desdichado, papá, y vivir contigo es una desdicha.

—Charlie, lo sé, estoy al tanto.

—Y sé que hay motivos, pero tú no hablas sobre eso, ¡no hablas sobre nada!

—¿Por qué estamos hablando de esto ahora? ¡Tú eres el que ha estado robando dinero! ¿Por qué?

—¡Porque nos falta!

Al fin, la música terminó. Mi padre, temblando, confundido, tanteó detrás de él hasta encontrar el sillón, se dejó caer hacia atrás, y se dobló sobre sí mismo como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, y, por un instante, tuve una terrible y odiosa sensación de poder. *Este soy yo, pensé, yo he hecho esto, y no me importa.*

No había ningún sonido, más allá del suave *clic* de la aguja.

—¿Por qué no seguisteis juntos?

—No fue mi decisión.

—Pero podríais haber esperado. Fingir que no pasaba nada durante un año o dos, o aunque fuera durante un par de meses. Otros padres hacen eso, por el bien de sus hijos o lo que sea, tendríais que haber esperado a que fuéramos mayores.

—¡Ya te he dicho que no fue mi decisión!

—Pero ¡tú la alejaste! ¡Si tan solo hubieras... mantenido la compostura!

El tiempo pasó. *Clic, clic.*

—¿Te hago pasar vergüenza? —preguntó.

—No.

—Pero ¿te avergüenzas de mí?

Clic, clic, clic.

—No lo sé. ¿Tú te avergüenzas de mí?

—Claro que no. Eres mi hijo, te adoro.

—Pero ¿estás *orgulloso* de mí, papá? ¿Orgulloso en serio?

No dijo nada. En vez de eso, miró hacia el suelo, frunció el entrecejo y habló con voz clara:

—No. En este momento, no.



La feria

Me fui de casa temblando y con los ojos rojos, sin ni siquiera cerrar la puerta detrás de mí. Hasta donde yo sabía, mi bicicleta seguía en la parte de atrás del coche del señor Howard con la rueda delantera doblada, otro castigo por mi delito, así que caminé por Forster, Kipling, Woolf, Gaskell y Mary Shelley. Caminé por el centro de la ciudad, donde los borrachos nocturnos todavía se arrastraban hacia El Ternero Dorado o el Taj Mahal, o se desplomaban en los escalones de la cruz de mercado. Sabía que no podía volver a mi casa esa noche, pero ¿a dónde podía ir? ¿A la de Harper? ¿A la de Helen? Todos querrían saber la historia, y yo todavía no tenía las palabras para contarla, así que deambulé por las silenciosas calles residenciales, me dirigí hacia la circunvalación, crucé el puente de la autopista, bordeé el campo de trigo hasta llegar a la parada de autobús y subí por la calle boscosa.

Llegué a la portería un poco después de las tres. Había sido evacuada con prisas, el sofá cama seguía desplegado pero no tenía sábanas, y tuve la imagen de Fran, humillada y enfadada, sentada en el asiento del pasajero con las sábanas hechas un nudo y apretadas contra el pecho mientras Bernard la llevaba a su casa con el pijama debajo de su cazadora. Bajo la luz de la bombilla del techo, noté que las velas también habían sido quitadas y que habían dejado una serie de marcas de quemaduras negras alrededor de la sala, como si hubieran perforado el suelo de madera. Otra cosa por la que tendría que pagar.

En mi inocencia, había esperado que Polly respondiera a nuestra aventura como lo habría hecho la Nodriza, que se acomodara las prendas y soltara una risa benévola, contenta de haber formado parte de la unión de dos amantes jóvenes. Pero había sonado directamente furiosa al teléfono, nunca antes la había oído usar esa voz. ¿Cómo nos habíamos atrevido a abusar de su hospitalidad de esa manera? ¡Éramos dos intrusos, no, ladrones! Había esperado más de mí; parecía que todo el mundo esperaba más de mí, y me pregunté qué habría hecho yo para crear esa expectativa.

Ya eran las cuatro y media de la mañana. Me acosté con cuidado sobre el sofá cama, boca abajo para proteger las heridas. Sin la ropa de cama, lo único que tenía para abrigarme era la manta sucia, así que me la subí hasta el mentón, cerré los ojos y me rendí ante el agotamiento y la autocompasión digna de Romeo; ¡ay de mí, tanta dicha y desdicha en la misma cama!

Y tanto terror por la perspectiva del día siguiente. Tendría que ver a Fran. ¿Qué sería peor, el dolor de verla o la agonía del retraso? Durante la noche, me había quedado rígido, la secuela de algún esfuerzo muscular ocurrido durante mi vuelo por encima del manillar, así que gemí de dolor al desmontar el sofá cama. Hacía veinticuatro horas que no me cepillaba los dientes, todavía llevaba puesto el espantoso traje deportivo del amante de mi madre y no había preparado el

discurso que necesitaría para Fran. Bebí el agua con óxido del grifo de la cocina, me enjuagué la boca con ella, me froté los dientes y encías con el dedo y salí.

El verano había regresado, el aire era espeso y no se movía, como si fuera algo que pudiera ser atravesado a nado, y, cuando llegué, el pueblo se había convertido en una pequeña metrópolis con coches aparcados a lo largo de la calle que llevaba a la iglesia, donde la feria del pueblo estaba en progreso, banderines por encima de la cabeza, la música de un calíope, chillidos que provenían del castillo inflable. Había hasta un pastor alegre que estrechaba la mano de la gente, y nadie se habría sorprendido si un Spitfire hubiera sobrevolado la escena. Era un idilio inglés con aroma a cortacéspedes, a gasolina y hierba recién cortada y, mientras me acercaba a casa de Fran con paso ligero, fui más consciente que nunca del velvetón gris y pesado de mis prendas prestadas que me daban la apariencia de un convicto sudado y sospechoso que se había dado a la fuga y ahora se colaba para espiar a través del seto que estaba delante de la casa de Fran. La ventana de su habitación estaba abierta, la habitación que todavía no había visto y probablemente nunca vería. Quizás ella estuviera acostada en la cama pensando en mí.

Con cuidado, levanté el pasador de la verja y, después de echar un vistazo hacia los dos lados, entré al jardín delantero. Transportado a los Estados Unidos de los años cincuenta, tuve el fuerte impulso de lanzar piedrecitas a la ventana. Busqué en la base de los rosales, elegí una bola de tierra del tamaño de una canica y la lancé contra la ventana, como si fuera el chico malo del pueblo. Después lancé otra, y otra más...

—¿Puedo ayudarte?

—¡Hola, señora Fisher!

La madre de Fran era la imagen de la integridad y la salud, con sus guantes de jardinería y su delantal verde, una pequeña sierra para podar en una mano y ramas en la otra.

—Hola, ¿quién eres?

—Soy Charlie. Soy un amigo de Fran.

—De acuerdo. Buenos días, Charlie. —Sopló para apartar el pelo que tenía pegado a la frente con el sudor—. Sabes que puedes llamar a la puerta, ¿no? Es prácticamente lo mismo.

—No quería molestarla.

—Para ser sincera, creo que esto es más molesto. —Pasó un rato—. Anoche llegó muy tarde.

—¿Ah, sí?

—Sí; tú no sabrás nada al respecto, ¿o sí?

—No. No.

—Bueno, ella no está en casa, Charlie.

—De acuerdo.

—Está en la feria.

—De acuerdo.

—Creo que se está escondiendo. Ya ves, no estamos muy contentos con ella en este momento.

—¿No?

—No.

—...

—Bueno. Ha sido un placer conocerte, Charlie.

—Sí, a usted también.

—La próxima vez, solo llama a la puerta.

—Eso haré —respondí y volví con apuro a la calle que llevaba hasta la iglesia.

—Son cincuenta centavos —indicó la señora que estaba en la entrada. Revisé mis bolsillos y sentí el tintineo de las llaves, pero nada de cambio.

—Lo siento, no tengo nada de dinero.

La señora frunció el ceño y, habiendo percibido mi reputación de chico malo, el hombre que estaba junto a ella se inclinó hacia adelante:

—¡Es para la caridad!

—Lo sé, pero he salido de casa sin nada de dinero.

El hombre sacudió la cabeza con lentitud, pero no había ningún protocolo de seguridad para detener una entrada forzada a la feria del pueblo. Pasé caminando.

—¡Oye! ¡Tú! —exclamó la señora.

¿Me perseguirían? ¿Me arrojarían al suelo con una embestida?

—¡Os pagaré más tarde! Solo necesito...

Desaparecí entre la multitud —era una feria bastante popular— y pronto inspeccioné la tómbola, la venta de plantas de interiores, el puesto de pasteles, hasta que la encontré sentada detrás de una mesa montada sobre caballetes con libros usados, leyendo la contraportada de un libro naranja de Penguin. Levantó la mirada, me vio, sonrió y borró la sonrisa de la cara.

—Hola, Charlie.

—Hola. —Hablábamos sobre la mesa de libros.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía que verte, lo siento.

—Tienes un aspecto horrible.

—Necesito darte una explicación.

—Sí, eso es cierto.

—Lo sé, lo siento.

—¡Tu puta madre, Charlie! ¿Tienes alguna idea de lo humillante que fue?

—¡Lo sé! —*Tenía un chiste en el bolsillo...*

—Polly está furiosa, hasta Bernard está furioso. Mis padres pusieron el grito en el cielo.

—¿En serio? —*Si conseguía hacerlo en el momento justo...*

—¿Por qué crees que estoy *aquí*? No sabía a dónde ir y cualquier lugar es mejor que mi casa. *Lo preparé.*

—Es una feria peor que la muerte.

—¿*Qué?*

—Una feria peor que... ¿Podemos ir a otro lugar?

—He prometido que vigilaría el puesto.

—Solo será un minuto.

Fran soltó un suspiro, cruzó hacia el puesto de al lado y, después de una breve negociación,

quedó libre para irse.

—Bueno, cuéntame.

—¿Qué otra cosa podría haber hecho? No podía abandonarte así como así, no quería preocuparte.

—Pero ¡sí me preocupé! En serio, pero ahora estoy metida en un montón de problemas, Charlie. Tienes un aspecto horrible, en serio.

—No he dormido. Ni comido.

—¿Qué llevas puesto?

—Me lo prestaron. Mi ropa tenía demasiada sangre.

—¡Sangre! ¿Cómo? Charlie, ¿qué ha pasado?

—Encontremos algún lugar para sentarnos.

Nos acomodamos a la sombra entre las estacas de la carpa de refrigerios. Había pasado toda la noche practicando una explicación que fuera veraz y distorsionada a la vez, y ella me escuchó con atención, las manos sobre el regazo y los ojos fijos en sus pies, hasta que me incliné hacia adelante para enseñarle los vendajes. El grito que ahogó fue gratificante, pero su compasión no fue suficiente para cancelar una verdad incómoda.

—Pero... ¿estabas robando el dinero?

—Sí.

—¿E irás a juicio?

—Quizás. Todavía no lo sé.

—Guau. De acuerdo. Está bien. —Me volvió a sujetar la mano—. Lo siento. Debe de haber sido duro.

—Fue un error.

—¿Robar? ¿O que te atraparan?

—Ambos, claramente —respondí, y, con el tono más suave que conseguí, añadí—: Mierda, Fran. No necesito que tú también empieces con esto.

—No, lo sé. Lo siento.

Nos quedamos sentados con la mirada hacia adelante. A través de la lona de la carpa que estaba detrás de nosotros, alcanzábamos a escuchar el canto de la rifa —«Es un tique azul, número 443. El ganador de esta preciosa casa de muñecas es el 443»— que era recibido con gritos y vítores. Nos quedamos en silencio mientras repartían la botella de champán, la cesta para picnic, la selección de conservas, la pierna de cordero local, un vale para un corte y secado en Tijeras, y me invadió una tristeza terrible al ver cómo habíamos pasado a eso en un solo día, a ser incapaces de hablar o mirarnos a la cara, a que el único contrato entre los dos fuera el consuelo de su cabeza, apoyada en un ángulo incómodo sobre mi hombro.

—Es un tique verde, 225. Verde, 225.

Fran levantó las caderas, metió con dificultad la punta de los dedos en el bolsillo de sus vaqueros y desdobló una tira de papel verde.

—He ganado.

—Será mejor que vayas a recibir el premio.

—Lo recogeré más tarde —aseguró y echó un vistazo por encima de su hombro.

—Verde 225 es el número ganador de este reproductor de discos portátil —anunció la voz.

—No me molesta —insistí.

—Ya tengo uno.

—Última llamada, verde 225.

—Ve —dije.

—Quédate aquí —me ordenó antes de ponerse de pie y atravesar la lona por un espacio abierto, como si saliera al escenario.

La oí gritar «¡Aquí!» y la gente aplaudió y rio al reconocer a la chica simpática del pueblo. Me puse de pie y me alejé.

Fran me alcanzó con su premio bajo el brazo cuando iba por el puesto de pasteles.

—No te vayas así. No te hagas el dramático.

—Debo irme.

—Puedes volver conmigo si quieres. A casa. Conocer a mi madre y mi padre.

—Ahora no. En otro momento.

—De acuerdo. ¿Y cómo llegarás...?

—Caminaré.

—Puedo pedirles que te acerquen con el coche.

—No, está bien. Tengo tiempo.

—He prometido que cubriría a mi amiga —dijo mientras miraba hacia atrás, hacia el puesto de libros.

—No hay problema.

—Nos vemos mañana.

—Sí —respondí, aunque ya sabía que no volvería.

Volvió a echar un vistazo hacia atrás, se acercó con paso rápido y me besó.

—¿Te quiero? —murmuró.

—Yo también.

Entonces me ofreció la caja con el reproductor de discos portátil.

—Supongo que no quieres esto, ¿no?

—No, estoy bien. Pero ¿podría pedirte prestada una libra? Necesito pagar la entrada al salir.

—Claro. —Me entregó el dinero—. Qué considerado por tu parte.

—Bueno, es para la caridad, así que...

Pasé por el puesto de pasteles y me gasté cincuenta centavos en dos tartas de copos de maíz con chocolate. Di media vuelta, me embuté ambas en la boca, y pagué los cincuenta centavos a la señora.



En casa

Caminé todo el camino de vuelta, tal como lo había hecho la mañana después de la fiesta, aquella mañana exultante en la que había tomado todas esas resoluciones. Pero la posibilidad del cambio, al parecer, no era más que un mito. No había voces nuevas ni otras formas de moverse por el mundo excepto por aquella, derrotado y camino a casa. ¿A dónde más podría ir?

Temía volver, ese día más que nunca, pero no por las cosas que mi padre y yo nos habíamos dicho, sino porque sabía que lo ignoraríamos y volveríamos a nuestra vieja rutina, las charlas monosilábicas, las discusiones y las treguas temporales, el aire eléctrico por la tensión.

Así que me entretuve en el camino, incluso me detuve a dormir al borde de un campo, el tipo de sueño cuyo único propósito es hacer pasar el rato, como si adelantara las agujas del reloj.

Estaba empezando a atardecer cuando doblé por Thackeray Crescent y noté que todas las cortinas seguían cerradas, a pesar de que todavía había luz de día. Eso era algo que nunca había visto, ni siquiera en sus peores días, así que sentí una punzada de pánico tan intensa que empecé a correr, dejé caer las llaves, las recogí y las metí en la cerradura al grito de «¡Papá! ¡Papá!», entré a la casa a trompicones, observé el desorden de la planta baja, el cenicero, el televisor con el volumen demasiado alto, subí las escaleras con pisadas fuertes y entré a la habitación de mi padre, donde lo encontré boca abajo y semidesnudo sobre la cama, la botella de whisky en el suelo.

—Dios mío —exclamé en voz alta mientras me abalanzaba sobre la cama, apoyaba la mano sobre su hombro, que gracias a Dios estaba caliente, aunque algo febril y húmedo, y le daba vuelta.

El aire de sus pulmones salía caliente y fétido por el alcohol, pero respiraba; revisé el desorden de su mesa de noche —los frascos, los vasos y los envoltorios de aluminio— en busca de pistas. ¿Debería llamar a la ambulancia?

—¿Papá? ¡Papá, despierta! —Peiné hacia atrás el pelo que caía sobre sus orejas, como si ese fuera el motivo por el que no respondía—. ¿Papá? Papá, por favor di algo. ¿Puedes oírme, papá?

Pero no había nada más que el ruido de la respiración que se topaba con la flema de su garganta y, por un instante, retrocedí, me senté con la espalda contra la pared y lágrimas calientes en los ojos. No estaba bien; no era justo que tuviera que lidiar con esas cosas.

Las películas me habían enseñado que el sueño era el gran enemigo en esas situaciones, así que me volví a arrastrar hasta la cama y encontré el vaso con agua que él usaba para bajar las pastillas. Hice un trato conmigo mismo: si no se movía, llamaría a la ambulancia. Vertí un poco

del agua sobre su mejilla y dentro de su oreja, después vertí un poco más y, al final, vertí el vaso entero. Gimió y vi el bulto de su córnea moverse bajo el párpado, como si estuviera encerrada allí dentro. Animado, junté fuerza, deslicé mi brazo bajo su axila húmeda e intenté levantarlo para que estuviera erguido, aunque solo conseguí arrastrarlo hacia el suelo con un golpe seco. En la planta baja, en el televisor sonaba un episodio de *Songs of Praise* en el que cantaban el himno *Lord of the Dance*. Empecé a sentir pánico una vez más, pero ¿de qué me serviría el pánico? El agua era la clave. Pasé por encima de su cuerpo y entré al baño, dejé ambos grifos correr en la bañera, arrojé los cepillos de dientes en el lavabo, llené el vaso con más agua fría, volví a la habitación y, otra vez, vertí agua sobre su cabeza, su mejilla, un poco en su boca, lo que lo hizo escupir y, con una sacudida, cambiar su peso para quedar medio sentado contra la base del canapé, que salió rodando sobre sus ruedecillas hasta el otro lado de la habitación.

Ese era el momento. Cuando cayó hacia atrás, deslicé mi brazo detrás de su espalda y debajo de su axila, hice toda la fuerza que pude desde las rodillas y conseguí que los dos quedáramos sentados sobre el colchón e hice un gran esfuerzo para que él se quedara erguido; era un ventrílocuo aplastado por su propio muñeco. Sentí cómo la gravedad lo tiraba hacia atrás y pensé que volvería a llorar de la frustración, pero, en vez de eso, lo empujé hacia adelante y lo puse de pie con un balanceo, y después lo cargué, o mejor dicho lo arrojé, hacia el baño, donde volvió a caer hacia adelante, se detuvo con la cabeza contra al tanque de agua del retrete y allí, gracias a Dios, vomitó durante un largo rato, de forma violenta y espantosa, una sustancia acuosa y turbia por el whisky. Le froté la espalda con una mano mientras estiraba la otra para sentir la temperatura del agua —fresca pero no tanto, lo suficiente para reanimarlo sin causarle un ataque cardíaco— y cerraba los grifos. Pasaron cinco, diez minutos en los que él vomitó y escupió y masculló —«Ay, no, ay, no, no, no»— y entonces lo ayudé a ponerse de pie, todavía en ropa interior, a sentarse en el borde de la bañera y rodar hacia el agua como un buceador que se baja del bote.

Los himnos religiosos llegaron a su fin en la televisión que estaba a todo volumen en el piso de abajo y dieron lugar a la compra de antigüedades. Esa semana estaban en Staffordshire, así que esperaban encontrar algunos bonitos ejemplos de los objetos de cerámica famosos en la región, pero yo me quedé apretado entre la bañera y la puerta haciendo guardia. Los calzoncillos de mi padre se habían inflado con el agua y flotaban en la superficie como una carabela portuguesa de tela escocesa. Tenía una barriga tensa, alta e hinchada, un pecho escuálido y pálido, y sentí volver esa vieja repulsión, así que observé su cara en busca de algún viejo sentimiento de cariño. Vi líneas y pliegues tan profundos que podrían haber sujetado un lápiz, una boca pegajosa y entreabierta, la barba incipiente salpicada de blanco y áspera como las cerdas de una escoba, el pelo cada vez menos espeso peinado hacia atrás con el sudor, la piel azul y apergaminada debajo de sus ojos. Tenía treinta y ocho años.

Intenté encontrar rastros del hombre más joven que había jugado conmigo sobre la alfombra en esas tardes de infancia. No lo veía, pero sentía que al menos debía intentarlo. De todas las resoluciones que había hecho esa mañana, había una promesa que persistía: encontrar una manera de vivir juntos. No volvería a esconderme de él.

Después de media hora, me pareció seguro salir del baño. Se necesitaría una gran flexibilidad

para ahogarse en una bañera tan diminuta, así que lo dejé en remojo y ordené su habitación, cambié las sábanas, dejé a mano un pijama limpio, saqué las botellas y los vasos y guardé las pastillas en un cajón, fuera de la vista. Bajé las escaleras, lavé los platos, abrí las ventanas y, durante todo ese tiempo, sin reconocerlo, estaba buscando una nota. Su ausencia me daba ánimos, al igual que el hecho de que todavía quedaran pastillas en el frasco, porque estaba seguro de que si hubiera intentado... Daba igual. Me aferré a la idea de que había sido una fiesta solitaria que se había salido de control, una mala decisión, nada a lo que tuviéramos que ponerle nombre o sobre lo que tuviéramos que hablar, nada que ver con las cosas que yo había dicho o hecho. Cuando volví al baño, lo encontré en el mismo lugar, con el agua ya fría, y aproveché para limpiar y desinfectar el retrete y el suelo mientras él estaba allí.

—De acuerdo, es hora de salir —indicó mientras le ofrecía su bata, un mayordomo con su empleador más anciano.

Se puso de pie, levantó la pierna con mucho cuidado por encima del borde de la bañera y, envuelto en la bata, se quitó los calzoncillos empapados y se dirigió a la habitación. Lo sujeté del codo para detenerlo.

—No... Tienes que quedarte despierto un rato más.

Bajamos las escaleras despacio. Una vez que llegamos al sillón, construí un nido con los almohadones para mantenerlo erguido y lo alimenté con té, pan tostado y gajos de naranja.

—Como si fuera un jugador de fútbol profesional —observó mientras chupaba la cáscara, las primeras palabras claras que había emitido desde que había vuelto. Nos hundimos en el cómodo sadismo de los programas de detectives del domingo por la noche y, cada tanto, yo lo miraba y, si veía que cerraba los párpados, le hacía preguntas sobre la trama. *¿Crees que ha sido el policía? ¿Crees que ha sido la mujer?* Al final, cuando sentí que ya no había peligro, lo acompañé al primer piso, abrí la ventana y lo acosté en la cama.

Me cambié la ropa y arrojé el detestable traje deportivo al cubo. Me vi en el espejo, sucio y exhausto. Si alguna parte de mí se sentía orgulloso, los vendajes andrajosos de mi espalda me recordaban mis errores. Necesitaría que alguien me ayudara a cambiarlos, pero eso tendría que esperar. Por el momento, me acosté junto a mi padre. Me quedaría despierto y no le quitaría el ojo de encima. Pero el sueño se apoderó de mí. Cerré los ojos y me fui.



Resultados

Fue un poco perturbador despertar con la cabeza de mi padre en la misma almohada, pero al menos le había vuelto algo de color a la cara durante la noche. Decidí que ese sí era el tipo de sueño correcto, así que me senté, me desperecé y, al sentir el ardor de las costras de mi espalda, recordé todo lo que había sucedido. La incomodidad de Fran, el juicio inminente, el abandono de la obra, la publicación de los resultados de los exámenes: un popurrí de desastres que me costaba poner en orden.

Decidí que lo mejor que podía hacer era esconderme. Los resultados de los exámenes ya estarían publicados: multitudes de chicos se apiñarían para verlos, los de los vales por un libro lo celebrarían con el puño en el aire y los otros tendrían ojos rojos y expresiones confundidas. Ya había visto escenas como esas en los informes de las noticias y no sentía la necesidad de participar. En vez de eso, mi plan sería dedicar toda mi atención a la recuperación de mi padre, pero el día trajo consigo un seguido de llamadas telefónicas y visitas, cada una más urgente que la anterior.



—¿Dónde estás, Charlie? —Era Ivor al teléfono—. ¡Te necesitamos aquí en este momento!

—Lo siento, Ivor. No puedo hacerlo.

—No seas ridículo, Charlie. El estreno es el jueves.

—Lo sé, y lo siento.

—Está bien. Está bien. Mira, he hablado con Fran y he hablado con Polly. Sé que ha habido un... incidente...

—No es eso...

—Ya es agua pasada. Mientras estés aquí, serás un miembro de la compañía, un miembro muy valorado. No estamos para juzgar.

—Pero no es eso. No es solo eso.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Es un asunto familiar —respondí con la boca pegada al teléfono.

—Dios, Charlie. Esto es difícil, es muy, muy difícil.

—Lo sé. Lo siento. —La línea se quedó en silencio—. Lo he pasado bien.

—Entonces, ¡vuelve!

—No puedo. —Más silencio—. Mira, ¿qué habríais hecho si me hubiera arrollado un autobús?

—Habríamos... ¿cancelado la función?

—No, pero si hubierais *tenido* que seguir sin mí.

—No sé, alguien tendría que hacer dos papeles.

—No tengo ninguna escena con Paris. George podría hacerlo.

Ivor lo pensó durante un momento.

—No es ideal.

—Lo sé. —Vi una sombra al otro lado de la ventana. No quería que mi padre se despertara todavía—. Buena suerte, Ivor. Y gracias.

Colgué el teléfono y salté hacia la puerta principal.

—¿Dónde has estado? —Harper estaba en el umbral con toda la timidez que acompaña a un gran éxito.

—Acabo de despertar. ¿Cómo te ha ido?

—¡Bien! Muy bien. Es decir, mejor de lo que esperaba, ya sabes, ¡porque no hice una mierda!

—Incluso en el momento de triunfo, Harper estaba determinado a no admitir que había abierto un libro—. En la mayoría tengo B y en un par tengo A. Es suficiente para ir a bachillerato.

—¿Y yo?

—¿No piensas ir a verlos?

—No, puedes decírmelo.

Inhaló aire a través de los dientes como si acabara de ver un partido de fútbol con malos resultados.

—No son buenos, amigo.

Solté una risa.

—Ya lo sé. Es por eso que no planeo ir a verlos.

—Al menos tienes dos B.

—¿En serio?

—Creo que sí. ¡Te ha ido mejor que a Lloyd!

—Bueno, algo es algo.

—De todas formas, a la larga no importa, ¿no?

—No. Exacto. No importa. —Hacía demasiado tiempo que estábamos de pie en el umbral—. Te invitaría a pasar, pero...

—No, no te preocupes. Queríamos intentar a ver si nos sirven en El Pescador de Caña si quieres...

—No, no te preocupes.

—De acuerdo. —Pero vaciló, y sentí que había algo más que quería decir—. Ayer me llamó tu madre.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me contó lo que ocurrió. Con la policía y todo eso.

—Dios, mamá.

—Creo que quería saber si tú estabas bien. Así que...

—Estoy bien.

—¿Y tu espalda? Con los cortes y eso.

—Está bien.

—Bien. Bien.

Pero todavía no había terminado:

—Charlie, esto es un poco bochornoso, pero todo el asunto del robo de dinero. Si llega al tribunal, si lo califican como un delito... no mencionarás mi nombre, ¿no? Preferiría no verme involucrado.

Y en ese momento, en ese lugar, el encantamiento que Harper tenía sobre mí se rompió, y también pude reírme de él.



—Charlie, ¿qué es toda esta mierda de que abandonas la obra?

Esta vez era Alina.

—Lo siento, Alina, ya se lo he explicado a Ivor.

—Es muy, muy poco profesional.

—Bueno, no soy un profesional, así que...

—Ehh. —La escuché exhalar al otro lado de la línea—. George no sirve.

—¡George es fantástico!

—Tienes razón, técnicamente, es un actor mucho mejor que tú, pero no sirve para este papel. Es demasiado particular. En cambio, tú, Charlie, tienes una cualidad anónima e insulsa que es perfecta.

—Gracias, Alina.

—No es para ofenderte, pero el papel requiere de alguien más neutro.

—Bueno, lo siento.

—El elenco no está feliz, Charlie.

—Como ya he dicho...

—Ninguno de nosotros está feliz. No podemos permitirlo. Sobre todo después de lo mucho que has trabajado. —Se escuchó un chasquido en la línea, un cigarrillo encendido en secreto—. Charlie, muchas de las personas jóvenes con las que trabajo saben que son buenos, ya se lo han dicho y lo seguirán siendo. Buenos, competentes, capaces. Les felicito, pero, en realidad, ¿qué gracia tiene eso? Ahora bien, las que no son buenas y llegan a ser *muchísimo* mejores... Esas personas son las que hacen que nuestro trabajo valga la pena. *Tú* haces que este trabajo valga la pena. Sin ti, ¿cuál es la gracia?

Pasó un rato.

—Debo irme —dije—. Alina... lo siento.

Colgué el teléfono.



Mi padre ya estaba despierto, pero todavía no estaba listo para sentarse erguido. Le llevé un té y soltó un quejido cuando aparté las cortinas. Las volví a cerrar.

—¿Por qué no deja de sonar el teléfono? ¿Y quién estaba en la puerta?

—Son solo amigos.

—Eres popular.

—Lo soy. —Me reí.

Pasó un tiempo.

—Lo siento, todavía no me puedo levantar.

—No hay problema.

—Me duele la cabeza.

—De acuerdo, vuelve a dormir.

—¿Has ido al instituto?

—No. No tiene ningún sentido.

Abrió la boca para decir algo, pero vaciló.

—Vale la pena ir.

—Quizás.

Hubo más silencio, un instante que tenía toda la cualidad de una línea olvidada. Intenté recordarla, y...

—Me parece que no deberías beber si estás tomando antidepresivos.

—No, ya lo sé. —Frunció el entrecejo.

—No sirven si lo haces. Hay efectos secundarios. Y me preocupo. Todos nos preocupamos. Ese es uno de los efectos secundarios, nuestra preocupación. No es justo.

—Lo sé.

—A todo esto, ¿qué fue lo que lo que pasó?

—Se... me fue de las manos. Eso es todo.

—¿Necesitamos... quieres... hablar sobre ello?

—No.

—Porque no puedo volver a meterte en la bañera, papá, es muy asqueroso.

Sonrió.

—Bueno, lo mismo digo. No puedo andar levantándote de la calle.

—Está bien —respondí—. ¿Qué te parece si los dos dejamos de hacerlo? Bañar al otro.

—De acuerdo. —Se rio.

—Bien.

—Pero no hay necesidad de contárselo a tu madre o tu hermana. O a nadie, en realidad.

—No lo haré.

—Ahora voy a volver a dormir, y después me levantaré.

—De acuerdo. Yo iré al instituto. Nos vemos.

Salí y cerré la puerta. Supongo que al menos había sido una charla de algún tipo, y significaba que podía salir de casa. No me llevaría mucho tiempo.



Para ir más rápido, arrastré desde el patio trasero la bicicleta turquesa oxidada que mi madre había usado para hacer las compras y emprendí el camino acompañado por el traqueteo de la cesta. Fuera de la época de clases, el instituto tenía el aspecto triste y abandonado de una fábrica cerrada. Todos los chicos que habían querido conocer sus resultados ya habían ido y se habían marchado hacía rato. La única persona que quedaba era el señor Hepburn, de Geografía, encargado de la recepción, sin afeitar, bronceado y con ropa de civil, con todo ese glamour curioso que adquieren los profesores cuando no están dando clase.

—¡El señor Charlie Lewis! ¡Vuelve a la escena del crimen!

—Hola, señor Hepburn.

—¡Eres el último! Ya sabes a dónde ir. Echa un vistazo.

Durante meses, había tenido un chiste preparado. Echaría un vistazo a mis resultados y diría: «F, F, F, U, U, U, U; ¡parece que fuera tartamudo!». No era un gran chiste, ni un gran consuelo, pero podría ayudarme a atravesar el momento. Los resultados reales no dieron lugar a una línea tan armada y, en su lugar, consistieron en un lío de «D», «E», «F» y sí, una o dos «U». Los trabajos que había entregado a principios de año, antes de que perdiera la cabeza, me habían salvado de la humillación absoluta, pero no dejaba de ser una colección revuelta y mediocre. Eché una mirada a las notas de otras personas: una hilera de solo «A» para Lucy, lo mismo para Helen. «A, A, A, A, A, A, A... como un grito»; ese chiste era de Fran. A diferencia de eso, yo tenía...

—Una buena mano para el Scrabble. —El señor Hepburn estaba sobre mi hombro—. He visto peores.

Y Harper se había equivocado en algo de vital importancia. Las dos «B» que había mencionado eran, en realidad, una «B» y una «A», en Informática y Arte.

—¿Ves eso? —preguntó el señor Hepburn y dio un golpecito con la punta del dedo contra la «A»—. Eso es lo que la convierte en una buena mano.

—Deben de haberse equivocado.

—Deja de hacer eso, Lewis. Estas otras notas... —Raspó con la uña las «D», «E» y «F»—. Estas notas no importan o podemos arreglarlas. Te prometo que tienen solución.

—Así estoy bien, gracias, señor Hepburn.

—¿Alguna vez me llamarás Adam?

—No, nunca.

—Puedes volver cuando quieras, si en algún momento...

—Quizás.

—De acuerdo, Charlie. Puedes irte. Buena suerte. Y ya sabes dónde encontrarme.

—Sí, gracias señor Hepburn —me despedí, y, por segunda vez, salí del instituto por última vez.



Ese día, una tristeza profunda se apoderó de mí, como si fuera la primera etapa de una enfermedad. No era solo la tristeza del fracaso confirmado, sino un dolor más profundo por la pérdida de Fran. No habíamos cortado, no todavía, pero estaba seguro de que era algo inminente.

La persona a la que ella había querido —había usado esas palabras hacía apenas unos días— había desaparecido, las misteriosas cualidades que ella había mencionado habían resultado ser la estupidez, la falta de honestidad y la mediocridad. Sonaba el teléfono, llamaban a la puerta, y, cada vez, me preguntaba si al fin habría llegado el momento: «Charlie, tenemos que hablar...».

En vez de eso, vinieron mi madre y Billie con un pastel de supermercado.

—¡Eso es! —gritaron.

Las palabras escritas sobre el pastel insistían en que yo había hecho un «¡Buen trabajo!», pero hasta el glaseado parecía poco convencido. Para esa hora, mi padre ya estaba levantado y vestido, y los cuatro nos sentamos sobre las banquetas de la barra donde desayunábamos y comimos nuestras porciones en una forzada atmósfera de coexistencia pacífica.

—¡Una «A» en Arte! —exclamaba mi madre cada par de minutos, como si esa nota fuera el tronco de un árbol en mitad de una inundación—. Imaginad. Una «A».

—Sí, piensa en todos esos trabajos que aparecen en la sección de arte de los anuncios clasificados.

—Ese no es lo importante, Charlie.

—«Se busca artista, incorporación inmediata...»

—¿Por qué no estás en el ensayo? —preguntó Billie en un intento por cambiar de tema.

—Ya no estoy en la obra.

—¡No!

—¿Qué?

—Ay, es una lástima.

—Pero ¡íbamos a ir a verte! —protestó Billie.

—Todavía podéis ver la obra. Es solo que yo no estaré en ella.

—¡No puedes abandonar a estas alturas!

—Mamá, era un papel aburrido. No tenía mucho que hacer.

—Pero ¡hemos comprado entradas!

—Yo también —añadió mi padre.

—¡Entonces id!

—No seas ridículo —pidió mi madre—, no iremos a ver una obra si no es necesario.

—¡De acuerdo! ¡No vayáis, entonces! —Pasó un rato—. Pero deberíais ir. Será buena.

Pasó más rato.

—Una «A» y una «B». Además, una «D» es técnicamente un aprobado.

—Mamá, por el amor de Dios...

Estiró la mano por encima de la barra, sujetó mi mano y frotó mi muñeca con su pulgar.

—Charlie, acepta los elogios, ¿quieres? Acéptalos.

Una vez que se fueron, mi padre y yo nos quedamos en el fregadero y lavamos los platos con los ojos fijos en el patio trasero.

—Creo que no hicimos nuestro trabajo, ¿no? —observó—. Tu madre y yo.

—Teníais otras cosas en la cabeza. —Me encogí de hombros.

—Sí que elegimos un mal momento.

—Eso sí.

—De todas formas, estoy orgulloso de ti.

—¿Por una «A» y una «B»?

—No por eso. Por otras cosas. —Apoyó una mano con suavidad sobre mi hombro durante un instante y después guardamos toda la vajilla.



Y los huéspedes y las visitas siguieron viniendo, incluso el martes.

El siguiente en venir fue Mike, mi jefe. Mi padre abrió la puerta y lo vi titubear, incapaz de decidir entre enseñar respeto a la parte perjudicada o mantenerse fiel a mí. Se necesitaba una reunión, así que, algo incómodos, nos sentamos en hilera sobre el sillón, un lugar demasiado blando e informal para una conversación tan solemne.

—Así que no habrá procedimientos legales. Sería un método muy agresivo y esa nunca ha sido nuestra intención. Como ya sabe, el puesto de trabajo de Charlie era, cómo decirlo, algo más bien casual, unas prácticas.

—Era ilegal —resumió mi padre con un tono que buscaba replicar la fogosidad de un abogado.

—Informal, señor Lewis, y a nadie le interesa llevar esto más lejos. Si así lo quisiéramos, tenemos pruebas suficientes: imágenes en video de los cómplices, inconsistencias en la contabilidad, pero... bueno, en realidad, es una cuestión de principios. Estamos muy decepcionados, eso es todo. —El sillón lo estaba succionando y había tenido que plantar sus nudillos con fuerza y levantarse de entre sus profundidades—. No esperamos que Charlie vuelva a su trabajo y no le daremos ningún tipo de referencia, ni buena ni mala. Después está la cuestión de la compensación financiera...

—Ah. ¿En serio? —El temor había vuelto a la voz de mi padre—. ¿Cuánto sería?

—Bueno, para serle sincero, señor Lewis, es difícil determinar una cifra. Parece que todos los empleados hacían de las suyas, de una u otra manera, y, por supuesto, todos lo niegan...

—Tengo cien libras —solté de pronto—. En mi habitación.

Vi a mi padre hacer una mueca.

—No deberías tener que...

—No, está bien. Quiero hacerlo.

—Con cien libras debería ser suficiente.

Escapé del sillón y corrí por las escaleras para ir a buscar los fondos que había reunido para usar en caso de huida, el rollo de billetes oculto en los tubos de la litera. Ciento cinco libras... En un último gesto delictivo, había mentido sobre la cantidad, y, aunque un billete de cinco no me llevaría muy lejos, lo saqué del rollo y volví a bajar.

Con todo, todavía esperaba que Mike me dijera que me quedara con el dinero. No lo hizo. En vez de eso, se arrastró de las fauces del sillón, guardó el rollo en el bolsillo —dinero para desperdiciar en el bar del club de golf— y me ofreció su mano.

—Bueno, Charlie, sin resentimientos. Eres un buen chico.

—Lo es —aseguró mi padre.

—Te deseo lo mejor. A usted también, señor Lewis —dijo con una última caricia a su bigote, y nosotros nos quedamos en el umbral para verlo marcharse.

—Le habría ofrecido algo para beber —comentó mi padre—, pero todos nuestros vasos son robados.

Solté una risa.

—Ya no importa.

—Esas cien libras...

—Ha valido la pena dárselas.

—Exacto. Borrón y cuenta nueva.

—Mañana empezaré a buscar trabajo.

—De acuerdo —respondió mi padre—. Yo también.

Y estaríamos bien. Encontraríamos el modo de llenar los días, las noches caerían y nos envolverían, tendríamos la televisión y las películas de la biblioteca, y volveríamos a asentarnos en esa curiosa domesticidad que era nuestra, de mi padre y mía.

Pero primero habría una última visita, esa misma tarde.



Columpios y toboganes

Escuché el claxon del coche antes de verlos. Mi padre acababa de acostarse, así que corrí hacia la ventana y vi el viejo Volkswagen Gold de Miles entrar a la calle sin salida, las puertas se abrieron y demasiadas personas salieron a trompicones: Helen, después George, Alex, Colin, Lucy, el propio Miles y, por último, Fran, todos riendo y estirando los hombros torcidos y las piernas acalambradas y con una, no, dos botellas abiertas.

Me alejé de la ventana. Si fingía que no estaba en casa, no dejarían de tocar el timbre, pero, Dios, estaba hecho un desastre: descalzo, con una camiseta manchada —un recuerdo traído de Portugal cuatro años atrás, la palabra «Algarve» escrita sobre el pecho—, y el desodorante fuera de mi alcance. Veía sus sombras al otro lado de la puerta.

—¿Es aquí?

—Sí, es esta.

Podría decirles que se fueran. Abrir la puerta sin quitar la cadena, como un viejo ermitaño. Exigir que me dejaran en paz.

—De acuerdo, ¿estáis todos listos? Uno, dos, tres...

—*Navidad, Navidad, dulce Navidad...*

Abrí la puerta con un movimiento repentino.

—*¡Shhhhh!*

—*La alegría de este día hay que celebrar...*

—¡Silencio! Mi padre duerme.

—¡Lo siento! —dijo George—. ¡Lo siento!

—Sabemos lo estás pensando —aseguró Helen—. Estás pensando: «¿De dónde ha salido esta chusma de gitanos?».

—Necesitamos hablar contigo, Charlie —anunció Miles.

—Es urgente —añadió Lucy.

—¿Por qué no estáis ensayando?

—¡Eso hemos estado haciendo! —respondió Miles—. Acabamos de terminar el ensayo técnico.

—¡Ha sido un desastre! —exclamó Alex mientras bebía un trago de una botella de vino.

—Por eso necesitamos hablar contigo —insistió Miles.

—¿Estáis todos borrachos?

—Yo no —señaló Miles—. Soy el conductor.

—Pero sí —respondió George—. Hemos estado ahogando nuestras penas en cierta medida.

—Así que, ¿piensas dejarnos pasar o qué? —preguntó Helen.

—No.

—Qué grosero —contestó ella.

—De acuerdo, entonces tienes que salir —concluyó Colin.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—No servirá de nada.

—Charlie —dijo Alex—. Nos hemos tomado la molestia de preparar esta intervención. Es extremadamente dramática y emotiva, y lo mínimo que puedes hacer es oír lo que tenemos que decir.

—¿Por favor? —pidió Fran—. Diez minutos.

Estaba detrás del todo, como si solo fuera una más del grupo, y en ese momento me pregunté si sería capaz de cerrarle la puerta a ella.

—*El camino que lleva a Belén* —cantó Alex y los demás se unieron—, *baja hasta el valle que la nieve cubrió*.

—¡Está bien! Está bien, hay un parque al final de la calle. Dadme un segundo. Tengo que ir a buscar algo para ponerme en los pies.

El sol estaba bajo, los televisores balbuceaban a través de las ventanas abiertas mientras nosotros caminábamos por el medio de la calle vacía en dirección al parque de juegos.

—¿Esto es lo que llaman el Parque de la Mierda de Perro? —preguntó Alex en voz demasiado alta.

—¡Sí! —respondió Helen—. Hay otro Parque de la Mierda de Perro en el lado este...

—¡El «East Side»!

—... pero este es el original.

—El original —repitió George— y, en mi opinión, el mejor.

—El Parque de la Mierda de Perro del Oeste.

—El patio del recreo, ¿no? —sugirió Helen.

Por las tardes, la zona asfaltada se convertía en una especie de sala de conferencias compartida por la juventud local, así que nos aseguramos de que no estuviera reservada, apartamos las latas y botellas vacías, nos acomodamos en el balancín, el carrusel, el tobogán y los columpios, y yo terminé entre Alex y Helen.

—La cuestión, Charlie —comenzó Helen—, es que queremos que vuelvas.

—No puedo. Lo siento.

—Nadie más puede interpretar ese papel —insistió Alex.

—Claro que sí —respondí.

—Pero no como tú.

—No es lo mismo.

—El pobre George está agotado —añadió Alex—. ¿No es cierto, George?

George daba vueltas en el carrusel.

—Esto de hacer dos papeles no funciona. Puedo aprenderme todas las líneas, pero Miles y yo tenemos cero química...

—Es cierto, Charlie —aseguró Miles desde la punta del tobogán—. Es pésimo.

—El problema —se defendió George— es que es como actuar con un chimpancé dotado.

—George no es versátil —continuó Miles—. El público creará que se trata del mismo personaje con un sombrero diferente.

—Eso es cierto —George estuvo de acuerdo—. Al igual que Miles, todas mis actuaciones son básicamente la misma.

Y Miles corrió por el tobogán para tirar de George y bajarlo del carrusel.

—Ivor está desesperado por que vuelvas —añadió Helen.

—No está enfadado —aseguró Alex.

—Alina sí está enfadada.

—Ivor solo está desesperado.

—Da igual, no podría hacerlo —respondí—. Tengo... muchas cosas en este momento.

—Ya lo sabemos todo sobre eso —indicó Alex.

—Las putas notas, ¿a quién le importan?

—Los únicos que le prestan atención a las notas de secundaria son los idiotas.

—Los idiotas y los empleadores —corregí.

—De acuerdo, entonces puedes volver a presentarte o hacer otra cosa —insistió Helen—. La obra no te impedirá hacer nada de eso.

—Y en cuanto a la estafa... —continuó Alex en un susurro.

—Es un gran problema.

—De hecho, creo que es genial.

—Hay que rebelarse contra la autoridad.

—Todos hemos hecho cosas peores.

—Créeme, *mucho* peores.

—No es solo eso —dije.

—Sí —respondió Helen—, ya lo sabemos.

—En realidad, no —observó Fran desde los columpios—. No lo sabemos todo.

—De acuerdo. No. Quizás no, pero...

—Tengo que cuidar a mi padre.

—Está bien —aceptó Alex—, pero puedes salir de la casa.

—Seguro que él querría que lo hicieras.

—Son cuatro días más.

—No puedo —insistí—, no está en estado para...

—Pero si hablas con él...

—Si le dices cómo es la situación...

—No puedo —repetí—. Tengo que estar con él.

Todos se quedaron callados durante un rato largo.

—De acuerdo —suspiró Alex—. De acuerdo.

—Pero piensa al respecto —pidió Helen.

—No es divertido sin ti, Charlie —gritó George desde debajo de Miles—. No es para nada

divertido.



Volvimos a pie hasta el coche, entrando y saliendo de los charcos de luz que arrojaban las farolas, y todos se las ingenieron para ir quedando atrás, hasta que Fran y yo quedamos uno al lado del otro, como en los viejos tiempos, excepto que ahora caminábamos en silencio.

—Lamento lo de la feria —dijo al fin.

—No pasa nada.

—No, no fui muy amable... Polly me había estado gritando, y después mi madre y mi padre hicieron lo mismo. Incluso Bernard me miró mal. Si hubiera sabido lo que había pasado... Pero pensé que solo habías decidido escaparte y abandonarme allí.

—Jamás haría eso.

—¡Lo sé! Debería haber escuchado...

—Está bien.

—Charlie, tienes que dejar de decir que las cosas están bien cuando no lo están. No ayuda a nadie.

Seguimos caminando. Después de un rato, me sujetó de la mano.

—No ha cambiado nada. Al menos, no para mí.

—No, para mí tampoco.

—Entonces, ¿por qué no vuelves?

—Lo siento, no puedo. No estoy en condiciones de estar en compañía de nadie.

—No es una compañía, ¡es una cooperativa! —Caminamos un poco más—. ¿Puedo preguntar por qué no?

Encogí los hombros.

—Supongo que estoy algo melancólico.

—Y quedarte en casa es la solución.

—No, pero volver tampoco lo es.

—Quizás no. A menos que lo sea.

—¿Es tan desastroso como dicen? —pregunté.

—Tenemos problemas técnicos. Y el que te hayas ido no ha ayudado. Considéralo, ¿de acuerdo?

—Ya habíamos llegado al coche de Miles y la compañía se empujaba para conseguir los mejores asientos—. Te echo de menos. Todos te echamos de menos.

—Yo no —saltó Helen.

—Todos menos Helen te hemos echado de menos.

—Hemos quedado mañana a las nueve —informó George—. Tenemos ensayo de luchas. En caso de que cambies de opinión.

—Sin presión —añadió Lucy.

—Un poco de presión —corrigió Alex.

—Yo voy delante —anunció Helen—. Me llevas a casa, ¿no?

—A mí también —dijo Colin.

—Y a mí, por favor, Miles —pidió Lucy.

—No soy un taxi —protestó Miles.

Al final, solo quedaban Alex y Fran.

—Esta ha sido una pésima intervención —comentó Alex, me abrazó y se dobló para entrar al coche—. Nos vemos mañana, señor Algarve.

Miles giró la llave para arrancar y empezó a sonar *Three Little Birds* de Bob Marley, y, mientras todos discutían y se quejaban y se apretujaban contra todas las esquinas del coche, Fran me besó —«Mañana. ¿Por favor?»— y se subió encima de sus regazos.

Observé el complicado giro en tres movimientos del coche bajo sobre las ruedas y esperé a que se alejaran. Al girarme hacia la casa, vi a mi padre en la ventana. Entré y cerré la puerta.



Canadá, Málaga, Rimini, Brindisi

La bicicleta para hacer las compras de mi madre no había sido fabricada para colinas como aquella, con sus ruedas de coche de bebé y sus tres cambios —todos iguales—, la cesta que no dejaba de traquetear y los guardabarros que amenazaban con soltarse cada vez que los pedales completaban una vuelta. Andar por la calle sombreada que llegaba hasta la Mansión Fawley era como estar en una cinta de caminar: me esforzaba mucho, pero no parecía avanzar hacia ningún lado. Ya era tarde, pero la dejé caer detrás de una carpa que no había visto antes —un puesto de refrigerios— y seguí el sonido de los gritos y las exclamaciones que me llevaron al otro lado del patio y por entre dos enormes estructuras de andamios que formaban unas gradas que parecían sacadas de un instituto de película. Me paré en seco.

En los tres días que no había ido, se había levantado una pequeña ciudad, cocinada por el sol italiano hasta quedar blanca, retorcida y al borde del colapso. El césped verde había desaparecido bajo una pálida superficie áspera y arrugada, parecida a las telas blancas que se usan para hacer los yesos, y en la calle se estaba desarrollando una pelea con espadas —espadas de verdad— que destellaban en el aire al mismo tiempo que los combatientes pateaban el polvo y el resto de la compañía —en movimiento, a gritos y zapateos— los miraban desde arriba. Sobre la pasarela, Sam y Grace, nuestros músicos, tocaban con intensidad una caja y una mandolina eléctrica.

—*¡Malditas sean vuestras dos casas!* —gritó Alex mientras soltaba una risa amargada al ver la sangre falsa que chorreaba entre sus dedos—. *¡Me han convertido en carne para gusanos!* —Y alcancé a ver el espacio en el escenario donde yo debería estar.

—¡Charlie! Oye, Charlie, ¡aquí arriba! —Helen me sonreía desde la fila más alta de las gradas, y después Chris y Chris hicieron lo mismo y levantaron el pulgar.

—*¡Shhhh!* —siseó Alina antes de girarse y verme—. ¡Mirad quién ha aparecido!

—¡Charlie! —gritó Ivor—. ¡Mi querido Charlie!

La acción del escenario se desbarató y Alex empezó a aplaudir con sus manos ensangrentadas, después se unió George y después el resto de la compañía, y después Polly apareció detrás de mí —«Lo sabía, sabía que volverías. ¿No lo dije?»— y Fran, que reía, y por último Ivor, que se acercó a la carrera.

—El hijo pródigo ha regresado. Charlie Lewis —dijo mientras me sacudía la mano—, estamos todos *muy* contentos de tenerte aquí. Ahora, busquemos tu vestuario.



Volví a entrar en todo el melodrama cursi y bochornoso que implica la puesta en escena de una obra, los caprichos y los desastres superables, los «No puedo hacer esta parte», «Este vestuario no sirve» y «Nunca lo haremos a tiempo». Trabajamos muchas, muchas horas, y cada una de ellas venía acompañada de una nueva crisis, una nueva explosión. Miles se atrevió a hacer comentarios a Alex sobre su actuación y Alex se los devolvió con un añadido de veneno, Lucy se dejó llevar por la pelea y clavó su espada en la oreja de Colin, Polly no dejaba de olvidar sus líneas y Keith se escabullía para llamar a su esposa y volvía con lágrimas en los ojos. Las poleas se trababan, el atrezo desaparecía y repentinas ráfagas de viento veraniego inflaban las telas como si fueran velas y hacían que los andamios se bambolearan de forma alarmante; George creyó que podría tener una gripe, hasta que Alina se lo prohibió, y las actuaciones eran, por turnos, demasiado suaves, demasiado ruidosas, demasiado rápidas, demasiado lentas, demasiado exageradas, demasiado sutiles; y, en los momentos que quedaban entre las crisis y las explosiones, nos tirábamos por ahí, jugábamos a las cartas o a pasarnos una pelota, mejorábamos nuestros bronceados italianos, cotilleábamos y nos halagábamos, a veces con sinceridad, otras no. Cuando podía, Fran me buscaba y, a veces, encontrábamos un lugar privado para besarnos y hablar —hablar en serio—, hasta que llegamos a estar casi como antes. A pesar del melodrama de los ensayos, las cosas estaban más tranquilas entre nosotros dos —supongo que debía de ser el alivio que sigue a la confesión—, y nos sentíamos mucho mayores y más sabios de lo que habíamos sido hacía tan solo unos cinco días.

El jueves a las siete de la noche, después de haber cantado rondas y practicado unos trabalenguas, vestidos de gris pálido y celeste pastel como si fuéramos fantasmas a la moda, nos reunimos detrás del escenario para escuchar el último gran discurso de Ivor, que consistía en distintas variaciones sobre los mismos temas de trabajar en equipo, escuchar a los demás, darlo todo de nosotros.

—Este lenguaje, estas palabras —declaraba con la voz de alguien que estaba hablando sobre una experiencia religiosa—, estas son las palabras más grandiosas que diréis en vuestras vidas, escritas por el poeta más grandioso que el mundo ha conocido. Saboreadlas. Y por el amor de Dios... —La risa falsa de un presentador de programas de juegos—. ¡Disfrutadlo!

Hubo un abrazo de grupo. «¡Rompeos una pierna! ¡Pero no literalmente!». Nos fuimos a preparar y esperar la llamada a escena, las chicas a su carpa y los chicos a la nuestra, hasta que se hicieron las siete y media y...

—¡Los primeros al escenario, por favor! Esta es la llamada para los primeros.

Me puse las gafas que me transformaban, como por arte de magia, en Benvolio. De camino, me encontré con Fran, que caminaba de un lado hacia el otro con los ojos apretados, los brazos a los costados y los dedos que no dejaban de moverse mientras murmuraba algo para sí misma.

—Hola —saludé.

—Hola.

—¿Puedo hablarte o estás concentrada?

—Sí, concentrada en no cagarme encima.

—Por favor, no te cagues.

—¡Ves! De pronto, todo el mundo tiene algo que decir. Escucha...

Al otro lado del escenario, alcanzábamos a oír el murmullo de voces y el rebote de los tablones sobre los andamios.

—¿Han venido tu madre y tu padre?

—Ajá. Mi madre vendrá todas las noches.

—Está orgullosa.

—Qué raro.

—No es raro. Estarás increíble.

—Gracias. Tú también. ¿Qué opinas de este maquillaje? —Su cara tenía el brillo empolvado y el color tostado que suelen tener las señoras mayores—. Lo ha hecho Polly. Parece el maniquí de una tienda de Debenhams.

—Pero con las luces...

—Sí, eso es lo que ella dijo, y añadió estos puntos rojos en la esquina de mis ojos. Dijo que los hacen parecer más grandes, pero parece que tenga un orzuelo, o dos orzuelos. ¡Conjuntivitis!

—Tranquila.

—¡Mira! —Se secó la frente húmeda con el revés de la mano—. Se cae a pedazos. Parecen esos gránulos que venden para preparar salsa.

—¡Muy bien, los primeros! —gritó Chris—. ¡Los primeros al escenario, ya!

—¿Puedo besarte? ¿Te estropearé el maquillaje?

—Claro que puedes. Sin lengua, oh, señor, se lo ruego.

La besé con suavidad; ella sostuvo mi cara entre sus manos y me besó una vez más.

—Estoy muy contenta de que hayas vuelto —dijo, y me empujó hacia el telón, donde los demás esperaban.

Las luces se atenuaron, el público hizo silencio, sentimos el murmullo de la electricidad que circulaba por los cables y un olor a quemado que podría haber sido el polvo asentado sobre una bombilla. En el escenario, Lesley y John se relajaban bajo el sol italiano y hacían lo suyo: pulgares, arenques y vírgenes.

—Allá vamos —susurró Alex a mi lado.

Separaos, locos, envainad las espadas, murmuré, *separaos, locos, envainad las espadas*. Sentí una mano en mi espalda: Lucy, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hagámoslo! —exclamó.

Apoyé la mano sobre mi espada —¡una espada! Tenía una espada— y ella me empujó hacia la luz.



Estrellas pequeñas

Durante mucho tiempo, guardé una cinta de video del espectáculo. Todos habíamos recibido una a modo de recuerdo el día después de la última actuación, el día en el que todos aparecimos, con resaca y tristeza, para desmontar el escenario, y, al mismo tiempo que recibíamos los VHS, supimos que nunca los veríamos. Tres horas de teatro *amateur* grabadas desde demasiado lejos: qué tortura sería eso, tan aburrido y poco apasionante como mirar la representación de un pesebre viviente en la que actúan niños que uno no conoce. «Una producción adecuada», proclamó el *Advertiser* local a la semana siguiente, «con una enunciación de versos algo desigual y actuaciones de lo más irregulares. La Julieta de Frances Fisher es deliciosa y Alex Asante es un Mercucio carismático, pero a Romeo le falta encanto. Tres estrellas de cinco».

Pero haber participado, eso sí fue emocionante, y todas las tensiones y rivalidades quedaron en el olvido mientras avanzábamos a trompicones por el libreto, mirábamos las escenas de los demás, palmeábamos la espalda de los actores que volvían a esperar entre bastidores, como si fueran jugadores de fútbol que acababan de marcar un gol: *¡Bien hecho, buen trabajo, ha sido estupendo, todos se han reído!* Cuando terminó, me arrojé a los abrazos sudorosos y los halagos exagerados junto con los demás. Todos éramos *fantásticos*, y el público también nos ofrecía halagos exagerados, vitoreaban y zapateaban con fuerza, así que volvimos demasiadas veces al escenario para hacer el saludo final, y la gente ni siquiera esperó a que saliéramos del escenario para empezar a bajar de las gradas y buscar las llaves de sus coches.

La función del viernes por la noche, por supuesto, fue un auténtico anticlímax. La primera línea de Benvolio fue «*Separaos, locos, empanad las vainas*» y el resto de la obra fue en picado. La matiné del sábado también fue decepcionante, y se me ocurrió la idea de que estar en una obra era como escuchar tu canción favorita, y después escucharla otra vez, y otra vez, hasta que la magia desaparecía por completo. Sin el romance que generaba la luz del anochecer, la matiné parecía pequeña y torpe, una lectura de libreto delante de una sala a medio llenar. Una antorcha encendida en mitad de una cálida tarde de agosto no tiene nada de atmósfera y, para compensar la falta de encanto, nosotros nos ocupamos de gritar nuestras líneas a los otros actores, como si fuéramos turistas que gritan «¡Eco!» hacia el fondo de un cañón.

—Eso —observó George mientras miraba la primera escena de la Nodriza desde los bastidores— es lo que yo llamo una actuación a *gran* escala.

—Es tan grande que se ve desde el espacio —añadió Alex.

Pero era imposible no sucumbir, así que, mientras bramaba mi última intervención, crucé miradas con mi hermana, que levantaba los dos pulgares desde la segunda fila, y vi a mi madre,

que miraba con fijeza el suelo y tenía los dedos presionados contra las sienes como si intentara ahuyentar una migraña.

—Odio las matinés —declaró Miles, un veterano de la actuación.

—Es como tener sexo con la luz del techo encendida —observó Alex, e incluso las personas vírgenes estuvieron de acuerdo en que era *exactamente* lo mismo.

Después de llegar al final de la obra y recibir una ronda de aplausos corteses, me abrí camino hacia la carpa de refrigerios y encontré a mi madre y a Billie, que cambiaron el ceño fruncido por una sonrisa al ver que me acercaba, y mi madre aplaudió con dos dedos contra la palma de la mano.

—Bueno, eso sí que ha sido algo especial —comentó mi madre.

—¿Por qué habéis venido a la matiné? Es mejor de noche.

—¿*Mejor*? Lo dudo mucho. Ha sido encantador, Charlie. Y tú has estado muy bien.

—Sí que puedes pelear con espada, hermano —observó Billie—. Creo que hace años que no te oigo hablar tanto.

—¿Y no te ha parecido que su voz sonaba muy bonita? —preguntó mi madre—. Desearía que hablaras con esa claridad todo el tiempo.

—Tu novia actúa bien —señaló Billie.

—Actúa *muy* bien —coincidió mi madre—, y es guapísima. ¡Cualquiera diría que está fuera de tu alcance!

—Mamá... —advirtió Billie.

—¿La has conquistado con tu personalidad?

—¡Mamá!

—Es solo una broma, puedo hacer una broma. Quizás debería tener cuidado de no pasarse con el maquillaje. Esa es mi única crítica. ¿Podemos conocerla?

—No, hoy no —dije—. Tenemos que repasar nuestras líneas.



Habíamos acordado en encontrarnos durante el descanso largo que teníamos entre las funciones para escabullirnos después de la matiné, atravesar el bosque e ir la portería: ¿a dónde más podríamos ir? Esa vez fue mejor, menos ceremonial, más parecido a un reencuentro, y después nos quedamos acostados cara a cara en la habitación fresca y poco iluminada.

—No quiero tener que hacer otra cosa que no sea esto durante el resto de mi vida.

—Me parece —respondió ella— que después de un rato se volvería un poco doloroso.

—No me molestaría. Podría vivir con eso.

—Ya sé que *tú* no tendrías problemas. —Nos besamos—. Entonces, quedémonos aquí —propuso—. No nos molestemos en salir a escena esta noche.

—Creo que notarían nuestra ausencia. Al menos la tuya.

—¿Estás triste?

—¿Por qué?

—Es la última noche. Siempre me pone un poco triste. Hemos hecho todo este trabajo y, de pronto, es como si... se evaporara. Ya verás, la fiesta será *muy* emotiva.

Nos acurrucamos juntos, como si fuéramos un nudo ajustado. Aun en ese momento, la inquietud me sacudía el cuerpo y tenía la necesidad de que me aseguraran que todo iría bien, pero sabía que, al igual que en una película de terror, expresar un miedo en voz alta era arriesgarse a que cobrara vida. En vez de eso, hablamos sobre la obra, sobre cómo ella había flaqueado esa tarde en la escena en la que creía que habían matado a Romeo en vez de a Teobaldo.

—Se supone que tengo que creer que el gran amor de mi vida está *muerto*. Cuando llego a esa parte, intento imaginar qué haría si una persona a la que quiero en serio estuviera muerta, e imagino que gritaría, que golpearía mi cabeza contra las paredes, pero, en vez de eso, en la obra tengo que decir: «¿Puede el cielo sentir tanta envidia?». Es una línea pésima. Ni siquiera sé qué quiere decir.

Pero ahora yo tenía una idea en la cabeza:

—¿En quién piensas?

—¿Qué?

—Durante la escena, cuando haces tu actuación.

—¿Cuándo «hago mi actuación»?

—¿Quién imaginas que ha muerto?

Me echó una mirada y la volvió a apartar.

—Tú.

—¿No en Miles?

—¡No, *Miles* no! Tú.

—Así que... ¿piensas en mí cuando estás en el escenario?

—Solo a veces.

—Cuando necesitas sentirte mal.

—Dicho así, suena un poco raro.

—¿Piensas en mí, pero muerto?

—No *solo* muerto. También pienso cosas agradables sobre ti. —Puede que yo sonriera—. No te pongas engreído —me advirtió—, o tendré que empezar a pensar en otra persona.

—¿En qué otros momentos?

—¿Podemos cambiar de tema?

—De acuerdo. Pero dime en qué otros momentos piensas en mí cuando dices las líneas.

—¡No te lo diré! Tendrás que observarme y descubrirlo. —Nos besamos y, para cambiar de tema, ella añadió—: El lunes puedes llevarme a beber ese famoso café. Todavía falta para que empiece el bachillerato.

—Creo que ya hemos superado la etapa del café, ¿no te parece?

—Todavía podemos hacerlo. Todavía tenemos cosas de las que hablar, ¿o no? De hecho, tenemos más cosas de las que hablar. Nada ha cambiado, al menos no en un sentido negativo. Todavía te quiero.

—Yo también.

—Entonces estamos bien.

Nos besamos y, en un movimiento que parecía salido de una película, ella se estiró para alcanzar su reloj, el brazo extendido hacia atrás, el cuello alargado, los dedos que tanteaban el suelo, y creo que sería imposible quererla más de lo que la quise en ese momento, con ese movimiento.

—Dios, mira la hora... Deberíamos irnos. ¿Estás preparado? Es la última vez en la vida.

Pero cuando volvimos a los camerinos, lo único de lo que se hablaba era la fiesta. Ivor había insistido en que solo hubiera bebidas sin alcohol, en que era posible divertirse sin alcohol, así que, antes de que se levantara el telón, nos reunimos en el camerino de los chicos para hacer un inventario de nuestras provisiones secretas, sacadas de los restos que quedaban en los muebles bar a los que habíamos podido acceder —*limoncello*, jerez para cocinar, *advocaat* cuajado, vino tinto espumoso—, y escondimos las botellas y los recipientes entre los arbustos y los setos que estaban alrededor del jardín como si fuéramos ardillas que escondían nueces para el invierno. A las siete de la noche, entramos en calor, cantamos canciones, nos dimos un abrazo de grupo, Ivor dio otro de sus discursos apasionados —teníamos que darlo todo de nosotros— y empezamos.

Había muchos padres presentes en la función de esa noche, los famosos padres cuyos fallos y errores habían sido tema de conversación en todas las charlas intensas que habíamos tenido, y aprovechamos la intervención de Fray Lorenzo para asomarnos y señalarlos desde los bastidores.

—¡Allí están! ¡En la primera fila! —susurró Alex—. Les dije que no se sentaran en la primera fila.

—¡Están orgullosos! —respondió Fran.

—Están aburridos —corrigió Alex—. Mirad cómo mi padre intenta leer su programa.

Sentado a su lado, estaba mi padre, inclinado hacia adelante y con el mentón apoyado sobre las manos. Mientras Fran pronunciaba su discurso de los «corceles de fogosos pies», yo me quedé mirando a mi padre, que asentía apenas con la cabeza, como si percibiera el jazz de las palabras, imaginé, y lo observé mientras esperábamos que llegara la línea favorita de todos.

—Aquí viene —anunció Helen.

En el escenario, Fran estaba de pie bajo un cono de luz.

—*Dame a mi Romeo* —dijo—, *y, cuando yo muera, llévatelo y córtalo en estrellas pequeñas, y así el rostro del firmamento será tan bello, que todo el mundo se enamorará de la noche.*

Vi a mi padre sonreír con esa línea, los ojos cada vez más grandes a medida que la idea se desarrollaba —ser cortado en estrellas pequeñas, imagina eso—, y entonces me sentí el guardián de un gran secreto.



Yo también hice lo mío, me esforcé como buen trabajador, pronuncié mi última línea —«*¡Esta es la verdad, de lo contrario, dejad que Benvolio muera!*»— y salí del escenario sin nada más que hacer más que llenar un espacio vacío en la última escena. Mientras tanto, todos nos reuníamos detrás de los bastidores para mirar las escenas que pudiéramos.

—¿No te parecen fantásticos? —susurró Alex durante el cortejo humillante de Paris y Julieta, y me pregunté si alguien más veía el dolor del beso de George en la mejilla de Fran, el conocimiento terrible de que su amor no era correspondido pero que él la seguiría queriendo.

Y, de pronto, todo pareció acelerarse, Paris y Romeo peleaban, Paris moría —*¡Oh, me muero!*—, Romeo bebía el veneno y pronunciaba la línea «*Oh, veraz Boticario, ¡tu droga es veloz!*» que siempre nos había hecho reír, pero no esa noche, porque, Dios mío, Julieta despertaba y miraba su cadáver con una expresión terrible y vacía. La daga que estaba en su mano tenía una hoja retráctil. Todos habíamos jugado con ella, era nuestro juguete favorito, y no cabía duda de que el público alcanzaba a ver lo artificial y ridícula que era. Ella decía «*Oh, dulce daga*» y se oía el mecanismo del resorte en la empuñadura. Sin embargo, cuando busqué a mi padre en la primera fila, vi que sus manos estaban sobre su cara y arrastraban de sus mejillas hacia abajo, y que los ojos le brillaban por la tragedia amarga de la historia.

Llegó la hora de nuestra última entrada y Chris nos entregó las antorchas en llamas para que pudiéramos quedarnos de pie y hacer frente con seriedad a las repercusiones de nuestra disputa. Las escenas largas y prosaicas que seguían después de la muerte de Julieta siempre me habían parecido excesivamente aburridas, pero esa era la última noche, y, siguiendo las instrucciones de Ivor de «darlo todo de nosotros», la Nodriza de Polly estuvo a punto de hiperventilar de tanto dolor. Cantamos el madrigal en escala menor que nos habían enseñado, los Capuleto abrazaron a los Montesco; los Montesco, a los Capuleto. Levantamos los cadáveres en el aire y, con la cabeza atractiva y sudorosa de Miles sobre mi hombro, hicimos una procesión con ellos entre el público. Ivor nos había indicado que los miráramos a los ojos, porque la obra seguía siendo muy relevante para el público actual, aunque no habríamos sabido responder con exactitud el por qué.

—... *pues jamás hubo tan triste suceso como este de Julieta y su Romeo.*

Nos quedamos entre los andamios, mirando las pantorrillas del público mientras la música terminaba y las últimas luces desaparecían. Desde esa posición, el aplauso sonaba inmenso y el zapateo retumbaba en las tablas de madera que estaban sobre nuestras cabezas, y nosotros reímos y volvimos a salir para el saludo final con esa carrera saltarina que practican los gimnastas, nos dejamos caer hacia adelante para demostrar el desgaste emocional de toda la obra, estiramos los brazos para apuntar a Miles y Fran, que habían revivido y ahora caminaban con los brazos entrelazados. Y entonces abandonamos la disciplina, empujamos a Ivor y Alina hacia el frente del escenario, hicimos aparecer ramos de flores comprados en el supermercado, y quizás el público ya estuviera un poco cansado de aplaudir y quisiera irse yendo a casa. Con los ojos entornados contra la luz, vi al padre de Alex aplaudir y echar un vistazo al reloj al mismo tiempo.

—¡Bis! ¡Bis! —gritaban, pero por dentro pedían: *Por favor, nunca más volváis a hacer eso.*

Pero mi padre estaba de pie e intentaba forzar una ovación a través del vigor de sus aplausos. Cuando todos se dieron cuenta de que no se detendría, el resto del público cedió y lo imitó, pero mi padre vitoreaba más fuerte que cualquiera, levantaba los brazos por encima de la cabeza, cada vez más, más, más, y esa no fue la primera vez durante ese verano que sentí ganas, a la vez, de escapar y de quedarme allí para siempre.



La última noche

Detrás de los bastidores, los chicos y las chicas se colaban en el camerino ajeno para captar un vistazo de ropa interior y nadie se esforzaba demasiado por quitarse el maquillaje. Cuando salimos a trompicones con nuestra ropa de fiesta, nos encontramos con las calles de Verona iluminadas con luces rojas y verdes y con el público que bebía vino blanco tibio de vasos de plástico. Había familias enteras, amigos del instituto, profesores que repartían besos y abrazos. Al parecer, todos habíamos sido la mejor parte de la obra. Yo me quedé un rato en una esquina, sonriendo como si observara la boda de un desconocido desde la calle: contento de ver el confeti, pero sin motivo para unirme a la celebración.

Y entonces mi padre se acercó a mí a través de la multitud y me abrazó con una sonrisa enorme en la cara y los ojos todavía colorados.

—Bien hecho, hijo —dijo—. Estoy *muy* orgulloso de ti.

—Yo también estoy orgulloso de ti, papá —respondí de forma automática.

—¿Por qué? —Soltó una risa—. Eso no tiene sentido.

Al poco tiempo, mi padre les gorroneó un trayecto de vuelta al señor y la señora Asante y, una vez que se fueron, comenzó la hora de la fiesta. Chris y Chris habían usado las luces para convertir Verona en una pista de baile, y nosotros nos lanzamos los unos a los otros de aquí para allá hasta quedar empapados en sudor y, de vez en cuando, nos alejábamos para buscar botellas entre los setos. Hubo discursos sentimentales que duraron una eternidad, así que dirigí mi atención a los murciélagos que volaban por el cielo nocturno, que hacían bucles y volteretas por encima de nuestras cabezas. Después Polly bebió demasiado vino blanco y tuvo que recostarse sobre el césped, Lucy y Miles fueron vistos besuqueándose en la gruta, y Keith bailó solo. A George, que estaba muy borracho, le preocupaba que alguien pudiera hacerse daño, así que empezó a quitar las botellas y los vasos del medio. La música *house* se convirtió en tecno desconocida.

—Yo tenía una mochila. No encuentro mi mochila —repetía Colin Smart una y otra vez—. ¿Alguien ha visto mi mochila? ¡No puedo irme sin mi mochila!

—Es hora de tener una reunión de alto nivel —anunció Alex cuando nos reunió a los cuatro juntos—. Esta fiesta ha llegado a su fin. Vayámonos.

—¿No deberíamos saludar? —preguntó Fran.

—Tengo esto —indicó Alex mientras sacudía un juego de llaves de coche—. Son del coche de mi madre. Si alguien quiere tener una aventura...

—¡Sí! —exclamó Helen.

—Déjame despedirme de George —pidió Fran.

—No, debemos irnos YA —insistió Helen.

—Alex, ¿no estás demasiado borracho para conducir? —observé yo.

—Os juro que estoy sobrio como una cuba —aseguró Alex—. Vamos. Podremos ver el amanecer.

Y nos escabullimos hacia la noche.

Condujimos en silencio hacia el sur y nuestros faros delanteros iluminaron los aterradores caminos como si fueran los pasillos de una casa embrujada. Para no perder el coraje, cantábamos a gritos las canciones viejas de Madonna y Prince que escuchábamos por la radio mientras Fran y yo bebíamos vodka con limonada en el asiento trasero y, con cada giro, los frágiles vasos de plástico salpicaban nuestras muñecas.

—Exactamente, ¿a dónde estamos yendo? —gritó Fran.

—Quiero bailar —gritó Alex—. ¡Vayamos a Brighton!

A todos nos pareció una buena idea, así que soltamos una exclamación de alegría y nos dirigimos a la autopista mientras Helen elegía las canciones y subía el volumen tan alto que los altavoces empezaron a zumbar. Nos sentíamos inagotables, inmortales, invencibles. Al entrar a Brighton, nos encontramos en mitad de un atasco —un atasco a las dos de la mañana, ¡qué ciudad! — y nos quedamos mirando con asombro a la multitud de gente que todavía estaba en la calle. Aparcamos en una gran plaza cerca de la playa y perdimos la cabeza al ver el mar, real y en todo su esplendor; debajo del paseo marítimo, adoptamos las expresiones más sobrias que conseguimos, nos unimos a las colas que estaban fuera de los clubes nocturnos ubicados en los arcos e intentamos simular experiencia e indiferencia por el *pum-pum-pum* de la música que nos sacudía las entrañas y la locura de los chicos sudados, sin camiseta y con ojos desorbitados que salían a buscar Marlboros Light y agua. En comparación, parecíamos y nos sentíamos como niños, incluso Alex, y no tardamos en ser echados de todos los lugares que él conocía.

—No importa —decidió Alex—, haremos nuestra propia fiesta.

Así que buscamos un lugar en la playa de guijarros y nos acomodamos. Alex y Helen se fueron a una expedición en busca de alcohol y chicle, patatas fritas, música y cigarrillos, mientras que Fran y yo pasamos el tiempo dándonos besos, torpes y borrachos como todos los demás amantes que había alrededor, figuras oscuras sobre los guijarros, cual colonia de focas. Después, nos quedamos tumbados durante un rato, las caras tan cerca que estaban desenfocadas, las manos en la mejilla del otro.

—Es decir, mira tu cara...

—Y la tuya.

—¿Nos conoceremos durante toda la vida? Incluso si no...

—*Sh.* Eso espero. No veo por qué no.

Ya eran las cuatro de la mañana, y, cuando Alex y Helen volvieron, conseguimos juntar suficiente energía para bailar una vez más al ritmo de la música *house* que sonaba del diminuto reproductor de discos que tenía Alex y que había ido a buscar al coche. No muy lejos, otro grupo de viajeros trasnochadores se reunían alrededor de un hombre con una guitarra.

—¿Podrías bajar el volumen? —gritó uno de ellos.

—*Hippies* —masculló Alex, pero el cielo estaba clareando y el cansancio y las inhibiciones estaban despertando, así que nos rendimos, bajamos el volumen y nos sentamos, bien apiñados para aprovechar el calor.

Borrachos y sentimentales, dijimos en voz alta lo que nos gustaba de los otros e hicimos declaraciones de amistad eterna que, al día siguiente, recordaríamos con vergüenza, pero que esperábamos que se cumplieran.

—Helen... ¿estás llorando? —observó Alex—. Dios mío, no creí que pudieras hacerlo.

—¿Cuál es el problema, Hel? —preguntó Fran, se aferró de su mano y se la sacudió, lo que hizo reír a Helen.

—No lo sé. De pronto se me ha ocurrido... ¿Y si las cosas no mejoran? —Se secó la cara con el revés de la mano de Fran.

—No te limpies los mocos conmigo —protestó Fran, que ahora también lloraba—. Es asqueroso.

—Mirad —indicó Alex. A nuestra izquierda, más allá del muelle de Brighton, el sol asomaba por el horizonte—. *Las candelas de la noche se han extinguido* y como sea que siga.

—... *el jovial día se eleva de puntillas entre las cimas neblinosas de las colinas* —terminó Fran.

—No me siento demasiado jovial —comentó Helen—. Siento como si estuviera a punto de vomitar.

—Supongo que deberíamos ir pensando en volver a casa —dijo Fran.

—Quedémonos un rato más —sugerí yo—. Quizás deberíamos intentar dormir un poco antes.

Entonces nos apiñamos juntos y cerramos los ojos, pero algo ocurría detrás de nosotros. La música de los clubes se detuvo de forma abrupta y, de pronto, toda la gente salió a la playa, como si se tratara de un simulacro de incendios. Los cuerpos desprendían vapor y las personas empezaron a deambular abrazadas entre ellas, alteradas y desaliñadas, fumando cigarrillos; se formó un grupo alrededor de un pescador que estaba cerca para escuchar la radio. Unas chicas pasaron junto a ellos; sus zapatos de tacón se clavaban en los guijarros, algunas lloraban, otras parecían aturdidas y una de las chicas conseguía reír, llorar y maldecir a la vez.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex, pero no se detuvieron y siguieron su marcha inestable hasta el mar, donde la chica que reía y lloraba empezó a avanzar entre las olas.

El mundo estaba llegando a su fin, y no había esperanza de salvarlo. Los misiles llegarían en cuestión de minutos, o quizás fuera un asteroide o la erupción solar que esperábamos hace tiempo. El grupo de la guitarra también debía de haber oído las noticias, porque recogieron sus cosas y empezaron a caminar para salir de la playa.

—¿Qué pasa? —gritó Helen—. ¿Qué está sucediendo?

—¡Ha habido un accidente! —gritó una chica a modo de respuesta, después dijo algo sobre Diana y un túnel en París—. Está muerta.

Claro que nadie se lo creyó, al menos no hasta que volvimos al coche de Alex y escuchamos las noticias en la radio mientras conducíamos con cuidado por los caminos matutinos, iluminados por el sol brillante del último día bueno del verano, sin decir nada durante todo el camino a casa.

PARTE CUATRO
Invierno

Y el fin del estío llega con mucha prisa.

Shakespeare, *Soneto 18*



1998

Cortamos en enero. El amor que creíamos capaz de soportar cualquier tormenta y dificultad no sobrevivió a los viajes diarios de Fran a Basingstoke.

Hasta ese momento, e incluso durante un tiempo más, había estado convencido de que entregaría de buena gana mi vida para salvar la de Fran Fisher. Bueno, no de buena gana, pero la entregaría. «Llévame a mí, no a ella», diría, aunque una parte importante del trato parecía ser que ella supiera que ese sacrificio estaba teniendo lugar. Si tenía que beber la poción, no quería que fuera un desperdicio. Creo, también, que ella habría sacrificado su vida para salvar la mía, al menos al principio, aunque la voluntad de morir parece una unidad algo tosca para medir la devoción. ¿Había algún tipo de escala móvil? ¿Hubo algún día en el que ella pensara: *Bueno, no estoy segura de que esté dispuesta a morir, pero sí entregaría un brazo*, y el brazo se convirtió en una mano, un riñón, quizás uno de los dedos del pie, el más pequeño? Después decidió que solo entregaría un poco de pelo, hasta que, al final: *¡Llévatelo a él, no a mí!* Si Julieta hubiera despertado y, al encontrar a su Romeo muerto, no hubiera levantado la dulce daga, sino que hubiera decidido seguir con su vida, aprender a vivir con el dolor y trabajar en pos de la reconciliación de la comunidad, ¿le tendríamos menos estima? ¿Qué habría sucedido si hubiera conocido a otra persona y hubiera vivido feliz hasta la vejez? No, la autodestrucción era la aspiración máxima. En nuestro caso, no tuvimos la oportunidad y, con una banalidad que nadie se molestaría en convertir en una obra de teatro, nuestra relación se deshizo.

Nos esforzamos por prevenirlo. Gracias a sus notas —todas excelentes—, Fran iría a un bachillerato que se especializaba en las artes escénicas y, al mismo tiempo que ella empezó a viajar para ir a clase, yo empecé a buscar trabajo. Los dos éramos conscientes de las cosas que podían pasar —la envidia y la sensación de exclusión por mi parte, la inhibición y la incomodidad por parte de ella ahora que se le abría todo un mundo nuevo—, así que habíamos preparado estrategias para evitar esas tensiones. Ella tendría la libertad de hacer lo que quisiera, de ir a fiestas, estudiar, hablar de lo que la entusiasmaba, y yo, a la vez, tendría la libertad de acompañarla y conocer a sus amigos o mantenerme alejado, como lo prefiriera. No habría nada de escenas de novio celoso y nos veríamos tres, o al menos dos tardes por semana.

Conocí a sus padres de forma oficial y me cayeron bien, aunque sus ojos nunca dejaron de hacerse la pregunta: *¿Es realmente necesario conocer a esta persona? ¿Vale la pena la inversión?* Fuera como fuera, me permitieron quedarme a dormir en la cama de Fran, donde conteníamos la respiración y esperábamos a que los dos se durmieran para hacer el amor de forma cuidadosa y silenciosa. Los fines de semana, tomábamos un tren a Londres, visitábamos galerías o

íbamos a ver películas muy artísticas —películas no, «cine»— que nunca llegaban ni cerca de nuestra ciudad. Comíamos en restaurantes —¡restaurantes!—, a veces solos los dos y otras veces con sus amigos, y yo me esforcé por llevarme bien con ellos, al igual que lo había hecho con La Ratonera. Yo estaba «tomándome un tiempo»; esa era la versión de la historia que habíamos elegido contar. En realidad, yo era uno más de ellos, un estudiante, solo que iba unos doce meses por detrás. Ambos aprendimos a conducir y, para mi cumpleaños número diecisiete, mi madre me compró un Citroën viejo y destartado con ventanillas manuales y musgo en la junta de las ventanas. En el período en el que el otoño empezó a dar paso al invierno, solíamos conducir hasta la costa, pasear por los acantilados o las playas, volver al coche, encontrar algún lugar oculto, tirar para atrás el asiento trasero y hacer el amor casi vestidos detrás de las ventanillas empañadas.

Durante ese tiempo, nuestra relación tuvo una cierta ternura, una sensación de que nos estábamos cuidando entre los dos, y, por un tiempo, parecía posible que saliéramos adelante. Pero ¿adelante hacia dónde? ¿La acompañaría a las visitas de las universidades? ¿Qué diría cuando se enterara de que no había completado los formularios de solicitud para los bachilleratos? Yo tenía un trabajo nuevo, tenía la casa con mi padre y amigos que vivían en la ciudad, y, de todas formas, ¿de dónde había salido esa obsesión por la educación? Entendía las películas artísticas igual que ella, estaba leyendo más, y no todos necesitaban hacer bachillerato o tener un título; pretender que así fuera era puro esnobismo. Practicaba ese discurso en mi cabeza y estaba listo para el día en el que tuviera que decirlo en voz alta.

Entonces, a principios de Noviembre, tuvimos el accidente. Habíamos tenido sexo en la parte trasera del coche entre risas y golpes de espinillas y codos, pero no había conseguido ponerme el preservativo como debía y, cuando nos derrumbamos y nos separamos, nos dimos cuenta de que había desaparecido, como si se tratara de un truco de magia terrible, para reaparecer enseguida, pegajoso y alarmante. Los dos nos asustamos, pero Fran fue quien insistió en que condujéramos hasta Brighton a primera hora de la mañana siguiente para comprar una pastilla del día después.

—Solo quiero hacerlo lo antes posible para quedarme tranquila —había dicho, así que, una mañana de lunes húmeda y gris, me quedé sentado en el asiento del conductor y vi cómo ella sacaba la pastilla del envase y se la tragaba con agua como si se tratara de un antídoto.

Y, en realidad, eso era lo que era, y ambos nos sentimos aliviados. Pero, si se hubiera quedado embarazada, ¿quién habría tenido más que perder? Mi padre me había tenido a los veintiún años, cuando no era mucho mayor que yo, aunque quizás mis padres no fueran el mejor de los ejemplos. Aun así, un accidente que habría sido catastrófico para Fran, para mi habría sido... no ideal, ni deseable, pero algo que habría aceptado. Lo único que yo quería era estar con ella, pero ella quería mucho más. Una desigualdad había salido a la luz, una desigualdad de logros y potencial, de ambición y deseo.

La ruptura tuvo lugar a principios del Año Nuevo —supongo que ella habría querido «pasar la Navidad»—, lo que le dio una cierta cualidad de resolución: 1) beber más agua, 2) terminar relación. La escena en sí fue convencional y predecible y tuvo toda la tensión y agitación de una improvisación en una clase de teatro. La ubicación —la playa de Chuckmere Haven—, combinada

con la llovizna de una desolada tarde de sábado, le dio a la ruptura una cualidad de espectáculo *site specific*. Fran dijo que yo me había convertido en una persona enfadada y negativa y que ya no nos sentíamos a gusto el uno con el otro, no encajábamos; por otro lado, yo tuve oportunidad de pronunciar mi discurso sobre el esnobismo.

—Charlie, dime cuándo... —comenzó ella—. ¿Cuándo en la vida he dicho yo algo de todo eso?

Y, a pesar de que no pude señalar ningún ejemplo concreto, creo que ella se asombró y se entristeció al ver lo despiadado que me había vuelto con sus amigos estudiantes y los padres que, estaba claro, creían que podía conseguir algo mejor. Fue una discusión de la que ninguno de los dos podría recuperarse y, a medida que el sol caía y la llovizna se convertía en lluvia, nos vimos obligados a encarar el problema práctico de cómo escapar de esa playa desolada y azotada por el viento. Ella no quería subirse al coche conmigo y yo no quería irme sin ella, e incluso cuando conseguimos irnos en silencio, tuvimos que detenernos varias veces para gritar o chillar o llorar un poco más.

Después de eso, hablamos un par de veces, por la noche por teléfono o en los pubs del centro y, más tarde, en la calle. La pareja que a veces ves llorar a la hora de cierre, que alterna entre aferrarse con fuerza y alejarse con un empujón: esos éramos nosotros.

Con todo, yo luché por ella, a sabiendas de que eran las últimas escaramuzas de una batalla perdida. Fran Fisher se alejó para tomar un taxi a su casa. No la volvería a ver en más de veinte años, pero la volvería a ver.



2x 4x 8x 16x

En la época en la que mi padre tenía un reproductor de VHS, uno de mis pequeños talentos era la habilidad de adelantar las cintas con gran precisión, ver la acción pasar y presionar *stop* en el momento justo para permitir que la inercia de las bobinas hiciera lo suyo. En la era digital, las cosas son más fáciles y, en vez de ver todos los momentos acelerados y transformados en una comedia muda, saltamos y pasamos directo a lo que queremos ver. Es más eficiente. Así que:

Tan pronto como pude conducir, conseguí un trabajo en el aeropuerto, donde limpiaba las mesas y bandejas de los pasajeros de primera clase en los salones ejecutivos que estaban abiertos las veinticuatro horas. Era un trabajo que bien podría haber sido creado con el objetivo específico de llenarme de odio: odio por la forma en la que los clientes llenaban sus copas con champán gratuito que nunca se terminaban y por los trozos de carne asada jugosa que terminaban en la basura; odio por la sordidez del detrás de escenas, los empleados de caras grises que fumaban cigarrillos en las puertas, las taquillas apestosas y los envases de salmón ahumado sellados al vacío que parecían enormes bloques de carne alienígena rosa. El abismo que había entre los clientes y los empleados, ellos y nosotros, parecía algo salido de la maquinaria propagandística soviética, y la única manera de sobrevivir a cada turno era participar en pequeños actos mezquinos de resentimiento y sabotaje que, a su vez, llevaban a otro tipo de odio todavía más venenoso. Un estudiante de Filosofía de la Universidad de Sussex que estaba visitando lugares empobrecidos durante el verano me contó del camarero de Sartre, que fijaba una sonrisa en la cara, seguía las órdenes y vivía su vida de mala fe, y me hizo pensar dos cosas: *Sí, es exactamente así. Y: Estudiantes de mierda.*

Al igual que los poseedores de la Tarjeta Dorada del Club Ejecutivo, yo aprovechaba todo ese botín; pero, a diferencia de ellos, que solo estaban de paso, yo estaba allí cincuenta y seis horas a la semana y vivía a base de *pretzels* y *brie*. Me convertí en el rey de las horas extra e intenté trabajar todas las horas que pude, y, con el primer sueldo, compré una cama para reemplazar las literas de mi habitación y después empecé a ocuparme metódicamente de las deudas de la casa. En diciembre, el Departamento de Seguridad Social envió a mi padre a trabajar a la oficina de correos del Royal Mail y, al parecer, el despertarse temprano, la rutina y la cualidad tradicional del trabajo despertaron algo en él que hizo que eligiera convertirse en un cartero de tiempo completo.

—¡Termino a las dos y tengo el resto del día para mí! —exclamaba, como si no pudiera creerlo.

Dejó de fumar, redujo el alcohol y sus altibajos se volvieron menos extremos, así que, por lo general, estábamos más tranquilos, más apacibles, más sedentarios.

Durante las noches en las que yo no trabajaba, veíamos las mismas películas y programas de televisión, comíamos las mismas comidas, leíamos los mismos libros, uno detrás del otro, y lavábamos y secábamos los platos.

—Tú y tu padre —comentó mi madre durante una de sus últimas visitas antes de mudarse— sois como una vieja pareja de casados.

Era una imagen de domesticidad rara y deprimente que indicaba el motivo exacto por el cual se había ido. No lo dijo con cariño. Era una advertencia.



A pesar de que a veces nos encontrábamos en la calle, no me encontraba demasiado a menudo con los viejos amigos que habían seguido con el bachillerato, y no tardó en llegar ese septiembre en el que todos volaron a Manchester, a Birmingham y Hull y Leicester, a Glasgow y Exeter y Dublín. Había oído que Fran Fisher estaba en Oxford y que estaba estudiando Inglés y Francés, y pensé: *Sí, suena razonable. Tiene sentido.*

Harper, que se había esforzado de forma constante sin que nadie lo hubiera notado, fue a estudiar Ingeniería Civil a Newcastle, donde era raro verlo por la calle sin un cono de tráfico en la cabeza. Fox, que no se había cansado de mofarse de cualquier persona a la que viera con un lápiz en la mano, se preparó para ser profesor de Deporte y, para Navidad, nos encontrábamos los tres en el pub y ellos me contaban historias de borracheras legendarias. Harper no tardó en conseguir una novia en serio, una mujer que poseía un nivel de glamour imposible y estudiaba Turismo. Planeaban viajar juntos y quizás pasarían a ver a Lloyd, que tenía algún negocio sospechoso en Tailandia.

—A menos que esté en prisión —señaló Fox, y todos estuvimos de acuerdo en que una prisión tailandesa era un ambiente en el que Lloyd podría prosperar.

Todos nos habíamos ablandado un poco, tanto en nuestro comportamiento como alrededor de la cintura, y nos reíamos de otra forma. Yo sentía cierto cariño por ellos e incluso intentamos revivir los antiguos apodos y las viejas riñas. Pero si habíamos sido un grupo de música, entonces ya habíamos pasado nuestro mejor momento, nos habíamos vuelto a juntar y solo nos impulsaba la nostalgia; nos faltaba un miembro y lo único que podíamos tocar eran nuestros viejos éxitos. Harper faltó una Navidad, Fox faltó la siguiente y, después de eso, no nos volvimos a juntar.



Durante mi primer verano después del instituto, había notado los pósteres de la nueva producción de La Ratonera que habían aparecido por la ciudad. Tenía el pelo peinado con gel para atrás y, sin las gafas, sus ojos parecían hinchados y pequeños, pero reconocí de inmediato a George como Ricardo III, con aspecto de escarabajo y una joroba; en cierto aspecto, un ascenso, en otros, no. El verano siguiente fue *Como gustéis*, y después, como había pasado tiempo suficiente, fue hora de repetir *Sueño de una noche de verano*. Tenía la misma intención de comprar entradas que tenía de colarme a la fiesta disco de los graduados, pero, aun así, sentía un resentimiento infantil al ver que

seguían sin mí. Shakespeare, la actuación, los libros, la música, la poesía, el arte; me habían prometido que esas cosas cambiaban la vida de los jóvenes, nos mejoraban el autoestima, nos daban un sentido de la comunidad, cambiaban la forma en la que nos movíamos por el mundo. Esos eran los objetivos por los que Ivor y Alina se habían esmerado con el fervor de un par de misioneros, y había dado resultado. Pero el proceso era reversible, y ahora, cada vez que pensaba en ese verano, la nostalgia se convertía en amargura. En 2001, hicieron *Macbeth*, y fue apropiado que esa fuera la obra que terminara por matarlos. Imaginé a Ivor y Alina vendiendo la camioneta Transit, tirando a la basura las pelotas rellenas de semillas y las colchonetas para yoga, y sentí un alivio desagradable cuando no volvieron.

Estaba estancado en la rutina, y sabía que estaba estancado, pero sentía algo de placer ante la protección que esa situación me proveía. En las películas de guerra y de ciencia ficción que tanto adoraba, siempre había un estereotipo, el cabo heroico que recibía una herida en el estómago o la columna. «Lo único que haré es retrasaros», decía, «seguid sin mí», y, rodeado de explosivos y con una granada contra el pecho, se quedaba sentado y esperaba a que llegara el enemigo para tirar de la anilla en el momento que causara más daño. Siempre había admirado a ese personaje, a su nobleza masoquista. No estoy seguro de a quién imaginaba en el papel de enemigo, pero, a mi manera, me conformaba con quedarme sentado y esperar mientras los demás huían, a pesar de que no los hubiera retrasado en lo más mínimo.



Mi madre y Jonathan se mudaron a Exeter para estar más cerca de los padres de él, y ambos consiguieron trabajo en puestos de gerencia.

—Dios me ayude con los hoteles boutique —dijo mi madre.

La echaba de menos, y creo que mi padre también, pero, esa vez, su mudanza no pareció como una negligencia de su deber, y a ella nunca le había gustado nuestra ciudad. Billie obtuvo notas sobresalientes en sus exámenes y en el bachillerato, y se fue a estudiar Química a Aberdeen «porque está muy lejos de Exeter».

La verdad es que echaba de menos a Billie. Se había ido de casa en el momento en el que podríamos habernos convertido en amigos, y yo nunca le conté los peores momentos que viví con nuestro padre. Al mismo tiempo, ella debió de haber tenido sus propios problemas en la casa de un desconocido; si bien nunca dejó de ser mi hermana, ya no nos sentíamos parte de la misma familia. Nuestros caminos se separaron demasiado pronto y cada decisión que ella tomó después de eso la alejó aún más. Quizás, en el futuro, esos caminos vuelvan a unirse.



Me convertí en un gran jugador de billar. Y de dardos, y de máquinas tragaperras. El Pescador de Caña se transformó en mi pub habitual, los empleados que en algún momento se habían negado a servirme se transformaron en amigos y pasé a sentarme siempre en la misma banqueta al final de la barra. Tuve un par de amoríos con chicas que conocí allí, amoríos que fueron consumados en

coches o, para celebrar la primavera, en el cementerio local. Una relación amorosa que comienza contra una lápida no tiene mucho futuro, y, en poco tiempo, las llamadas telefónicas dejaron de ser contestadas. Una vez, alguien vació una bebida sobre mi cabeza, como en las películas, y me pregunté: *Dios mío, ¿en esto te has convertido: la persona a la que le vacían una bebida sobre la cabeza? ¿Qué diría Fran?*

En la víspera de Navidad de 2002, yo estaba sentado en mi sitio en la barra, resentido por dentro con todos los trabajadores de media jornada que hacían explotar el pub en esa época del año. Eran como los devotos que solo van una vez al año a la iglesia para la misa de medianoche. Me preguntaba dónde estaría su compromiso. La mujer que estaba a mi derecha había forzado sus codos hasta la barra y, poco a poco, los estaba abriendo hacia afuera mientras gritaba para que la camarera la escuchara:

—¿Disculpe? ¿Señorita?

Una lista de éxitos navideños sonaba en bucle y a todo volumen, pero reconocí su voz de todas maneras y, por razones que no habría podido explicar, giré mi cara hacia el otro lado. Ahora se le había unido un hombre.

—¡Necesito mi bebida!

—Joder, espera un momento, ¿quieres?

—¿Crees que debería pedir un vodka martini?

—¿En El Pescador de Caña? ¿Lo quieres en vaso largo o en jarra?

Si me girara hacia la izquierda, quizás podría bajarme de la banqueta y llevarme la pinta a otro lugar...

Demasiado tarde.

—Dios. Mío.

—Hola, Helen.

—¡Charlie! Charlie Lewis, ¡ven aquí!

—¡Hola, Alex! —mascullé contra su hombro mientras me arrancaban de la banqueta.

Nos fuimos a una mesa. A pesar de los votos solemnes que habíamos pronunciado en la playa de Brighton, nos habíamos distanciado durante sus años de bachillerato. Ahora los dos habían cambiado tal como se suponía que debían hacer: Helen tenía un elegante corte de pelo al estilo militar y un pequeño arete negro en la nariz, y a Alex se lo veía delgado, distinguido y guapísimo, un libertino millonario con una estrecha chaqueta negra.

—Si te interesa, es de Thierry Mugler.

—De segunda mano.

—Tu chaquetón es de segunda mano. *Esto es vintage.*

Si no los hubiera conocido, me habría sentido intimidado. Conociéndolos, me sentía intimidado, pero, aun así, estaba cautelosamente contento de verlos.

Como era de esperar, los dos estaban en Londres, Helen estudiaba Sociología y Alex estaba en su último año de la escuela de artes dramáticas, compartían una casa enorme en Brixton con dramaturgos y artistas y músicos, solo habían vuelto para cumplir con sus familias para Navidad («El 26 de diciembre, a las siete de la mañana, ya estaremos *huyendo* de este lugar»). Cuando

llegó mi turno, les hablé sobre mi trabajo e intenté hacer una broma al respecto, pero el chiste resultó ser un poco más oscuro de lo que había sido mi intención. Ellos se rieron, pero los noté preocupados. Quizás había bebido demasiado. Había terminado mi vaso antes que ellos, eso era seguro. Escapé hacia la barra y me di cuenta de que no habían vuelto a ese lugar por la nostalgia, sino por la ironía. El Pescador de Caña era una broma para ellos, y me pregunté si yo también lo sería, así que me quedé en la barra durante todo el tiempo que duró *Last Christmas* y *Mistletoe and Wine* y *Merry Christmas Everybody*, sin prisa para que me sirvieran, mirando cada cierto tiempo hacia la mesa, donde ambos hablaban con las cabezas juntas. Compré una cerveza y un chupito y, cuando por fin volví, Alex se levantó «para hacer una llamada», y Helen y yo nos quedamos en silencio.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, solo estoy disfrutando de la vista. —Con la cabeza, indicó en dirección a la barra y la hilera de tres traseros masculinos, la raya visible por encima de la cintura de sus vaqueros, las cabezas bajas, nada de charla.

—No termines así, ¿quieres?

Al fin pude decirlo:

—¡Eres una esnob!

—¡Oye, yo no soy ninguna esnob! No hay nadie en el mundo que sea menos esnob que yo...

—Suena como si fueras una esnob, Hel.

—Volver a casa con toda la astucia del bachillerato...

—Sí, eso mismo.

—¡Excepto que *no* soy una esnob! Me importa una mierda lo que hagas... vive donde quieras, haz lo que quieras. Quiero decir que lo entiendo, son tus años descontrolados y eso está bien.

—Helen...

—Pero, ¿qué es esto? —Golpeó con un dedo el vaso más pequeño.

—Es solo un chupito.

—¿Un *chupito*?

—¿Qué tiene de malo?

—Eres demasiado joven para tener un pub habitual. Lo digo en serio, Charlie, esto es una mierda. Necesitas mudarte a otro lugar, aunque sea por un tiempo. Puedes volver, pero tienes que hacer algo más. Al menos intentarlo. Tienes tiempo de sobra para odiar tu vida. Hazlo cuando estés en la mediana edad, como lo hace todo el mundo.

—No «odio mi vida».

—Pero no te *encanta*, ¿o sí?

—¿Por qué? ¿A ti te encanta la tuya?

Soltó una risa.

—¡Sí! Sí, sí, ¡al fin sí, joder! Y a ti también si no tuvieras tanto miedo.

—No tengo miedo.

—Bueno, me alegro. Me alegro de oírlo. Porque eso me lleva al próximo punto...

Mariah Carey cantaba *All I Want for Christmas is You* y Alex volvió y se sentó a mi otro lado,

de manera que quedé acorralado.

—¿Ya se lo has dicho? —preguntó.

—¿Decirme el qué?

Helen respiró profundo.

—Tenemos una habitación libre.

—En la casa en Brixton.

—La verdad es que es una pocilga. Está en el sótano; es oscura y húmeda.

—Pero es gratis.

—Bueno, compartimos los gastos.

—Pero podrías conseguir trabajo en un bar o algo temporal en otro lugar.

—Y en septiembre... podrías volver al bachillerato.

—No haré nada de eso.

—No, en eso te equivocas.

—Sabes que lo harás, ¿para qué resistirte?

—No puedo. Mi padre...

—Has dicho que estaba mejor.

—Sí, por ahora sí, pero...

—Bueno, estarás a una hora y media de aquí, Charlie, no estamos hablando de Nueva Zelanda.

—Pero no puedo irme así de pronto.

—No sería de pronto. Tienes un par de días.

—Te llevaremos con nosotros.

—El 26 de diciembre. Salimos a las siete de la mañana.

—Charlie —declaró Alex—, lo único que queremos para Navidad eres *tú*.



En septiembre de 2003, a los veintitrés años, volví a estudiar. Técnicamente, era un estudiante adulto, aunque nadie lo habría sabido por mi comportamiento, mis muchos malos comienzos, giros equivocados, resacas y plazos de entrega vencidos. Primero, tuve que rellenar los huecos que habían dejado mis exámenes precarios, después tuve que completar algo equivalente a un bachillerato y encontrar una universidad que fuera lo bastante abierta para dejar pasar los grandes espacios en blanco de mi CV, todo eso mientras trabajaba los fines de semana y las noches de semana en bares y restaurantes, donde el fin de mi turno marcaba el comienzo de la fiesta. Aquellos años fueron una especie de segunda adolescencia; la obligación de esforzarme se rozaba con el deseo de no hacer nada en absoluto, y mi educación empezó a parecer un rompecabezas gigante sin terminar, de esos que quedan sobre la mesa durante años. La tentación de abandonar el proyecto y volver a guardarlo todo en la caja era demasiado fuerte y nunca la habría resistido si no hubiera sido por Helen y Alex, que me alentaban a seguir, revisaban mis deberes y se aseguraban de que completara los formularios a tiempo, y ahora se me ocurre que la suerte que podemos llegar a tener en el instituto o en el trabajo no es nada en comparación con la gran suerte

de la amistad.

Las bases inestables de todo esto fueron dos exámenes, el de Informática y Arte. En una fiesta en agosto de 1997, un desconocido me había dicho que la clave de la vida era buscar aquello en lo que eres bueno y dedicarte a eso, pero los ordenadores y el arte eran como la cebolla y el chocolate; no había modo de combinar las dos cosas. En la universidad, aprendí que no era inteligente en el sentido académico, y jamás lo sería. No era un genio de la programación y nunca me había sentido como un artista, pero mi tutor sugirió que hiciera un curso de efectos visuales y animación, donde aprendí a usar programas con nombres imponentes, como Premiere y Fusion y Nuke. Me gasté mi sueldo de camarero en el ordenador más caro que pude pagar y aprendí, por cuenta propia, a hacer composiciones y renderizaciones, modelos tridimensionales y pinturas mate, y mientras yo acumulaba esas destrezas, algo le sucedió a la cultura que me rodeaba.

Los zombis y vampiros, naves espaciales y alienígenas que tanto me encantaba dibujar se apoderaron de todo, y todos los años que había pasado viendo películas y jugando a *Doom* se revelaron como parte de un entrenamiento impensado. Yo ya sabía cómo dibujar un ojo que cuelga de la cuenca de una calavera y ahora, con los programas indicados, podía hacerlo brillar y moverse de forma repulsiva, podía convertir una multitud de veinte personas en una de cientos de miles, y podía quitarle años al actor principal. Así que a eso me dedico: efectos visuales. Informática y Arte.

Alex Asante persiguió su trabajo hasta Los Ángeles. Seguimos viéndolo todo el tiempo, aunque más que nada en la televisión, en papeles de policía o de abogado joven y ambicioso que haría cualquier cosa por ganar el juicio, incluso quebrantar la ley. Es bastante conocido, aunque nunca tanto como a él le gustaría.

Como ya no éramos estudiantes, nos mudamos de la residencia para estudiantes. Conocí a Niamh, cambié el trabajo en restaurantes por un trabajo de tiempo completo en postproducción y después, hace no tanto, iniciamos una empresa con un grupo de colegas. Cada cierto tiempo, nos invitan a los estrenos de las películas en las que trabajamos, donde nos acomodamos en nuestros asientos, al fondo del auditorio, y nos esforzamos por ver a los actores, lejanos y extraños, cuando reciben los aplausos con una reverencia.

Helen conoció a Freya, se enamoró y se mudó a Brighton «como si fuera un gran cliché». Mientras caminábamos por aquellas playas, me contó que planeaban casarse y me pidió que fuera su padrino.

—De acuerdo. ¿Es necesario?

—¡Claro que sí! Es un gran honor, maldito homófobo. Además, Alex tiene un rodaje, así que...

—Está bien, pero ¿tengo que dar un discurso?

—Eh, sí.

—¿Y tiene que ser gracioso?

—Claro que tiene que ser gracioso, es el puto discurso del padrino.

—Es mucha presión. No soy muy bueno delante del público.

—Créeme, ya lo sé.

—No soy gracioso.

—Sí que eres gracioso, solo tienes que hacerlo en voz alta. Lo más importante es que sea *sentido*. Cuéntale a todo el mundo lo mucho que maldigo y cuánto aprecias nuestra amistad. Ahí lo tienes, lo he escrito por ti. Ahora solo tienes que decir que sí.

Así que yo fui el padrino de Helen y, cuando llegó el momento, le pedí que ella fuera el mío.

Y entonces, un mes antes de la boda, recibí un correo electrónico con una captura de pantalla de una página de Facebook que anunciaba un reencuentro en Londres de la Cooperativa Teatral La Ratonera, 1996-2001.

Habría que ir, ¿no te parece? Nos vemos allí.



Excavación

Me puse la chaqueta mientras Niamh me miraba desde el marco de la puerta.

—Ese no es tu traje para la boda, ¿no?

—No.

—No me había dado cuenta de que era ese tipo de fiesta.

—Tengo que esforzarme un poco...

—Claro. Ella estará esperando que lo hagas.

—*Ellos* estarán esperando, toda la gente que asista.

¿Era tan inusual mi comportamiento? Es cierto que siempre me había resistido al llamado de la nostalgia. Nunca fui a los reencuentros del instituto, casi nunca visitaba mi ciudad, tenía pocas fotos, no buscaba viejas novias por Internet. La vida era una serie de antes y después en la que la línea divisoria se movía cada siete años o algo así: antes y después de conocer a Fran, antes y después de mudarme de casa, antes y después de Niamh; la división era tan clara y precisa como la estratificación de las capas geológicas en una roca.

Si el «después» era mejor, ¿de qué servía preocuparse por el «antes»?

El matrimonio marcaría la próxima gran división, y, aun así, allí estaba yo, excavando a través de una, dos, tres capas. No era típico en mí, y Niamh también lo notó, así que el aire relajado que había demostrado cuando le expliqué por primera vez en qué consistiría la expedición había ido desapareciendo con el acercamiento de la fecha.

—Ya te he dicho que eres más que bienvenida a acompañarme.

—¿Al reencuentro del club de teatro amateur de otra persona? Me parece un poco desesperado. No, gracias, no estoy *loca*.

—Helen estará allí.

—Puedo ver a Helen en cualquier momento. Además, vosotros dos querréis charlar con vuestros viejos amigos. Haréis vuestros calentamientos vocales, os pasaréis vuestras pelotas de semillas, jugaréis a vuestros *ejercicios de confianza*...

—Si llega a ser así, yo tampoco me quedaré. —Me reí—. Seguro que no conozco a nadie.

—Ah, pero yo creo que conocerás a *alguien*.

Solté un suspiro y me dejé caer sobre la cama.

—No tengo que ir si eso es lo que tú...

—Ah, no, no me eches la culpa a mí. Eres un adulto, puedes hacer lo que quieras. ¿Tú quieres ir?

—Bueno, sí, a decir verdad quiero ir.

—¿Por qué?

—No lo sé. Por la nostalgia.

—¿Por la curiosidad?

—Algo de eso.

—Entonces ve. Yo pasaré una bonita noche en casa sola. Buscaré viejos novios en Google. Añadiré mi cara a sus fotos de boda.

—Adiós.

—Que no te quede pintalabios en el cuello de la camisa.

—Como en la canción.

—¿Qué canción?

—Eso salió de una canción. *El pintalabios en el cuello de tu camisa/Me ha contado lo que has hecho*. Ya sabes, la canción de Connie Francis.

—No, no lo sé, porque no soy una de las hermanas Andrews. No nací *entre las dos guerras*.

—De todas formas, ¿cómo lo haces para que te quede pintalabios en el cuello de la camisa? ¿Cómo llega hasta ahí?

—Me preocupa más que tengas pintalabios en el pene. Eso es lo que revisaré cuando vuelvas.

—Tienes la mente sucia.

—Tienes razón. Así que date prisa en volver.

Ahora que nos habíamos reído de la situación, sentí que podía irme, pero, durante el viaje en autobús, me invadieron unos nervios inexplicables. Una vez había visto un documental sobre langostas o cigarras que, en su adolescencia, se escondían bajo el suelo cocinado por el sol de Arizona, México o el Sahara y permanecían dormidas durante 17 años exactos, después de lo cual despertaban todas al mismo tiempo y se convertían en una plaga enorme y destructiva. ¿Qué sucedería si el primer amor fuera así? ¿Si estuviera durmiendo y juntando fuerzas para azotar todo lo que era estable y bueno en mi vida? Ese tipo de cosas podían suceder.

Parecía poco probable. Estaba loco de amor por Niamh y, además, Fran y yo habíamos sido dos personas completamente diferentes en ese entonces, un par de alienígenas raros de dieciséis años; de todas formas, el primer amor no era amor de verdad, sino una imitación tensa, frenética y juvenil. Ese tipo de cosas solo sucedían si querías que sucedieran y, al invocar la idea de Frances Fisher, lo que sentía era un bochorno entrañable. Había algo más, no tan fácil de identificar pero incapaz de encender una gran pasión destructiva, aunque sí alcanzaba para hacer que me cambiara la ropa, me cepillara los dientes y saliera de casa un domingo húmedo de noviembre.

El reencuentro tendría lugar en el salón de encima de un pub en Stoke Newington y comenzaría al inocente horario de las seis de la tarde. La invitación había indicado que sería un evento apto para toda la familia. Quedé con Helen en un bar al otro lado de la calle para repasar.

—¿Quién era el tipo que interpretó a Fray Lorenzo? —preguntó Helen—. El que siempre lloraba.

—Keith algo.

—¿Y los músicos?

—Sam y...

—Anda.

—¡Grace!

—¿Cómo lo haces para recordar todo esto, Charlie?

—Solo lo recuerdo.

—¿Sabes quiénes no estarán allí? —comentó Helen—. Polly y Bernard.

—Quieres decir que...

—Sí. Los dos.

—¿Cuándo?

—Bernard murió hace años; Polly, este año.

—¿Cómo lo sabes?

—Facebook.

—Ay, mierda. Polly y Bernard.

—Ella tenía casi noventa, así que no fue una gran sorpresa.

—Lo sé. Pero la gente queda como fija en la cabeza de uno, ¿no? Creo que nunca hablé con Bernard, pero Polly... Ella siempre fue amable conmigo. Casi siempre. Perdí la virginidad en su cabaña.

—Sí. Ya lo sé.

—Dios mío. Pobre Polly. Pésima actriz, encantadora mujer.

—Podrían escribir eso en su lápida. Junto con lo de tu virginidad.

—Pobre Polly. —Chocamos los vasos—. Ahora estoy triste.

—Podríamos quedarnos aquí.

—No, vamos. Ya hemos llegado hasta aquí.

Así que nos terminamos nuestras bebidas, cruzamos la calle, subimos de un trote las escaleras angostas que llevaban al salón, hicimos nuestra gran entrada y no reconocimos a nadie. Estaba el elenco de *Macbeth*, la pandilla de *Como gustéis*, los equipos de *Sueño de una noche de verano* (ambos), y todos reían y contaban historias, pero no había ni una sola cara reconocible de *Romeo y Julieta*.

—De acuerdo, salgamos de aquí.

—Cinco minutos más —sugerí—. Después nos vamos.

Para disimular nuestra soledad, nos quedamos delante de una cartelera llena de fotos viejas de las producciones en blanco y negro.

—Quizás olvidaron la cámara en nuestro año.

—Allí está Miles —señalé—. Así que creo que esa es mi cabeza —añadí.

—Un miembro valiosísimo de la compañía.

—¡Claro que sí! Tuve que cargar con todo el espectáculo yo solo.

—Y, aun así, apenas estuviste presente —observó Helen con una risa, y me pregunté si ese era el gran peligro de los reencuentros: el descubrimiento de que no éramos una parte tan esencial de los recuerdos de los demás como los demás lo eran de los nuestros.

Lo mismo no podía decirse de Polly, dado que había otra cartelera dedicada a antiguas fotos de su cara tomadas en los años sesenta —el pelo corto, khol alrededor de los ojos, puro Carnaby

Street— y fotos de varios de sus papeles con expresiones similares, ojos y boca siempre abiertos al máximo. Después de un rato, se nos unió alguien que se parecía al padre de Colin Smart y que resultó ser Colin Smart.

—¡Mirad cuánto he crecido! —exclamó, aunque no había crecido.

Charlamos un rato, mencionamos un par de nombres y yo intenté concentrarme en la conversación y no hacer un barrido de la sala con la mirada por encima de su hombro. ¿Había esperado algo más loco, como la fiesta de la última noche? Había niños en aquel lugar, que comían patatas fritas de la mesa del bufé, y, cuando me acerqué a la barra, me di cuenta de que estaba junto a Lucy Tran, que ahora era pediatra, y tenía una actitud enérgica, agradable y graciosa, hasta que la charla dio un giro y llegamos al tema de nuestro viejo instituto. ¿Todavía veía a Lloyd o a Harper o a alguno de esos?

—No, hace años que no los veo. Ya sabes cómo es. Nos fuimos alejando.

—¡Bien! Son buenas noticias. Esos chicos me hicieron la vida imposible. Eran una mierda.

—Sí, a veces eran algo crueles.

—Tú también, Charlie. No eras tan malo, pero nunca les hiciste frente.

—No, tienes razón. A veces pienso en eso. Lo siento mucho.

—Sí. Bueno. Tú mejoraste.

—¿Sí? Dios, eso espero.

—¿Alguna vez viste mi mensaje?

—¿Qué mensaje?

—Lo escribí en la camisa de tu uniforme. El último día de clases.

—Sí, lo vi. «Me hiciste llorar».

—Bueno, era cierto.

—Como ya he dicho, lo siento. —Pasó un rato—. Sea como sea...

—¿La has visto?

—¿Si he visto a quién?

—Bueno, no has venido a verme a mí.

—No, pero supuse que no vendría.

—Ah, sí que ha venido. Está sentada en algún sitio. Mira... allí.

Y, a través de un hueco entre la multitud, la vi sentada en una silla junto a la ventana con una mano apoyada sobre la protuberancia de su vientre de embarazada, hablando con ánimo con una niña que debía de tener diez años y que solo podía ser hija suya. Mientras yo miraba, ella estiró la mano y acomodó el pelo de la niña detrás de su oreja.

—Ay, tu cara —observó Lucy con una risa—. ¿Cómo era? *Ah, ella es quien ha enseñado a las antorchas a brillar...* —Dio una palmadita a mi brazo—. ¡Buena suerte!

Fran Fisher se reía de algo que la niña había dicho, después la envió a otro lugar y, al hacerlo, me vio. Volvió a reír, abrió mucho los ojos y se llevó ambas manos a la cara. Hicimos varios gestos incoherentes a través de los huecos entre la multitud —*¡Mírate! ¿Por qué estamos aquí? Hablemos. ¿En cinco minutos? Búscame*— hasta que apareció Colin Smart y la abrazó por encima de su vientre mientras yo me quedé solo un rato, curiosamente sin aliento y sin saber qué

hacer.

—¡Hola! —Una mano en mi codo—. ¿Cómo estás?

—¡George! —exclamé, e hicimos un pequeño baile, mitad apretón de manos, mitad abrazo.

—¿Has visto un fantasma?

—Es lo único que veo en este lugar.

—Es raro, ¿no? —observó George—. Consideramos no venir.

—Sí, es raro —coincidí.

Y pensé: ¿«Consideramos»?

—He visto a Helen. ¿No es grandiosa Helen?

—Es grandiosa.

—¿Has hablado con...?

—No.

—Sé que querrá hablar contigo.

Y pensé: ¿Cómo lo sabes?

—Tienes buen aspecto, Charlie.

—Tú también, George.

Era cierto que tenía mejor aspecto, más saludable y seguro, aunque, incluso sin las gafas, todavía conservaba ese aspecto parpadeante y sorprendido, como si una luz brillante lo hubiera despertado.

—Lentes de contacto y nada de lácteos. —Hizo el viejo gesto de llevarse la mano a la cara—. La piel debería mejorar en cualquier momento.

—Tu piel tiene buen aspecto.

—Sí, eso es lo que la gente me ha estado diciendo durante veinticinco años.

—Lo siento.

—No hay problema. No hay problema.

—Entonces... ¿Qué más tienes que contar, George?

—¿Qué quieres saber?

—Cuéntame todo lo que ha sucedido en los últimos veinte años.

No me lo contó todo, pero me contó lo suficiente.



Una última historia de amor

George Pearce fue a Cambridge, como estaba planeado. Un legado visible de La Ratonera fue su interés por Shakespeare y los autores isabelinos y jacobinos, y, después de graduarse con honores, hizo un máster y un doctorado. Se mantuvo alejado de la actuación —había demasiadas personas como Miles en ese juego— y de Shakespeare, porque ¿qué más había que decir al respecto? En vez de eso, se especializó en dramaturgos jacobinos, sus tragedias cruentas y comedias confusas, así que, cuando una compañía londinense montó una producción de *El diablo blanco* de Webster, George fue invitado a hablar con el elenco sobre la obra. Allí, en la fila del fondo, con una sonrisa de oreja a oreja y el papel de Dama de Compañía, estaba Fran Fisher.

Hizo todo lo posible por hablar con oraciones enteras y, después, se abrazaron y fueron a tomar un café para ponerse al día y charlar sobre los viejos tiempos. Fran estaba casada con otro actor, una decisión alocada e impulsiva tomada en mitad de una gira por el mundo porque «tenía que hacer algo para llenar los días». Eso había sido cinco años atrás, y ahora tenían una hija, Grace, de dos años. El café se convirtió en vino y Fran empezó a soltar insinuaciones algo oscuras con respecto a su matrimonio: su marido era un bebedor y un posible mujeriego, irresponsable, estúpidamente atractivo y atractivamente estúpido. Pero ella lo quería y quería ser madre, así que creía que podrían seguir juntos, que podrían sobrevivir si él ponía su vida en orden. Fuera como fuera, ella iba a abandonar la actuación. Tenía casi treinta años y nunca conseguiría llegar hasta un lugar que la hiciera feliz. Participar en todas esas obras de joven había sido una cosa, pero ahora se sentía tonta e impotente, y un actor en la familia era suficiente.

—¿Recuerdas nuestra escena en *Romeo y Julieta*?

—Tú estuviste muy bien en esa obra.

—Los dos lo estuvimos, George. Para ser sincera, todo fue en picado desde ese momento.

Se despidieron en el puente de Waterloo, intercambiaron sus datos, prometieron mantenerse en contacto y George Pearce se alejó, furioso y eufórico. Su primer gran amor era su primer gran amor no correspondido y, también, su único amor, una combinación capaz de descarrilar una vida entera, y verla así era enloquecedor, en el sentido de que lo llenaba de ira. Tenía su número, pero no la llamaría. ¿De qué serviría? Él no era ningún Paris como para tirar su dignidad y su vida a la basura por alguien que no podía sentir lo mismo y que nunca lo haría.

Cambió de trabajo y se mudó, de casualidad, a Londres. Conoció a una chica, se mudó con ella, cortaron, se mudó solo, y pasaron cinco años. Un viernes lo invitaron a una cena; habría una mujer, traductora de francés y madre soltera. Por supuesto, él no quería ir, habría preferido quedarse en su casa a leer, pero su amistad insistió y...

Dios, no tengo ni idea, escuché lo que me dijo pero apenas pude absorberlo. ¿Qué era lo que sentía? ¿Celos? No exactamente. Claro que había sabido que habría otros, algunos serían errores y a otros querría cortarlos en estrellas pequeñas, y habría necesitado un corazón más amargado del que tenía para sentir resentimiento ante la obvia felicidad de George, su alegría, el cariño que demostraba por la hijastra que se había unido a nosotros y estaba ahora colgada de su brazo.

—Grace, este hombre —explicó a la niña—, solía conocer a tu madre cuando ella interpretó a Julieta. —A Grace no pareció importarle mucho y yo sentí la indignación pomposa del exnovio. *¿No ha dicho nada sobre mí? ¿Tienes alguna idea de quién SOY YO?*—. Charlie y tu madre eran muy unidos —añadió George—. Claro que eso me ponía *furioso*.

¿Sentía yo esa misma furia? Apenas. Todo el asunto tenía un cierto sentido; siempre se habían hecho reír, y me alegraba de que George se hubiera sacudido ese aire de perseguido, que fuera una persona feliz, exitosa y enamorada. Alguien que me gustaba mucho estaba con alguien a quien yo quería mucho. ¡Eran buenas noticias!

Aun así, permanecí un momento en silencio, y quizás fuera la envidia, no del hecho concreto de que George estuviera con Fran, sino de su historia. Era una buena historia, una historia mejor que la mía; tenía sentido y tenía el final indicado, es decir que no tenía ningún final. Incluso sin haberlos visto durante todos esos años, sabía que serían felices juntos y, cuando Grace se fue, apoyé mi mano sobre el hombro de George, le di un apretón fuerte e intenté transmitir todo eso.

—George, eres un cabrón.

Soltó una risa algo nerviosa.

—Es raro, ¿no? Me doy cuenta de que es raro.

—No, es muy... *romántico*.

—Y esa sí que es una palabra terrible. Bueno, si sirve de consuelo, la verdad es que es una relación sin mucho amor. ¿No es cierto, Fran?

—Es cierto —aseguró Fran, que acababa de aparecer a su lado—. Es deprimente.

—Hola, Fran. —Me incliné por encima de su vientre, toqué su mejilla con la mía.

—Ven conmigo —indicó ella y tiró de mi mano—. Te lo contaré todo sobre el lado oscuro.



Todo un placer

El techo del pub miraba hacia los jardines de las terrazas de Stoke Newington, el aire parecía borroso por la niebla y el humo de las cenas del domingo. Había cajones llenos de botellas vacías, una parrilla oxidada, palmeras tropicales con hojas amarillas.

—¿Crees que podemos estar aquí arriba? —preguntó ella mientras buscaba algún lugar seco para sentarse.

—No lo parece. ¿Quieres volver abajo?

—Si bajamos, la gente querrá hablar con nosotros.

Nos sentamos sobre un banco viejo que tenía humedad suficiente para mojar nuestros abrigo y, al igual que lo habíamos hecho cuando nos conocimos por primera vez, nos turnamos para resumir grandes períodos de tiempo. Esta vez estaba más dispuesto a responder las preguntas de lo que había estado a los dieciséis, y ella parecía saber un poco de lo que yo había estado haciendo, aunque no le pregunté cómo.

—Te va bien.

—No me va mal, por ahora.

—Bueno, me alegro de escucharlo, aunque no me sorprende. Sabía que encontrarías algo —aseguró y apoyó la mano sobre el bulto que era su vientre.

—¿Cuánto te falta?

—Tres semanas.

—¿Niño o niña?

—Niño.

—¿Nombre?

—Lo llamaremos... bueno, la verdad es que lo llamaremos Charlie.

«Es broma», dijo y se rio, explicó que todavía no lo habían decidido, aunque Charlie era un nombre bonito. Le pregunté cómo había estado. Dijo que, en general, había sido bastante infeliz, lo cual la había sorprendido. Un matrimonio accidental, una carrera frustrada, preocupaciones por el dinero.

—Mis veinte fueron... *brutales*. Creí que ese sería mi momento. Tenía todos esos sueños y expectativas de cómo debía ser, como si fuera una de esas fiestas para la que lo tienes todo pensado y planeado: desde la ropa que usarás y que ya tienes preparada hasta cómo te comportarás. Y después llegas a la fiesta y la gente no es agradable, la música es pésima, no dejas de decir las cosas equivocadas...

—Mis veinte fueron iguales, excepto que estuve la mayor parte del tiempo borracho como una

cuba.

—Bueno, también hubo algo de eso, con un lunático... ¿George te ha contado que estuve casada? ¿Has visto cómo algunas parejas se emborrachan y se hacen un tatuaje juntos? Bueno, nosotros nos casamos. Dios, ¿en qué estaba pensando? El tatuaje al menos habría durado. Una vez tuvimos una discusión, y eso fue lo que me hizo darme cuenta de que había cometido un error, sobre si los caballitos de mar estaban relacionados con los caballos. Ya sabes, a nivel *genético*. «Frances, ¡me niego a admitir que es solo una coincidencia!». Por cierto, esa es una imitación muy exacta.

—¡Es asombrosa!

—Mis mejores imitaciones son de personas a las que nadie conoce. No debería ser cruel con él, era encantador y atractivo y sigue siendo el padre de Grace, pero la verdad es que era un idiota. Mis padres, ay, ni te imaginas, mis padres lo *odiaban*.

—¿Más que a mí?

—¡A ti nunca te odiaron! Mi madre te *adoraba*. Dijo que una vez te pilló lanzando piedrecitas contra mi ventana. Dijo que fue lo más romántico que había visto en la vida.

—Lo recuerdo. En aquel momento parecía enfadada.

—Bueno, ahora cree que eres encantador.

—¿Y qué opinan de George?

—Ah, George es un ángel. George lo hace todo bien.

—Así que George Pearce, ¿eh?

—*Profesor* George Pearce. Ese sí que es un hombre que sabe la diferencia entre un caballo y un caballito de mar.

—Entonces, no hay lado oscuro.

—Lo peor que hace es limpiar la mesa del restaurante cuando terminamos de comer. Junta los restos, apila los platos. Si pudiera, pondría el lavavajillas, me vuelve loca.

—Bueno, si eso es lo peor...

—Exacto. Ahora soy mucho más feliz. He encontrado un trabajo que quiero hacer y estoy con alguien con quien quiero estar. ¿Sabes? A él le preocupaba que estuvieras aquí.

—¿Ah, sí?

—Se preguntaba cómo te lo tomarías. Pensó que quizás te pondrías furioso.

—Hace veinte años, eso es lo que habría hecho.

—O que alguna chispa vieja volvería a encenderse y escaparíamos juntos.

—Bueno, para eso he venido.

Soltó una risa.

—¿Qué es lo que dice en la caja? «Una vez encendido, no volver a acercarse al fuego artificial».

—Debe de haber un tiempo límite, ¿o no?

—Creo que veinte años es más que suficiente.

—Veinte años es una distancia segura —coincidí, y se me ocurrió una idea que sabía que era producto de mi paranoia, pero tuve que preguntar—. Oye, a ti... no te gustaba George en ese

momento, ¿no?

—¿Cuándo hicimos la obra? Claro que no. —Sujetó mi mano—. Estaba enamorada de ti, ¿recuerdas?

—Bueno, yo también.

—Quiero decir, debiste de darte cuenta, ¿no?

—Sí, lo noté.

—Te quise muchísimo, y quiero decir *muchísimo*.

—Lo mismo digo.

—Y eso no ocurre con frecuencia, créeme.

—No. Siento que terminara mal.

—¿Te parece que terminó mal? Fue doloroso, pero no sé si *mal*.

—Todo ese griterío en los centros comerciales...

—Supongo que tienes razón. Pero creo que si el fin de una relación es amigable, quizás debería haber sido una amistad desde el principio. Si puedes rendirte sin luchar por eso... Sea como sea, teníamos diecisiete años. Éramos personas diferentes.

—Completamente.

De alguna manera, habíamos terminado sentados en silencio y sujetos de la mano, y sentí el deseo de estar cara a cara para poder mirarla en serio, en vez de con el rabillo del ojo, para apreciar las viejas arrugas creadas por la risa alrededor de los ojos, que ahora eran un poco más profundas; las nuevas arrugas a los lados de la boca, como si fueran marcas de uñas en arcilla; la línea más levantada del labio inferior; la rotura del diente que lo hacía parecer una hoja doblada en la esquina. Se acomodó el pelo detrás de la oreja, se giró y esbozó una sonrisa.

—¡Tu diente! —exclamé sin pensar.

—¿Qué?

—Recuerdo que solías tener la punta de tu diente delantero rota.

—¡Ah, eso! —Se mordió su pulgar para enseñar el diente—. Hice que me lo arreglaran. No fue por vanidad: mi agente dijo que eso era lo que estaba evitando que hiciera trabajos comerciales. Resulta que, después de todo, ese no era el problema.

—Es una lástima. Me gustaba.

—Me han hecho un par de empastes si te sirve de consuelo —respondió y metió su dedo en forma de gancho dentro de su boca.

—Así está bien.

Pasó un momento, y después:

—En este tipo de cosas, la gente dice: «No has cambiado nada», y aunque fuera cierto, ¿se supone que debemos alegrarnos de oírlo?

—Creo que lo que quieren decir es «No has empeorado».

—Pero tú has mejorado mucho —comentó ella.

—¿Ahora que estoy en la mediana edad?

—¿Estamos en la mediana edad?

—En el límite.

—Bueno, te sienta bien, Charlie, tienes buen aspecto.

—Por favor no digas que estoy «un poco más relleno».

—Sí, ¿qué se supone que *significa* eso?

—Significa más gordo.

—No es eso. No, es tu cara, es como que has crecido y ahora encajas en ella, como que... has crecido para llegar a su nivel.

—Bueno, tú estás genial. Estás radiante, ¿es eso lo que se dice?

—Es la presión sanguínea y la ira. También tengo caderas más anchas. Eso es lo que hacen los bebés. ¿Tú no tienes ninguno?

—¿Hijos? No. Nos gustaría. Muchísimo. Estamos intentándolo... creo que esa es la expresión. Y quiero decir que lo estamos intentando en serio.

—Bueno... ¡buena suerte!

—Gracias. Gracias.

Y quise cambiar de tema, pero no tenía ninguno por el cual cambiarlo.

—Entonces... —comenté

—Entonces.

—Deberíamos bajar.

—Ah. De acuerdo.

—Me alegro de haberte visto.

—Lo mismo digo.

—Y ver que estás tan bien.

—Bueno, un poco cansada.

—No, creo que estás guapísima. Puedo decir eso, ¿no?

—No lo sé, George es un hombre muy violento. Creo que sí.

Y en ese momento deberíamos habernos puesto de pie y marchado, pero, en vez de eso, ella levantó mi mano y miró nuestros dedos entrelazados.

—Esto es raro.

—Lo es.

—No es terrible.

—No, pero...

—He estado pensando en las cosas que sentí en ese momento y en esto, y no quiero ponerme cursi —comenzó a decir—, pero creo que el primer amor es como una canción, una estúpida canción de música pop que escuchas una vez y te hace pensar que eso es lo único que querrás escuchar en la vida: tiene de todo, está claro que es la pieza musical más maravillosa que se ha escrito en la historia de la humanidad y no necesitas escuchar nada más. Por supuesto, no la pondríamos *ahora*. Somos muy duros y experimentados y sofisticados. Pero si la escucháramos en la radio, bueno, sigue siendo una buena canción. No se puede negar. Ahí lo tienes, ¿no te parece profundo?

—Mucho.

—Y tú eres feliz, ¿no?

—Sí.

—Bueno, ¡yo también! ¡Yo también! Hemos tenido un final feliz.

—Entonces ¿no nos escaparemos?

—Bueno, en condiciones normales diría que sí, pero tengo una cesárea programada y tú estás a punto casarte, así que...

—Abandonamos el plan.

—Sí. Abandonémoslo.

Me golpeé el hombro con la cabeza, solo una vez, y volvimos a observar la vista desde el techo, la llovizna en el aire atravesada por la luz amarilla. Fran se movió en el banco.

—Ahora sí que nos está mojando la lluvia, así que...

—Bajemos —sugerí y ella se puso de pie con un quejido y una exhalación larga.

Al llegar a la escalera, nos detuvimos.

—Espera —pedí.

Aquello era una despedida, lo sabía, así que, antes de que pudiera pensarlo dos veces, solté las palabras que había tenido en la garganta toda la noche.

—El motivo por el que he venido...

—Continúa.

—Es muy cursi. No vomites.

—No puedo prometer nada.

—Bueno, aquel fue un período bastante raro en mi vida. Creo que no era una persona muy feliz cuando te conocí. Y después lo fui. Quiero decir, estaba eufórico. Así que creo que lo que estoy intentando decir es... gracias.

Infló las mejillas a modo de broma, pero solo durante un momento. Después se apoyó contra el borde de la puerta, me miró con una sonrisa en la cara y asintió una vez con la cabeza.

—Fue todo un placer —dijo.



Cuando volvimos a la fiesta, George y yo intercambiamos números de teléfono sin ninguna expectativa de usarlos.

—¡Te invitaremos a cenar! ¡A ti y a tu mujer!

Me quedé al margen de un grupo de gente y escuché a un hombre de casi cincuenta años, de pelo largo, algo rollizo y con una camisa con volantes: Ivor, nuestro director. Había esperado ver también a Alina. Imaginaba que, después de veinte años, se habría convertido en alguien imponente, feroz y espectacular, y me gustaba pensar que me recordaría como uno de sus éxitos. Pero no estaba allí y, en su lugar, Ivor cruzó miradas conmigo durante un instante, intentó ubicarme —una cara en una foto que no conseguía recordar— y continuó con su anécdota. Un miembro de la compañía que había participado en *Como gustéis* había descubierto el viejo piano del pub y tocado un arpeggio, y ahora empezaban a cantar *Era un amante y su chica*, todo armonías y vibratos, pero antes de que el primer verso llegara a su fin, Helen voló a través de la sala y se

aferró a mi codo.

—¡Salgamos ya mismo de este puto lugar!

—De acuerdo, solo deja que me despida de...

—... *con un hey y un ho y un hey nonino...*

—No, ahora, Charlie, ¡AHORA!

Recogí mi abrigo y busqué a Fran y a su familia, pero parecía que ya se habían ido.



Saludo final

Mi padre murió el año pasado. El evento que tanto me había preocupado durante gran parte de mi niñez y adolescencia al fin había ocurrido, aunque, por suerte, bajo circunstancias muy diferentes a las que había imaginado con tanta claridad. Fue un paro cardíaco, casi instantáneo me dijeron, aunque creo que ni siquiera la muerte más rápida es lo suficientemente veloz. ¿Quién sabe?

Todavía no había cumplido los sesenta años y, a pesar de que sería reconfortante contar una historia de recuperación absoluta, la verdad es que la depresión fue y vino durante sus últimos veinte años de vida. Pero me gusta creer que los momentos felices fueron más frecuentes y que mejoré —mejoramos— a la hora de anticipar y controlar los momentos malos. Todo eso fue, en gran parte, gracias a su segunda mujer, Maureen, a quien había conocido en el trabajo. Maureen —seria, abstemia, religiosa— era la imagen en negativo de mi madre, y debo confesar que, cuando yo tenía veintitantos años y vivía en Londres, la atmósfera de su cabaña —¡una cabaña!— me resultaba casi insoportable por lo aburrida y soporífera, así que no los visitaba con frecuencia y nunca me quedaba. En ese momento, el papel de hijastro hosco parecía hecho a mi medida. Ese matrimonio se me antojaba una forma de jubilación anticipada, y nunca podía estar más de una hora o dos en esa sala de estar ordenada y sobrecaldefaccionada. Maureen era una mujer abnegada, y la abnegación es bastante aburrida, pero sé que también se reían mucho y que se tomaban vacaciones en las que paseaban a pie y recorrían el Camino de South Downs, el Muro de Adriano y el Sendero de la Costa Sudoeste como si se tratara de una ruta de reparto extendida. Maureen incluso llegó a desarrollar un interés por el jazz, un gusto que yo nunca conseguí adquirir, aunque todavía lo intento, a veces, y, con el correr de los años, he empezado a apreciar la felicidad y estabilidad relativa que ella había aportado a los últimos años de la vida de mi padre. Él y yo no teníamos demasiado en común, más allá de nuestra tendencia a ser melancólicos introspectivos y tener la creencia, sentimental y nunca dicha en voz alta, de que el amor podía funcionar como un remedio, e incluso como una cura para todos los males. Para mi padre, el lado negativo de esto consistía en el miedo a quedarse solo, a que nadie lo quisiera o, aún peor, a ser imposible de amar; pero ese temor se desvaneció después de su segundo matrimonio y me gusta pensar que los años previos a que su corazón se detuviera, de pronto y en mitad de su ronda matutina, habían sido los años más felices de su vida. Eso es lo que me gusta pensar.

Como era predecible, su muerte fue el catalizador de una excavación del pasado, a veces tensa y dolorosa, cuyos resultados ya han sido descritos. Pero, cada vez que pensaba en mi padre, pensaba en ese verano. Él tenía la misma edad que tengo yo ahora, y esos meses parecían contener tanto lo mejor como lo peor de nuestra relación.

Sin embargo, todavía falta una escena: el encuentro entre mi padre y Fran Fisher.

Los observé hablar desde el lateral del escenario después de la última función; Fran se rio de algo que mi padre había dicho, apoyó su mano sobre su brazo y bajó la cabeza, una respuesta a lo que imaginaba debía de haber sido un halago. Los observé un buen rato, contento de que estuvieran llevándose tan bien. Sabía que él la adoraría y esperaba que ella pudiera ver algo en él que todavía no había salido a la superficie en su hijo: una cierta integridad, quizás, algo de amabilidad.

Así que los observé. Unirme a ellos habría sido arriesgarme a estropear la escena, y, además, con toda la esperanza que tenía en ese momento, había estado seguro de que tendría una cantidad infinita de oportunidades para pasar el rato con ellos, las dos personas más importantes de mi vida en ese momento. Hablaron una o dos veces por teléfono, pero nunca volvieron a verse en persona, y ahora siento un sobresalto al darme cuenta de que no los volveré a ver a ninguno de los dos.

No importa.

No importa.

Esta es una historia de amor, aunque, ahora que ha llegado a su fin, se me ocurre que, en realidad, son cuatro o cinco, quizás más: amor familiar y paternal; el amor de combustión lenta y cualidades reanimadoras de la amistad; la explosión breve y cegadora del primer amor, que solo puede ser vista directamente una vez que se ha apagado. Una misma palabra puede tener muchos significados diferentes, y quizás deberían existir diferentes palabras para algo tan variado e importante. Por ahora, esa palabra tendrá que ser suficiente para describir todo lo mencionado, al igual que al amor de casados.

Mi mujer. ¿Llegará el día en el que me acostumbre a decir eso? Cuando volví a casa de la fiesta, me encontré con que Niamh se había quedado dormida en el sillón y que la lámpara de lectura estaba tan cerca de su cabeza que la sala olía a pelo quemado. Giré la lámpara para alejarla y ella se despertó.

—¿Qué pasa? Hola.

—Huele a pelo quemado.

—¿Eh? Sí, ese es mi nuevo perfume. Para la boda. *Cheveux Brûlés*.

—Me gusta.

Bostezó y se tanteó el cuero cabelludo.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarenta y cinco.

—Eres todo un fiestero. ¿Dónde está ella?

—Está esperando abajo, en el coche.

—No me digas.

—Solo he subido a buscar una bolsa con un par de cosas.

—*Nuestro* coche.

—Sí, nos llevamos el coche.

—Me parece un poco duro. ¿Puedo quedarme con el televisor?

—¿No hará que te acuerdes de mí?

—No particularmente. ¿Quién llamará a los del *catering*?

—Déjalo hasta mañana. —La besé—. ¿Puedo sentarme? —Niamh se acomodó y nos quedamos sentados, cabeza con cabeza.

—Es genial que podamos hacer bromas sobre estas cosas, ¿no? —comentó.

—Lo que pasa, Niamh, es que se *pueden* hacer bromas sobre estas cosas.

—¿Ah, sí?

—Sí, se puede.

—Muy bien.

—Vayamos a la cama.

No nos movimos.

—Pero ¿cómo la has visto?

—Más vieja.

—Qué sorpresa.

—La he visto bien. A todos. La he visto feliz.

—¿Tú también?

—Yo también.

—Bien, ahí lo tienes —concluyó—. ¿Qué más se puede pedir? Eso es todo lo que uno busca en la vida. Y ahora lo sabes.

Y ahora lo sé.

Agradecimientos

Les debo las gracias a mis primeros lectores, Damian Barr, Hannah MacDonald, Roanna Benn y Michael McCoy, por haberme apoyado y alentado y por su buen criterio. Les estoy eternamente agradecido a Jonny Geller, Kate Cooper, Catherine Cho y todo el equipo de Curtis Brown.

En Hodder and Stoughton, Nick Sayers sigue siendo el mejor editor que podría tener, y también quiero darles las gracias a Amber Burlinson, Cicely Aspinall, Lucy Hale, Carolyn Mays, Jamie Hodder-Williams, Alasdair Oliver, Susan Spratt, Jacqui Lewis, Alice Morley y a la cuádruple veterana de neurosis de autor, Emma Knight.

Por último, me gustaría dar las gracias a Bruno Wang por su generosidad, a Emmanuel Kwesi Quayson, a Karen Fishwick —una Julieta brillante— por sus comentarios y a Ayse Tashkiran por ponernos en contacto. También quiero reconocer que debo la atmósfera y el tono a la canción de Pulp *David's Last Summer*.

Finalmente, como siempre, Hannah Weaver se merece todo mi amor y gratitud por su humor, paciencia y apoyo.

Romeo y Julieta

WILLIAM SHAKESPEARE

Acto I, Escena IV

MERCUCIO:

Ah, veo entonces que la Reina Mab te ha visitado.
Es la comadrona de las hadas, su forma
no es más grande que la piedra preciosa
que adorna el dedo de un concejal
y es arrastrada por criaturas como átomos
por encima de la nariz de quienes duermen.
Los rayos de su carreta son largas patas de araña;
la cubierta, alas de saltamontes;
las riendas, la más delgada telaraña;
las colleras, los haces acuosos de la luna;
su látigo, huesos de grillos; La cuerda, finas hebras;
su cochero, un pequeño mosquito de traje gris
que no mide ni la mitad de lo que mide un gusano
levantado del perezoso dedo de una doncella;
su carroza es la cáscara de una avellana,
hecha por la ardilla carpintera o la vieja larva,
que trabajan para las hadas desde tiempos inmemoriales.
Con todo esto galopa ella noche tras noche
por los cerebros de los amantes, que así sueñan con el amor;
por las rodillas de los cortesanos, que así sueñan con reverencias;
por los dedos de los abogados, que así sueñan con sus honorarios;
por los labios de las damas, que así sueñan con besar,
y a quienes Mab, furiosa, castiga con ampollas
cuando sus alientos están corrompidos por el dulzor.
A veces galopa por la nariz de un cortesano,
y entonces sueña él con el olor de un juicio;
y a veces, con la cola de un cerdo entregado como diezmo,
cosquillea la nariz de un clérigo que duerme,
y entonces sueña él con otros beneficios.
A veces conduce sobre el cuello de un soldado,
y entonces sueña él con cortar pescuezos extranjeros,

con brechas, emboscadas, armas españolas,
con brindis de cinco brazas; y, de pronto,
los tambores en sus oídos lo despiertan con un respingo,
y así asustado eleva una plegaria o dos
y vuelve a dormir. Esa es la misma Mab
que trenza las crines de los caballos por las noches
y crea enredos en los cabellos más promiscuos,
que, una vez deshechos, vaticinan mala fortuna.
Esta es la bruja que, al acostarse las doncellas boca arriba,
las presiona hasta que aprenden a soportar el peso,
y así las convierte en mujeres resistentes.
esta es ella...

Acto I, Escena V

ROMEO:

Si yo profano con mi indigna mano
este templo sagrado, esto es dulce pecado:
mis labios, peregrinos sonrosados y lozanos,
se ocuparan de suavizar allí donde he tocado.

JULIETA:

Buen peregrino, no seas con tu mano injusto,
pues demuestra en sus acciones gran devoción;
santos y peregrinos unen sus manos con gusto,
y palma con palma es beso de peregrinación.

ROMEO:

¿No tienen labios los santos y los peregrinos?

JULIETA:

Sí, peregrino, pero sirven para orar.

ROMEO:

Adorada santa, que sean como manos estos labios divinos:
déjalos orar, te lo ruego, o podrían desesperar.

JULIETA:

Los santos no se mueven, aunque respondan las oraciones.

ROMEO:

Entonces no te muevas mientras recibo mis dones.
Y así, por mis labios, con los tuyos, quedo libre de pecado.

La besa.

JULIETA:

Entonces tienen mis labios el pecado que te han quitado.

ROMEO:

¿El pecado de mis labios? ¡Ah, incitas dulcemente la transgresión!
Devuélveme mi pecado.

La vuelve a besar.

JULIETA:

Besas como es debido.

Acto III, Escena II

JULIETA:

Galopad raudos, corceles de fogosos pies,
hacia la morada de Febo: un auriga como Faetón
os impulsaría con el látigo hacia occidente,
y traería la noche nublada de inmediato.
Cierra las cortinas, amorosa noche,
para que los amantes guiñen sus ojos
y Romeo se arroje a estos brazos sin que nadie lo vea.
Los amantes pueden realizar sus amorosos rituales
a la lumbre de sus bellezas; o, si el amor es ciego,
la noche le sienta mejor. Ven, cortés noche,
matrona de sobrios ropajes negros,
y enséñame a perder un partido ganado,
disputado entre dos virginidades intachables:
cubre la sangre desenfrenada que late en mis mejillas
con tu manto negro, hasta que el tímido amor se vuelva osado
y crea que el acto de amar es apenas simple modestia.
Ven, noche; ven, Romeo; ven, día en la noche;
pues contra las oscuras alas de la noche
brillarás más que la nieve fresca sobre el cuervo.
Ven, amable noche, ven con tus facciones oscuras y amorosas,
dame a mi Romeo; y, cuando yo muera,
llévatelo y córtalo en estrellas pequeñas,
y así el rostro del firmamento será tan bello,
que todo el mundo se enamorará de la noche
y nadie hará ofrendas al estridente sol.

Ah, he comprado la mansión de un amor
que no poseo, y aunque ya la he pagado,
no puedo aún disfrutarla. Este día es tan tedioso
como lo es la víspera de un festival
para el niño impaciente que tiene un nuevo atuendo
y no lo puede estrenar. Ah, aquí viene mi nodriza,
y trae consigo noticias; y toda lengua que hable
solo de Romeo, habla con elocuencia celestial.

David Nicholls es el exitoso autor de *Nosotros*, *Siempre el mismo día* y *No hay más preguntas*. Sus novelas han vendido más de ocho millones de ejemplares en todo el mundo y se han publicado en cuarenta idiomas.

David entrenó para ser actor antes de cambiar a la escritura. Es un guionista premiado y sus títulos en la televisión incluyen la tercera temporada de *Cold Feet*, una celebrada versión moderna de *Mucho ruido y pocas nueces*, *The 7.39* y una adaptación de *Tess, la de los d'Urberville*. David escribió el guion de *Grandes esperanzas* (2012) y *Lejos del mundanal ruido* (2015, con la actuación de Carey Mulligan). *Patrick Melrose*, su adaptación de las novelas de Edward St Aubyn, le ha merecido un premio BAFTA y una nominación a los premios Emmy.

Su primera novela, *No hay más preguntas*, se convirtió en un éxito de ventas y fue seleccionada para el Club de Lectura de Richard y Judy en 2004 y, en 2006, David escribió el guion para la adaptación cinematográfica.

Su tercera novela, *Siempre el mismo día*, publicada en 2009, fue aclamada por la crítica y permaneció diez semanas en la lista de los libros más vendidos del *Sunday Times*. En 2010, *Siempre el mismo día* recibió el Premio Galaxy al Mejor Libro del Año.

La cuarta novela de David, *Nosotros*, fue una posible candidata para el Premio Booker en 2014 y volvió a alcanzar el primer puesto en la lista de los libros más vendidos del *Sunday Times*. Ese mismo año, David fue nombrado Escritor del Año en los National Book Awards.

Ay, Charlie.

¿No ves

qué es esto?

¡Ve! Ve rápido

y despídete

antes de que

empiecen

otra canción.